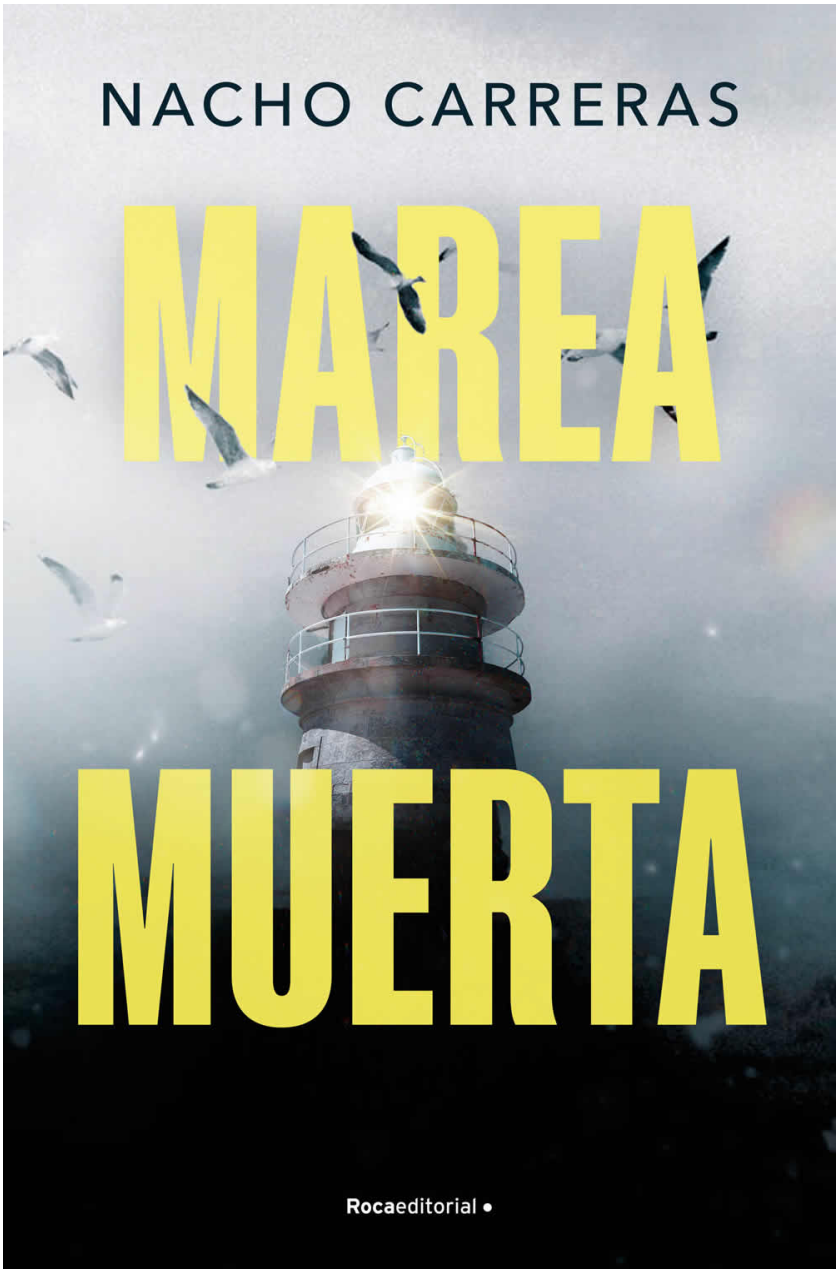
NACHO CARRERAS
MAREA
MUERTA
Rocaeditorial

NACHO CARRERAS

MAREA MUERTA

Rocaeditorial

Para Iria.
Podrás ser princesa, bruja, pirata o detective.
Basta con elegir las páginas adecuadas.

PRIMERA PARTE

1

Oráculo

En la actualidad

—¿Conocéis a algún Goku, Khaleesi, Tyrion, Xena o Vilma? Maldita sea esa manía tan extraña de bautizar a tus hijos con el nombre del personaje favorito de tu serie preferida. Yo, por la parte que me toca, tengo sentimientos encontrados contra mi padre, que fue quien eligió mi nombre. Él era un apasionado de la literatura. No era un hombre normal; le gustaba fantasear, inventarse historias, escribir… Eso decía mi madre y lo sigue repitiendo más de una década después de haberlo perdido. Mi padre falleció de lo que llaman muerte súbita. Simplemente, una noche se echó a dormir y a la mañana siguiente no despertó. Recuerdo a la perfección el llanto desconsolado de mi madre, que lloraba abrazada a un sanitario. Mientras, mi hermano mayor (el Afortunado de Nombre Normal, como lo llamo yo) permanecía tan inmóvil como una estatua en el quicio de la puerta. Diez años después, todavía no he sido capaz de preguntarle qué estaba pensando en mitad de esa tormenta de dolor. Supongo que algún día lo haré… ¿Por dónde iba?, ¡ah, sí! ¡Mi nombre! Me llamo Leonora Pardo Méndez y soy detective. Mi nombre nace del poema de Edgar Allan Poe… Vamos, seguro que sabéis cuál es:

«¡Profeta —dije—, villano; vil profeta, ave o diablo!
Por el Dios que veneramos, por la gloria celestial,
dile a esta alma sin consuelo si en el Edén postrimero

el fulgor casto y sereno de Leonora podré abrazar;
si a quien conocen los Cielos por Leonora podré abrazar».
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!».

—¡Exacto! Me llamo así por el poema «El cuervo». La parte positiva es que mi nombre es fácil de abreviar, así que muchos me llaman Nora. Eso y que, gracias a Dios, no me llamó «Cuerva» o «Nunca más»… Seguramente me habría convertido en una marca comercial desde que nací.

—«Cuerva» suena guay…

—¡Gracias! *Carallo*, ya pensé que estaba hablando sola…

—Señorita Pardo…

—Nora.

—Señorita Pardo —incidió el agente. Era el mayor y el que parecía tener menos paciencia—, ¿puede decirnos de una santa vez qué estamos haciendo aquí?

—Obviamente, están ustedes en el escenario de un crimen. —Cambió el tuteo por el trato más formal al ver que no le correspondía.

—Sí…, eso ya lo sabemos. —El policía mayor inhaló aire y lo echó mientras se frotaba el entrecejo con el dedo índice y el pulgar.

—Lo que quiere decir mi compañero es —intervino el otro agente, más joven y al que «Nora» le había parecido un nombre guay —: ¿por qué nadie la encontraba y nos ha traído usted aquí con la excusa de ver algo «fundamental para la investigación»? Esas han sido sus palabras…

—Claro, porque es fundamental. Lo comprenderán enseguida. Como les decía antes de que me cortaran, aquí está el cadáver de…

—¡Por dios, señorita Pardo, Nora o Leonora! ¿Sabe el coñazo que ha supuesto venir hasta aquí? —gritó el más veterano—. Al pipiolo este —señaló a su compañero— le marean los barcos. ¿No ve que está paliducho de *carallo*? ¡El muy cabrón ha vomitado unas diez veces en el trayecto desde Vigo! Y encima en una lancha policial; no imagine que hemos venido en un catamarán donde apenas se percibe el bamboleo del barco… Así que se lo pido por favor y de

una put… de una puñetera vez —dijo esgrimiendo una sonrisa falsa de conciliación—. ¿Quiere decirnos por qué nos ha traído hasta aquí y por qué hemos tenido que venir a buscarla como si fuera la reina de Saba?

—Es interesante que mencione a la reina de Saba…, ¿conoce su historia?

—¿Perdón?

—La reina de Saba… Ha hecho referencia a ella.

—Es un personaje de la Biblia —apuntó el más joven ante la mirada furiosa de su compañero.

—Sí, sabemos que fue a buscar al rey Salomón, pero ¿y después?

—¡¿Después qué?! —aulló el veterano—. Oiga, de verdad, señorita Pardo. Es suficiente. Hemos intentado ser amables con usted, pero es imposible. Nos está mareando y a mí eso me parece muy sospechoso, así que…

—Alto, alto, agente… —Levantó la mano en señal de detención —. Lo de la reina de Saba tendría sentido si me dejara usted hablar… —Se llevó un dedo a los labios, pensativa—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—No lo he dicho.

—En las películas americanas siempre se presentan las parejas de polis… Ya sabe: Burnett y Lowrey; Murtaugh y Riggs…

—*Dos policías rebeldes* y *Arma letal*. Buenas referencias. —El más joven sonrió, y a Nora le pareció ver un destello de lujuria en sus ojos—. Yo soy el agente Brais Blach, y él es el agente Santiago Marín.

—Un placer conocerlos. —Les tendió la mano y ambos se la estrecharon, aunque el mayor, Marín, no lo hizo de buena gana.

—Por favor, Nora —insistió Blach—, ayúdenos con esto. Tenemos muchos más testigos a los que interrogar…

—Pero ¡si es que iba a eso!… Se lo resumo brevemente. La reina de Saba, cuyo nombre no aparece en la Biblia, es uno de los personajes más importantes en la cultura etíope. Tuvo descendencia directa con Salomón y, bueno, por no aburrirles, tras una historia de idas y venidas, Salomón acaba entregando a su hijo, por supuesto,

primogénito de la reina de Saba, el arca de la alianza. —Se quedó mirándolos, esperando que ellos mismos captaran el mensaje que estaba lanzando, pero fue inútil. Los agentes seguían contemplándola con ojos desesperados. Marín parecía estar cerca de perder los papeles, así que Nora terminó la historia—. En resumen, que el arca de la alianza contiene los diez mandamientos, y el quinto es «No matarás». Me ha parecido una referencia muy acertada viendo lo que tenemos por delante…

Santiago Marín giró la cabeza varias veces con los ojos como platos. Las aletas de la nariz se le agitaban cada vez que cogía aire y encogía los hombros al preguntarse qué hacía allí. El rubor se le apoderó de los pómulos, cubiertos por pequeños surcos que confirmaban algún tipo de enfermedad cutánea. Su compañero, Blach, le apoyó la mano en el hombro y se colocó delante de Leonora.

—Es usted una máquina histórica, Nora, pero de verdad… Necesitamos saber qué hacemos aquí. No para de darnos datos que son totalmente irrelevantes. Una patrulla ha estado buscándola cuando las veinte personas que han estado con usted en la isla dicen que la vieron marcharse en cuanto llegamos en las lanchas… ¿Entiende la gravedad del problema?

—Por supuesto que la entiendo. Le he dicho que soy detective… —Metió la mano en una pequeña mochila tipo saco que llevaba colgada de un solo asa, extrajo una cartera, desplegó una lámina de cuero traslúcida y les mostró un carnet con el sello del Ministerio de Interior.

—Así que es verdad… Es usted detective privada.

—¿Qué esperaba?

—Apuntaba a loca. No le voy a mentir… —dijo Marín, serio—. Ahora, por favor, me parece fantástico que sea usted detective, pero puede decirnos, prima de la reina de Saba, ¿qué *carallo* hacemos aquí?

—Responder a la pregunta que se están haciendo desde que recibieron una llamada hace unas horas…

—Espere, espere —la interrumpió Marín—. ¿Me está diciendo que

usted sabe…?

—Sí, mi sulfurado amigo —respondió Nora. El veterano agente apretaba los dientes, furioso—. Sé quién mató a Verné Dupont.

2

Danza alada

Unas horas antes

Ignacio Álvarez tenía diez años y tres meses. Eso respondía cada vez que le preguntaban. Estaba claro que debía insistirse en los meses. Era mayor que los niños de solo diez años.

La noche anterior, su madre había tomado mucha de esa bebida que le hacía dormir de más. Ignacio no estaba seguro, pero sospechaba que ese había sido uno de los motivos por los que su papá ya no vivía con ellos. Él no tenía ni idea de qué era una adicta, pero no sonaba bien.

Las palabras tenían significado según su sonoridad. Llevaba muchos años leyendo y lo percibía al instante: «adicta», «estaca», «catacumba», «boñiga»…

La mayoría las había leído en cómics u oído en películas y no entendía muy bien a qué se referían, pero estaba claro que sonaban mal. Era como si retumbaran en la cabeza una y otra vez e hiciesen eco.

Hacía dos años, mientras sus padres discutían, Ignacio se había deslizado hasta la cocina para probar el líquido cobrizo que su madre se servía una y otra vez mientras él intentaba dormirse obviando la agonía que le producía el monstruo de su armario. El primer y único trago que dio, demasiado largo pensando que sabría como los refrescos que no le dejaban tomar habitualmente, fue suficiente. Su madre bebía fuego. Durante una fracción de segundo tuvo un sabor dulce, pero después vinieron la tos, las náuseas y las ganas de vomitar. ¿Quién querría beber eso?

Aquello le hizo comprender que, cuando su padre decía que mamá estaba enferma, tenía razón. Nadie bebería ese mejunje asqueroso sin estar mal de la chaveta.

Alguna que otra vez, papá le había preguntado si mamá le había hecho daño. Él no entendía muy bien a qué se refería, pero su padre lo comparó: «Igual que cuando te haces daño porque te peleas en el cole». La pregunta le generó tanto desconcierto como el hecho de que su madre tomase vasos rellenos de la bebida del color del óxido. «No, mamá nunca me ha hecho daño», afirmó rotundo.

Su madre jamás le había puesto la mano encima más allá de algún que otro azote en el culo cuando era pequeño, pero eso, bueno, era normal. Al fin y al cabo, tendría siete u ocho años… y había pasado una eternidad desde entonces. Aunque debía reconocer que mamá sí cambiaba después de pasar mucho tiempo pegada a esa botella… No es que no le prestase atención, es que era directamente como si él no existiese.

Con sus diez años y tres meses, era capaz de cocinar algún plato sencillo o de ir caminando solo hasta el colegio. No vivían lejos, a unas cuatro calles de la puerta, pero había preferido que su padre no supiese nada de todo aquello. Si lo hubiese sabido, seguro que el señor con traje que iba a veces con él y con el que se presentaba en un sitio muy frío llamado «juzgado» le habría dicho algo…

Las madres de algunos de sus compañeros le decían que era muy «independiente». Eso sí sabía qué significaba, se lo había preguntado a su madre después de oírlo, aunque no le había dicho dónde. Le parecía un piropo estupendo. Ser independiente era algo bueno, así que decidió seguir alimentando esa faceta suya que tantas felicitaciones le valía.

Escuchó el zumbido del viento entre los árboles y se aferró a la manta. Había llovido durante toda la noche, pero ahora solo quedaban los restos de la tormenta con algunas gotas aisladas que chocaban contra la tela verde de la tienda de campaña. Era como si desde el cielo escurriesen un paño mojado y los restos se deslizasen por la pared de lona en una frenética carrera…

Frunció el ceño. Tanto pensar en la lluvia le había dado ganas de

hacer pis. Igual que a las dos siluetas que había visto salir esa noche. Al principio supuso que eran como él y tenían miedo de la tormenta. Su padre siempre decía que, cuando uno tenía miedo, debía enfrentarse a él. Así era como se superaba, y era lo que Ignacio hacía.

—Mamá. —Le agitó con suavidad el brazo—. Mamá —repitió algo más alto—. Mamááá… —dijo cada vez menos convencido de que fuese a despertar—. Joe… me meo. Por favor… ¡Mamá! —Fue un susurro algo más intenso, como si gritase hacia dentro, pero tampoco surtió efecto.

Ignacio Álvarez, de diez años y tres meses, resopló. Empezaba a estar un poco harto de la independencia, por mucho que le gustasen los halagos de otras madres. Bajó de un tirón la cremallera de la tienda de campaña, que hizo un ruido rápido y estridente. Después se giró, confiado en que su madre se hubiese despertado, pero no era así. Julia Álvarez tenía un diminuto charco traslúcido bajo la boca y la mano le sobresalía por un lateral del saco de dormir. El cabello rubio, como las espigas de un campo de trigo, se le pegaba a la frente por mechones que no seguían ningún orden más que la inverosímil posición inicial que habían adoptado cuando su dueña los aplastó contra la almohada.

La botella del líquido de color cobrizo estaba casi vacía; apenas quedaba un resto que parecía el fondo oxidado y viejo del recipiente. Todo lo demás, para tristeza de Ignacio, se lo había bebido su madre esa misma noche antes de caer completamente desmayada y después de dejar a su hijo solo durante unas dos horas en la tienda de campaña.

Ignacio salió de su refugio de tela sin ponerse ninguna chaqueta. Iba con una camiseta blanca de manga larga con un enorme globo rojo dibujado en el pecho y un pantalón con el mismo patrón de su pechera repetido cientos de veces. Hacía frío. El sol, como un corredor rezagado, todavía asomaba desde un horizonte teñido en tonos rosas. A lo lejos, donde nacen las leyendas del océano, Ignacio distinguió un borroso arcoíris.

El suelo estaba húmedo y frío por la tormenta, pero él, igual que

muchos de los que dormían en el camping de las islas Cíes, solo tenía unas chanclas y unas zapatillas de deporte. Se colocó las primeras antes de salir de la tienda, por miedo a una futura reprimenda por ensuciar los zapatos, y notó que se hundían levemente en la tierra. Antes de caminar, un maravilloso olor le llenó la nariz. El aire era puro y limpio. En él se entremezclaban el suave aroma de la tierra húmeda y el penetrante olor del salitre que desprendía un mar que había pasado la noche embravecido.

Las pocas gotas que seguían atreviéndose a bajar del cielo chocaban contra las tiendas y hacían sonidos huecos. Alguna gaviota, no sabía cuántas, graznaba a lo lejos para celebrar el fin de la lluvia. A su espalda, decenas de pinos enjutos y de cabeza verde oscura trataban de cubrir inútilmente la paradisiaca playa de Rodas.

El largo arenal blanco con forma de media luna había sido catalogado como la mejor playa del mundo por muchos. Las islas eran un paraíso natural, y no era de extrañar que los visitantes no encontrasen ninguna papelera en las Cíes: era obligatorio llevarse lo que se traía. Ignacio pensó en su madre y en la vuelta a casa con la botella vacía…, pero aisló el pensamiento en un rincón. Ahora solo necesitaba una cosa que, afortunadamente, sí había en la isla: un cuarto de baño.

Intentó caminar rápido, pero la curiosidad lo detuvo. En la puerta de su tienda, justo a sus pies, había una diminuta mancha roja. No era muy grande, del tamaño de su mano aproximadamente, pero brillaba y se fundía con la tierra dándole un aspecto enfermo y tenebroso. Decidió pasar por encima sin darle mucha importancia, aunque sí aceleró el paso. El frío había desaparecido para revelar una desagradable sensación de inseguridad.

Ignacio intuía qué era, pero en su mente solo se repetía una y otra vez la palabra «independencia». Tenía que ser independiente. Eso no podía ser peor que el monstruo del armario, se decía a sí mismo para contrarrestar los efectos del temor. El alboroto de las gaviotas se hacía cada vez más intenso.

«Vaya con la celebración del fin de la lluvia», pensó…

Graznaban fuerte, emitiendo sonidos guturales que parecían

llamar a otras compañeras. El eco del flotante son de sus gargantas se le coló tanto en la cabeza que incluso se tapó los oídos hasta que lo hizo desaparecer unos segundos.

Caminó durante unos quince minutos hasta que llegó a un sendero de madera hecho con gruesos y robustos tablones. Los atravesó, y entonces el camino giró a la derecha y descendió hasta una nueva playa mucho más pequeña que la de Rodas. Estaba protegida por el terreno elevado, y las rocas dejaban a la vista un generoso arenal que, a juzgar por las marcas de las olas, se cubría prácticamente en su totalidad cuando subía la marea.

Cientos (en su imaginación infantil, miles) de gaviotas aleteaban furiosas alrededor de algo. Había tantas que se habían convertido en una única nube grisácea, blanca y amarillenta. Los graznidos eran cada vez más fuertes, más intensos. Las aves se multiplicaban por segundos.

Ignacio se acercó algo más, aunque mantuvo la distancia. Todo el que había viajado a las islas Cíes conocía la fama de las gaviotas. Los bichos parecían vivir en un permanente estado salvaje y poco o nada les importaba quién estuviese cerca de un trozo de comida.

Por cada nuevo tablón que avanzaba, más intensos eran los graznidos.

Y más fuertes.

Y más estridentes.

Y más desesperantes.

Ignacio fruncía el ceño a cada paso y apretaba los dientes intentando evitar que los chillidos de las bestias aladas de pico amarillo y ojos rojos volvieran a penetrar en él. Pero era imposible. Eran más intensos. Y más fuertes. Y más estridentes. Y más desesperantes.

Quería pisar la arena, pero las gaviotas daban miedo… Y seguían chillando… ¡SEGUÍAN CHILLANDO!

—¡SILENCIO, SILENCIO, SILENCIOOO! —aulló el niño, desesperado. Se volvió a tapar los oídos y agachó la cabeza. Estaba lejos de las aves, pero calculó que si lanzaba una piedra podría llegar hasta ellas. Cogió la que tenía más cerca, una que más o menos cubría la mitad

de su mano, y la lanzó con todas sus fuerzas. No voló más de tres metros, pero fue suficiente para crear un orificio en la nube alada.

Las gaviotas no celebraban el fin de la lluvia, sino un macabro festín. El rostro agujereado, podrido y picoteado de una mujer sustituiría para siempre al monstruo del armario de Ignacio. El niño, de diez años y tres meses, sintió el calor líquido entre los muslos. Después chilló mientras las gaviotas seguían emitiendo sus graznidos cada vez más fuertes, más estridentes y más desesperantes.

3

Nora

Unas horas antes

Cuando Ignacio Álvarez encontró el cadáver, yo estaba profundamente dormida. Agotada después de una etapa de mi vida muy complicada. Y no voy a mentir, ese viaje hasta las islas había sido… raro. La ocupación era mínima. Y cuando digo mínima, es mínima. Solamente había doce tiendas de campaña ocupadas.

Por norma general me he prohibido ir en verano a las Cíes. Hablamos de un grupito de islas que son lo más cercano al paraíso que una ha visto con estos dos ojos. Y, como hubiera dicho mi difunto padre, soy una persona viajada. He estado en Cuba, en la Riviera maya, en Miami… Y puedo jugarme una mano a que nunca habrá nada como las islas Cíes. Quizá me deje llevar por la tierra, sí, pero no miento.

Supongo que a su ya conocido paisaje de la playa de Rodas y otras más ocultas hay que sumarle el entorno y la soledad. Eso es lo que más me gusta de mis viajes a las islas y debo admitir que lo conocí de casualidad. Cuando era niña vivía en Cangas con mis padres y mi hermano mayor (sí, el Afortunado de Nombre Normal), y siempre veníamos a las islas durante el verano. Hablo de hace unos veinticinco o treinta años. Antes esto no estaba masificado; alguna familia, algún veraneante…, pero no era tan fácil llegar a las islas.

Eso cambió, según mi percepción, sobre el año 2000. No sé si fue una inmensa apertura del turismo o es que empecé a ser más consciente de las cosas, pero recuerdo la playa de Rodas

completamente atestada de sombrillas o gente joven con neveritas cargadas de alcohol.

Las dos últimas veces que repetí la experiencia, antes de abandonar del todo las incursiones veraniegas isleñas, recuerdo perfectamente la ilusión al bajar del barco. Rodas tiene un cartelito que se asemeja a uno de esos antiguos letreros hechos de forma rudimentaria con dos tablones… Verlo ahí con una madera oscura y vieja… No sé si venía de algún carballo o eso quería imaginar yo, pero su contraste con la blancura de la arena me provocaba una sonrisilla de placer que duraba unos quince minutos hasta que el azul, el rojo, el verde y el multicolor copaban la playa.

No sé, con todos mis respetos, a mí me recordaba a esas inmensas y odiosas playas del levante con esa gente cogiendo sitio en la arena desde las ocho de la mañana. Y eso me da repelús.

Dejé de ir durante unos tres años, desilusionada por lo que siempre he considerado una invasión injusta y una afrenta contra un paisaje natural tan bonito. Volví a los veinticinco por petición de una vieja amiga y lo hice cuando la temporada alta había pasado. Esas sí eran mis islas: pocos turistas, pocas sombrillas, algún que otro desnudo y, sobre todo, mucha paz. Eso era lo más importante: la paz.

Entiendo que en Galicia el turismo es fundamental, pero me persigue la imagen de las playas infestadas del Mediterráneo. Seguro que habéis escuchado eso de que «en Galicia llueve mucho». No os lo creáis. Es lo que os decimos para que no vengáis aquí a veranear y poder disfrutar de nuestra *tierriña*.

Aunque debo reconocer que en este viaje sí que llovió. *Carallo* si llovió. Era el penúltimo fin de semana antes de cerrar los trayectos de la temporada estival, y en la televisión habían anunciado lluvias fuertes. «Fuertes» era algo así como un sinónimo de «no creo que haya ningún momento del fin de semana en el que vayas a ver un rayo de sol». Aunque, como decía mi abuela: *Galicia é bonita, e si chove, mais bonita aínda*.

El trayecto en barco fue de unos tres cuartos de hora. Yo iba en el interior para evitar mojarme. Había unos diez bancos por lado y

cada uno de ellos estaba separado con el que tenía enfrente por una mesa. Vi tres parejas de novios jóvenes, un padre con su hijo de unos dieciocho años, una madre con su hijo pequeño, dos chicos que intentaban ocultar (de forma algo absurda bajo mi punto de vista) que eran novios, dos amigas que miraban por la ventana y parecían preocupadas por las olas y una pareja de ancianos donde ella hablaba de más y él parecía tener la cabeza en otras cosas.

No sé si alguna vez habéis viajado en barco, pero os garantizo que hacerlo con la mar picada es como subirse a la montaña rusa de un parque de atracciones. Sí, tal vez sea algo exagerada, pero desde niña me enseñaron a tenerle respeto. Mi abuelo fue marinero. Viajó a Noruega varias veces, y os aseguro que lo que contaba ponía los pelos de punta. Si él decía que no se salía a faenar o navegar, no se salía.

Entre el oleaje y la lluvia, que amainaba o arreciaba por fases, tardamos casi una hora y diez minutos en que el Mar de Ons atracara en el puerto de la isla de O Faro. Esa era la isla del Medio, donde estaba la playa de Rodas y a la que se podía acceder sin la necesidad de un barco privado. El resto de mi adorado archipiélago estaba formado por la isla de Monteagudo en el norte y San Martiño en el sur.

No presté ninguna atención a quién entraba o salía del barco cuando bajamos. El *orballo do carallo* estaba en pleno auge. Así llamábamos de pequeños en casa a la puñetera lluvia fina que te cala hasta los huesos. Mi hermano de nombre normal y yo lo decíamos cuando correteábamos como parvos entre los árboles de la finca de mi abuela. Y para qué negarlo, ella se enfadaba por la expresión y nosotros encantados de chincharla.

Con esas finas e incesantes gotas, enfilé el camino al camping con la mochila cargada de provisiones y ganas de desconectar. No era un trayecto largo, unos veinte minutos. Prácticamente todos nos dirigíamos directos hacia allí. Yo iba con la cabeza gacha y la vista en las desgastadas botas de montaña que siempre llevaba en la mochila, como previsión ante una posible lluvia. Estaba calada hasta los huesos, y las gotas me resbalaban por las mejillas y el

chubasquero haciendo carreras por ver cuál llegaba primero a los muslos.

El camino al faro es el mismo que conduce hasta el camping. Atravesamos lo que se conoce como lago dos Nenos, una laguna separada de la playa de Rodas por un banco de arena donde se pueden ver algunas de las especies acuáticas autóctonas. Además de los típicos *muxos*, recuerdo que ese día un pulpo de color rosado se deslizaba entre las rocas, quizá molesto por el incesante picoteo de las gotas sobre el agua.

Todos fuimos abriendo nuestras tiendas de campaña. Lo hicimos en silencio y pensé que sería por todas las maldiciones de no haber cancelado el billete… Como dirían los clásicos, cuán equivocada estaba. Aunque de eso me enteraría dentro de varias horas.

Esos primeros momentos del viernes pensé en subir al faro de Cíes, la parte más alta de Monteagudo y sin duda la más bonita, pero la lluvia me estaba amargando y estaba demasiado cansada. Me encantaría deciros que tenía claro el motivo, pero supongo que sería el estrés acumulado de las últimas semanas. La cuestión es que me dormí como un tronco después de secarme y de cenar una triste bolsa de patatas que había comprado al intuir que me iba a entrar hambre a media tarde. Si no hubiese llovido tanto, habría ido hasta el restaurante, pero, como dicen Les Luthiers, «la pereza es la madre de todos los vicios y como madre hay que respetarla».

Ojalá pudiera contar que tuve remordimientos por cenar eso porque soy sana y deportista, pero ni de broma. Me sentaron tan bien que creo que favorecieron ese sueño que rozó la inconsciencia… Hasta que el niño pequeño que había visto con su madre durante el viaje en barco despertó a los pocos que quedábamos en el camping con unos chillidos y unos llantos que jamás había escuchado. Recuerdo que todo fue como una de esas películas de misterio que veía con mi padre. Pensé: «Ni que hubiera visto un cadáver»… Ay, lo que me esperaba…

4

El rostro de la muerte

Unas horas antes

La chica que había muerto se llamaba Verné Dupont, aunque aún no lo sabía. Tenía veintiocho años, era francesa (a juzgar por su apellido) y guapa. Muy pero que muy guapa. Recuerdo haberla visto en el barco con una melena rubia recogida en una coleta y unos dientes pequeños y sorprendentemente blancos. Aunque si algo me llamó la atención fueron sus ojos. Eran de un extraño color verde oscuro con vetas marrones. Parecían las copas de los árboles en otoño.

Cuando salí de la tienda estaba lloviendo con mucha intensidad, como si los berridos del chiquillo hubiesen despertado a algún dios antiguo y este nos castigara con un diluvio. Eché un vistazo al horizonte y vi las olas creciendo cada vez con más fuerza. Por segunda vez, pensé en los dioses y en que Poseidón se estaba divirtiendo de lo lindo.

El chico tiritaba y abrazaba a su madre, que lucía unas ojeras de impresión. De vez en cuando fruncía el ceño como si cada chirrido se le metiese en la cabeza. Ya sabéis a qué me refiero, como cuando estás de resaca y tu puñetero hermano de nombre normal decide levantarte dando golpes a una cacerola… Maldito crío.

Asocié el pensamiento rápidamente. Sin duda esa mujer estaba durmiendo la mona. ¿Sentí lástima? No. ¿Tuve envidia? Pues un poco, para qué mentiros… No por la resaca, sino por los recuerdos de cuando no tenía remordimientos por perder un domingo entero intentando no morirme. Benditos veinte.

Me acerqué hasta la madre y el niño.

El pequeño seguía abrazado a ella y no quería moverse de entre sus brazos.

—Hola… Me llamo Nora y soy policía —mentí—. ¿Tú cómo te llamas?

El niño no quiso ni mirarme, así que desvié los ojos hacia su madre.

—Ignacio—respondió por él. Tenía la voz áspera y gastada. Un basto aroma a alcohol me llenó la nariz, aunque contuve la mueca de asco.

—Es un nombre muy bonito, Ignacio. Necesito que me eches una mano, porque tenemos que averiguar qué es lo que ha pasado. ¿Qué has visto y dónde lo has visto?

Sinceramente, pensé que la madre iba a hacer algo, pero no fue así. No movió ni un músculo. Ni siquiera parecía preocupada por su hijo.

—Ignacio, entiendo que te has asustado mucho… Seguro que no pasa nada, pero tienes que decírmelo. La policía necesita toda la ayuda posible. ¿No quieres ayudar a la policía? —Vi que la gente seguía mirando desde dentro de sus tiendas, expectantes para saber qué había ocurrido.

El niño se separó despacio de su madre. Tenía la entrepierna mojada y el sudor se fundía con las gotas de lluvia que se le aislaban en la frente. Los ojos del chiquillo estaban rojos, encendidos e hinchados.

—He… he visto… Creo que estaba muerta.

—¿Muerta? —Noté que los ocupantes de otras tiendas aguzaban el oído.

—Una chica, en la playa…

—Serán imaginaciones del niño —dijo su madre quitándole importancia.

—¡No estoy mintiendo! —se defendió.

—¿Dónde estaba? —Mi interés crecía por momentos.

El niño levantó el brazo en dirección al faro. Allí solo había una playa, la de Nosa Señora ó Carracido. No era muy grande y estaba a

los pies de un sendero. Muchos veraneantes la preferían en lugar de Rodas por estar más aislada.

—Quédense aquí, por favor —pedí en alto a los que habitaban el camping, aunque debo reconocer que me sorprendió que nadie me siguiese. Lo achaqué a la lluvia, no al morbo.

Al salir de la zona donde estaban todas las tiendas de campaña fue cuando vi por primera vez una diminuta gota roja en el suelo. Ignoraba que, de la misma forma que yo lo estaba haciendo, Ignacio también la había visto hacía unos quince minutos. El sol ya se había levantado en el horizonte, pero solo se distinguía a través de unas nubes grises muy muy oscuras.

La lluvia cada vez golpeaba más fuerte el chubasquero que me había puesto para salir de la tienda. Estaba empezando a tener frío. Unas mallas negras de deporte, unas botas de montaña y un cortavientos grueso no componen la indumentaria más adecuada para resolver crímenes.

Cuando te conviertes en investigadora privada piensas: «Iré todo el día vestida con sombrero, gafas de sol, gabardina y me ocultaré tras un periódico». Bueno, sí y no. Lo del periódico lo hacemos alguna que otra vez. Aunque debo reconocer que yo siempre lo hago detrás de una revista de decoración. Me encantaría decir que es por disimular, pero no… Soy una loca de los «Arregla tu casa con poco presupuesto». Siempre he pensado que si hubiera nacido en Estados Unidos tendría uno de esos programas de televisión donde compran casas hechas añicos y las convierten en HOGARES. En mayúscula.

Volviendo a la indumentaria… ¿Imagináis salir del portal y ver a un tipo en el bar de enfrente leyendo un periódico con gafas de sol, una gabardina larga de color gris y un sombrero calado? Si el disimulo fuese un arma, se nos dispararía en el pie…

Así que ahí estaba, en mis adoradas Cíes luciendo una vestimenta digna de perderse en la montaña y siguiendo la dirección marcada por un niño que se acababa de hacer pis encima de puro miedo. No estaba mal para un primer amanecer en la isla de O Faro.

Me abracé a mí misma y continué caminando. Me escoltaban

pinos y eucaliptos altos y centenarios. La vegetación, espesa y frondosa, era de un verde chillón todavía más llamativo con el contraste de la lluvia. En algunas zonas del suelo había charcos, y el olor mentolado de los eucaliptos me llenaba las fosas nasales. Apreté un poco el paso intuyendo que pronto arreciaría aún más la tormenta y no daría tregua.

No tardé más de cinco minutos en llegar al sendero que descendía a la playa tras torcer a la derecha. Dos troncos de madera, algo más anchos que el grosor de una mano, ejercían como pasamanos laterales del camino que conducía a Nosa Señora ó Carracido. Antes del giro descendente vi qué había asustado tanto al niño.

Decenas de gaviotas se amontonaban, chillaban y empujaban en apenas un metro. Algunas estaban completamente empapadas, como si acabasen de salir del agua con un pez en la boca. Ni siquiera se alejaban a rocas más separadas para comer. Simplemente picaban una y otra vez lo que fuera que les llamase la atención. Me acerqué hasta ellas con cautela y cogí un palo bastante grande a modo de defensa.

Pude acercarme aproximadamente a un metro antes de que una de las gaviotas me sobrevolase a modo de advertencia: esa era su comida.

Tampoco me habría hecho falta más; el olor de un cadáver es inconfundible. El problema es que, además del propio perfume de la muerte, el cuerpo también cargaba con el hedor del mar. Las gaviotas arrancaban pedazos de carne sin piedad. El ambiente estaba empapado del putrefacto hedor de la mezcla de jugos que emanaba del estómago y los intestinos, completamente a la vista.

El cuerpo, muy blanco aunque algo amoratado, estaba desnudo de cintura para arriba y se apreciaban perfectamente los pechos con laceraciones y heridas de picotazos. La cara de Verné Dupont, aunque en ese momento no sabía su nombre, estaba destrozada. Solo uno de sus ojos miraba hacia el sendero con un azul casi coloreado. Un mechón rubio resbalaba por la frente y tapaba el hueco negro del otro ojo, como una toga dispuesta a mantener el decoro. La nariz era un borrón deforme y aplastado, y la boca

estaba abierta en un grito mudo de horror proferido por unos labios partidos y llenos de grietas. Reventados a golpes.

Me acerqué todavía más a las gaviotas, armada con mi palo protector. Por un momento temí que pudieran atacarme, pero se abrieron en círculo el tiempo suficiente como para ver que en la zona del corazón había una hendidura que parecía más profunda y donde todavía se advertía un riachuelo seco de color rojo oscuro.

Además, la habían rajado en horizontal en el estómago y dejado en la playa con la intención de que las gaviotas se la comieran o de que el mar la arrastrase y algún que otro pez se diera un festín.

Rodeé el cadáver con sumo cuidado para ver si encontraba alguna pista. Llevaba el palo en alto y de vez en cuando miraba hacia arriba para prevenir un ataque. No vi ningún rastro de huellas, prendas de ropa ni, por supuesto, el cuchillo con el que suponía que la habían matado. Si el asesinato se cometió de madrugada y ya había amanecido, seguro que el autor ya se habría deshecho de todo lo que pudiera inculparle. Fui más allá en mi pensamiento: si hubiese arrojado el arma por cualquier acantilado de la isla, era improbable que jamás llegase a aparecer.

Volví al camping corriendo, no sin antes arrojar el palo cuando estuve suficientemente alejada de esa muerte alada, y entré en la tienda de campaña. Había dejado de llover, pero las nubes acechaban. Todos los que ocupaban la zona parecían esperar mi regreso, pero solo la mujer mayor a la que recordaba del barco me hizo la pregunta:

—¿Qué ha visto?

No le respondí. Busqué mis pósits rosas junto a un boli que siempre llevaba encima *(*ya os contaré esa historia*)* y salí de la tienda con la capucha aún calada y empapada. Ni cambiarme me iban a dejar.

—Será mejor que vuelvan a sus tiendas. —Fingí pulsar el número guardado en la memoria del teléfono y esperé mientras todos iban entrando en sus madrigueras. Se quedaron mirándome desde dentro, como si fuesen conejillos asustados que ven a un depredador merodeando fuera de su escondite—. Soy Nora. Enviad a alguien.

Ha habido un asesinato. Acabo de encontrar el cadáver.

Observar las reacciones es de primero de detective. Podría haber dicho: «Se ha cometido un crimen» y dejarlo en el aire, o incluso: «He encontrado el cuerpo sin vida de una persona»… Pero las palabras «asesinato» y «cadáver» siempre parecen más fuertes. Giré en círculos para ver las caras de la gente y me preparé para asestar el golpe maestro. Seguramente, un par de personas pondrían cara de asco, otras apartarían la mirada o apretarían los labios. Estaba segura de que las reacciones no se harían esperar dándome una pista de a quién debía investigar primero.

—A la víctima la han rajado en el estómago, tiene la cara desfigurada, las tripas desparramadas por ahí y las gaviotas se la están comiendo.

Tal y como esperaba me dieron la pista, aunque no como yo había imaginado. Solo reaccionó una persona.

5

Doble as

En la actualidad

—¡Un momento, Nora! ¿Se hizo pasar usted por policía?

—Culpable. —La detective colocó las manos con las muñecas hacia arriba como si mereciese unas esposas imaginarias. Cerró la actuación bajando la cabeza con una media sonrisa.

—Sabe que eso supone un delito y que todo lo que ha adelantado en la investigación no servirá de nada, ¿verdad?

—Me parece que está confundiendo usted «adelantado» con «resuelto», Marín. —Nora recuperó el gesto serio.

—¿Qué le hace pensar que no denunciaremos lo que ha hecho?

—Bueno, para serle sincera, esperaba un gesto de buena voluntad.

—¿Buena voluntad?, ¿por qué debería tener yo buena voluntad con usted? —Rio Marín.

—Vamos, Santiago, he resuelto el caso…

—Eso es lo que dice usted.

Nora Pardo se alejó unos metros de los agentes. Agachó la cabeza, pensativa. Dio una vuelta sobre sí misma y volvió a mirar al agente Marín.

—¿Le gusta el póker, Santiago?

—No. Prefiero la brisca.

—Pero ¿sabe jugar?

—Claro que sé jugar.

—Menos mal. —Sacó la lengua fingiendo agotamiento—. Si llega a decirme que no, tendría que haberme inventado otra metáfora. —Mantuvo la distancia que había tomado, pero se irguió, segura—.

Supongamos que estamos al final de una partida. Usted y yo, mano a mano. Tiene una pareja de reyes. Doble K. Yo llevo toda la partida igualando sus apuestas y poniendo, nunca mejor dicho, cara de póker. Estoy dubitativa, no sé si igualar o no, me paso la mano por la frente al ver que usted sigue subiendo, suspiro, pongo caras… De repente usted, confiado, apuesta todo. *All in* para el agente Marín.

Lanzó una sonora carcajada por la rima y vio, con el rabillo del ojo, como Brais Blach también esbozaba una sonrisa. Sin duda, se estaba divirtiendo.

—Perdón, Santiago, veo que no le ha hecho tanta gracia como a su compañero. —Marín observó furioso la mueca de Blach, que mudó rápidamente el gesto.

—Odio sus metáforas.

—No puedo evitarlo, pero tranquilo que ya acabo. ¿Por dónde iba?, ¡ah, sí! Usted lanza el *all in* y lo sigo. De forma sorprendente e impredecible porque, recordemos, llevo toda la partida poniendo cara de agobio, ¿qué cree que llevo en la mano?

—Sin duda algo alto —apuntó Blach, que parecía muy interesado —. ¿Quizá un doble as?

—¡Premio! Doble as. ¿Y sabe por qué no lo vio venir, Marín? Porque yo tenía mi truco, porque confió en mí y se creyó mis gestos, pero, sin embargo, yo tenía un as bajo la manga…

—¿Quiere decir que tiene algo más que aportar para que no la denuncie ahora mismo por suplantar la identidad de un policía?

—¿Por qué no me sigue nunca el juego?, ¿es así de soso siempre? —preguntó Nora a un Blach que hacía verdaderos esfuerzos por mantener la seriedad—. Eso es, Marín. Tengo algo que va a evitar que me denuncie y que, además, hará que ustedes, la policía, reconozcan que la detective Nora Pardo Méndez, o sea, yo, fue la que descubrió al asesino de Verné Dupont.

La investigadora metió la mano en un bolsillo de la mochila y sacó una foto y un mechero. El sol brilló contra el metal, y una pequeña brisa de aire se levantó para agitar la fotografía. Los tres fruncieron el ceño para que no les entrase arena en los ojos. Nora continuó hablando:

—Esto es una foto del Pailán. —Sonrió.

Los dos agentes parecieron olvidar el gesto para evitar la arena y lo cambiaron por una mueca de sorpresa. Marín estaba completamente mudo, mientras que Blach intentaba articular palabra moviendo los labios, pero no era capaz. Finalmente, al cabo de unos segundos, lo consiguió entre tartamudeos.

—Ca… ¿Carlos «el Pailán» Romero?

—No… No puede ser —musitó Marín entre dientes.

Nora asintió, satisfecha y orgullosa.

—Seguiré con mi historia, caballeros. No hay nada más gratificante que saber que a una le prestan atención.

6

Rebelde

Unas horas antes

Investigar un asesinato requiere ciertas… ¿Cómo lo diría? Estrategias. Además del clásico «quién» es importante saber el «por qué», el móvil. Para eso no suele quedar más remedio que enfrascarse en una investigación tediosa, poco divertida y que jamás tiene un buen final. Descubrir a un asesino no es algo agradable. Cuando el autor confiesa el crimen, se produce una sensación terrorífica, como si alguien te arrancase un trozo de fe en la humanidad.

En mi vida detectivesca solo tuve que localizar a un asesino una vez. Fue mi tercer caso y estaba relacionado con los dos primeros que afronté después de sacarme la titulación como detective privada.

No tendría más de veinticinco años y luchaba por ganarme la vida en una profesión, por lo general, ingrata. En el cine o en las películas, los detectives son gente enigmática, algo bohemia y muy estrafalaria. Por poner un ejemplo práctico, a mí Sherlock Holmes siempre me ha parecido un pedante, uno de esos tipos que se cree con una inteligencia superior a la tuya por el mero hecho de existir.

Aunque sí hay algo en lo que suelen acertar: muchos detectives tenemos cierta tendencia a boicotearnos a nosotros mismos. El propio Arthur Conan Doyle describió a Holmes como un aficionado al consumo de cocaína. En mi caso, lo que arrastraba era la muerte de mi padre, pero cómo no hacerlo.

Suponed que un día papá está bien. Lo llamáis por la noche,

habláis con él sobre lo que está leyendo, sobre qué ha hecho durante el día y qué planes tenéis para el fin de semana. Él responde que había vuelto con los Buendía a Macondo, que Ludovico Einaudi lo había acompañado y pregunta, por última vez y sin que lo sepas: «¿Cómo está mi pequeña Poirot?»… Recuerdo que esa noche lo llamé mientras esperaba a que mi amiga Anita bajase de su casa. Habíamos quedado para cenar. Mi padre volvía de trabajar de tarde noche y ese día se había entretenido, así que no lo vi. Yo había terminado de leer *Misery*, de Stephen King. Él siempre me decía que Annie Wilkes me daría pesadillas inimaginables… No deja de ser curioso que esa noche viviera en mis propias carnes la peor posible.

La cena se nos complicó. Un grupo de más amigas se unió más tarde y bebí tantos chupitos cucaracha que acabé vomitando en el portal de Anita. Ella, por supuesto, me obligó a dormir en su casa. La resaca me duró exactamente dos horas. Ese fue el tiempo que pasé con la baba resbalando sobre la almohada del cuarto de invitados hasta que Marisa, la madre de mi amiga, que jamás había sido muy dada a los abrazos, me rodeó con una ternura escalofriante. Supe que algo malo había sucedido. Es como esas llamadas nocturnas de alguien que no esperas, cuando por tu cerebro pasa la fugaz idea de una tragedia.

Me encontré a los sanitarios sacando el cuerpo de mi padre tapado en una camilla, y a mi madre entre los brazos de mi hermano. Me dio un ataque de ansiedad y tuvieron que darme una pastillita muy práctica que me hicieron colocar debajo de la lengua porque «actúa a toda caña», en palabras textuales del médico.

Esa noche se convirtió en mi cocaína. Recaía en ella pese a que me martirizaba. Sabía que durante toda mi vida llevaría en la espalda una mochila de piedras que me obligaría a luchar para mantenerme en la superficie.

Así que cuando una amiga de mi tío Ángel me pidió que siguiera a su marido porque sospechaba que la engañaba con otra, no pude evitar que los nervios me dominaran. Pasé una hora vomitando en el baño por la presión. ¿Y si fallaba?, ¿y si no podía convertirme en

detective tal y como le había dicho a mi padre?, ¿y si lo decepcionaba? Nunca he creído en Dios. No sé qué es lo que hay ahí arriba…, pero supongo que cuando perdemos a un ser querido nos aferramos a la idea de que, en alguna parte, sigue estando cerca de nosotros.

Finalmente, acepté el trabajo. Durante unos quince días reuní pruebas y descubrí que el fulano se veía un mínimo de una vez a la semana con una chica veinte años menor que él. Cuando se lo conté a su mujer no reaccionó llorando o llevándose las manos a la cabeza, simplemente asintió, sacó más de quinientos euros y me los puso delante arrastrando una frase lapidaria: «Ahora quiero saber todo de ella». Así que ahí fui, con mi viejo Seat y una cámara digital en la que había invertido todas las propinas ahorradas durante tres años de trabajo como camarera en un bar de mi querido Cangas.

Dos semanas después volví a presentarme delante de la amiga del tío Ángel con toda la información que quería sobre la amante de su marido. Y ¡oh, sorpresa! La chica apareció muerta dos días después.

Mi clienta había hablado con su marido y le había presentado el divorcio. Para él iba a ser la ruina, así que quedó con su amante en casa y la estranguló por puro odio. Encontré el cadáver cuando la amiga del tío Ángel me llamó. El marido había dejado allí el cuerpo, desnudo sobre la cama. Todo parecía apuntar a que, en un ataque de celos y amor propio, la mujer la había estrangulado, pero no fue así. Comencé a tirar de los hilos: releí los pósits rosas, revisé datos, grabaciones de la cámara de seguridad del portal (dicho sea de paso, aprendí la importancia de un soborno) e indagué en sus entornos laborales. El caso se cerró como una nueva víctima mortal de violencia de género, y el asesino sigue cumpliendo condena en la cárcel de A Lama. Por su parte, mi clienta ha rehecho su vida y se ha vuelto a casar con el director de un banco.

De ese primer caso saqué muchas cosas. De hecho, prácticamente todo lo tengo grabado en la cabeza. Recuerdo el ambiente enrarecido y sofocante que llenaba el aire de la habitación donde estaba la chica muerta. Tenía las mejillas coloreadas con puntos rojizos, los ojos inyectados en sangre y una mueca rara de agobio y

desesperación en la boca. Soñé con esa cara durante una semana… De hecho, jamás la olvidé. Sé que una parte de mí, una parte limpia e inocente, se quedó dentro de esa habitación. Las pocas veces que he vuelto a pasar por el edificio, en pleno corazón de Vigo, no puedo evitar que un escalofrío me recorra la columna.

Ahora, volvía a notar ese escalofrío, separada por un océano de esa casa. Estaba en una isla paradisiaca en mitad del Atlántico, pero de nuevo me vi en esa habitación asfixiante.

—¡Un momento de atención, por favor! —grité—. Me llamo Nora Pardo Méndez, inspectora Nora Pardo Méndez. Parece que nuestro intenso fin de semana de lluvia y paz se ha ido a la mierda. Han asesinado a una mujer y me encargaré de la investigación hasta que vengan los agentes a levantar el cadáver. Les agradecería, por favor, que colaborasen conmigo. Iré visitándolos uno a uno. —No tenía ningún temor de que escaparan, pues el temporal hacía completamente inviable abandonar la isla—, pero, antes, ¿alguien sabe quién es la chica fallecida? —Una mano se levantó al fondo—. Gracias —dije despidiéndome mientras me dirigía hacia allí.

Era un chico muy moreno y alto, probablemente estaría cerca de los dos metros. Lucía un cortavientos azul claro con capucha, que resaltaba una tez ennegrecida por el sol. Sorprendentemente, seguía llevando un bañador de flores y sobre la goma se apreciaba una riñonera oscura como esas que habían estado de moda en la década de los 2000. Al igual que yo, tenía los pies protegidos por altas botas de montaña. Los ojos eran oscuros y, sobre ellos, presentaba unas cejas anchas y frondosas. Tenía el pelo ensortijado y negro, igual que la barba, cuyo color carbón contrastaba con un aro plateado enganchado en una aleta de la nariz.

—Inspectora Nora Pardo. —Le tendí la mano.

—Joel Blasco… Soy el… Bueno, era… el amigo «especial» —hizo las comillas con los dedos— de Verné Dupont, la fallecida.

—¿Cómo sabe que es ella?

—Solo lo supongo, pero es la única que falta en el camping, y ayer la perdí de vista…

—¿Ha dicho Verné?, ¿como Julio Verne?

—Sí, señora…, pero con tilde.

—Señor Blasco, supongo que entenderá que debo hacerle preguntas y que algunas no serán fáciles de digerir…

—Lo entiendo, pero, por favor, llámeme Joel.

Me sorprendió lo entero que estaba. Acababa de perder a su amiga especial y, sin embargo, no le había visto derramar ni una sola lágrima.

—¿Qué relación tenía usted con Verné?

—Pues como le he dicho somos… é-éramos… —Le dejé respirar unos segundos y, de pronto, las lágrimas comenzaron a temblarle en los párpados—. Perdón, es que…

—No se preocupe, lo entiendo. Tómese el tiempo que sea necesario.

—Es que no sé por qué ha tenido que ser ella. Era una buena persona… —Estaba haciendo verdaderos esfuerzos por controlarse y finalmente lo consiguió tras permanecer más de un minuto callado.

Retomé la conversación.

—Me hablaba de su relación…

—Verné y yo no éramos novios. No nos gustaba esa palabra. Simplemente amigos. Eso utilizábamos.

—¿La clase de amigos que solo se acuestan o que viven juntos?

—La clase de amigos que se acuestan, que de vez en cuando duermen en casa del otro, pero que cogen tiendas separadas en una puta isla porque «no hay que precipitarse, que esto es una relación abierta»… Me siento tan… tan… gilipollas… Si hubiera estado con ella en la tienda…

—¿No estaba con ella?

—Verá yo… No sé si debería contarle esto a una poli.

—Creo que esa frase no le deja más remedio que hacerlo. —Sonreí intentando ganarme su confianza. Él me devolvió el gesto enseñando unos dientes blancos y bien colocados.

—Sí, supongo que sí. Antes de dormir me gusta… Bueno, relajarme.

—¿Relajarse?

—Fumar…

—¡Ah!, ¿un porro? —El chico se sorprendió ante la tranquilidad de mi comentario y solo asintió con la cabeza—. Yo también fumé por un tiempo —mentí—. Y no me sorprende, siga.

—Subí a lo alto del faro. Vengo aquí tres veces al año y repito el mismo ritual. La primera vez subo al primer catamarán de la temporada de verano. La segunda a mitad, cuando todo está a rebosar, y la tercera cuando la temporada está a punto de terminar y no hay apenas gente…

—¿Subió allí arriba a fumar? —Señalé lo más alto de la montaña.

—¿Hay algo de malo?

—De malo no hay nada; de sospechoso, un rato. Con la que ha debido caer esta noche, a juzgar por el terreno que estamos pisando, ha subido hasta lo alto de un faro que está a unos tres kilómetros y que le obliga a caminar durante cuarenta minutos de ida y otros cuarenta de vuelta para fumarse un porro. Y todo a, posiblemente, unos diez grados de temperatura… Y lo ha hecho mientras asesinaban a su «amiga especial»… ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Contado así suena ridículo…

—No lo suena. Lo es.

—Subí al faro porque me apetecía un canuto, ¿vale? Siempre fumo antes de dormir, da igual lo que haga antes. Esta noche no supe dónde estaba Verné durante mucho rato, pero siempre ha sido muy independiente. Así que me la sudó.

Me sorprendió cómo había cambiado su lenguaje. Intuía que no me estaba mintiendo, pero, si esa era su coartada, tenía que verificarla.

—¿Hay alguien que pueda corroborar todo esto?

—La madre del crío.

—¿La madre de Ignacio?

—No sé cómo se llama, pero sí, la madre del niño que encontró a Verné. Estuvo toda la noche intentando que folláramos… Yo había traído alcohol para pasarlo bien con Verné. Ella no estaba y yo no sabía dónde se había metido, así que comencé mi propia fiesta. La tienda de campaña estaba abierta, la mujer me vio bebiendo y me pidió una copa. Se acercó, nos alejamos un poco de todo esto, nos

liamos a hablar… —Esbozó una sonrisa taimada. Obviamente en su cabeza todavía reproducía todo lo vivido—. Bueno, la cuestión es que yo no quise acostarme con ella. Sé que le va a parecer una tontería, pero en el fondo yo quería a Verné.

—Sí, tiene razón. Me parece una tontería. Pero no estoy aquí para juzgar comportamientos, sino para descubrir quién mató a su «amiga especial». —Lo último lo pronuncié con tono burlón, aunque no pareció afectarle demasiado—. Volveré a hablar con usted.

Me di la vuelta conteniendo la rabia mientras él metía la cabeza de nuevo en su tienda. En el mundo criminal, los móviles de celos o desamores están a la orden del día. El chico me parecía sincero, pero también un caradura. El típico chulo guaperas que sabe que tiene rotas a muchas mujeres por un físico espectacular y sus pintas de rebelde despreocupado. Eso todavía me cabreaba más. En otra época, estos tíos eran la viva imitación de James Dean: tupé al viento, chupa de cuero, una moto que rugía como una bestia indomable y un cigarro del que daban caladas incesantes mientras fruncían el ceño con chulería. Ahora James Dean, el eterno rebelde de Hollywood, había dado paso a un melenitas con cortavientos, bañador y botas que llevaba un aro en la nariz y usaba términos como «canuto». ¿Evolución? Vete al c*arallo*, Darwin.

La única forma de verificar que no mentía era hablar con la madre del chico. No ponía la mano en el fuego, pero la historia de Joel sí cuadraba. Cuando Ignacio gritó y todos salimos de la tienda, lo vimos abrazado a su madre, que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no vomitar a los pies de su hijo. Recordé un fuerte olor a alcohol y la voz ronca de una mujer que distaba mucho de ejercer de madre, a juzgar por lo que había visto en apenas dos minutos que había compartido con ella.

Ojalá me equivocase.

7

Como papá y mamá

Unas horas antes

La tienda de Julia Álvarez tenía el mismo verde que las copas de los pinos. El modelo era de los más básicos, aunque dejaba el espacio suficiente para que tanto ella como su hijo estuvieran cómodos sin estar demasiado separados.

Antes de entrar, apunté un par de cosas sobre la conversación con Joel en los pósits rosas. Me los eché al bolsillo, doblé el cuerpo en un ángulo de noventa grados y rocé con sutilidad la tela que bordeaba la cremallera de la tienda de Julia Álvarez. Era una forma peculiar de llamar a la puerta. Vi una silueta acercarse hacia mí a través de la telilla verdosa y, con misteriosa lentitud, la cremallera se deslizó hasta abajo y me permitió ver más de cerca el rostro de la mujer a la que iba a interrogar.

Tenía el pelo pajizo y los ojos envueltos en unas ojeras que apuntaban a ser permanentes. Las cejas, finas y depiladas, le daban mayor tamaño a dos esferas azules que parecían calibrar hasta qué punto podría traerle problemas mi entrada en la tienda.

Llevaba una sudadera ancha de color gris que abultaba (quizá demasiado) en la parte del pecho. Los calcetines eran gruesos y de un rosa pálido y finalizaban a la altura del gemelo sobre unas mallas negras deportivas.

La madre de Ignacio me preguntó qué quería con unos labios anchos y carnosos, y yo le pedí amablemente que me permitiese entrar. Cedió, aunque no me pareció que lo hiciera muy convencida. Curiosamente, los papeles parecían haberse invertido en lo referente

al orden del interior de la tienda. El saco de Ignacio estaba pulcramente enrollado y guardado dentro de su funda de color caramelo. El de su madre, del mismo color que la tienda, seguía completamente deshecho y revuelto.

Le tendí la mano:

—Nora Pardo.

Ella no la aceptó y se colocó al lado de su hijo. Le pasó un brazo por el hombro, y el niño se puso tenso.

—Julia Álvarez —respondió sin amagar siquiera con devolverme el saludo—. ¿Qué es lo que quiere?

Una mujer directa y con poca simpatía por la policía la misma noche que se había cometido un asesinato. Visitar la fábrica de chocolate de Willy Wonka iba a ser una mierda comparado con mi día.

—Como les he dicho antes, hasta que lleguen más agentes seré yo quien se encargue de intentar aclarar qué ha ocurrido con Verné Dupont. Me gustaría hacerles unas preguntas, si no les importa. Empezaremos por ti, Ignacio.

—¿Por qué? —inquirió Julia con un gesto incisivo que no supe cómo interpretar.

—¿Le parece mal?

Solo había hablado con una persona y ya estaba cabreándome. «Serénate, Leonora», me dije mentalmente.

—No, no me parece mal. Solo quiero saber por qué está empezando las preguntas por mi hijo.

—No estoy empezando las preguntas por su hijo, pero comprenderá que necesito hablar con él para saber qué vio, cómo lo vio y cuándo lo vio. Me parece que no tengo que explicarle la gravedad del asunto… Si lo prefiere, podemos esperar a que lleguen mis compañeros, que seguro que estarán del mismo buen humor que yo.

Se echó hacia atrás en un gesto inconfundible de resignación. Me dirigí al crío, que todavía tenía el miedo metido en el cuerpo.

—¿Qué lees? —le pregunté mirando un libro que ocultaba bajo el trasero y con la firme intención de romper la tensión que su propia

madre había generado.

—*Harry Potter*…

—¿Cuántos años tienes?

—Diez y tres meses —contestó con cierto orgullo.

—¿Estás leyendo *Harry Potter* con solo diez años y tres meses? —Supe que ese «y tres meses» era importante desde que salió de su boca. El niño respondió a mi pregunta asintiendo.

—Es que mi hijo es muy listo —intervino Julia Álvarez con voz orgullosa. Acarició a Ignacio, pero él se apartó ligeramente. Fue un movimiento casi imperceptible, pero yo estaba pendiente de cada gesto del chiquillo y lo identifiqué a la perfección. Había reaccionado igual que cuando su madre le había puesto el brazo sobre los hombros.

—Y tanto que es muy listo. ¿Entiendes bien el libro, Ignacio?

—De momento sí…

—Y no me digas más. ¿De mayor quieres ser mago?

—Escritor. —Ensanchó todavía más la sonrisa que provocaban mis halagos.

—Escritor, ¿eh? Es una profesión dura, pero te voy a contar un secreto: me llamo como el personaje de un poema.

—¿En serio? —Sus ojos azules, sin duda heredados de su madre, brillaban de curiosidad.

—Y es un nombre rarísimo…, Leonora. Cuando seas algo mayor te dejaré un libro que se llama *El cuervo*. Uno de los personajes se llama así. Aunque mis amigos, entre los que te incluyes, lo abrevian: soy Nora.

El crío sonrió. Le convencía la idea de tenerme como amiga. Al contrario que a su madre, que seguía sin perder detalle de cada una de mis palabras.

—¿Cuál estás leyendo?

—El segundo: *La cámara secreta*.

—¿¡No me digas!? Y además veo que casi lo estás terminando. Es mi libro favorito de nuestro amigo Harry. ¿Ya han entrado en la cámara? —Asintió, y entonces supe que tenía su confianza ganada. Nora 1-Julia 0—. Te voy a explicar todo lo que está pasando en las

Cíes para que lo entiendas: alguien ha hecho cosas tan malas como el monstruo del libro. Quiero descubrir qué ha pasado, pero para eso necesito que seas como Ron y Hermione y me ayudes. ¿Lo harás? —Volvió a asentir, esta vez con más ahínco.

—¿Por qué saliste de la tienda tan pronto, Ignacio?

—Tenía pis…

—¿Y no despertaste a tu madre?

—Ya soy mayor, puedo ir solo. —Sonaba a respuesta muy pero que muy ensayada. Lo obvié y decidí seguir. A ver hasta dónde me llevaba todo eso.

—¿Y cómo te desviaste hasta una playa que está a casi tres kilómetros?

—Vi la sangre…

—¿La gota?

—Había una mancha de sangre justo en la puerta. —Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no mirar a su madre.

—¿Y la seguiste?

—Quería saber qué era…

—Puede que te dé miedo, Ignacio, pero debes pensar que ha sido muy importante y tú has sido muy valiente. Dime, ¿qué viste al llegar a la playa?

—Vi…

Julia Álvarez se incorporó. Su mirada echaba fuego.

—Oiga, ¿esto es necesario? Supongo que recordará cómo ha vuelto hace un rato…

Sí, claro que recordaba cómo había vuelto: como lo haría cualquier crío de diez años que se encuentra a un grupo de gaviotas comiéndose un cadáver. Y también recordaba cómo su madre luchaba por no echar la pota a sus pies mientras él temblaba y se aferraba a ella, intentando que la mujer más importante de su vida le extirpara ese recuerdo de la cabeza. Ah, y sí, por cierto, Julia, también recuerdo que olías tanto a alcohol que tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no echarme para atrás.

Apreté los labios y respiré profundamente por la nariz. Después contesté con toda la calma que me fue posible.

—Sí. Es necesario. —Fui escueta, cortante y directa. «Y créame, Julia, le aseguro que en el fondo debe agradecérmelo», dije para mis adentros.

La mujer retrocedió con gesto agrio, e Ignacio, tras mirar a su madre, siguió prestándome atención.

—Te preguntaba qué habías visto al llegar a la playa.

—Había… había muchas gaviotas. Miles de gaviotas. Y todas parecían pelearse. Chillaban muchísimo. Muy muy fuerte… Estaban dando vueltas sobre algo y todas subían y bajaban constantemente.

—Lo que… —¿Cómo podía preguntarle lo que le iba a preguntar sin traumatizarlo todavía más?—. Lo que había debajo de ellas, por lo que subían y bajaban, ¿lo viste?

—Era una chica rubia. Como la que vino en el barco con acento francés. Como Fleur Delacour en la película de Harry…

Le dediqué la más ancha de mis sonrisas para demostrarle que había captado la referencia. Él siguió.

—Ella estaba…

«Muerta», completé mentalmente.

—Sí, lo sé. Yo también la vi. No te preocupes —le corté—. ¿Habías vuelto a ver a esa chica?, ¿o solo en el barco?

—Solo en el barco, pero…

—¿Sí? —lo apremié.

—Por la noche la escuché hablar con alguien… Con un señor. Hablaban fuerte… Como… —Le dejé seguir. Presentía que ahí había algo y no quería estropearlo. El niño miró a su madre. Lo hizo con pena. La distinguí con tanta nitidez que el corazón se me encogió—. Como cuando papá y mamá discuten.

Julia Álvarez abrió mucho los ojos y fulminó a su hijo, que agachó la cabeza como un cachorrillo que sabe que se ha meado en casa. Obviamente, y como no podía ser de otra manera, la madre la pagó conmigo.

—¿Ha terminado ya con él o piensa seguir creando problemas?

No iba a entrar en su juego. Entre otras cosas porque acababa de encontrar agua en el desierto: Verné Dupont había discutido con alguien antes de morir. Alguien los había escuchado. Tenía un buen

hilo del que tirar y eso era lo más importante.

—Sí. He terminado. Ahora le toca a usted —respondí con seriedad.

Julia Álvarez miró a Ignacio con sus profundos zafiros, que resplandecían de pura rabia. Después volvió a clavarlos en mí y me regaló la mejor y más ensayada de sus sonrisas falsas. Por dentro, esa mujer estaba matándome lenta y dolorosamente… ¿igual que a Verné? Aún era pronto para saberlo, pero iba a averiguarlo. Si la odiaba tanto como parecía odiarme a mí, no era descabellado pensarlo.

—Ignacio, sal fuera.

—Pero…

Vi cómo Julia Álvarez se tragaba la rabia y cómo esta se le deslizaba de forma amarga por el gaznate hasta caer en el estómago y provocar una mueca iracunda. Toda una reacción en cadena producida, simplemente, porque su hijo no le había obedecido a la primera. No entendía muy bien a qué se debía esa burda demostración de autoridad, pero tenía claras dos cosas: esa mujer no me intimidaba lo más mínimo y su hijo me daba verdadera lástima (aunque ese problema no era de mi incumbencia).

Ignacio obedeció de mala gana y, pese a la intensa lluvia que caía, salió de la tienda para que yo hablara con su madre.

—¿Puedo fumar? —preguntó Julia en cuanto su hijo cerró la cremallera.

—Es su tienda —respondí.

Encendió un cigarro, y la columnita de humo inundó el espacio. Cruzó las piernas, dio la primera calada sin mirarme y habló.

—Pues usted dirá…

—¿Dónde estuvo ayer por la noche?

—En mi tienda —mintió.

—No me haga esto más difícil, Julia. No me está diciendo la verdad y le aconsejo, por su bien, que lo haga. —Hubiera añadido «y por el de su hijo», pero tenía la impresión de que eso le importaba más bien poco.

—¿Me acusa de mentir?

—La acuso porque he hablado con una persona que asegura que estuvo con usted por la noche.

Ella bufó y chupó otra vez el cigarrillo.

—¿Ha hablado con Joel?

—Dice que estuvieron juntos, que bebieron y que usted le propuso mantener relaciones sexuales. Él dice que se negó y después subió hasta el faro…

—Eso es lo que dice él.

—¿Tiene usted otra versión?

—Yo lo vi caminar hacia el faro, pero no vi cómo subía. Por mí como si se quedó en el bosque dándose cabezazos contra un árbol.

—Así que sí estuvo con Joel anoche… ¿Sobre qué hora volvió a su tienda?

—Alrededor de la una… Mi hijo puede confirmárselo.

Me ahorré el preguntarle qué había hecho durante todo ese tiempo su hijo de diez años SOLO en la tienda de campaña.

—Una última pregunta, Julia. ¿Conocía usted a Verné Dupont?

La mujer cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Dio una última calada al cigarro y lo apagó en un cenicero cónico portátil. Lo cerró, lo metió en una bolsa y lo arrojó cerca de la parte superior de su (todavía deshecho) saco de dormir. Lo seguí con la mirada hasta distinguir lo que me pareció el culo de una botella de cristal completamente vacía.

—Esa tía era una verdadera zorra.

A eso lo llamo yo captar la atención.

—¿Cómo?, ¿entonces la conocía de antes?

—De nada. No he hablado con ella en mi vida. Pero sé que era una puta niñata. Si viese las cosas que Joel me contó… Le quedaba grande.

Saqué el pósit rosa y anoté y subrayé varias veces la palabra «DESPECHO». Julia estiró el cuello para ver qué ponía, pero antes de que pudiera verlo ya me lo había vuelto a guardar en el bolsillo.

—¿Joel y ella no se llevaban bien?

—No lo sé. Quizá Joel tenía problemas con ella. Desde luego eso me pareció por lo que me contó. La diferencia de edad tenía que

notarse por algún sitio.

Pensé en que esa diferencia de la que hablaba sería la misma que ella compartía con el «amigo especial» de Verné Dupont, pero, de nuevo, mantuve la boca cerrada.

Me despedí de Julia Álvarez bastante satisfecha con el interrogatorio. Había sacado un buen hilo del que tirar. Parecía que Verné y Joel tenían problemas en su relación abierta y además Ignacio los había escuchado discutir. «No está nada mal», me felicité.

Al salir de la tienda vi a Ignacio esperando para entrar a apenas dos metros de mí. Estaba empapado y se aferraba con fuerza al libro que antes me había enseñado. Hinqué una rodilla en el suelo para ponerme a su altura. Sus ojos azules eran idénticos a los de su madre.

—Ignacio…, ¿a qué hora entró tu madre en la tienda?

—Sobre la una —respondió el chico con rapidez.

—Vale… Oye…, si alguna vez pasa algo… malo… —en sus ojos vi el temor; no era la primera vez que tenía esta conversación en referencia a la que debía ser uno de los pilares de su niñez—, mi tienda es esa de ahí, la negra. —La señalé con el dedo. Él asintió, pero en su cara no había agradecimiento, sino preocupación. Me puse de pie y giré la cabeza hacia la tienda de Julia Álvarez mientras su hijo corría a resguardarse de la tormenta. La madre mantenía sus ojos fijos en mí. No nos gustábamos y a ninguna le suponía un problema que la otra lo supiera.

Cuando Ignacio desapareció dentro, Julia Álvarez cerró la cremallera desafiándome con la mirada. Ahora fui yo la que tragó una bola de rabia: «No te preocupes, Julia, ya tendremos tiempo de hablar sobre quién causa problemas a tu hijo».

8

Mentiras y hallazgos

Unas horas antes

Volví a la tienda de Joel Blasco decidida a saber por qué había discutido con su amiga especial la noche que fue asesinada. La cremallera solo estaba abierta por una única y pequeña rendija. No le encontré sentido hasta que la deslicé y me topé con el chico fumando un porro. En cuanto vio mi cara se incorporó de golpe del saco en el que estaba tumbado e intentó ocultar el cigarro.

—Ya me ha dicho que fumaba, no hace falta que lo esconda. Aunque, sinceramente, la próxima vez que quiera hacer un submarino usted solo, le recomiendo que no lo haga dentro de una tienda de campaña.

El James Dean del siglo XXI se tranquilizó y relajó sus movimientos, aunque tuvo a bien apagar el cigarro y dejarlo sobre un plato de plástico blanco que tenía en la cabecera del saco de dormir y que usaba como cenicero. Después se colocó de rodillas y se echó ligeramente hacia atrás. Lo tomé como una invitación a entrar y me senté frente a él.

—He hablado con su amiga Julia y me ha confirmado que estuvo con usted ayer por la noche…

—¡Se lo dije!

—Pero comenta que lo vio caminar hacia el faro. Nada más. Dice que pudo usted desviarse…

Palideció. Sin duda no esperaba ese revés. En el pósit rosa la palabra «DESPECHO» se volvió todavía más grande. Seguí hablando. La opción de que se hubiese desviado de su ruta era solo una

posibilidad y no podía confirmarla… Aunque pensaba hacerlo tarde o temprano. Decidí darle el golpe necesario.

—Joel, sé que usted discutió ayer por la noche con Verné. —Hablé con lentitud y tranquilidad, para que mi mensaje calase lo suficiente.

El amigo especial de la víctima agitó ligeramente la cabeza y parpadeó tres veces. Después la boca reflejó toda la incredulidad propiciada por la acusación.

—Pero… si yo no estuve con ella en toda la noche. Se lo dije antes. Por eso decidí comenzar la fiesta yo solo y por eso pensé en tirarme a la madre del crío. La última vez que la vi fue por la tarde noche. Luego no sé dónde cojones se metió.

—Entonces, según usted, ¿con quién discutió la señorita Dupont?

—Supongo que con Manuel, ¿no?

¿Qué significaba ese «no»?, ¿se suponía que tenía que saberlo?, ¿quién coño era Manuel? Joel debió de ver todas esas dudas reflejadas en mis gestos, porque me lo aclaró al momento.

—Manuel Ramos, su exnovio. Está en el camping.

—¿Su exnovio está aquí?, ¿y por qué no me lo dijo? —Estaba muy cabreada.

—Usted no me lo preguntó en ningún momento… Es más, ni siquiera tengo idea de qué hace aquí el muy hijo de puta.

—¿Sabía Verné que estaba aquí?

—Se enteró cuando ya estábamos en la isla. De haberlo sabido antes, dudo que hubiese subido al barco.

—¿No lo vio?

—No, supongo que…

No le presté atención. Intuía por qué no lo había visto. Con toda la lluvia que estaba cayendo durante el viaje, la mayoría nos resguardamos en el interior del catamarán. Yo misma estuve allí y no vi a ningún hombre solo. Recordaba al matrimonio mayor, a Julia Álvarez con Ignacio, al padre con su hijo, a varias parejas entre las que se encontraban Verné y Joel e incluso a la pareja de chicos, pero no vi a nadie sin acompañante… Supongo que si él sí sabía que Verné iba en el barco y quería permanecer oculto, la

mejor forma de hacerlo era quedarse en la parte superior del catamarán pese a la lluvia.

—Joel, ¿por qué Verné no se hubiera subido al barco si hubiese visto a Manuel?

—Verné era una mujer peculiar. Evitaba hablar de más sobre su pasado, y yo tampoco le preguntaba. Todos tenemos el nuestro y hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos. Supongo que usted también.

Disimulé una mueca avergonzada con una sonrisa. Claro que había hecho cosas de las que no estaba orgullosa. Sin ir más lejos estaba mintiendo a toda esa gente. Aparté el pensamiento y seguí intentando averiguar algo más sobre Manuel Ramos.

—Sí, yo también tengo cosas de las que avergonzarme, claro. Pero eso no responde a mi pregunta.

—Lo poco que sé es que Verné no estaba a gusto con Manuel y lo dejaron. Creo que Manuel se obsesionó un poco con ella… Pero, más allá de eso, tendrá que preguntarle a él, porque Verné lo mencionaba poquísimo.

—¿Cuál es su tienda?

—La que es su viva imagen. La más grande y cara de todo este puto sitio… Una marrón y blanca que está a unos diez metros a la izquierda de esta.

Salí de la tienda de Joel algo mareada por el olor del porro. Levanté la cabeza y dejé que las gotas me refrescaran la cara. Sentí el frío por los poros de la piel y eso me quitó ligeramente el mareo. En otro pósit apunté «Exnovio». Para la última «o» tuve que echar el aliento en la punta del bolígrafo, que ya se me estaba quedando sin tinta.

Reconocí perfectamente la tienda a la que se refería Joel. Era todo un armatoste y, si uno se fijaba, se daba cuenta de que no tenía sentido que en esa tienda solo hubiera una persona. Ese tipo no había ido a un camping en toda su vida. La tienda era de color marrón, aunque una ancha franja de color blanco la partía por la mitad. Estaba dividida en dos zonas, la primera como un pequeño porche donde calculé que podrían dormir tres personas, o incluso

cuatro. La segunda era la parte interior y estaba a punto de descubrir su tamaño.

Me acerqué hasta allí, me coloqué de rodillas en el porche y saludé desde fuera. La cremallera se deslizó pronto. Un hombre de unos treinta años me miraba con curiosidad. Tenía los labios gruesos y la nariz ancha. Las cejas estaban muy depiladas y parecían querer agrandar dos ojillos diminutos.

—¿Quiere algo? —Cuando habló, me permitió ver unos dientes excesivamente blancos (más de lo natural).

—Soy la inspectora Nora Pardo. Estoy investigando la muerte de su exnovia.

«Buen golpe», me dije.

—Sí… Es una lástima, aunque no me extraña, ¿sabe? Era una mujer… peculiar.

«Curioso», reflexioné. El mismo adjetivo que había utilizado Joel.

—¿Le importa que pase? Aunque aprecio la comodidad de su —pensé la palabra— porche, me parece que dentro tendríamos más intimidad.

—Cómo no, inspectora. —Su voz cambió radicalmente a un extraño tono que no supe diferenciar. Estaba entre el cortejo y el exceso de pedantería.

Se echó a un lado y entré en la segunda parte de la tienda. Tenía la misma anchura que la primera, así que fácilmente cabrían unas tres o cuatro personas. Manuel, al estar solo, había aprovechado el espacio. Sobre el suelo había una pequeña neverita, una mesita plegable, una silla de playa con dos libros encima y una fina tablet de última generación. Él no tenía un saco de dormir, sino un colchón hinchable de casi un metro de alto. Al lado había otra mesita plegable, más pequeña que la anterior, con un farolillo encima y un reloj de pulsera digital. Una de las patas servía de soporte para una gran mochila de acampada gris con un sinfín de correas que se extendían por el suelo serpenteando como culebras planas.

—Permítame un segundo —dijo Manuel Ramos mientras apartaba los libros y la tablet de la silla plegable y los colocaba sobre la

mesa. Después, con gesto caballeroso, me ofreció el asiento.

Me dejé caer sobre la silla playera, y él se sentó en el borde del colchón hinchable. Llevaba un pantalón de chándal impermeable de color negro y una chaqueta de tono verde militar por encima. Iba descalzo, pero se puso unas zapatillas marrones de estar por casa de color caqui y aprovechó la posición para echarse el flequillo para atrás.

Tenía el pelo oscuro, aunque en algunas zonas se adivinaban hebras grises que reflejaban unas canas tempranas. Seguramente, las primeras las habría tenido antes de cumplir los treinta. El peinado era moderno, con los laterales rapados y la parte de arriba fijada hacia atrás con algún tipo de gel.

Distaba mucho de lo que era Joel. Su físico me recordó a un botijo con las caderas y los muslos excesivamente anchos. No había músculos bajo toda esa ropa de demasiada calidad como para venir a disfrutar de un camping.

—Usted dirá, inspectora. —Seguía manteniendo ese tono que yo no conseguía identificar.

—Como le he dicho, estoy investigando la muerte de la señorita Verné Dupont. Sé que usted era su exnovio.

—Fuimos pareja durante un tiempo… Supongo que lo sabe por Joel, ¿no? —Asentí, y él continuó hablando—: Ese pobre chico… A mí me daba pena. Verné Dupont no era trigo limpio. En casi dos años que estuve con ella jamás supe ciertas cosas… Digamos… comunes en una pareja.

—¿Comunes?

—Me ocultaba cosas. Si yo le preguntaba dónde había estado, me saltaba con una evasiva. Si le preguntaba con quién había estado, igual… No sé, cosas lógicas que no hay por qué ocultar. Y por supuesto era muy celosa de su privacidad. Muy pero que muy celosa.

—Se nota por qué eran exnovios…

—¡Oh, no, no! De verdad, no me malinterprete. Lamento de veras lo que le ha pasado y me da mucha pena… Pero, como le digo, no era trigo limpio y eso me hace pensar que tenía algún enemigo.

—¿Ese enemigo podría ser usted?

Entornó mucho los ojos y se pasó la lengua por el labio superior. Su interpretación del pobre y amable exnovio de la víctima podría haber colado antes, pero no ahora que sospechaba que había discutido con Verné. Presentía que su actitud estaba a punto de cambiar, igual que había pasado con Joel cuando puse en duda su coartada sobre el faro.

—¿Por qué iba a querer yo matar a Verné? —Notaba a la perfección cómo intentaba serenarse.

—Yo no lo he acusado de eso.

—No explícitamente, pero ambos sabemos qué conlleva la pregunta que me ha hecho. ¿Por qué sospecha de mí?

—Usted discutió con Verné pocas horas antes de desaparecer. Tengo testigos.

Para mi sorpresa, Manuel Ramos no lo ocultó y confesó con absoluta normalidad el enfrentamiento, como si fuera algo que le preocupaba más bien poco.

—Discutimos, sí. Vine hasta aquí por ella, ¿sabe? Quería hablar con ella sobre Joel… Me había llegado que era un picaflor, uno de estos chulitos que pasa de polvo en polvo, y yo no quería que le hiciera daño a Verné.

—Me va a disculpar, señor Ramos, pero, tal como Joel y usted hablan de Verné Dupont, no tenía pinta de ser alguien que necesitase que lo protegieran de un hombre.

—Me va a disculpar usted a mí, inspectora Pardo, pero, a tenor del cadáver que hay en la playa, creo que se equivoca.

—¿Esa acusación apunta directamente a Joel?

—No sé si apunta o no apunta a él. Para eso está usted. Lo que sé es que yo no la maté.

—¿Qué hizo usted después de discutir con la señorita Dupont?

—Me volví a mi tienda.

—¿Puede confirmarlo alguien?

—No. Solo yo. Tendrá que fiarse de mí.

—Mi trabajo no consiste en fiarme de la gente, consiste en averiguar quién mató a su exnovia y por qué lo hizo.

—Bueno, para eso ha venido a mi tienda, ¿no? Porque cree que soy sospechoso.

Contesté con otra pregunta.

—¿Dónde estuvo durante el viaje? Yo fui en el barco y no recuerdo verlo…

—Fui en la parte de atrás. No quería que Joel me viese… Pero ¿qué pasa?, ¿por qué no responde a lo que le he preguntado?, ¿ha venido porque cree que soy sospechoso? —insistió.

—Obviamente. No lo voy a engañar. Si no ha hecho nada, puede estar tranquilo, pero, si es usted el culpable del crimen, le prometo que descubriré cómo lo hizo y me aseguraré personalmente de que acabe en prisión.

Manuel Ramos me dedicó una mirada condescendiente. Después se levantó, apoyó las manos en la parte baja de la columna y se estiró. Caminó a mi alrededor elucubrando qué hacer a continuación. Pasó medio minuto hasta que oí otra vez su voz.

—Yo nunca le haría daño a Verné, inspectora Pardo. Solo quería lo mejor para ella.

«Una frase típica de un maltratador». Guardé el comentario para mí y le dejé continuar.

—Que piense que no era trigo limpio no significa que desease su muerte. —Cambió el tono al mismo con el que me había recibido en la entrada—. ¿Cómo puedo ayudarla?, ¿qué quiere saber de Verné?

—Enemigos, amigos, familia, aficiones, quién querría verla muerta… Todo, Manuel. Quiero saberlo todo sobre ella.

—Verné no tenía familia. Al menos, desde que estuvo conmigo jamás mencionó a nadie. Le contaré todo lo que sé de ella, pero, antes, ¿quiere un café? Tengo una maquinita portátil y, si no le importa, voy a prepararme uno.

Decliné la oferta porque no quería establecer con él una relación mayor de la necesaria. Mi sensación era que la actitud colaborativa de Manuel Ramos ocultaba algo. No sabía qué era, pero pensaba averiguarlo. De momento, me limitaría a tratar de obtener la mayor cantidad posible de información sobre Verné Dupont.

Elaborar un perfil de la muchacha era algo fundamental para

descubrir quién la había asesinado y por qué. A menudo, cuando se llega a la escena de un crimen se piensa en buscar pistas: un arma, un testigo… Pero a veces el pasado de la propia víctima es casi tan importante como las anteriores. Este era uno de esos casos. Solo averiguando el pasado de Verné Dupont sería capaz de descubrir los motivos que llevaron a alguien a matarla. Su estilo de vida, su forma de ser, sus trabajos, su educación, si tenía o no enemigos… Demasiadas cuestiones para resolver en una hoja en blanco que debía rellenar para saber quién era esa chica francesa que había viajado un fin de semana de septiembre a las islas Cíes para no volver jamás. Y obviamente un exnovio es una parte básica del pasado.

La pequeña cafetera era cilíndrica. Tras meter la cápsula y pulsar un botón, emitió un borboteo y un cálido y tostado olor llenó por completo la tienda. Me trasladé a los sábados con mis padres, a las mañanas de fin de semana donde desayunábamos todos juntos y papá preparaba café antes de que cada uno ocupase su respectivo asiento en el salón con un libro en la mano.

«Mi pequeña Poirot». Lo escuché tan nítido que me puso la piel de gallina.

Siempre me ha parecido extraordinaria la capacidad que tiene el ser humano para habituarse a algo que considera normal. El beso de una madre, el abrazo de un padre, el derecho a que le cuiden cuando está enfermo, el acceso tan fácil y sencillo a una educación… Mis abuelos paternos (los otros fallecieron antes de mi nacimiento) siempre nos repetían una frase a mi hermano y a mí cuando no queríamos algo de comer: «Cómo se nota que no habéis pasado hambre».

No entendí el concepto en su totalidad hasta que tuve que hacer un trabajo del colegio sobre la Guerra Civil. Tenía dieciséis años y me pareció buena idea entrevistar a mis abuelos para escribir algún tipo de artículo periodístico al respecto. Creo que fue una de las pocas veces en las que un trabajo escolar me ha servido de algo (con todo el respeto a los aburridísimos libros que mandan).

Mi abuelo me contó que cuando estalló la guerra, y también

durante la posguerra, pasó mucha hambre. En una ocasión, su vecino había tenido que sacrificar y enterrar a un cerdo que tenían porque estaba muy enfermo. No pudieron aprovechar nada de él porque era completamente tóxico, pero en su casa eran solo dos personas, así que tenía suficiente comida. Mi bisabuelo, sin embargo, tenía que alimentar a su mujer y a sus ocho hijos. Le pidió al vecino desenterrar al cerdo para tener algo que llevarse a la boca. El vecino puso pegas al principio, pero finalmente accedió. Dos de mis tíos abuelos murieron días después de haberlo comido y los otros seis, entre ellos mi abuelo, estuvieron enfermos durante varias semanas hasta que se recuperaron. Cuando me habló sobre ello se le saltaban las lágrimas. Solo me repetía una y otra vez que eso era la verdadera guerra, lo que no aparece en los libros de historia.

Desde ese día jamás me volví a quejar de la comida y empecé a comprender lo poco valorado que está abrir la nevera y encontrar siempre alimentos que llevarse a la boca. Cuesta imaginarse un mundo en el que algo a lo que se supone que tienes derecho se tambalea. Por ejemplo, que no esté alguno de tus pilares fundamentales en la vida. Yo no me lo imaginaba y ahora sigo sin creerme que esas mañanas de fin de semana, de tostadas, de libros, de que me agiten el pelo llamándome «mini-Poirot» y de café recién hecho sean solamente recuerdos.

Me invadió una sobrecogedora tristeza que incluso me hizo notar una punzada en el pecho. Ojalá pudiera decir que desperté de mis pesadillas con más fuerza y que le apreté las tuercas a Manuel Ramos, pero de eso nada. De hecho, fue la primera vez que dudé de si sería capaz de resolver todo esto… y también la primera en la que dudé de si mi padre estaría orgulloso… Con la voz temblorosa y pequeñas lágrimas meciéndose en mis párpados, le pedí una taza de café al exnovio de Verné Dupont. Porque de poco iba a servirme no establecer una relación más allá de lo necesario con él si no era capaz de interrogarlo.

El café estaba bueno y me relajó. La cafeína, por supuesto, me cargó las pilas para todo lo que se me avecinaba, que suponía que era mucho, pero el olor y el sabor me permitieron centrarme,

apartar el doloroso recuerdo de mi padre y regresar a lo más importante: ¿quién mató a Verné Dupont?

Me disculpé con Manuel Ramos por ese momento de bajón y retomé el interrogatorio.

—¿Cuándo conoció usted a Verné Dupont, señor Ramos?

—Sería el año… —levantó la vista al techo como si lo ayudase a pensar— 2013, más o menos. Ella llegó de Barcelona con veintiuno o veintidós y, si no me equivoco, ahora estaba cerca de cumplir los veintiocho.

Me ahorré cualquier comentario sobre que hubiese disimulado no recordar su cumpleaños. Ese tío había ido expresamente a las Cíes por ella. Dudo mucho que no recordase el día en el que nació Verné. Lo obvié y seguí rellenando mi libreta mental.

—¿De dónde era?

—Francesa. De París. Permaneció allí unos dieciocho años antes de venir a España. No tenía familia. Nunca me presentó a nadie ni me habló de nadie. Vivió en un orfanato… No sé el nombre. Algo del Ejército…

—*Orphelinat des Armées*. El orfanato del Ejército.

—¿Sabe francés?

—No se me da mal —atajé sin más explicaciones—. ¿La conoció en Francia?

Sonrió con nostalgia y le dio un trago al café.

—No, no, para nada. Fue aquí, en Vigo. Cambió París por Barcelona en cuanto cumplió la mayoría de edad y luego pasó a Galicia. Vino aquí sin nada, y el azar hizo que nos encontráramos. Lo recuerdo perfectamente. Era una mañana de mayo. Yo estaba en la universidad, a punto de terminar la carrera, y había salido con varios de mis amigos. No era una celebración de nada, simplemente salimos como muchos otros grupos de chicos de mi edad. Pasamos la noche de bar en bar y de discoteca en discoteca. Ya había amanecido y yo, para qué voy a mentirle, iba bastante tocado. De hecho, creo que bastante se queda corto. Estaba volviendo a casa cuando me la encontré. Estaba sola, resguardándose del frío en un portal de la calle Príncipe. Me paré allí porque la vi tan joven que

pensé que le había pasado algo. Se asustó un poco cuando le puse la mano en el hombro, pero se relajó cuando empezamos a hablar. Era tan guapa… Tenía la piel blanquecina y unos ojos tan tan azules… Se lo aseguro, inspectora, nunca veré a una mujer más guapa. —Le sonreí. Necesitaba que siguiese hablando—. Le pregunté si estaba bien y si necesitaba algo, y ella, con esos dientes tan blancos, me dijo que no le hiciera daño… ¿Se lo puede creer, inspectora? Que no le hiciera daño… ¡Por Dios! Si yo solo quería cuidarla. Cuidarla todos y cada uno de los días de mi vida. Fue amor a primera vista.

Mantenía mi sonrisa fingida y amable, pero por dentro estaba cada vez más convencida de que Manuel Ramos escondía algo muy pero que muy malo. El perfil del exnovio de Verné era muy claro: un controlador compulsivo con un exceso de ego y acostumbrado a tener todo lo que quería. Desconocía, y quizá siempre sería así, si en alguna ocasión llegó a ponerle la mano encima a Verné, pero estaba casi segura de que la había maltratado psicológicamente. Solo podría juzgarlo por sus actos si tenían relación con la muerte de su exnovia. Estaba obligada a disimular.

—Y de ahí al amor, imagino…

—Yo la invité a mi casa y ella se negó a venir, pero le di cincuenta euros para que se comprase algo caliente. No quiso aceptarlos, pero los dejé ahí y me fui. Estuve cerca de dos semanas acercándome todos los días a verla con flores, bombones, ropa… Al principio no conseguía conquistarla, pero un buen día entendió que era lo mejor para ella y dijo «sí».

«“Lo mejor para ella”…, serás capullo».

—Es una historia de película, Manuel… —Otra vez mi sonrisa falsa. Los detalles sobre su relación no iban a aportarme nada nuevo. Al menos de boca de Manuel. Él seguía convencido de que Verné y él habían vivido un cuento de hadas. Seguramente negaría cualquier acusación, y yo no tenía ninguna prueba para provocar que diera un paso en falso. Jacques Rousseau, el filósofo de idéntico origen que mi víctima, dijo que la paciencia es amarga, pero sus frutos son dulces. Y a mí el dulce me pirra—. ¿Sabe algo más de su etapa en Barcelona? —cambié de tercio.

Ya sabía a quién preguntar sobre la relación entre Verné y Manuel.

—Sé que pasó allí varios años antes de venir.

—¿Alguna amiga, contacto o lugar de trabajo que pueda recordar?

—Sí… Ahora que lo menciona. Bueno, no sé si tendrá importancia, pero una vez sí se le escapó que trabajaba en un bar que se llamaba Nimfea Blava. Recuerdo el nombre porque le pregunté si significaba «ninfa azul», y me dijo que *nimfea* es «nenúfar» en catalán.

—¿Sabe qué tipo de bar era?

—No. No tengo ni idea. Si ella no quería hablar de Barcelona, yo tampoco.

—Muy bien, señor Ramos. Solo tengo una pregunta más que hacerle antes de irme… ¿Cómo era su relación con Verné cuando lo dejaron?

—Sin más, inspectora. Aunque lo nuestro terminó hace ya un tiempo, por fin habíamos vuelto a hablar y a contarnos algunas cosas. Yo la apreciaba, de veras que sí. Por eso me duele tanto lo que le ha pasado. Fue alguien de quien estuve enamorado y eso no se olvida, ¿no cree?

—Bueno, ya sabe lo que decía Van Gogh: «El amor es algo eterno. El aspecto puede cambiar, pero no la esencia».

Le di las gracias de nuevo por el café y salí de la tienda no sin antes esbozarle, otra vez, mi encantadora sonrisa falsa.

En el exterior la lluvia se había detenido, aunque el cielo todavía estaba cubierto por unas enormes nubes grises que apenas dejaban que se apreciara el sol. El Atlántico seguía muy revuelto desde el horizonte, batiéndose contra las paradisiacas playas de las Cíes y dándole al paisaje un aspecto bélico y ancestral. El oleaje engullía el puente dos Nenos de forma intermitente y convertía el camino de piedra en una especie de portal mágico que conectaba el interior de la isla con el único punto de retorno.

Me acerqué hasta él con cautela. Las olas rompían con ferocidad contras las rocas, y el viento llevaba hasta mí las gotas como si

fuesen los restos de una batalla naval. Respiré hondo; necesitaba desatar las cadenas que habían apresado mi cerebro en el último encuentro con Manuel Ramos. El recuerdo de mi padre me había destrozado y obligado a hacer un esfuerzo sobrehumano por mantenerme serena.

Lloré por él, por su pérdida y por el injusto préstamo que me había hecho la vida. ¿Por qué dejármelo un par de años para luego arrebatármelo tan pronto? Eso son los traumas: las torturas que nos recuerdan, de vez en cuando, nuestro propio ser.

Cuando agoté todas las lágrimas (y no fueron pocas), saqué el teléfono móvil y marqué el tercer número de mi lista de favoritos, solo por detrás de mi madre y mi hermano. Sabía que todo lo que había averiguado hasta ahora era importante, pero era consciente de que iba a necesitar ayuda del exterior. Ana Meléndez contestó al tercer o cuarto tono.

—¿Qué pasó, chula?

Anita era mi mejor amiga desde que tenía tres años. Habíamos crecido juntas (prácticamente puerta con puerta en Cangas) y ambas habíamos opositado para formar parte de la Policía Nacional. La diferencia es que ella sí había entrado, mientras que yo, tras mi segundo suspenso, decidí compensar a mi padre y hacerme detective privada.

Pero ese era uno de los últimos capítulos de una amistad con casi tres décadas de antigüedad. Por el medio había habido amores, desamores, peleas, infidelidades, la muerte de mi padre, su boda y un incontable álbum de anécdotas que ambas nos esforzábamos en recordar cada vez que nos uníamos para tomar juntas una copa de albariño.

Anita no era muy alta. Tenía las facciones marcadas, las cejas finas, la nariz respingona y los ojos de un color castaño oscuro. De niña se adivinaba que iba a ser atractiva, y la adultez lo confirmó. Se mantenía en plena forma gracias a duras sesiones de gimnasio, de las que yo me había borrado hacía demasiado tiempo y que ella siempre me animaba a recuperar. Su marido, Fredi (al que consideraba su media naranja, si es que eso existe), compartía con

ella un coqueto dúplex reformado por ellos mismos en la zona viguesa del Areal.

Desde que comencé a ganarme la vida como detective privada he tenido épocas malas y otras peores. No siempre he conseguido dinero suficiente y durante algunas temporadas me excusaba en visitas familiares a mi madre para no gastar en una compra que se me hacía prácticamente imposible. Anita fue fundamental para salir del atolladero. Me consiguió un caso relativamente sencillo y me ayudó desde dentro de la Policía para tener información relevante.

Obviamente, siempre lo hemos mantenido en secreto y así seguirá siendo, pero desde entonces la excepción se ha convertido en un trabajo en equipo. Ella me aporta un poquito de información extra y yo, como compensación, la llevo a cenar un par de veces al mes. En cierto modo, podríamos decir que compro la información con hamburguesas o pizzas.

—Tengo demasiadas cosas que contarte…

—Pues ya sabes lo que decía el Sombrerero Loco, Nora.

—Comienza por el comienzo y cuando acabes de hablar te callas —dijimos al unísono antes de echarnos a reír.

—Anita, necesito que me prometas que no vas a enfadarte conmigo.

—¡Joder, mal empezamos! Espérate a que quite el sonido de la tele, que están con lo del naufragio.

—¿Qué naufragio?

—Están contándolo en el inicio del programa. Una mujer muerta por violencia doméstica, un accidente de un kamikaze bebido, un nuevo proceso judicial por un crimen que hubo en Baiona y un chalado que salió a faenar de noche y con tormenta. Yo de verdad que no entiendo a la gente…

Un breve silencio sirvió de preludio a una conversación que tenía dudas de querer afrontar. Fue Anita quien rompió el hielo.

—A ver, Nora… Muy mal vamos si ya tengo que ir prometiendo que no voy a cabrearme… ¿Qué pasó?

—Estoy en las Cíes.

—¿No cancelaste el billete?

—No, cállate y escucha… Yo… —¿Cómo decir eso sin que sonase francamente egoísta?—. Ha habido un asesinato y no he avisado a la policía —solté tal cual. No había forma de que sonase bien.

—¿Estás de coña? —Ella misma supo que, conociéndome, había sido una pregunta absurda—. ¿No has avisado para resolverlo tú? —Por supuesto, tampoco hizo falta que yo respondiera—. *Vai tomar polo cu*! ¿Cómo c*arallo* se te ocurre?

Durante los siguientes cinco minutos, Anita me preguntó si mi grado de irresponsabilidad era ilimitado, me insistió una y otra vez en que una cosa es investigar divorcios y otra muy distinta tratar con cadáveres, habló de gente peligrosa, añadió que no podía comportarme así, recordó mi edad un número indeterminado de veces insistiendo en que no podía seguir pareciendo una niña de quince años y un sinfín de cosas la mar de aburridas y serias que no me apetecía escuchar en ese momento porque sabía cómo iba a terminar la cosa. Tras la charla, me dijo que iba a conseguir la lista de pasajeros del día (algo relativamente sencillo teniendo en cuenta los permisos exigidos por la Xunta). Después me hizo prometerle que sería el último caso en el que le pediría ayuda, porque se jugaba el puesto (las dos sabíamos que esto no iba a pasar), y me obligó a jurar que jamás revelaría que es ella quien me proporcionaba información sobre sospechosos desde el exterior (esto juro que siempre lo he respetado y lo respetaré aunque me torturen).

—Bueno, cuénteme, irresponsable detective Nora Pardo, ¿qué ha pasado en esa isla?

—Un crío ha encontrado el cuerpo de una chica en la playa de Nosa Señora ó Carracido.

—¿Has podido verlo?

—Se lo estaban comiendo las gaviotas desde hace un *carallo* de horas…

—Joder, Nora…

—Sí, ya, no me repitas lo de llamar a la policía y ayúdame a resolver esto. He visto que tenía una cuchillada en el pecho, pero no te llamo por eso. Escúchame y toma nota. He hablado con varias personas de las que hay en el camping. No hay nadie más en toda la

isla, y un pequeño rastro de sangre, que supongo que es de la víctima, conduce hasta aquí. He hablado con el niño que encontró el cadáver, con su madre, con su «amigo especial»… —intenté no decirlo con sorna— y con Manuel Ramos. Este es el que más me interesa de momento. Es el exnovio de la víctima, y me da que me está ocultando algo gordo.

—¿Por qué tienes esa sensación?

—Porque el muy cabrón me ha vendido que estaban enamorados, que salieron juntos, que ella lo necesitaba a él, que seguían hablando pese a que ella estaba con otro, que había venido hasta aquí por ella… Y sin embargo el tío no ha soltado ni una triste lágrima en todo el interrogatorio. Ni una, Anita.

—¿Interrogatorio?

«Pillada».

—Bueno, verás… —titubeé. Sabía que venía la charla otra vez—. No solo no he avisado a la policía… Me he hecho pasar por inspectora.

Durante cuatro minutos y medio cronometrados dejé el teléfono apoyado en una roca y contemplé el horizonte mientras mi amiga me gritaba desde el otro lado de la línea. Cuando cesó, volví a cogerlo y retomé la conversación.

—No ha soltado ni una lágrima y me parece rarísimo si tan enamorados estaban… ¡Ah! Y otra cosa, ha mencionado que la chica trabajó en un sitio llamado Nimfea Blava. —Se lo deletreé—. En Barcelona, hará cosa de unos once o doce años. ¿Puedes ver si te aparece algo del sitio en la base de datos? Estoy intentando crear un perfil de la pobre Verné Dupont.

—¿Verné Dupont?, ¿qué nombre es Verné Dupont?

Me quedé en silencio. Joel me había confirmado que se llamaba como Julio Verne, pero ¿por qué? Era una excusa perfecta para abordar de nuevo a Joel y completar el perfil que había empezado gracias a Manuel Ramos. Colgué a Anita con la esperanza de que encontrase algo que me ayudase a saber más sobre Verné y me encaminé de nuevo a la tienda de Joel. Suponía que seguía allí.

Volví al camping con la sensación de que estaba avanzando y de

que gracias a Anita iba a hacerlo todavía más. Nunca sobra algo de ayuda del exterior y jamás me había enfrentado a una cosa así. Supongo que ese también fue uno de los motivos que tuvo Anita para colaborar conmigo. Si resolvía el caso, me convertiría en una detective con buena prensa, algo necesario en mi profesión.

Joel estaba tumbado leyendo un libro de bolsillo llamado *MEG*. Lo conocía. Exploraba la posibilidad de que un prehistórico tiburón megalodón siguiese vivo en las profundidades del océano. El mar es, prácticamente, un mapa en blanco para la humanidad. Se estima que conocemos solo el cinco por ciento de él. Como es lógico, eso era un filón para muchísimos escritores que podían crear monstruos de toda clase habitando las profundidades abisales.

Pensé de nuevo en Julio Verne y en por qué el nombre de mi víctima era igual que el del autor de *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

—Disculpe, Joel. —No había pedido permiso para entrar, aunque no pareció importarle. Cerró el libro y me miró. Estaba tumbado y apoyaba la cabeza sobre la palma de la mano. En el ángulo recto que formaba el brazo se adivinaban unos músculos tensos y trabajados—. Estoy preparando un perfil sobre Verné y creo que necesito que responda a alguna pregunta más… ¿De dónde viene su nombre?

—¿El mío?

—El de Verné…

—¡Ah! Se lo puso ella misma.

—¿Cómo?

—A mí ya se me presentó así. Una noche, después de hacerlo, le dije que nunca había escuchado un nombre tan raro. Me contó que, de niña, cuando todavía vivía en Francia, leía una y otra vez los libros de Julio Verne. No tenía familia, así que nadie se opuso a que se cambiara el nombre…

—¿Y el apellido?

—Siempre leía bajo un puente que hay en París. Lo nombró alguna vez, pero no lo recuerdo… De modo que quedó así: Verné Dupont.

Por un momento sentí una tremenda empatía por ella. No había conocido a nadie con un nombre extraño que procediese de la literatura. Me dio la sensación de que Verné Dupont y yo estábamos conectadas de alguna manera, casi como si fuese un tejemaneje del destino que resolviera su muerte.

—¿Le contó que vino de Francia?

—Sí, pasó primero por Barcelona y acabó en Vigo.

—¿Y recuerda si le dijo algo de su paso por Barcelona?, ¿mencionó alguna vez un bar llamado Nimfea Blava?

—No. No mencionó nunca el nombre, aunque sí sé que trabajó en un bar.

Al contrario que en la tienda de Manuel Ramos, Joel Blasco no me había ofrecido asiento ni tampoco un café, ni mucho menos se había incorporado al verme llegar. Esa actitud pasota me hubiera puesto nerviosa si no fuera porque estaba convencida de una cosa: Joel no estaba fingiendo y Manuel sí. No podía descartar directamente a Joel, pero me costaba imaginarlo cometiendo un acto tan atroz contra Verné. No había nada en su actitud que me hiciera pensar que podría hacerlo. En las películas americanas se habla mucho del «instinto policial». Cada vez que lo veo me descojono de risa…, pero no puedo negar que sí tiene cierto aire místico. Esa intuición de que algo malo va a ocurrir, esas corazonadas… En el caso de Joel, también la tenía pese a no apellidarme McMahon ni trabajar en una comisaría de la Gran Manzana: él era inocente.

—Joel, ¿y de su etapa en Vigo le contó algo?, ¿sabía dónde trabajaba ahora?

—En una tienda de ropa de Príncipe. Verné era un pibón. Una tía así se la rifan en las tiendas. Me parece muy machista, pero es lo que hay. Además, con los chicos pasa lo mismo —aclaró casi justificándose.

—¿Y allí le iba bien?

—Llevaba algo más de un año y nunca se quejó… Aunque debo decir que Verné y yo no hablábamos de su trabajo. Para ella era como un partido de fútbol, en cuanto terminaba su horario ya no

quería saber nada.

—¿Y sus compañeros?

—No se llevaba con nadie. Tuvo una mala experiencia en su anterior curro y eso cambió mucho su carácter. Eso me decía.

—¿Una mala experiencia?

«Bingo», gritó mi cabeza.

—Entró a trabajar en una clínica de audífonos… Sé que era una muy famosa, pero no consigo acordarme del nombre… La cuestión es que estuvo allí tres meses y dio un soplo de que estafaban a los clientes. Los muy hijos de puta…

—¿Verné Dupont trabajaba en Sonidone?

—¡Eso era, hostia! ¡Sonidone! No me acordaba del nombre…

Me sorprendió bastante que no lo hiciera. El caso Sonidone fue uno de los más conocidos de Vigo en el último lustro. El propietario, un tipo que se había forrado a más no poder, tenía tres tiendas y fue acusado de estafar a sus clientes. No era algo elaborado, sino un engaño tosco y burdo, pero nadie lo investigaba. Los trabajadores estaban sometidos a una presión brutal y obligados a vender. Daba igual si el cliente sufría o no pérdida de audición, valía cualquier cosa: falsear pruebas auditivas, obligar a ancianos con problemas seniles a firmar reservas de más de mil euros, romper ellos mismos un aparato para que el cliente no cobrase la garantía con la excusa de que él mismo lo había roto… O la peor de todas: ofrecer un servicio único y un artilugio hecho a medida que, sin embargo, compraban por setecientos euros y vendían por cerca de cinco mil. Un soplo puso a la empresa en el punto de mira y, tras la investigación, se descubrió que habían estafado a miles de personas. Algunas recuperaron lo invertido, y otras seguían intentando que la justicia les hiciera caso.

Lo más importante de la frase de Joel era ese «dio un soplo de que estafaban a los clientes». ¿Había sido Verné Dupont el chivatazo anónimo que arruinó una empresa con tres tiendas en Vigo?, ¿lo sabría el dueño de Sonidone? Desde luego, además de un exnovio, Verné tenía un nuevo candidato del que preocuparse.

Abandoné la tienda con un nuevo hilo del que tirar (otro más). De

momento tenía tres frentes abiertos y muy pocas respuestas: un exnovio al que intuía maltratador y que fingía ser amigo de la víctima, un bar donde había trabajado años atrás y un soplo que había desbaratado una estafa de miles y miles de euros. Verné Dupont no me estaba poniendo las cosas fáciles.

Volví a marcar el número de Anita por segunda vez en apenas media hora.

—¿Qué te pasó ahora, pesadilla?

—Dos cosas: la primera es la confirmación de que el nombre de Verné Dupont viene por Julio Verne y, sabiendo como sabes de dónde viene el mío, ya puedes entender que esto sea algo personal. Y, la segunda, ¿te acuerdas del caso Sonidone?

—¡Joder, claro! Fue el escándalo este de una franquicia de audífonos que había estafado a una barbaridad de abuelos, ¿no?

—El mismo. ¿Y recuerdas cómo lo descubrió la poli?

—Por un sopl… ¿No me jodas que fue la muerta la que se chivó?

—¡Anita!

—¿Qué? ¡Coño que no dije ninguna mentira, es la muerta!

Siempre he admirado la delicadeza de mi amiga. Solo le falta usar un martillo para abrir los cacahuetes que toma a media mañana como «fuente de hidratos».

—¿Quieres que indague un poco sobre el caso Sonidone?

—Por favor —pedí con mi voz más empalagosa—. ¿Tienes algo del Nimfea Blava, por cierto?

—Tengo dos nombres y dos fotografías: Aurora Guerra y Joan Roselló. La primera era una de las trabajadoras. El sitio era un prostíbulo. La tipa esta, concretamente, chantajeaba a los clientes casados con enseñar fotos a sus mujeres si no le daban más dinero. El segundo era el dueño. Al parecer lo pillaron violando a una menor en el bar. Te estoy enviando las fotografías. Y, por Dios, cuidado con que alguien las vea.

—Síííí… —repetí, cansada.

—¡NO! ¡SÍ, NO! —aulló Anita—. ¡Que me la estoy jugando por ti, Nora!

—Tienes razón. —Si Anita me hubiese visto, habría identificado a

la perfección que no estaba nada arrepentida—. Perdona, tendré cuidado.

Se despidió diciéndome que Verné Dupont había anunciado su viaje a las Cíes en redes sociales y suplicándome que extremase las precauciones con las fotografías. Después, aparecieron dos notificaciones en la parte superior de la pantalla del teléfono. Pulsé sobre ellas y se abrieron dos rostros ante mí. Uno no me sonaba de nada, el del tal Joan Roselló, pero el otro me era familiar.

—¡No me jodas! —exclamé en voz alta. La trabajadora del Nimfea Blava, Aurora Guerra, también estaba en el camping.

9

Salvoconducto

En la actualidad

—Un momento. Espere…, ¿me está diciendo que ha avisado más tarde a la policía… y que una de nuestras agentes la ha ayudado a resolver este caso?

—Eso es, pero, por Dios, no le diga a ella que lo sabe o me matará —pidió Nora.

—Señorita Pardo —dijo el agente Marín llevándose las manos a las caderas—, ¿hay alguna norma más que haya infringido para resolver esto?

—Pues unas cuantas, para qué le voy a mentir…

El agente Santiago Marín trazó un círculo con la cabeza mientras suspiraba. Con toda su corpulencia, parecía estar completamente sobrepasado por la situación. Su compañero, más joven y bastante menos agobiado que él, insistió en lo importante.

—Tiene una foto del Pailán, Santi.

—Eso, Santi —se mofó Nora—. Tengo una foto del Pailán. Enróllate.

Brais Blach miró a la detective, asustado. Después estiró el brazo para frenar a Santiago Marín, que ya se dirigía contra Nora.

—¿Puede decirme cómo ha conseguido la única imagen del traficante más buscado de Galicia?

—El nuevo Miñanco, lo llaman.

—Responda a mi pregunta, por favor. —Al agente Blach parecía habérsele terminado la paciencia.

—No puedo revelarles todavía cómo lo hice. La cuestión es que

yo tengo esta foto y ustedes la potestad para que todo lo que ha ocurrido aquí se quede aquí. Esa es mi oferta. Ustedes me cubren en todo, y yo les entrego la única foto de Carlos «el Pailán» Romero.

—¡No le vamos a cubrir todo! —saltó Marín.

—¡Coño, Marín, que no he matado a nadie!

—Señorita Pardo —intervino Blach intentando mediar—, en lo que llevamos hablando con usted se ha identificado como inspectora de policía para obtener información, ha avisado de un cadáver un día después de haberlo encontrado y se ha valido de una policía para que le facilite datos confidenciales…

—Oiga, pero técnicamente ese último delito es de mi amiga. Yo solo pido… Y, si cuela…, pues cuela.

—¡Me da igual!, ¡usted se ha aprovechado de ello! —aulló Marín.

—Tranquilo, Santi. —Blach le cogió por el brazo y le puso la mano en la espalda—. Oye, fúmate uno, ¿quieres? —Sacó una cajetilla de tabaco y extrajo un cigarrillo para su compañero—. Déjame hablar un momento con la señorita Pardo.

Marín obedeció con desgana, pero se alejó prendiendo el bastoncillo y colocándose cerca de la orilla del mar.

—¿Por qué se pone tan nervioso? —preguntó Nora.

—Siempre ha tenido muy mala leche… Viene de serie.

Brais Blach y Nora Pardo compartieron una sonrisa confidente en su único respiro de intimidad. Ella apreció esa tranquilidad. No era un chico guapo, pero sí atractivo. Llevaba bigote y una barba de tres días algo más corta. Era delgado y alto, con el pelo castaño engominado hacia atrás formando pequeños caracoles en el cogote. Los vaqueros claros y ajustados combinaban con una camisa azul oscura con dibujos de palmeritas blancas. Era el reflejo de los que se autodenominaban «hípster».

—¿Cómo ha conseguido la foto del Pailán, Nora?

—Haciendo algo ilegal.

Brais Blach la interrogó con la mirada. Ella comprendió.

—Empecé evitando una llamada policial y haciéndome pasar por policía solo para resolver el caso. Como imaginará, era perfectamente consciente de lo que estaba haciendo. Necesitaba un

salvoconducto y pensé que con resolver el asesinato de Verné Dupont sería suficiente, pero esta oportunidad… Esta foto es casi una garantía de que ustedes dos no van a irse de la lengua.

—¿Cómo está tan segura?

—No lo estoy, pero confío en que entiendan que soy una buena persona. Solo soy una detective que ha tenido que buscarse las castañas para sobrevivir… Y, si tienen dudas, para eso está la foto.

—Se podría considerar un soborno, señorita Pardo.

—Discúlpeme, Brais, pero yo no veo aquí el soborno por ninguna parte. Ustedes dan por cerrado un asesinato, yo me cuelgo una medalla y la policía se lleva, por única vez en años, una fotografía del narco más buscado de Galicia… Llámeme rara, pero no le encuentro nada de malo.

—Todo dependerá de cuántas cosas ilegales haya hecho al terminar su historia.

Nora se quedó callada durante unos segundos. Miró el lugar donde unas horas antes había visto a las gaviotas pelearse por los pedazos pútridos del cadáver de Verné Dupont. «¿Cosas ilegales?, ¿qué hay más ilegal que matar a alguien?», se dijo. Volvió la vista hacia el agente Blach y respondió:

—Las suficientes como para que me metan durante una temporada en prisión…

10

Turbia empatía

Unas horas antes

Escribí en los pósits rosas «Sonidone» y «Nimfea». Para la segunda palabra tuve que agitar el boli y echarle el aliento. ¿Sería posible que me estuviera quedando sin tinta? Entré en dos tiendas incorrectas hasta que di con la que estaba buscando. En la primera ocasión, un matrimonio mayor que también había visto en el barco me ofreció tomar un té (lo rechacé) y en la segunda me encontré con una pareja de chicos (a los que también recordaba del trayecto) pegados a sus teléfonos móviles. Salí disculpándome de ambas hasta que di con Aurora Guerra al tercer intento.

Ella y su acompañante eran una de las parejas que había visto en el catamarán. Se trataba de una chica joven, más o menos de mi edad. Tenía el pelo negro como el azabache recogido en una coleta alta y llevaba un conjunto deportivo de idéntico color. La ropa, ceñida a más no poder, marcaba una figura delgada aunque de pechos generosos (sin duda operados). Los dedos finos terminaban en una manicura cuidada que sujetaba una lata de un refresco «zero», según la etiqueta.

Antes de invitarme a entrar, Aurora Guerra dio un trago y parpadeó un par de veces batiendo sus largas pestañas. Sus ojos de color avellana trasmitían energía, pero a la vez tensión. Supuse que ya sabía quién era yo.

—¿Aurora Guerra?

—Sí, soy yo… —La cogió por sorpresa que supiese su nombre.

—Soy la inspectora Nora Pardo. Estoy investigando el asesinato

de la señorita Dupont.

—Pase, por favor. —Se echó hacia un lado y extendió el brazo invitándome a acceder.

Por dentro, la tienda era algo más grande que la de Julia Álvarez y Joel, pero más pequeña que la de Manuel Ramos. Era amplia y sobre el suelo de color naranja descansaba un colchón hinchable azul marino. Encima de él había dos bolsas de deporte grises, una revista del corazón, un termo de café, un diminuto altavoz rojo, un teléfono móvil y tres botellas de agua. En el otro lado de la tienda, hacia donde se dirigía Aurora, dos esterillas de color azul cielo permanecían enrolladas al lado de una pequeña nevera portátil.

Mi nueva interrogada apartó ligeramente el cajón, extendió una de las esterillas y se sentó sobre ella con las piernas cruzadas. Cada tobillo descansaba sobre la rodilla contraria en lo que parecía una postura de yoga muy trabajada.

—¿Por qué sabe cómo me llamo? —preguntó Aurora.

Como buena gallega, le respondí con otra pregunta:

—¿No está su pareja?

—¿Adri? No, no está aquí. Se ha ido a correr.

—¿Con esta lluvia?

—Ambos somos muy deportistas. O sea, a mí me agarró acá porque hoy hice yoga y no quería correr, pero Adri no se salta ni un día de entrenamiento. —Tenía una voz aguda y chillona y acento de algún país latinoamericano. ¿Venezuela, quizá?

—Ya… Casi mejor, porque venía a hablar con usted. Supongo que sabía quién era yo antes de presentarme, ¿no es así?

Los músculos de su rostro se tensaron, aunque ni la nariz respingona ni los pómulos se movieron… ¿También los tendría operados?

—Sé que conocía a Verné Dupont, señorita Guerra.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque soy policía —mentí—. Y porque alguien mencionó un local llamado Nimfea Blava, en Barcelona. ¿Le suena?

—Sí… —Se quedó mirando al suelo. Parecía avergonzada—. Por favor, yo… Adri no sabe nada… Estamos comprometidos… Me

costó mucho dejar todo eso atrás.

—Supongo que sabe usted por qué aparece en los archivos policiales… Ayúdeme con la investigación y le aseguro que su prometido no sabrá nada de esto.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó, apremiada.

—¿Verné también trabajaba con usted?

—Sí y no. Ella no… no ofrecía los mismos servicios que yo a los clientes, pero sí que trabajaba allí poniendo copas. Era una chica linda y más de una vez le ofrecieron algo más, pero el jefe le permitió no ejercer. No sé muy bien por qué.

—¿Le dice algo el nombre de Joan Roselló? —La tensión se apoderó tan fuerte de su cuerpo que ninguna operación hubiera podido disimularlo.

—Era uno de los dueños del club. El que le digo que no permitía que tocaran a Verné. No lo volví a ver desde que pasó lo de la chica…

—Violó a una menor, ¿no es así?

—Sí… Me sorprendió porque nunca intentó nada con nosotras. Era uno de los socios y solo nos pedía el dinero. Nada más. Un día la policía entró en el local y nos sacó de allí… Fue como ver el cielo. —Sonrió con tristeza—. Luego nos enteramos: les habían dado el soplo de que Joan había violado a una chama. Nunca supimos más nada. Supongo que la chica cantó… Pero él no era peligroso, al menos con nosotras. Su hermano Albert llevaba el resto del negocio y ese sí era un coño de su madre. Una noche se puso tan ebrio que decidió marcarnos.

—¿Marcarlas?

Su mirada aparcó la tensión y se entristeció.

—Decía que éramos «su puto ganado». —Dio un trago muy largo al refresco—. Después nos obligó a bajarnos los pantalones a todas y nos apagó un cigarro en la nalga. Uno por chica. —Se levantó y deslizó las mallas hasta que vi una pequeña cicatriz circular más clara que el resto de la piel—. Si alguna lloraba, le apagaba otro cigarro. Tuve compañeras que acabaron con cinco marcas porque no aguantaban el dolor. —Volvió a colocarse las mallas, dio otro

trago más al refresco y de nuevo adoptó la posición de yoga.

—¿Ha vuelto a ver a Albert Roselló? ¿Lo conocía Verné?

—Nunca más lo volví a ver desde que entró en la cárcel ni sé qué pasó con él. Y sí, Verné lo conocía, claro. Pero con ella jamás se propasó. Decíamos que era la protegida de Joan. Nunca supe muy bien por qué, pero ni ejerció ni la humillaron como a nosotras…

—¿Eso le granjeó alguna enemistad entre las chicas?

—No… No podíamos preocuparnos por eso, inspectora. Nosotras teníamos que trabajar y evitar que nos mataran. Ni siquiera hablábamos mucho entre nosotras y como comprenderá no tengo relación con ninguna de esas mujeres. Le he dicho que nos marcaron como al ganado porque lo éramos. Esa gente nos veía como animales.

—¿Y algún enfrentamiento o problema que recuerde y en el que Verné estuviera implicada?

—Ninguno. Simplemente desapareció cuando pasó todo lo de Joan. Le perdí la pista y coincidimos acá de casualidad. Nos vimos una vez en Vigo. Yo tenía una cena de gala por mi compromiso con Adri, y ella terminaba su turno en la tienda de ropa a la que fui a comprarme el vestido. Nos encontramos en la puerta, nos saludamos y hasta ahí.

—¿Se saludaron?

—Estoy convencida de que por su cabeza pasó lo mismo que por la mía. Recordar ese pasado es doloroso.

—¿No se volvieron a ver?

—No. Quiero decir, no más allá del trayecto en barco donde simplemente nos hemos saludado con la cabeza… ¿Cómo dice que se llama, inspectora?

—Nora. Nora Pardo.

—Nora, esa etapa no fue buena para ninguna de las dos. Verné no era feliz y yo tampoco. —Apuró lo que quedaba de refresco, se pasó la lengua por los labios y dejó la lata a su derecha con delicadeza—. Antes me ha dicho que sabe por qué aparezco en los archivos policiales y que si la ayudo no le dirá nada a Adri. Dígame, ¿por qué aparezco en sus archivos?

—Varios hombres la acusaron de chantajearlos —respondí.

—¿Y cree que quiero hacer lo mismo con Adri? —De nuevo esa sonrisa triste—. El «chantaje», como usted lo llama, era supervivencia. Yo no estafé a ningún hombre como consta en sus archivos. Un hombre es lo que tengo a mi lado ahora. Adrián es un hombre. Esos eran unos cochinos. Yo no chantajeaba a hombres, Nora, chantajeaba a clientes. ¿Y sabe por qué lo hacía? —No me dejó responder—. Porque así me libraba de estar con ellos más tiempo… Nadie que no haya sido forzada a coger con desconocidos sabe lo que se vive en esos sitios. —Su voz ya no me parecía ni tan aguda ni tan chillona—. Esos hijos de puta no se conforman con meterla. Quieren humillarte. Y cuanto más mejor. Si no le importa, prefiero no entrar en detalles…

—No es necesario. Continúe —la animé intentando disimular que tenía un nudo en la garganta.

—Por eso los chantajeaba. Si me pagaban más dinero, me ahorraba noches con ellos porque le entregaba a Joan las ganancias el domingo como si hubiese trabajado toda la semana, ¿entiende? Yo sobrevivía, no chantajeaba.

Sentí lástima por Aurora Guerra. En otras circunstancias, me hubiera preocupado por entender cómo había llegado hasta Barcelona y quién la había metido en ese mundo, pero eso era un tema cerrado y yo necesitaba resolver un asesinato.

—Oiga, señorita Guerra…

—Aurora, por favor.

—Aurora —repetí de manera casi automática—, ¿dónde estuvieron usted y su prometido ayer por la noche?

—En la tienda.

—¿Puede confirmarlo alguien?

Aurora Guerra me enseñó unos dientes grandes, blancos y perfectamente colocados. Empezó a reír para sus adentros, y no pude evitar fijarme en unos abdominales marcados y definidos que se contraían de manera intermitente.

—Pueden confirmarlo nuestros vecinos de tienda… Una pareja de lo más rara. Él parecía un vikingo y ella… —Se inclinó hacia mí,

como si fuese a soltar un cotilleo—. Es la típica que quiere ir de influencer. —Soltó una risilla—. Estúpida… Hoy quería lucirse en Pedra del Campo.

—Da Campa —corregí—. Pedra da Campa.

—Lo que sea. —Agitó la mano restándole importancia—. Era muy ridícula. Lo dijo en el viaje, pero de esa forma en la que quieres que te escuchen los demás.

No estaba yo para peleas absurdas, pero me daba la impresión de que Aurora miraba por encima del hombro a aquella chica. Decidí devolverla al tema central.

—Me hablaba de por qué podían confirmar que estuvieron en la tienda.

—¡Ah, sí! Somos muy… —un mechón del cabello se había desprendido de la tensa coleta y caía, rebelde, sobre su frente. Se lo apartó— fogosos. —Y volvió a sonreír con picardía.

Me sorprendió esa declaración después de los horrores que me había contado, pero decidí no preguntar. Ella, posiblemente interpretando mi reacción de sorpresa, se adelantó.

—Nunca me había acostado con nadie por quererlo. Eso solo me ha pasado con Adrián. Tengo treinta y un años y llevo dos gozando del sexo. Perdí la virginidad con dieciocho, cuando vine a España y me vendieron para que un desgraciado me violase. Nunca me habían acariciado, nunca me habían preguntado qué me gusta y qué no… Vine a Vigo porque vi que era una ciudad muy alejada de Barcelona y quería dejar todo atrás. Aquí estuve casi cinco años sin querer estar con un hombre… Pero Adrián… —Por primera vez en toda la conversación, me dedicó una sonrisa real, sincera y llena de vida—. Él es diferente —concluyó—. Siento decírselo así de claro, Nora, pero he estado tanto tiempo sin disfrutar del sexo que ahora quiero aprovecharlo al máximo. —A la sonrisa sincera le acompañó un rubor en las mejillas que para mí fue como un chute de positividad. Todo lo malo podía quedarse atrás. Volví a pensar en la muerte de mi padre, pero esta vez no dejé que me dominara el oscuro recuerdo.

Me levanté para salir de la tienda. Soy muy empática y la historia

de Aurora había agitado todos mis sentimientos. Por extraño que parezca, sentía que estaba en deuda con ella por haber pensado que era una estafadora.

—Felicidades por su compromiso, por cierto —dije en tono de disculpa.

—Gracias, inspectora.

—Una última petición, ¿podría darme el nombre de su chico por si tengo que volver a interrogarlo?

—Adrián Arenas.

—A… ¿Adrián Arenas?, ¿Adrián Arenas, de Arenas, S. A.?

—Sí… —Se ruborizó, y yo abrí mucho los ojos.

—Creo que entonces la enhorabuena es doble…

—Siempre lo he considerado una especie de recompensa por lo que pasé en Barcelona. El día que lo conocí no podía creérmelo, y la verdad es que él me está haciendo la vida muy fácil… Pero inspectora…

—Sí. No se preocupe, no diré nada. No seré yo quien arruine su futuro matrimonio.

Compartimos una sonrisa que solo las mujeres entendemos. Una especie de «te entiendo, hermana».

Fuera de la tienda apunté un par de ideas en los pósits. El bolígrafo seguía fallando y me desquiciaba sobremanera tener que agitarlo cada vez que necesitaba apuntar algo. Además, todo lo que me había contado Aurora me había revuelto el estómago y de forma curiosa me había hecho sentir extrañamente sola. Quizá había sido la envidia de saber que todo el mundo había encontrado a alguien menos yo. Todos mis complejos salieron a la luz sin poder borrar de la cabeza la imagen de la cicatriz de Aurora.

Antes de que muriera mi padre no le había dado mucha importancia a todos mis defectos, pero desde que se fue no paraba de recordármelos una y otra vez como un ejercicio diario de sodomía sentimental. Alguna vez intenté hablarlo con mi madre, pero solo mencionar a su difunto marido ya le cambiaba el gesto. Mi hermano, el de nombre normal, siempre se ha parecido más a mi padre que yo, así que intenté que me ayudara sin decírselo

expresamente. Mi padre no era muy intuitivo, pero sabía escuchar. A veces, cuando yo no quería contarle algo, simplemente se quedaba callado y me hacía preguntas que no parecían tener relación con mi problema o me contaba cosas absurdas que le habían pasado durante el día. Yo empezaba a hablar mientras él, con cara de máxima atención, me escuchaba largar todo el problema de principio a fin sin que yo me hubiese dado cuenta.

Mi hermano ha desarrollado una habilidad idéntica y la ha perfeccionado vía telefónica. Desde que mi padre no está, nuestra relación se ha fortalecido mucho. No es que antes fuese mala, ni mucho menos, pero ahora estamos más unidos, nos contamos los problemas y él siempre tiene una palabra de aliento o de ánimo para mí.

Necesitaba hablar con él y respondió al primer tono.

—Detective Leonora Pardo. ¿Cómo está mi Sherlocka Holmes favorita?

Solo lloré. Durante dos minutos y amparada en el abrazo imaginario de mi hermano, recordé la historia de Aurora Guerra hasta que no me quedaron lágrimas que derramar.

—¿Otra vez papá? —preguntó Miguel.

—Sí y no… Estoy… Da igual, Miki. Solamente necesitaba saber que estabas ahí.

—Siempre estoy, hermanita. ¿Está todo bien?

—Sí, está todo bien. No te preocupes…

—¿Qué estás haciendo?

Sollocé. Más por el temor a revelarle dónde estaba y qué hacía que por el recuerdo punzante de mi padre. Sabía que iba a empezar a largar en cualquier momento y no quería hacerlo. No quería confesarle a mi hermano todas las leyes que estaba incumpliendo por resolver un crimen y tampoco me sentía fuerte para hablar de mis sentimientos en ese momento.

—Cosas detectivescas —respondí con una media sonrisa—. ¿Y tú?

—Viendo lo del naufragio. Madre mía. De momento hay un desaparecido y no descartan más. A quién se le ocurre salir a navegar así… La gente está loca.

«A mí me lo vas a decir», pensé.

—Oye, Afortunado de Nombre Normal, tengo que colgar. Estoy con un caso.

—*Dalle*, Sherlocka. Te quiero.

—¡Oye! —grité antes de que colgase.

—¿QUÉ?, ¿qué?

—Es mini-Poirot. No Sherlocka. Papá te habría reñido. —El Afortunado de Nombre Normal se rio, y reconozco que me hizo sentir algo mejor.

Corté la llamada y me quedé mirando el salvapantallas donde se me veía de pequeña con mi padre. Mi madre nos había hecho la foto mientras leíamos en la playa. La peculiaridad era que yo estaba sentada en la silla de mi padre, grande como él y donde parecía que iba a perderme en la tela azul; y mi padre, por el contrario, se ubicaba en una postura antinatural y divertida sobre mi silla, que apenas se apreciaba en la foto. No tendría más de cinco años y era perfectamente capaz de recordar ese momento. Mi madre sigue anclada a él cada vez que le enseño algo en el teléfono y aparece la imagen.

La conversación con mi hermano me había servido de salvavidas e intenté aferrarme a ella para no dejar que me devoraran los recuerdos dolorosos que mi mente parecía sacar a relucir una y otra vez desde que estaba en la isla.

Creo que siempre había asociado las Cíes a la tranquilidad. Para mí la isla de O Faro era un refugio donde ordenarme psicológicamente. Un fin de semana allí era como una larga sesión con un psicólogo, solo que ahorrándome el coñazo que supone permanecer tumbada en el diván. Por eso siempre buscaba las temporadas donde había menos gente. Así podía estar todavía más aislada. Entrar en la isla de O Faro era la fase REM de mi sueño diario… y se había convertido en una pesadilla, así que supongo que todos mis temores, traumas y problemas afloraban ahora que mi refugio había sido mancillado con el color de la sangre.

Intenté distraerme de la única manera que sabía: concentrando mis esfuerzos en seguir con la investigación. «Venga, Nora, repasa.

¿Cuál es el siguiente paso?». Mi cerebro me lo recordó con un chispazo. Incluso tuve la sensación de que se independizaba de otros pensamientos y se mofaba, divertido: debía preguntarle a los de la tienda de al lado de Aurora Guerra y Adrián Arenas si los habían escuchado dándole al tema. Proteger y servir. Bueno, investigar y cobrar, en mi caso… Ay, papá, si tú me vieras.

11

Observar y escuchar

Unas horas antes

La tienda vecina de Aurora Guerra y Adrián Arenas era roja oscura. La atravesaba una gran franja negra y parecía de las más básicas que se pueden comprar en los negocios deportivos. No había nadie en ella. Me iba a tocar ir hasta Pedra da Campa, tal como había dicho Aurora. O Pedra del Campo… No pude evitar una sonrisilla de suficiencia.

Para llegar a la roca había que desviarse a la derecha del camino que serpenteaba hasta el faro de Cíes y caminar cinco minutos. Era un monumento creado por el capricho de la propia naturaleza. La robusta e imponente piedra tenía un agujero rectangular en el centro que parecía una ventana formada por la erosión del viento durante milenios.

Muchos turistas, entre ellos yo, la encontrábamos curiosa más que fascinante, pero era un buen lugar para distraerse durante unos minutos.

Ascendí mientras contemplaba cómo las nubes iban cerrándose para crear un nuevo horizonte gris. El viento silbaba entre las copas de los árboles huyendo de la tormenta que se avecinaba. Caminé por el sendero ascendente todo lo rápido que me fue posible. Me negué a correr. De nada me serviría llegar a la Pedra da Campa completamente asfixiada. Necesitaba sangre en el cerebro, no en las piernas.

La senda de tierra iba descubriéndose más empinada a cada paso. Los eucaliptos y los pinos trazaban sombras alargadas y esqueléticas

sobre el suelo fingiendo ser barreras imaginarias que mi mente colocaba para avisarme de que no estaba preparada, ni mucho menos, para ese esfuerzo físico.

Con el baile de las copas de los árboles me vino un olor mentolado y fresco muy típico de los montes gallegos. Mi niñez en un soplo de aire. Cuando éramos pequeños, mis padres nos llevaban a esos montes verdes que componen mi *tierriña*. Papá paraba el coche y cogía una navaja que tenía en la guantera. Luego cortaba un par de pequeñas ramitas de eucalipto que le daba a mi madre. Ella, mientras descendíamos en el coche como diminutos ratones por la garganta de la serpiente, pasaba la mano por las hojas mentoladas, formaba un cuenco con ella y nos la ponía en la boca y en la nariz como si fuera una mascarilla fresca y perfumada.

Mi madre había conseguido que asociara ese olor a los viajes en coche. Se lo agradecí en silencio y continué caminando hasta que encontré la bifurcación a la derecha con un cartel hecho de madera que rezaba: pedra da campa. Estaba ajado y viejo y las letras amarillas se habían apagado hacía demasiado.

César López y Cristina Amil se sacaban fotografías en la piedra. Disparaban una y otra vez las cámaras de sus móviles llenando el escenario completamente virgen de modernos clics que rompían la monotonía de un paisaje de otra época.

Antes de que llegara hasta ellos, la chica metió la cabeza en la ventana rocosa y se quedó de espaldas, mirando la acuarela de un horizonte azul infinito que se partía en dos bruscamente y que dibujaba una línea casi invisible con su otra mitad gris aterciopelada.

En el marco de la ventana de piedra, como preparado por algún cantero celestial, había un círculo de algo más de un palmo de diámetro que parecía estar pensado para guardar los astros. En el crepúsculo estival, cuando el sol se esconde tarde y deja tras de sí una estela ígnea, mirar al horizonte por esa ventana es el equivalente a ver el mundo engullido por unas llamas que ni siquiera parecen reales.

Mi hermano, que había recorrido varias veces la isla y era

aficionado a la fotografía, tiene enmarcada una imagen que había tomado haría unos siete u ocho años con una cámara que yo misma le regalé. Estuvo durante horas sentado en la Pedra da Campa, esperando a que el sol se colase por el ventanuco circular y quemase el resto del agujero, furioso por haber sido capturado en una esfera inferior a él.

Alcé la mano en cuanto la chica sacó la cabeza de la Pedra da Campa, y ella fingió no haberme visto. Empezábamos con buen pie.

—¿Son los dueños de esa tienda roja? —Mi *madriña*. Nora Pardo, la reina de la exactitud—. Perdón. Me refiero a la roja con una franja negra en el medio.

El chico, grande y gordo, confirmó que eran ellos. En la parte de la frente empezaba a distinguirse la crueldad de una alopecia temprana. Lucía una barba muy poblada y rubia que, junto a los ojos claros, le otorgaba el aspecto de un enorme vikingo, tal como lo había definido Aurora Guerra. Si no lo hubiera encontrado haciéndole fotos a su novia, lo hubiera confundido con un leñador gracias a la camisa roja y blanca de cuadros de franela, un holgado pantalón vaquero y unas botas de montaña que sobresalían por encima del tejano.

Ella tampoco era bajita, pero su tamaño contrastaba con la enormidad de su pareja. Los vaqueros y las botas parecían ser el mismo modelo, aunque el conjunto lo completaba con un jersey de cuello alto gris y un gorro de lana que ocultaba parte de un cabello castaño y liso como una tabla. Me dedicó una mirada de «me estás interrumpiendo la sesión de fotos».

No me pareció guapa ni atractiva. Tenía la boca demasiado pequeña, los pómulos rechonchos y una nariz gruesa que se ensanchaba todavía más en la punta. Sus ojos, eso sí, eran de un impresionante color verde similar al musgo de las playas. No quise preguntar si era una de esas famosas que se hace fotos para subirlas a las redes sociales. Ese mundillo nunca me ha interesado. Suficiente tenía yo con mis complejos como para preocuparme porque una cría subiese una foto en la que se le veía más o menos una lorza.

—Necesito hacerles unas preguntas. Soy la inspectora Nora Pardo. Supongo que sabrán que se ha cometido un asesinato.

—El de la chavala rubia, ¿no? —preguntó él mientras su novia sacaba la cabeza de entre los pinos para acercarse hasta nosotros.

—Eso es. Díganme primero sus nombres, por favor.

—César López y Cristina Amil —respondió la chica.

—Muy bien. ¿Conocían de algo a la víctima?

—La vimos en el barco y nada más.

—¿Habían hablado con ella?

—No. Ni una sola vez, se lo aseguro. —Ella contestaba muy muy rápido. No supe identificar si era por miedo o porque, directamente, quería acabar cuanto antes.

—Ayer por la noche, ¿escucharon algo extraño?

—No más allá de la sesión de porno que tuvieron nuestros vecinos… —dijo César.

—¿Los escuchó manteniendo relaciones?

—Los escuché yo y supongo que en Baiona también los habrán oído. Menudos berridos.

Eso me confirmaba que tanto César como Cristina habían estado en la tienda de campaña y que Aurora Guerra tenía coartada.

Ya no llovía. Unos rayos de sol asomaron entre dos nubes, tímidos, y enfocaron directamente los pies de la pareja, como el foco del escenario de un pequeño teatro. Los tres nos quedamos mirándolos. Prácticamente eran los primeros del día. Cristina tiró con disimulo del brazo de su novio. Lo percibí, aunque no dije nada.

De pronto, sonó mi teléfono. Era Anita.

—Dime —respondí seria y profesional por las dos personas que estaban delante.

—No veas lo que me ha costado conseguir esto, pero ¿sabes quién puso la denuncia anónima que hundió Sonidone?

—No te creo… —Me alejé unos metros de la pareja. Habían fruncido ligeramente el ceño, como si eso les permitiese escuchar con más atención mi conversación telefónica.

—Pues créelo, amiga. Tu víctima. La denuncia la recogió uno de mis compañeros en el cuerpo. Le he preguntado con mucho

disimulo y me dijo que había acudido una chica «rubia, guapa y francesa». No creo que haya muchas así que trabajasen en la misma empresa.

—Obviamente no.

—El dueño de Sonidone se quedó en bancarrota. Se llama Javier Barrera. Todavía siguen los juicios contra él porque debe mucha pero que mucha pasta.

—Ahora busco su foto en internet.

—Hay cientos… Especialmente de su llegada y salida a los juzgados. Tienes hasta vídeos de programas de televisión.

—Gracias, cariño.

—De nada. Espero que te ayude.

Le mandé un beso y nos despedimos mientras yo volvía hasta César López y Cristina Amil.

—Marcho que tengo que marchar.[*] Espero no tener que volver a hablar con ustedes.

—Inspectora —dijo ella—, no sé si esto será importante o no, pero había dos chicos en el barco que no le quitaban el ojo de encima a la chica muerta.

—¿Dos chicos?

—Sí, dos maromos… Maricones, yo creo.

—¡Qué comentario tan homófobo, Ces!

—¿Por qué homófobo? Joder, lo son, ¿no?

Me despedí dejándolos en plena discusión, aunque debo reconocer que me fui con una sonrisa en la boca. Se acabaron las fotos para sus redes sociales. Mientras regresaba al camping, saqué el teléfono y busqué «Javier Barrera Sonidone». Cientos de noticias e imágenes aparecieron en la pantalla. Pulse sobre una, en la que más se le veía la cara.

—Hijo de puta… —murmuré para mí misma.

Era el mismo tío que había visto en el barco con su hijo adolescente.

Un hombre que lo había perdido todo por culpa de Verné Dupont estaba en la misma isla que ella el día que la habían asesinado… ¿Significaba eso que ya había resuelto el crimen?

12

Confesión enrevesada

Unas horas antes

Tenía que interrogar primero a Javier Barrera y después a la pareja de chicos que, según César López y Cristina Amil, no habían dejado de mirar a Verné Dupont en todo el trayecto en barco. Apunté todo en los pósits. Hice amago de apuntar, en realidad, porque solo logré unas líneas profundas y con poca tinta. Ese bolígrafo parecía estar apurando sus últimos suspiros vitales.

Me decidí a ir primero a por el dueño de Sonidone. Entre otras cosas porque me parecía un móvil viable para un asesinato. Ese hombre tenía tres locales en Vigo y algo que muchos desean: dinero y anonimato. Demasiadas veces lo primero no va ligado a lo segundo y es la fama lo que genera la riqueza, pero lo hace a costa de que renuncies a la privacidad y, por supuesto, te ponga una diana en la espalda.

La gente señala, se aprovecha, llegan las malas compañías… A la cabeza me vinieron infinidad de niños estrella del cine, rostros fugaces que habían durado ocho o nueve años en televisión, cantantes prematuros e incluso algún que otro deportista. Los llamados juguetes rotos habían existido siempre. Sin embargo, Javier Barrera era lo contrario.

Cuando el caso Sonidone estalló en Vigo, haría unos cinco años, yo todavía me estaba preparando las oposiciones para policía (esas que Anita aprobó y yo no). Mi padre había fallecido hacía cinco años, más o menos. Me acuerdo perfectamente de mi madre conectada a la televisión gallega donde, durante dos o tres semanas,

se hizo un seguimiento casi diario del caso porque no paraban de aparecer estafados o reportajes sobre el estilo de vida a todo tren que llevaba la familia Barrera.

Recordaba todo con bastante nitidez: Javier Barrera tenía tres tiendas en Vigo, una en la zona de Príncipe, otra en plaza Elíptica y la otra en la zona de Areal. Eran, posiblemente, las mejores zonas de la ciudad para montar un negocio, y sin duda el dinero no paraba de entrar. Compraba audífonos al por mayor por valor de unos setecientos u ochocientos euros. Luego subía cada artilugio por encima de los cinco mil excusándose en que estaban hechos a medida para el cliente. La mentira se hubiese quedado ahí, pero, además de subir los precios hasta límites tremendos, se dedicaban a falsear pruebas auditivas, se aprovechaban de personas mayores con pocos recursos y amenazaban con demandarlos si no pagaban… De estos últimos salieron muchos en televisión. Gente que había entregado el dinero a Sonidone, pero que jamás había recibido un audífono o que había recibido uno defectuoso (que ellos mismos rompían acusando al cliente del destrozo).

En los matinales televisivos de tertulias hicieron especiales del caso una y otra vez. Desgranaron los movimientos de Javier Barrera, su historia, cómo y dónde abrió su primera tienda… Todo. Y ese todo, para la carnaza periodística, incluía a su familia, claro. Javier era el dueño de la empresa, pero su imperio se sostenía en dos cimientos: su hijo, que era menor de edad por aquel entonces, así que se le pixelaba la cara en cada imagen; y Rosa, su mujer, que más tarde se demostró que no sabía nada de los negocios fraudulentos de su marido y se divorció de él en cuanto tuvo ocasión.

Barrera pasó seis años en la cárcel condenado por varios delitos. Tuvo que vender el chalet que tenía en Canido, la casa de Panxón, los tres locales y, cómo olvidarlo, una colección de coches de lujo que había ido comprando y restaurando a lo largo de los años. En apenas unos meses, pasó de ser rico y que nadie supiera de su existencia a perder todo su dinero y a que todos lo señalaran por haber entrado en la cárcel.

Hace unos años, cuando el caso ya formaba parte de la historia delictiva de Vigo, la televisión gallega hizo un reportaje sobre él por su salida de prisión. Explicaban que ahora trabajaba de camarero en un bar del barrio de Teis donde vivía con su hijo. Yo no lo llegué a ver, pero almacené la información en ese rincón de mi memoria donde guardo todas aquellas películas de las que jamás disfruté (el cajón de los libros que nunca leí, en cambio, siempre está vacío).

¿Y si Javier Barrera se había enterado de que había sido Verné Dupont, una de sus trabajadoras, la que había dado el soplo sobre su fraudulento negocio? Era un motivo más que suficiente para matarla.

Sentí que podía haber encontrado la pieza que me faltaba en el puzle. Cuando volví de ver el cuerpo de Verné en la playa de Nosa Señora ó Carracido y me coloqué en el centro del camping, Javier Barrera y su hijo fueron dos caras que se me quedaron grabadas. Su tienda estaba al lado de la de Julia Álvarez y su hijo Ignacio.

Pensé varias veces en cómo abordar la conversación y en si ese hombre y su hijo podían ser peligrosos. Obviamente, no llevaba ningún arma ni tenía opción de defenderme, y quizá tuviese que tratar con dos asesinos. Así que antes de interrogarlos volví a mi tienda, una de las más alejadas en la parte norte del campamento, y busqué en la mochila un pequeño cuchillo que me había traído para comer la fruta. Era tan largo como un dedo meñique…, pero yo no tenía nada más con lo que defenderme. De algo serviría… En el fondo sabía que era más un deseo que una realidad, pero me obligué a obviar ese pensamiento.

Los rayos de sol que habían aparecido cuando hablaba con César López y Cristina Amil debían de haber llamado a sus colegas, porque empecé a notar que cada vez había más. El mar parecía, a lo lejos, más tranquilo e incluso navegable. Mi preocupación creció. Aún no había avisado a la policía, y si salía el sol en toda su plenitud, algo posible en las cambiantes temperaturas gallegas, la excusa de que un temporal impedía a las autoridades echarse a la mar iba a quedar desmontada por completo. Me quedaban un par de horas para que los campistas comenzasen a hacer preguntas. Si

se enteraban de que no era inspectora, ya podía decir adiós a resolver el asesinato.

Debía darme prisa.

La tienda de Javier Barrera era sumamente pequeña. Quizá demasiado para albergar a dos personas. Era naranja, con líneas marrones trazadas en los vértices que unían cada pedazo de tela. Parecía más una cabaña india a punto de romperse por completo que una tienda de campaña. Me agaché, no sin antes comprobar por las sombras que Julia Álvarez seguía en su tienda (por si debía gritar) y que el cuchillo estaba en el bolsillo de mi chaqueta.

—¿Javier Barrera? —lo dije en un tono lo bastante alto como para que me oyera, pero no para que lo hicieran el resto de los campistas. Julia Álvarez, que quizá podía haberlo escuchado, no hizo ni un gesto dentro de su tienda.

Un hombre calvo de unos cincuenta años, bajito y regordete, deslizó la cremallera y sacó la cabeza. Me recordó a un paraguas, con toda esa tela ocultando su cuerpo y el interior de su tienda.

—¿Qué quiere?

—Inspectora Nora Pardo. ¿Qué le parece si su hijo, usted y yo charlamos un rato?

—No.

—¿No? Vaya, qué poco sospechoso teniendo en cuenta por lo que he venido. —Metí la mano en el bolsillo para tocar el cuchillo. Podía abalanzarse sobre mí en cualquier momento.

—Traiga una orden y hablaré con usted.

—Señor Barrera, vamos a ver si me aclaro. ¿Acaban de matar a una chica que casualmente fue su extrabajadora…?

—¡¿Cómo sabe eso?! —aulló, y vi el rojo inundándole las mejillas.

—¿Por qué todos se sorprenden de que sepa estas cosas? Soy… —Estuve cerca de decir «detective», pero afortunadamente mi cabeza reaccionó a tiempo y no terminó la frase—. Sé que Verné Dupont trabajó para usted en Sonidone. No me diga que, conociendo su historial, no es algo sospechoso.

Javier Barrera me inspeccionó. Sin duda estaba valorando si yo sabía que Verné había sido quien lo había delatado. No podía usar

esa carta. No todavía. Debía conseguir que hablase conmigo antes. Que Verné diera el chivatazo era mi as en la manga, y estábamos al principio de la partida contra Barrera. Esperé su reacción y me salió bien.

—Fue empleada mía, sí. Trabajaba en la tienda de Areal y yo en la de Príncipe.

—¿Así que la conocía?

Su escueto «sí» precedió a un incómodo silencio. Javier Barrera valoró sus opciones y finalmente entró en la tienda dejando la cremallera bajada, lo que interpreté como una invitación.

Su hijo estaría cerca de la mayoría de edad. Era un chico larguirucho, delgado y con el pelo rapado al estilo militar. Llevaba una camiseta del Celta de Vigo que había tenido épocas mejores y que, pese a ser una talla pequeña a juzgar por la largura, le quedaba muy ancha en los brazos. Las mangas llegaban hasta el codo y dejaban ver unos antebrazos fibrosos y llenos de venas que se extendían hasta la muñeca como macizas tuberías. El pantalón también le quedaba grande. Similar a una de esas vestimentas de los raperos de la primera década del siglo XXI.

En lo único en lo que se parecían era en la cara. Ambos tenían la nariz aguileña y la mirada hundida. Me recordaron a las figuras que grababan en el dorso de las monedas siglos atrás. El chico no me saludó y me miró con desprecio. Sus ojos echaban fuego. Sin duda, su padre sentía lo mismo, pero la veteranía es un grado para todo.

—¿Es mayor de edad? —pregunté a Javier Barrera.

—Tengo dieciocho —respondió el chico.

—Entonces también hablaré contigo. —Sonaba muy segura de mí misma, pero mi tranquilidad me la daba el filo de metal, ya cálido, que rozaba con la yema de los dedos.

Estábamos muy pero que muy juntos. Javier Barrera y su hijo se encontraban en el lado derecho de la tienda y yo en el izquierdo, pero apenas nos separaba un metro.

—Soy la inspectora Nora Pardo —me volví a presentar dirigiéndome a su hijo—. ¿Te llamas?

—Carlos —respondió forzando un gesto amable que yo me tomé

como un desafío.

—Empezaré con usted, señor Barrera. ¿De qué conocía a Verné Dupont?

—Eso ya lo sabe.

—Quiero que me lo recuerde, si no le importa. —Les enseñé la misma sonrisa falsa que horas antes le había regalado, a tan solo unos metros, a Julia Álvarez.

—Trabajó para mí en Sonidone, pero ella estaba en una tienda diferente a la mía. Nunca nos vimos cara a cara.

—¿En qué tienda trabajaba usted?

—¿Dónde iba a trabajar si era el dueño? —saltó Carlos Barrera.

—¡Carlos!

—¡No va a tratarnos como si fuéramos gilipollas, tenemos derechos!

—Carlos, *riquiño* —mi sonrisa falsa se había convertido en amenazadora—, no seas parvo y haz caso a tu padre. Me parece que has visto muchas peliculitas americanas y no sabes de qué va esto. Hablamos de un asesinato y vosotros, que teníais contacto con la víctima, estabais en la isla en el mismo momento en el que fue asesinada.

El chico guardó silencio mientras su padre me fulminaba con la mirada.

—Así que cállate. Habla solo cuando yo te lo diga y, ya que te gustan tanto las parvadas esas sobre derechos, recuerda ese clásico policial de: «Todo lo que digas podrá ser utilizado en tu contra».

Ser detective te obliga a fingir. Finges ser un ciudadano que simplemente lee el periódico, finges ser una mujer que está chateando dentro de su coche… El engaño es fundamental para convencer a la persona que investigas de que eres un elemento más del mundo que la rodea. Algo colocado ahí al azar. En eso, por supuesto, también es clave el comportamiento. Una vez tuve que disimular con una mujer a la que estaba investigando por tener varias amantes. Sí, en femenino. Su marido me había pagado un dineral. La tía me pilló mirándola y no pudo resistir sus instintos. Pasé media hora tonteando con ella antes de lograr que me dejara

en paz.

En el interrogatorio de Javier y Carlos Barrera estaba haciendo lo mismo. Fingí ser una poli ruda. Una de esas de las películas que siempre tiene la última palabra, sabe artes marciales y duerme con una pistola debajo de la almohada. Si ellos supieran que ni siquiera era policía y que mi única arma era un cuchillo con el que cortaba la fruta…

—¿Seguimos, señor Barrera? —Volví a centrarme en el antiguo dueño de Sonidone—. ¿En qué tienda trabajaba usted?

—En la de Príncipe, como le dije antes de entrar. Era donde teníamos la clínica más grande y también la sede. Verné Dupont trabajaba en la zona de Areal.

—¿Y cuándo se vieron por primera vez?

—Nunca.

—¿Nunca se vieron?

—Jamás —cortó Javier.

—¿Ni cuando la contrató?

—Yo no me encargaba de eso. Lo hacía la jefa de Recursos Humanos que teníamos.

Asentí. Me parecía sospechoso, aunque podía encontrarle lógica. Eso me llevó a ir un paso más allá: ¿y si Javier Barrera había aprovechado el hecho de que Verné no le pusiera cara y había acudido allí para matarla? No era descabellado y más teniendo en cuenta que era Verné quien lo había denunciado y que él, igual que yo, podría haberse enterado. Quizá un simple rumor o un soborno hubiesen sido suficientes para que alguien se fuese de la lengua.

En 1930, el escritor húngaro Frigyes Karinthy teorizó sobre la idea de que podemos conectar con cualquier persona del mundo a través de, solamente, seis personas. Lo llamó «teoría de los seis grados». Exponía que un individuo conocía, de media, a cien personas. Algo sencillo en la era moderna si tenemos en cuenta las redes sociales. Cada uno de esos cien individuos conocía a otras cien personas, de modo que podríamos establecer un contacto casi directo con diez mil habitantes del planeta. Si seguíamos multiplicando por cien hasta llegar a seis niveles diferentes, una

única persona podría acceder a un billón en un sexto nivel. Es inviable teniendo en cuenta la población mundial, claro, pero define muy bien la facilidad con la que un tío de Vigo, una ciudad de unos trescientos mil habitantes, podría llegar hasta alguien con solo un par de llamadas.

Todavía necesitaba averiguar algo más antes de acusarlo de algo así. Decidí seguir con su hijo, a ver si conseguía el error que tanto buscaba forzar.

—Carlos, si te has tranquilizado, voy contigo…

—Siempre he estado tranquilo. —Su padre le dio un golpe en el hombro y el chico apretó los puños.

—¿Conocías a Verné Dupont?

—No.

—¿Ni habías oído hablar de ella?

—No.

—Es decir, que ustedes están aquí por pura casualidad. ¿Es eso lo que me dicen?

Carlos fue a hablar, pero su padre intervino. Ninguno de los dos lo sabía, pero yo estaba a punto de dejar caer la bomba.

—Solo somos un padre y un hijo que han venido a disfrutar de un fin de semana de desconexión y que se han encontrado con un temporal.

—Un padre y un hijo que vinieron a vengarse de la mujer que los denunció a la policía, ¿no? —Nunca imaginé que pudiera decir algo así con tanta tranquilidad. Hablé mirándolos a los ojos, esperando que su lenguaje corporal me revelase lo que buscaba. Me centré en Carlos Barrera al que presté más atención que a su padre.

—No sé de qué habla. —Javier Barrera había reaccionado rápido, pero su hijo se había quedado atrás.

—¡Vamos!, ¿va a dejar que el crío vaya a la cárcel como usted?, ¿con dieciocho recién cumplidos?

—¿Qué está…?

No lo dejé continuar. Estaba encerrando a mi presa. Agobiándola. Inutilizando cualquier salida que fuera posible. Había pisado el acelerador y no pensaba frenar.

—Pasará quince años, con suerte, en prisión. Violadores, asesinos, pederastas… No es el mejor destino para un chico con toda la vida por delante.

—¡Cállese!

—¿Qué le pasa, señor Barrera? ¿Tiene miedo?

—No… Yo no… ¡Él no ha hecho nada!

Lo tenía.

—Así que sí han hecho algo… Bien, ahora empezamos a entendernos. Hable o les juro que esta noche ya la pasan en los calabozos.

Enseñé todos los dientes igual que un animal enseña los colmillos. Lista para cazar. Lista para cerrar las fauces sobre el cuello de mi presa mientras intenta resistirse inútilmente. Eran míos.

—¡ESA HIJA DE PUTA NOS LO QUITÓ TODO! —vociferó Carlos Barrera envuelto en un mar de sudor. Las manos le temblaban, cerradas y herméticas como cepos. Los ojos emanaban una rabia que solo conoce el que quiere sangre, y los labios le vibraban de puro odio.

—¡Cállate, Carlos!

—¡No pienso pasar ni una noche en la cárcel por esa zorra!, ¡no después de cómo saliste tú de allí!

Podría haber rascado en ese reproche. Algo me decía que solo era la superficie de un trauma abismal. Decidí dejarlo pasar y centrarme en Verné.

—Habla, Carlos, o te juro que te acuso de tantos cargos que no ves el sol hasta que tengas cincuenta años.

—La seguimos hasta aquí para matarla, ¿vale? —Su padre se cubrió el rostro con las manos cuando su hijo confesó—. Lo teníamos todo… Todo. —Miró a Javier y tragó saliva—. Yo lo tenía todo. En mi cumpleaños, en Navidades… Siempre tenía más regalos que nadie… Mis amigos me miraban desde abajo. Había respeto, ¿entiende? ¡RESPETO! —gritó, y no tuve duda de que también su padre estaba escuchando todo eso por primera vez—. Pero llegó esa francesa de mierda y tuvo que irse de la lengua… Perdí a mis amigos, perdí a mi familia… Lo perdí todo, joder. Incluso a mi

padre…

—A mí nunca me perderás, hijo.

—¡Cállate, puto hipócrita! —Se apartó de él con asco—. ¿Crees que no te escucho llorar por las noches?, ¿dónde está el padre del que estaba orgulloso?, ¿el que tenía todo bajo control?… El que había triunfado. Eso no existe, no queda nada. ¿Dónde está el chalet de Canido con piscina que ahora he cambiado por un ridículo cuartucho en Teis? No tengo nada más que a mí mismo… —Sentí una punzada de lástima por Carlos. Me hubiera gustado explicarle lo poco que estaba valorando ciertas cosas, por ejemplo, un padre. El estómago me dio un vuelco. No había querido frenar y estaba cerca de salirme de la curva—. Yo quise venir aquí y yo propuse matarla.

—¿Y cómo la matasteis, Carlos? —pregunté intentando recuperar el control que ellos no se habían dado cuenta de que había perdido.

—No me ha dejado terminar, inspectora. Nosotros vinimos a matarla, pero no lo hicimos…

—Pero ¿có…? Han dicho que vinieron a matarla, ¿no?

—Sí, pero no pudimos… —Javier Barrera no dejó responder a su hijo y le clavó una mirada feroz. Un gesto autoritario que sin duda tendría que haber llegado mucho antes. Carlos Barrera enmudeció conteniendo la ira mientras su padre seguía hablando—. Un amigo de mi primo es agente de la policía… Le pagué con algo de dinero que había escondido…

—En la hucha de su hijo pequeño. Todo un ejemplo de paternidad —le atacó Carlos.

Yo omití el comentario, y Javier Barrera también. Siguió hablando.

—Cinco mil euros en efectivo. Todo lo que me quedaba. El tío no quería hablar, y mi primo le convenció. Le dijo que le pagaría y que no necesitaba un nombre. Solo una descripción. Como imaginará, la palabra «francesa» me dijo todo lo que necesitaba saber. Esa zorra de Verné Dupont se había ido de la empresa porque no le parecía bien lo que hacíamos. Mi directora de Recursos Humanos intentó comprarla, pero no se dejó. Yo no sabía por qué se había ido de

Sonidone. Me enteré tras descubrir que había sido ella la que me había denunciado… Lógicamente, enfurecí… ¿Sabe el infierno que pasé en la cárcel, inspectora?

Guardé silencio.

—Durante las dos primeras semanas compartí celda con un descerebrado que se dedicaba a despertarme por las noches gritando. Solo dormí bien un día y porque el loco este atacó a un guardia y lo cambiaron. Al día siguiente me pusieron a otro compañero, un tío muy pero que muy delgado. Me meó en la cara en plena noche y nos peleamos, ¿ve esto? —Enseñó una marca circular de dientes en la zona del bíceps—. Me mordió tan fuerte que casi me arranca el brazo y tuve que quitármelo de encima… Yo no… Yo no quería hacerle daño, pero no… no podía controlarme… No… Esa rabia acumulada… Tenía que salir por algún sitio.

—¿Qué le hizo?

—Lo aparté de un empujón y se golpeó contra el lavabo. Se quedó aturdido. Yo chorreaba meados. Toda mi ropa olía a ese hijo de puta. Le cogí la cabeza y se la estampé una y otra vez contra la mesita que teníamos en la celda. No podía parar, inspectora. No me pregunte por qué, pero no era capaz. Era como si expulsara todo lo que había ido acumulando. Recuerdo que había mucha sangre, muchísima… Me resbalaba por las manos y se mezclaba con el olor ácido de la meada de ese cerdo. Le abrí la frente en dos, como si fuera un simple melón. Hicieron falta cuatro guardias para pararme. Cuando por fin lo lograron y me llevaron a la enfermería para chutarme un tranquilizante, todavía tenía pelos ensangrentados de ese tipo en la mano. No lo volví a ver, inspectora, pero sé que pasó varios días en coma. Estuve a punto de reventarle el cerebro por dentro. —Se giró hacia su hijo—. Por eso lloro por las noches. A veces, cuando me ducho, sigo lavándome una y otra vez las manos porque todavía veo las manchas de sangre debajo de las uñas, como un hilo que nunca me dejará irme del todo de la cárcel.

Mi rostro se había convertido en una mueca de pétrea tensión. Inconscientemente, mientras Javier Barrera hablaba, yo aferraba el cuchillo cada vez más fuerte. Tanto que me había hecho sangre en

los pliegues interiores de los dedos. Me sequé en la cazadora con disimulo mientras Carlos Barrera miraba a su padre con una mezcla entre la admiración y el miedo.

—Si la imagen de ese tío sigue creándome pesadillas, bloqueándome…, ¿cómo iba a matar a esa mujer a sangre fría? La odio con todas mis fuerzas, pero no soy un asesino, inspectora. La vimos en el barco hablando con ese chico. Creo que era su novio, el moreno con pinta de mochilero. —«Joel…», pensé para mí—. Y supe que no podría hacerlo. Lo sentí aquí. —Se llevó la mano a la boca del estómago—. Sé que lo que hice estuvo mal, sé que estafé a muchos, incluida gente que no tenía dinero para comer, y también sé que muchos de ellos dicen que me matarían sin pestañear. Pero, pese a todo lo que la odio, no soy capaz de asesinar a alguien a sangre fría.

—Comprenderá, Javier —tosí intentando recobrar mi imagen de poli dura—, que una simple historia no va a convencerme de algo así.

—Ni siquiera habíamos pensado cómo matarla, inspectora. Puede registrar toda esta tienda, pero no encontrará ni un arma. Ni un triste cuchillo.

Tragué saliva con la mano aún en el bolsillo.

—Además, no salimos de la tienda.

—¿No salieron?

—Yo sí. No podía dormir porque seguía con mi pelea. Había sentido que no iba a poder matarla, pero me repetía una y otra vez todo lo que me había causado esa francesita de mierda… Tenía dudas de si debía matarla o no. Salí de la tienda a eso de la una y media a que me diera el aire y acabé fumando.

—Aquí no veo ninguna cajetilla de tabaco ni ningún cenicero y me he encontrado con gente que sí fumaba… —dije pensando en el interrogatorio con Julia Álvarez o Joel.

—Empecé a fumar en la cárcel, inspectora. Para templar los nervios, pero me prometí a mí mismo que lo dejaría al salir. Una especie de logro con el que motivarme… Y lo dejé, pero como comprenderá no podía negarme un cigarro cuando el asesinato se

me pasó por la cabeza. Me traje dos cigarros y cerillas. —Sacó del bolsillo una bolsa de esas para recoger las cagadas de los perros y la abrió para enseñarme las dos colillas y la madera ennegrecida de la cerilla apagada.

—¿Y su hijo?

—Se quedó dentro. Durmiendo.

—Eso lo dice usted…

—Cuando salí de la tienda estaba durmiendo y cuando volví a la tienda seguía durmiendo. Fumé diez minutos y no salí más.

—¿Se supone que tengo que creer lo que me ha contado?

—No. No tiene por qué hacerlo si no quiere, pero creo que debería. Oí vomitar a un tipo, me parece que era uno de esos maricas. Pregúnteles. Además, le he contado delante de mi hijo que lloro por las noches porque casi mato a un hombre. Eso me va a perseguir toda la vida, inspectora. Ojalá no hubiese tenido sentimientos y hubiera podido matar a Verné Dupont. Y, créame, se lo digo de corazón. —Se echó hacia delante y, pese a todo lo que me había contado, no me intimidó en absoluto—. Cuando algún familiar de una chica violada o asesinada dice que va a matar al violador o al asesino… Hace falta tener una especie de oscuridad innata para hacerlo: Richard Ramírez mató a catorce personas en los ochenta y dijo que disfrutaba viendo morir a la gente; el Carnicero de Milwaukee se masturbó varias veces con los miembros amputados de su primera víctima; John Wayne Gacy, el payaso asesino, mató a treinta y tres tipos y, antes de ser ejecutado, gritó: «Bésenme el trasero»; el Monstruo de los Andes era un pederasta violador que estranguló a ciento diez niñas y, tras una década en la cárcel, definió el cargarse a alguien como «apasionante»… Matar así, pensándolo y a sangre fría, es difícil, inspectora. Todos dicen que tiene que ver con la infancia y los traumas, pero hay muchos niños que sufren abusos o que pierden a alguien de su familia en un crimen y no se convierten en asesinos. Hace falta algo que ya esté dentro. Algo así como un gusano que va comiéndose todo lo bueno hasta que ya no queda nada y te lleva a perder completamente la percepción de lo que está bien y lo que está mal. Cuando no es así,

cuando es algo aislado, los abogados lo llaman enajenación mental transitoria. Yo lo llamo explosión de ira. No eres dueño de tus actos. Un asesino, inspectora, un verdadero asesino, es perfectamente consciente de lo que hace. No llora después de cargarse a alguien como hago yo cada puta noche por haber tenido un ataque de furia…

El eterno debate sobre el mal siempre me había fascinado. ¿El mal es, como decía Javier Barrera, algo innato?, ¿o el mal se genera por algún tipo de trauma relacionado con la infancia? Sus argumentos tenían peso, sí, pero todos los maniacos a los que había hecho referencia tenían el denominador común de haber pasado por un infierno cuando eran niños. De una u otra manera.

Podría haber permanecido horas hablando sobre ello, aunque no con Javier Barrera. Quizá con Anita o con alguien que me generase interés más allá de valorar si era o no un asesino.

Era el momento de repasar los pósits. Los saqué del bolsillo y comencé a leerlos y a recordar todo lo que me habían contado: Joel me había dicho que había subido al faro de Cíes en las horas en las que mataron a Verné. Lo había hecho después de rechazar a Julia Álvarez, la cual había vuelto a su tienda sobre la una de la madrugada, tal y como había confirmado su hijo. Fue precisamente él, Ignacio Álvarez, el que encontró el cadáver tras seguir una mancha de sangre hasta la playa y el que había apuntado a una discusión entre mi víctima y su exnovio Manuel Ramos. El mismo Manuel Ramos que había jurado no haber dejado su tienda tras discutir con Verné y haber venido a las Cíes para avisarla de que su nueva pareja no le convenía. Joel y él me habían hablado del Nimfea Blava, un club de alterne barcelonés donde Verné había trabajado como camarera hacía una década y donde había coincidido con Aurora Guerra, otra de las campistas. Ella basaba su coartada en haber estado manteniendo relaciones sexuales a todo volumen con su chico, un niño rico vigués que seguro habían escuchado en la tienda de al lado. César López y Cristina Amil, los «afortunados» oyentes de la sesión pornográfica nocturna de la excompañera de Verné, habían verificado la coartada sexual de

Aurora. Y, mientras averiguaba todo eso, Anita me pasaba información sobre un exjefe de Verné Dupont que había venido con su hijo a la isla y que me había confesado que su intención era asesinar a la chica…, pero se lo había impedido un sorprendente y revelador exceso de escrúpulos, pese a que Verné lo había llevado a la ruina. Y, para concluir mí ya enrevesada historia, ese exjefe, también exestafador, expresidiario y exrico, insistía en que, a la hora en la que yo creía que había matado a Verné, se había puesto a fumar con su hijo inmóvil en la tienda y había oído vomitar a «uno de los maricas».

Esbocé una sonrisa muy forzada y me despedí con rapidez de Javier Barrera y de su hijo Carlos. El tiempo seguía apremiándome, y yo intentaba esquivarlo como un cervatillo que huye asustado de los disparos del cazador. Era consciente de que tendría que llamar cuanto antes a la policía. Hice un cálculo rápido. Tal vez disponía de una o dos horas. Si era capaz de sacar algo en claro en ese tiempo, tendría el caso resuelto para cuando llegaran los agentes y no me obligaría a acusar a alguien sin presencia policial. Me aterraba la idea. Por muy convincente que hubiese sido mi papel de poli mala en la tienda de Javier y Carlos Barrera, no me veía preparada para algún intento de agresión.

Si hubiese sabido lo que me esperaba…

13

Novata

Unas horas antes

Todavía debía hablar con la pareja de chicos para ver si alguno había vomitado la noche anterior, tal y como Javier Barrera había dicho. Además, me quedaban más tiendas. El problema es que ya había consumido casi una hora de mi particular cronómetro «prepolicial» y no sacaba nada en claro. Debía despejar la mente, como Poirot… Mini-Poirot, en este caso.

Mientras caminaba, envuelta en ese aire místico que desprenden todas las islas cuando las cubre el silencio, comencé a leer los pósits una vez más. Traté de repasar la historia, pero el torrente de recuerdos me arrastró otra vez a mi infancia. A esos sábados y domingos de juegos con mi padre. A las yincanas cargadas de pistas que me iba dejando por casa en sus pósits rosas… El Afortunado de Nombre Normal se rendía pronto, pero yo… Yo seguía hasta el final. Fuese la hora que fuese. De hecho, recuerdo más de una madrugada con mi madre y mi hermano dormidos mientras mi padre leía en su sillón esperando a que yo terminase.

«Siempre un paso más, mini-Poirot», me decía sin despegar los ojos de las páginas.

Y yo lo miraba (más bien lo admiraba) y seguía hasta que me dolían los ojos.

Así que lo primero que hice cuando me convertí en detective fue comprarme un arsenal de pósits rosas como los que él me dejaba en sus pruebas. Una forma fantástica de honrar su memoria, recordar mi infancia… y seguir martirizándome con su ausencia.

Quizá fue ese pensamiento negativo lo que me llevó a darme cuenta de algo horrible. Ya estaba cerca de la playa de Nosa Señora ó Carracido, donde había encontrado el cuerpo de Verné, pero me detuve en seco con la sensación de haber recibido un brutal puñetazo en el estómago. Por primera vez desde que ocurrió todo, me di cuenta de que estaba pagando una humillante novatada. Me sentí tan sumamente decepcionada conmigo misma que por un momento valoré la opción de llamar ya a la policía para que ellos resolvieran el caso.

Hacía unos minutos que me había creído una detective con varias décadas de experiencia o con una mente privilegiada. Pero, como suele decir el refranero, cuanta más altura, peor es la caída. La importancia de un perfil de la víctima estaba clara, pero me había olvidado de algo completamente fundamental: recrear los movimientos de Verné Dupont.

¿Cómo había acabado mi víctima en la playa?, ¿había ido hasta allí voluntariamente o la habían matado y luego arrojado a las rocas de Nosa Señora ó Carracido?, ¿o quizá la hubiesen asesinado después de un secuestro? Había tardado horas en darme cuenta de que, por mucho esfuerzo que hubiese hecho en crear un perfil de Verné, desconocía cuáles habían sido sus últimos movimientos… y, por tanto, la hora de la muerte.

De pronto, mis pensamientos seguros y confiados dieron lugar a una Nora dubitativa, infantil y que se creía muy poco preparada para afrontar algo de tal magnitud. En esas ocasiones, como me había pasado cuando salí de la tienda de Aurora Guerra, mis complejos afloraban y seguía sin tener a nadie a quien llamar. Mi hermano era simplemente un parapeto, pero no era ilimitado. Yo sabía a quién necesitaba, igual que sabía que jamás podría contactar con él. Por norma, cuando mis complejos salían de su escondrijo, también lo hacía el trauma de mi padre. Era como si compartieran un espacio común dentro de algún cajón de ideas negativas de mi cabeza.

¿Y si no estaba preparada para resolver esto?, ¿y si nunca me convertía en una buena detective?

Me estaba agobiando.

¿Qué había resuelto hasta ahora?, ¿un par de infidelidades? ¿Y si no valía para resolver crímenes?, ¿y si mi destino era formar parte de la policía y la había cagado no completando mis estudios igual que había hecho Anita?

No podía respirar.

Mi cerebro ladró un silencioso «basta» y planteó la pregunta indicada para darme la puntilla:

«¿Estaría tu padre orgulloso de ti, mini-Poirot?».

Rompí a llorar como una niña recién caída de una bicicleta. No me importó el tiempo que estaba perdiendo. Derramé amargas lágrimas hasta que me quedé completamente vacía. Era la segunda vez que lloraba en la isla en menos de un día. ¿Qué me estaba pasando?, ¿por qué estaba cargándome con una presión tan agotadora e innecesaria?

Si fallaba… Si alguien descubría que no era policía, probablemente tuviese que decir adiós a mi carrera. ¿Cómo iba a continuar si me inhabilitaban?, ¿cómo le explicaría eso a mi madre?

Tuve que detenerme en la zona del *merendeiro* cercano a la playa. Allí me dejé caer de espaldas sobre uno de los bancos de piedra. Mis ojos se detuvieron en las nubes grises. Las veía sobre mí tras un lienzo de ramas delgadas, viejas y deformadas. Me obligué a calmarme y me llevé la mano al pecho. Exhalé e inhalé durante minutos. No fui capaz de calcular el tiempo.

Quise sacar los pósits, pero… Ya sabéis…, los recuerdos. Ahora era mejor repasar mentalmente: después de hablar con Ignacio Álvarez sobre su macabro hallazgo, fui hasta la playa y, tras comprobar (como pude) el cuerpo de Verné, regresé corriendo al camping con una mezcla de sentimientos entre la euforia, el terror y, por supuesto, la precipitación. No había comprobado el camino. Solo había un acceso a Nosa Señora ó Carracido: el sendero de tablas de madera que descendía tras girar a la derecha. O eso, o mi amiga francesa y su asesino habían decidido caminar a oscuras por las rocas en plena madrugada. Poco probable.

Debía rehacer el camino entre la playa y el camping para analizar

el entorno: ramas rotas, pisadas… Cualquier cosa fuera de lo habitual y en lo que no me hubiese fijado la primera vez. Sería raro encontrar algo, pero debía hacerlo. Tras las horas y la lluvia, no estaba muy segura de poder hallar alguna huella, así que usé todos mis sentidos en localizar cualquier cosa que no fuera común. Trozos de tela, marcas en los árboles… Quizá Verné Dupont huyó de algún otro lugar de la isla. Si era así, podría haber tropezado. Ignacio Álvarez habló de unas gotas de sangre que yo misma había visto. El asesino podría haber herido a Verné, y ella haber conseguido huir hasta la playa para, por ejemplo, intentar esconderse.

Ya recuperada de mi pequeña crisis de ansiedad, retomé la búsqueda después de consultar el reloj y comprobar con desánimo que había perdido otros veinte minutos entre la bajada y mi pequeño problemilla. Mi cabeza aún no quería aclarar si estaba o no preparada para resolver el crimen de Verné Dupont, pero tampoco dejé que lo hiciera y desechaba la idea cuando veía que una respuesta era inevitable.

Me coloqué en el final del sendero que llevaba hasta la playa. De nuevo vi el cuerpo descompuesto de la joven francesa a varios metros de mí. Las gaviotas seguían revoloteando sobre él, aunque parecían menos ansiosas. Me sorprendió que muchas hubiesen desaparecido. Tal vez exhaustas y cansadas de haber devorado un cuerpo que empezaba a pudrirse.

No volví a acercarme al cadáver. Allí no había encontrado nada la primera vez, y las aves me atacarían si intentaba inspeccionarlo lo bastante cerca como para encontrar algo.

Respiré profundamente, y al olor del salitre se sumó un tibio aroma que a punto estuvo de provocarme una arcada. Hacía varias horas que la pureza de ese lugar había sido mancillada.

Di pasos cortos, deteniéndome en cada uno de los peldaños, pero ni siquiera había algo que tener en cuenta entre las pequeñas hendiduras de los tablones del suelo. Algo desesperada, continué mi vuelta al camping girando la cabeza constantemente y contemplando muy de cerca ambos laterales del sendero.

Tras hacer un camino de veinte minutos en cuarenta, llegué a la

frustrante conclusión de que no había nada que alterase el entorno. Aunque eso me hizo reflexionar sobre Verné Dupont. Si había ido hasta esa playa en plena madrugada y con alguien, significaba que lo conocía. De nuevo valoré la posibilidad de que el asesino fuese Manuel Ramos. Su exnovio era el único que, de momento, no tenía una coartada sólida.

Ya en el camping, entré en mi tienda de campaña. Era pequeña y austera. Con un saco de dormir a la derecha y una mochila negra colocada como almohada. Releí los pósits. Fui a apuntar el último pensamiento sobre Manuel Ramos, pero en lugar de eso dediqué un emotivo minuto de improperios a mi bolígrafo recién fallecido. Ni echarle el aliento en la punta ni agitarlo… Creo que ni entablar una conversación con la Virgen de los Milagros de Amil iba a servir.

Ya no podía apuntar nada. Lo lancé contra el suelo de mala gana. Bufé mientras me pasaba las manos por la cara con desesperación. Con el cabreo haciéndose bola por mi inutilidad, me cambié de camiseta después de beber agua y conectar el teléfono a una batería portátil que me había llevado («Eso sí, ¿verdad, Nora? Un boli no, pero eso sí…»). Necesitaría llamar a la policía y no podía correr riesgos innecesarios. En el fondo de la mochila tenía un desgastado ejemplar de una novela de Tom Clancy llamada *Juego de patriotas*. Era mi primera novela de espías y, de momento, me tenía bastante enganchada (aunque no sé si una persona que lee prácticamente todo lo que se le pone por delante es una fuente fiable en cuanto a calidad literaria).

Salí de la tienda y miré en ambas direcciones. Sorprendentemente, nadie parecía alterado por el asesinato de Verné Dupont. Todo parecía calmado y tranquilo. Esa quietud me puso los pelos de punta. Conté con el dedo las tiendas más cercanas a la de Verné Dupont y me acerqué hasta la primera de ellas.

Me abrió una chica joven que no llegaría a los veinticinco años. Era una pelirroja con cara aniñada, labios rosados y mirada pícara. Tras ella, al fondo de la tienda, había un hombre considerablemente mayor que ella. Él lucía un corte moderno, parecido al de Manuel Ramos, solo que la cabellera de plata y el bigote le aportaban, para

mi sorpresa, un aspecto mucho más juvenil. Su brazo derecho, con el que sostenía un teléfono móvil de última generación, estaba completamente tatuado con una carpa de colores rojizos que se perdía entre destellos negros, verdes y amarillos. Los largos y coloridos trazos se extendían hasta la muñeca sin dejar que ningún recoveco de piel mantuviese su tono natural.

El hombre, con camiseta de tirantes blanca y un bañador de flores azul, se levantó sobresaltado cuando me vio. Tenía los ojos del color de la miel y una piel brillante. En la tienda olía a sudor y a…

—¿Llego en mal momento? —Intenté parecer seria.

—No, no. No se preocupe. —Ella se ruborizó un poco. Tenía un acento… No logré identificarlo.

—Puedo volver luego si lo prefieren…

—No hace falta, inspectora. Puede quedarse —terció el hombre.

—¿Ya sabe que soy inspectora?

—Lo dijo usted hace poco, y además las paredes hablan —dijo hundiendo el dedo en la tela del techo de su tienda. Después se acercó hasta mí y me ofreció la mano—. Soy Alfonso Barreiro.

—Nora Pardo.

—Y ella es…

—Marta López —terminó la frase la pelirroja a la que también saludé con la mano.

—No tenemos mucha cosa… Unas patatillas y algo de agua, ¿le apetece? —preguntó la chica.

—No se preocupen. Acabo de beber algo en mi tienda. Se lo agradezco.

—Entonces usted dirá, inspectora Pardo. ¿Cómo podemos ayudarla?

Ambos se sentaron en el suelo y yo me quedé de pie. Se entrelazaron las manos en señal de cariño y se me quedaron mirando como crías que esperan la carroña que sus padres les consiguen.

¿Debía ser dura o agradable? No parecían personas con quien fuese necesario hacer de poli malo.

—¿Conocían a Verné Dupont?

—De nada. Yo la vi cuando bajamos del barco.

—Sí —corroboró ella—, pero ni siquiera llegamos a saludarla.

—Perdone que se lo pregunte, pero ¿de dónde es? Es que no consigo identificar su acento.

—Española, pero mi madre es belga. Del extrarradio de Bruselas.

—¡Ay, Bruselas! Estuve de viaje familiar hará como quince años y me encantó. ¿No tendrá por ahí uno de sus famosos gofres?

—Desearía decirle que sí…

—Pero no. Ya lo imaginaba… Bueno, disculpen. Volvamos a lo importante. ¿No vieron a Verné Dupont en el barco?

Alfonso Barreiro negó.

—Supongo que ella iría en la parte de dentro…

—¿Iban ustedes arriba?

—Cuando el mar está picado es mucho más divertido ir fuera, inspectora. —La sonrisa de esa chica era franca. Pura. Técnica del poli bueno, estaba claro.

—Sí… Si usted lo dice… —suspiré con una media sonrisilla—. ¿Y al llegar a tierra hablaron con ella?

—Absolutamente nada. Solo la vimos de lejos cuando bajó del barco —insistió.

—¿Qué estaban haciendo la pasada madrugada?

—Dormir —intervino Alfonso Barreiro—. Los dos nos habíamos levantado muy temprano. Vivimos en Tui, ¿sabe? Tenemos dos perros, dos american stanford, y los llevamos a casa de un amigo para que nos los cuidara este fin de semana. Él vive en Vigo, así que le llevamos a Bolt y Xena y nos quedamos a comer con ellos. Luego dejamos el coche en su casa, cargamos las mochilas y bajamos hasta el puerto para esperar el barco. Al final habíamos estado todo el día despiertos y fuera de casa… Como comprenderá estábamos agotados.

—Puedo preguntarles, si no es mucha molestia, ¿por qué este fin de semana?

Estaba empezando a tener una sospecha demasiado negra sobre todos los campistas, aunque todavía era pronto para demostrarla.

—Marta y yo no tenemos mucho dinero, inspectora —respondió

Alfonso Barreiro—. Mi teléfono es lo último que me compré con mi sueldo. Llevo un año en paro y no consigo encontrar trabajo. Marta trabaja en una tienda de Tui y con eso comemos y pagamos el alquiler. Queremos… Ya sabe… Ser tres. —Sonreí—. Intentamos ahorrar todo lo que podemos. Dijimos de venir a las Cíes y compramos los billetes hace más de un mes porque esperábamos que, al ser el último, fuese el fin de semana con menos gente y así, al estar más solos, pareciese que la isla era para nosotros. No quisimos ni siquiera cancelarlo con el mal tiempo que daban…

—La noche pasada, en la que asesinaron a Verné Dupont, ¿vieron u oyeron algo raro?

—¿Raro?

—Una discusión, un grito…

—Nada, inspectora. Ya le digo que dormimos como troncos.

—¿Puede confirmar alguien esto?

—Solo nosotros… —Había cierto aire compungido en sus caras, como si les pesase el hecho de que nadie pudiera corroborar una coartada sólida.

—Bueno, si recuerdan algo…

—Espere, tome. —Sacó un papel y un bolígrafo fino y apuntó dos números de teléfono. Me tendió ambos.

—Si necesita algo de nosotros, llámenos.

—Se lo agradezco. —Me guardé el papel en el bolsillo y les devolví el bolígrafo. Era plateado y tenía la inscripción de un bar, como si fuese algún tipo de regalo por el aniversario del local.

—Quédeselo. Ya nos lo devolverá. Nunca está de más tener algo para apuntar…

«Acaban de salvarme la vida».

Volví a tenderles la mano para despedirme, no sin antes desearles suerte para que se quedase embarazada. La idea de ser madre… rondó por mi cabeza hace cinco años, pero la deseché. Más que desecharla, la enterré. Nunca la había tenido de continuo y ahora permanecía oculta bajo capas y capas de despecho por la sociedad, la muerte de mi padre, el dinero…

Al salir de la tienda miré por última vez el reloj. Apenas me

quedaba tiempo y tenía que estirarlo todo lo posible. «Dos interrogatorios más y llamas a la policía», me dije no sin cierta desgana.

Detrás de la tienda de Alfonso Barreiro y Marta López, una pareja de chicos, la que había visto en el barco, salió de su hogar de tela. Uno de ellos debía haber sido el que vomitó, según Javier Barrera. Ambos llevaban ropa deportiva de marca y sus ceñidas camisetas dejaban ver dos cuerpos esculpidos por horas de gimnasio. Los dos superaban el metro ochenta y parecían cortados por el mismo patrón: cuerpos fornidos, grandes manos peludas, brazos anchos, barba recortada y pelo rapado.

—Perdonen. —Levanté la mano procurando que me vieran. El que decoraba el bíceps derecho con el tatuaje borroso de un alambre de espinos dejó de colocarse los cascos mientras su compañero me miraba con curiosidad—. Soy la inspectora Nora Pardo y necesito hablar con ustedes unos minutos.

—Mejor luego, inspectora —dijo el del tatuaje. Su contundencia me hizo dudar.

«No. No. Yo mando. Yo mando. Yo mando», me repetí mentalmente en un ejercicio de autoconvencimiento más que de fe en mí misma.

«Estoy preparada».

—Podría, pero eso ya me obligaría a hacer el interrogatorio con mis compañeros policías delante y sería un proceso muchísimo más largo y tedioso. ¿Seguro que ahora no tienen cinco minutos?

«*Boom*, pequeña. Eso es».

El que me había mirado con curiosidad se hizo a un lado ofreciéndome entrar y dedicándome una sonrisa encantadora. Vi como el otro le hacía un gesto de burla a mis espaldas.

Parecía que cada uno se había quedado con un lado de la tienda. No era muy grande, pero cabíamos con suficiente amplitud. En cada extremo había una mochila con el saco de dormir enrollado en la parte superior. Una era negra y la otra verde. El resto de la tienda parecía ordenada con espeluznante pulcritud. Nada estaba fuera de lugar más allá de dos pares de chanclas junto a las mochilas,

cerradas con un candadito plateado.

Se colocaron juntos y delante de mí. Fue el de la sonrisa encantadora el que habló primero. Su voz sonaba melosa, aunque sus ojos azules parecían ocultar algo que no me acababa de convencer.

—Díganos, inspectora… ¿Nora?

—Nora, sí. Nora Pardo —afirmé. Él volvió a sonreír.

—Yo soy Anxo Fernández y él es Gonzalo Rodríguez. ¿En qué podemos ayudarla? Ya disculpará que no le ofrezca nada, pero en esas mochilas no tenemos más que dos botellas de agua vacías —dijo tras dar una palmada y dedicarme una mueca de tristeza que adornó apretando los labios.

—No se preocupe, no quiero nada. Estoy investigando el asesinato de la chica francesa, Verné Dupont.

—Sí, la rubia —confirmó Anxo.

—La misma. ¿La conocía?

—¡Oh, no, no! De absolutamente nada… Pero ¡caray!, quién no se fijaría en esa chica, ¿eh, Gon?

Su compañero no respondió. Si en el exterior de la tienda mi presencia le había supuesto una molestia, su sensación parecía haberse triplicado una vez dentro. Gonzalo Rodríguez permanecía callado. El sudor manaba de él sin control. Distinguí manchas de sudor en la camiseta gris de licra ajustada. En la parte de las mejillas, la barba brillaba como un cristal al sol. ¿Por qué estaba tan nervioso?

—¿Es…? ¿Está usted bien? —pregunté sin acercarme.

—¡Gon! Tienes una cara malísima…

Gonzalo se tambaleó y se apoyó en Anxo. Estaba pálido y sus ojos se enmarcaban ahora en unas profundas ojeras violáceas. Se dobló por la mitad y apoyó la mano libre en la rodilla, como si fuera a vomitar.

—¡GON!

—¡Túmbese! —aullé intentando que no se desmayara.

Gonzalo Rodríguez se dejó caer de culo al suelo. Cerró los ojos y se colocó las manos en el pecho. Yo me acerqué hasta sus pies y los

levanté para que la sangre bajase más rápido a la cabeza. Anxo, agachado a su lado, le daba aire con la mano.

Pasaron varios minutos hasta que consiguió recuperarse y sentarse. No era la posición más cómoda para hablar con alguien, pero tendría que conformarme.

—¿Qué ha pasado? —dije entre desconcertada y preocupada.

—Es la tensión… —respondió Anxo.

—Sí… —verificó Gonzalo arrastrando la palabra, como si esperase que ella sola se esforzase en salir de su boca—. Un asesinato, aquí… No me siento cómodo.

—Lo hemos hablado antes, inspectora —corroboró Anxo—. Desde esta mañana, cuando ha dicho usted lo del crimen, no se siente muy a gusto. Supongo que serán nervios. Estamos hablando de que convivimos con alguien que ha matado a otra persona…

—Les comprendo y por eso mismo necesito que me ayuden. Seré rápida. ¿Qué hicieron ayer por la noche?

—Nosotros no tuvimos nada que ver con el asesinato —silabeó Gonzalo mientras Anxo asentía.

—Yo no he dicho que tengan algo que ver. He preguntado qué hicieron ayer por la noche.

—De nuevo, inspectora, dormir —insistió Anxo—. Y él vomitar.

—¿Vomitar?

—Lo de ahora también me pasó anoche.

—Está muy nervioso últimamente… —apuntó su pareja. En su tono había ternura, pero él no le hizo caso.

—Salí de la tienda y vomité. El tipo con el hijo estaba fumando.

«Así que Javier Barrera decía la verdad… No se había movido de ahí».

—¿Y no salieron más? —Negaron—. ¿Puede confirmarlo alguien?

—Sí, claro. Él puede confirmar lo mío y yo lo suyo. ¿Le parece suficiente? —Por primera vez, Anxo fue cortante. Su voz sonaba autoritaria. No era una pregunta, sino una orden clara para que me marchase de allí. Lo hice despidiéndome de ambos, prometiéndoles que volvería y deseándole a Gonzalo una pronta recuperación.

Vamos, que «*boom*, pequeña» las narices. Menuda manera de

darle la vuelta al tema. Menos mal que tenía a Anita.

Me quedaba una sola tienda en la que entrar. Era la de los señores mayores que había visto en el barco y después al confundirme antes de interrogar a Aurora Guerra, la excompañera de Verné Dupont en el Nimfea Blava barcelonés.

Antes de acercarme a la tienda, saqué el teléfono y rogué la ayuda del oráculo. Vamos, de Anita:

«Anxo Fernández y Gonzalo Rodríguez. ¿Puedes buscar en tu base de datos? Me dan mala espina», escribí en un mensaje.

Anita me contestó con una queja: que si menos mal que tenía la lista de la Xunta, que si me creía que con esos dos nombres tan normales podía sacar algo… Pero sabía que se iba a poner con ello. Confiaba en su magia.

También le dije que uno de ellos casi se desmayaba en la tienda y que había dicho que era por los nervios de vivir en la misma isla que un asesino. Insistí en lo de la preocupación y el agobio… y en lo raro que me había parecido encontrarlos en chándal a punto de salir a correr. De nervios nada de nada.

«A mí sí que me dan mala espina tus malas espinas, Nora», respondió Anita antes de que yo cerrase la aplicación de mensajería.

Guardé el teléfono y tomé aire antes de entrar en la última tienda.

Solo me quedaba un interrogatorio: una pareja de ancianos. ¿Qué interés podía tener alguien así en matar a una joven francesa en medio de una isla?

Me respondí a mí misma mucho más rápido de lo que hubiese esperado: la misma que una excompañera de trabajo, la misma que una pareja de gais, la misma que un exnovio, la misma que su pareja… La misma que Javier Barrera. El exjefe de Verné era el único que había confesado sus planes. No esperaba resolver el caso tras ese interrogatorio, así que tenía una duda horrible: ¿todos mentían?

14

Revelación

Unas horas antes

No me gusta el frío. Parece extraño que diga algo así viniendo de las Rías Baixas, pero es que aquí el clima es diferente. Cuando hace frío, se te pega a los huesos como si insistiera en formar parte de ti. Puedes ponerte encima cientos de capas y aun así es difícil que se vaya. Mi madre siempre repite la misma frase que su abuela le decía cuando era pequeña: «Aquí se comprende la expresión calar hasta los huesos».

Mi sentimiento respecto a Verné Dupont era ese. Me había calado hasta los huesos. Me había calado de necesidad de saber, de investigar más, de la terrible verdad que me provocaba escalofríos: la certeza de que ya podría haber hablado con un asesino… Pero sobre todo me había calado de miedo al fracaso. ¿De verdad podía con esto?

Javier Barrera había dicho que para matar a alguien de forma calculada hacía falta algo innato. Similar a tener una bestia oculta que hiberna mientras espera que la tormenta cese para salir a un páramo desértico, vacío y con absoluta libertad para hacer el mal. Me horrorizaba pensar que en alguna de esas tiendas hubiese una persona que no era persona, sino bestia. Me horrorizaba la frialdad de un asesinato y me horrorizaba ser consciente de que esa bestia había tirado a su víctima a las gaviotas como si fuera vulgar carroña.

Todo eso me calaba hasta los huesos. Sí, ahora. Ahora había sido consciente de todo el horror al que me enfrentaba… y de que tal

vez era mucho para mí.

La tienda del matrimonio mayor estaba abierta. Antes de entrar, escribí en los pósits lo que me habían dicho Anxo y Gonzalo utilizando el bolígrafo que Alfonso Barreiro me había dado.

Dentro, ambos leían en dos sillas de playa. El hombre parecía algo más anciano que su mujer. Ella fue la primera en percatarse de mi presencia. Me regaló una sonrisa cálida y limpia, de las pocas que había visto ese día. La agradecí y la correspondí de la misma forma mientras guardaba los papelitos y el bolígrafo en el bolsillo.

—¿Declinará de nuevo mi invitación a un té? —Su marido despegó la vista de las páginas cuando escuchó a su mujer.

—Esta vez no, si me lo permite.

—Pues claro que sí. Tenemos un termo portátil. Es muy útil para estas cosas. Me lo regaló mi maridito, aunque nunca pensé que fuese a usarlo, si le digo la verdad.

El hombre se puso en pie con algunas dificultades. Era alto, delgado y lucía una perilla que le rejuvenecía ligeramente. Tenía el cabello canoso y fino con prominentes entradas. Las gafas granates de montura metálica le colgaban del cuello con un cordelito. Cuando se acercó hasta mí, se movieron y chocaron contra los botones traslúcidos de su camisa azul celeste. Con una sonrisa a la que ya le faltaba alguna pieza, me ofreció la mano girándola como una garra.

—Eduardo Ruiz.

Le cogí solo los dedos y no apreté mucho.

—Inspectora Nora Pardo.

—Supongo que viene usted por lo de esa chica, ¿no?

—Supone bien, Eduardo. —Me aportaban tranquilidad. No era muy consciente de por qué, pero imagino que sería la impresión de que así habrían sido mis padres si él no se hubiese ido tan pronto.

—Es terrible lo de esa chiquilla… En nuestra casa también desapareció una mujer hace días… —murmuró la mujer en tono casi inaudible—. Eduardo, ¿tú quieres té? —La invitación parecía evaporar cualquier tipo de preocupación.

Él no la rechazó y esperó a mi lado, de pie y sin mover ni un

músculo. Su mujer se acercó con dos vasitos de plástico y me ofreció sentarme, a lo que me negué. El matrimonio se dejó caer pesadamente, cada uno en una silla.

—¡Ay! ¡Si yo no me he presentado! —saltó la mujer. Uno de sus antebrazos se tensó al hacer el esfuerzo para intentar levantarse, pero corrí a su lado para impedírselo y la detuve para decirle mi nombre. Me fijé más detenidamente en ella. Tenía los ojos brillantes y una sonrisa juvenil enmarcada por las arrugas típicas de aquel que se ha reído mucho en su vida. El pelo estaba teñido de rubio y formaba una especie de champiñón dorado. Me sorprendió la finura de su nariz y sus labios. Junto a su cuerpo pequeño y sorprendentemente delgado, le daban el aspecto de un grácil pajarillo.

—Nora Pardo.

—Carmen Novoa. Y él es…

—Eduardo Ruiz —atajó él—. Sí. Ya se lo he dicho.

—¡No seas gruñón! —le reprendió su mujer. Él respondió levantando la cabeza con un mudo «bah»—. ¿En qué podemos ayudarla, Nora?

Dudé. ¿Estaba perdiendo el tiempo? ¿Qué motivos iban a tener ellos para asesinar a alguien? ¡Si les costaba hasta levantarse de la silla! No quería creer en la posibilidad de que esa pareja de ancianos fuesen asesinos. Haciendo un esfuerzo, decidí formular tan solo un par de preguntas y marcharme de allí cuanto antes. A ver si Anita había encontrado algo útil para seguir investigando.

—¿Conocían ustedes a la chica?

—La habíamos visto en el barco —dijo Carmen—. Era guapa, ¿verdad, Eduardo? Rubia, ojos azules… Lástima que fuera vestida con esas pintas de hippy.

—Caaarmen… —le recriminó su marido con tono cansado y poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué? ¡No he dicho ninguna mentira, hijo! La chiquita era guapa, pero no iba arreglada.

—¿¡Qué le importará a la inspectora tu opinión sobre la ropa de esa pobre chica?!

—Bueno, pues igual sí le importa. Eso son detalles. Parece mentira tanto que lees.

Había hecho bien en quedarme. Me lo estaba pasando en grande con esos dos.

—Paz, por favor —tercié sonriéndoles a ambos—. ¿Usted la conocía, Eduardo?

—De nada. La vimos en el barco con el chaval ese de los pelos y luego cuando llegamos a la tienda. Nada más.

—Bueno… Yo la vi una vez más —admitió Carmen Novoa—. Ayer por la noche.

Despertó toda mi atención. Al final sí que iba a sacar algo bueno de mi visita a esa tienda.

—Salí un momento a devolverle la llamada a Lali, mi hija. Lleva dos semanas algo preocupada por nosotros porque una mujer desapareció de nuestro bloque.

—¿Desapareció?

—Se lo dije cuando le ofrecí el té… —No fue un reproche, sino ese típico tono de madre. El clásico «te lo dije».

—Perdone.

—¿Por qué me pide perdón? Suficiente tendrá en la cabeza, hija. Era una vecina. Yo creo que se ha largado con otro o algo… Pero, bueno, la cuestión es que era bastante tarde cuando llamé a mi Lali, pero ella y mi nieto, Quique, volvían hoy a Madrid. Viven allí y salieron por la tarde, así que les pedí que me llamasen al llegar, fuese la hora que fuese… Una se preocupa, ¿sabe, inspectora? Es nuestra única hija… —Dio un sorbo al té y la imité. Estaba impaciente, pero intenté disimular—. Total, que salgo a llamar a mi Lali y veo cómo la madre del niño que descubrió el cuerpo…

—¿Julia Álvarez?

—No sé cómo se llama. Pero, sí, la madre del niño que encontró el cadáver. —Asentí y prosiguió—. La veo agarrando del brazo a la chica francesa.

—Un momento, un momento, Carmen… ¿Vio a Julia Álvarez agarrando a Verné Dupont? ¿Cómo la agarraba?

En mi cabeza, los pósits rosas retrocedían furiosos buscando la

primera conversación que tuve con Julia Álvarez. Ella fue la segunda persona a la que interrogué en la isla después de que Joel me confirmase que habían estado juntos la noche en la que mataron a Verné. Recuerdo que la madre de Ignacio me dijo que no había hablado en su vida con la víctima.

—La amenazaba, inspectora. Lo escuché perfectamente —continuó Carmen Novoa—. Le dijo: «Si te vuelves a acercar a mi hijo, te mato, puta».

Me quedé de piedra. No solo tenía a una mentirosa, sino que tenía un móvil.

15

Damocles

Unas horas antes

Entré en la tienda de Julia Álvarez sin pedir permiso. Sentía el fuego en mi torrente sanguíneo. Circulaba por mis venas y se extendía por todos mis órganos. «Puta mentirosa», me repetía desde que había abandonado la tienda de Carmen Novoa y Eduardo Ruiz.

Me acordé de la primera conversación que tuve con ella. Esa pregunta sobre si iba a causarle más problemas, ese pobre crío que necesitaba a su madre, pero que se encontraba una y otra vez con una borracha incapaz de preocuparse por alguien que no fuese ella misma… Y, por supuesto, recordaba esa mirada de odio que nos dedicamos con reciprocidad mientras su hijo, Ignacio, volvía a entrar en la tienda tras hablar conmigo.

En esa ocasión supe que no iba a ser la única vez que hablase con Julia Álvarez. Pensaba que sería cuando volviéramos de la isla, pero tendría que hacerlo antes (algo que, realmente, me satisfacía más de lo que me molestaba).

—Tenemos que hablar —solté sin más al entrar.

—¿No le han enseñado educación? ¿Por qué no pide permiso antes de pasar? —respondió Julia.

Ignacio, sentado en su cama con el libro entre las manos, levantó la vista. Vi el miedo en sus ojos. Era perfectamente consciente del carácter de su madre.

—En la educación también se incluye no mentir.

—¿De qué está hablando? —Vi de nuevo esa chispa de odio en el brillo de su mirada.

—Deje salir a su hijo —ordené—. No creo que quiera que escuche lo que tengo que decirle. —Ignacio Álvarez miró a Julia y articuló un inaudible «mamá» que no llegó a salir de sus labios y se convirtió en una palabra muda.

—Sal de la tienda. Ya —le exigió. Ignacio obedeció y se detuvo a mi lado. Sé que sus ojos no mentían al mirarme con un fulgor especial que me alertaba del peligro.

—¡Me ha mentido! —lancé en cuanto supuse que el chico ya estaría algo alejado.

—¡Yo no le mentí en nada! —alzó un poco el tono, pero no le di importancia.

—Le pregunté si conocía a Verné Dupont y le pregunté si había hablado con ella. En ambas me mintió.

—No es cierto.

—¡Cuando le pregunté por Joel me lo negó y luego le demostré que me mentía! No me haga perder el tiempo. —La señalé furiosa —. Tengo un testigo que asegura que vio cómo usted agarraba del brazo a Verné Dupont mientras ella hablaba con su hijo.

Juliá Álvarez se quedó callada. Yo seguí atacando con un impulso incontrolable.

—Y lo mejor de todo es que la persona con la que he hablado dice que escuchó, con total nitidez, la frase: «Si te vuelves a acercar a mi hijo, te mato, puta».

Noté el sabor de la victoria. Me sorprendió que fuese amargo. La garganta se me secó un poco y las manos me sudaban. Cada latido me retumbaba en las sienes como un himno de victoria.

Los ojos de Julia Álvarez eran dos cristales en una noche de lluvia. De ellos resbalaron dos lágrimas y, aunque se las secó rápidamente, no tuve dudas de que le pesaba la obligación de decir toda la verdad. Una mentira podía condenarla a ser sospechosa de un asesinato, y no mucha gente está dispuesta a cargar con eso.

Julia alzó la vista sobre mi hombro, sin duda asegurándose de que su hijo seguía lejos de la tienda y que su sombra no se percibía como una silueta a través de una fina cortina de ducha. Después se dejó caer pesadamente sobre su saco de dormir, se dobló para

estirar el brazo, cogió un cigarro y un mechero y lo encendió. A diferencia de la primera vez que habíamos hablado, no pidió permiso.

Yo permanecí en silencio, aguardando una confesión que intuía más profunda de lo que esperaba inicialmente. Quizá el esfuerzo de cargar con una losa tan grande era lo que provocaba las lágrimas.

—Soy alcohólica, inspectora.

Contundente, directa y, tal y como pensaba, algo muy doloroso de reconocer.

—Llevo años bebiendo. Lo he intentado dejar varias veces; incluso estuve en una de esas terapias anónimas que ayudan a la gente a dejarlo. La organizaba un párroco de la iglesia a la que fueron mis padres toda la vida, y recurrí a él en busca de consuelo. Obviamente lo logré, pero la maldición del adicto es que una absoluta gilipollez puede mandar a la mierda tres meses de esfuerzo…

Quise preguntarle qué le había ocurrido, pero no hizo falta. Juliá Álvarez estaba dispuesta a confesarlo todo.

—En mi caso fue una bobada: una discusión con mi hermana. Ella siempre ha sido la perfecta. Mejor trabajo, mejor casa, mejor marido… Pero no mejor hijo. Eso no, inspectora. No hay ningún niño como mi Ignacio. Y eso le jode de *carallo*. Es la directora del colegio donde está matriculado. Un día le permití no ir porque esa tarde jugaba el Celta contra el Manchester United. La semifinal de la UEFA, supongo que le suena.

«A quién no», pensé. Era el partido más importante de la historia reciente del Celta de Vigo. Por primera vez desde su nacimiento en 1923, el club podía clasificarse para la final de un título europeo. Toda la ciudad se empapeló con carteles de *afouteza*, el celeste llenaba muros, farolas y balcones y los aficionados esperaron al equipo horas antes del inicio del partido. Lo recuerdo como algo impresionante. Yo lo vi en casa con mi hermano, y los dos nos pusimos una camiseta del Celta. Nos colocamos uno en cada esquina del sofá de tres plazas y dejamos el hueco del medio libre. El de mi padre. El escozor del recuerdo ni lo vi venir. Fue como cortarme con

un papel.

—Así que le dije a Ignacio que no tenía que ir a clase —prosiguió Julia Álvarez—. Y, cuando terminó el día, mi hermana me llamó para preguntarme si el niño estaba malo. Obviamente, le conté la verdad. Era mi hermana y daba por hecho que no me diría nada… ¿Y sabe qué hizo? ¿Sabe qué hizo esa imbécil? ¡Se metió en la educación de mi hijo! —Su tono se tornó más agudo—. ¡Ella! Ella, que tiene un hijo que suspende todo, que pega a otros chavales más pequeños, que no sabe cómo domarlo… ¡Ella va y me dice que soy una mala madre y una irresponsable! —Vi un dolor atroz en sus ojos, que se creían cargados de razón—. Discutimos durante más de dos horas y fue como abrir un portal al infierno. Salieron antiguos reproches, celos, envidias… Nos dijimos de todo. Ya nos había pasado muchas veces, pero nunca con un hijo de por medio. Eso jamás.

—¿Y recayó?

—Recaí porque en ese momento Gustavo, mi marido y el padre de Ignacio, estaba trabajando y yo no podía hablar con nadie. Me sentí sola, inspectora. Sola y muy tentada.

—Pero ¿tenía alcohol en casa?

—Nos habían regalado una botella de aguardiente… Un compañero de empresa de Gus nos la trajo como detalle por un favor que le habíamos hecho. Obviamente, él no sabía nada y, como llevaba tanto tiempo sobria, le insistí a Gustavo en que no tirase la botella… Fue un error, claro.

—Se emborrachó…

—Me bebí toda la botella, inspectora. Ignacio estaba en su cuarto con la puerta cerrada y muy asustado mientras su madre vomitaba en mitad del pasillo. Esa fue la escena que se encontró Gustavo cuando llegó del trabajo.

—¿Y no volvió a pedir ayuda?

—No pude hacerlo. Me aislé en mí misma. Seguía teniendo a mi hijo porque no me quitaron la custodia. Gustavo me acusaba de beber delante del niño, pero era indemostrable. Ignacio no testificó en el juicio… Dijo que no quería saber por qué se peleaban sus

padres.

—Una respuesta sorprendentemente madura…

—Ya le he dicho que es un niño especial…

—¿Tan especial como para matar a alguien por él?

Julia Álvarez me dedicó una sonrisa chulesca. La tensión había desaparecido de su rostro y se la veía extrañamente cómoda contándome esas batallas tan personales.

—Sí, inspectora. Tan especial como para matar a alguien. Pero eso es ser madre. Se nota que usted no lo es. Por un hijo se mata…, pero yo no maté a Verné Dupont. Como le dije, la noche anterior estuve con Joel. Cuando me dio calabazas volví a mi tienda y encontré a la francesita de los cojones hablando con mi hijo… ¿Sabe qué le decía? ¡Que era muy malo que le hubiese dejado solo! ¡Que a los niños no se los deja solos y que no tuviera miedo de decir que estaba mal con su madre! Pero ¿quién era ella para decirle algo así a Ignacio?, ¿quién coño se creía?

—Así que la siguió y…

—¡NO! —me cortó, tajante—. Así que, cuando la escuché, la agarré por el brazo, la empujé y le dije que si se volvía a acercar a Ignacio la mataría. Fue una amenaza. Nada más.

—Descubrir que ha amenazado a una víctima asesinada es mucho.

—Es mucho sin coartada y le aseguro que yo la tengo. Pregúntele a mi hijo a qué hora volví a la tienda y por todo lo que pasó.

—¿Eso es lo que el niño me ocultaba antes?

—¿Lo sabía? —se sorprendió.

—Intuía que pasaba algo, sí. Se le nota preocupado. Y supongo que es normal, teniendo en cuenta que su madre lo deja solo por las noches para intentar follar con alguien que no es su padre.

Ni me di cuenta de la agresividad con la que las palabras salían de mi boca. De pronto me convertí en una de esas serpientes que escupen veneno y que había visto en tantos documentales de televisión. Llevaba demasiado guardándome todo lo que sentía contra esa mujer y además, en ese momento, yo era la ley. Julia Álvarez agachó la cabeza. La fiera que antes había saltado era ahora

un cachorrillo necesitado de comprensión.

—Nos ha oído discutir tantas veces…

—El padre y usted se separaron, ¿no es cierto?

—Unos dos meses después de que pasase lo del aguardiente. Gustavo lleva intentando quitarme a Ignacio desde entonces.

Me sorprendió que usase el verbo «quitar».

—¿Le da miedo que él se lo…? —Pensé en si repetir o no el mismo verbo que ella había usado—. ¿Se lo quite?

—Soy una mujer alcohólica que ha intentado ligarse a un tío más joven aun cuando había venido a una isla paradisiaca para tener unas tardes de absoluta tranquilidad con un hijo que sufre cada vez que está a mi lado. Mi presente no es muy prometedor y mi futuro tampoco. Si me quitan a Ignacio, seguramente tiraré todo todavía más por la borda… Estoy aterrada. Si Gustavo se queda la custodia… Yo ya sé que mi hijo necesita algo mejor. Ya sé que necesita a su verdadera madre, no al despojo que soy ahora… Pero aún no estoy lista…

—Señorita Álvarez… Julia… Tiene usted un móvil de peso para matar a Verné Dupont.

—¡No, no! —Detecté el miedo saliendo de su garganta—. ¡De verdad que yo no hice nada, inspectora!, ¡por favor, pregúntele a mi hijo!, ¡él no le mentirá! Nunca miente… ¡Le dirá a qué hora llegué a la tienda!… Por favor, inspectora… —Hizo un verdadero esfuerzo para acordarse de mi apellido—. Pardo. No le pido que confíe en mí, sino que confíe en él.

—Volveré a hablar con su hijo, pero lo haré a solas.

—No puede hacer eso. Es menor…

—¿Cree que eso es un problema después de lo que me ha contado? ¿Qué le da miedo? ¿Qué más oculta para que me ponga trabas a hablar con Ignacio?

—¡Nada!

—¿Entonces?

—Me da miedo que diga algo que pueda… provocar que usted recomiende que me lo quiten.

Suspiré con tristeza. La rabia con la que había entrado ya se había

extinguido. Me daba pena Ignacio y también su madre. Las adicciones no son algo que se elige. Son una mochila llena de piedras que sumar a toda la mierda que ya tenemos encima. Todo queda condicionado a la adicción: ¿cuándo lo tendré?, ¿cómo lo tendré?, ¿qué tendré que hacer para tenerlo? No hay nada más. El resto es la oscuridad de un pozo vacío. La nada.

—No estoy aquí para juzgarla como madre. Ahora decida usted: o se fía de mí o espera a que lleguen mis compañeros.

—¡Me fío, me fío! —respondió con rapidez. Yo di media vuelta y la dejé ahí, debatiéndose entre el miedo y la confianza mientras iba a buscar a su hijo. Lo encontré en el borde del puente del lago dos Nenos. Estaba de pie con el libro bajo el brazo derecho y miraba con curiosidad hacia el fondo. Me acerqué hasta él.

—¿Algo interesante?

—Una nécora. —Señaló con el dedo un cangrejo de tamaño considerable que se movía entre dos rocas recubiertas de una especie de miasma verdosa.

—¿Has visto algo más?

—*Muxos*. Y creo que entre esas otras rocas —dibujó círculos con el dedo índice mientras las buscaba— hay un pulpo. Pero con lo revuelto que está todo no sé si es mi imaginación.

—Ignacio, creo que eres un chico sincero. —No me miró y yo seguí hablando—: Sabes que mentir está mal, ¿verdad? —Él se limitó a asentir—. Y, por tanto, sabes que, aunque sea para proteger a tu madre, no debes mentir a la policía…

—Nora —dijo, y me conmovió cuando pronunció mi nombre mientras se volvía hacia mí—, sé que mi madre está en un lío y sé que no es la mejor madre del mundo. Sé por qué discuten mis padres: porque él quiere que me vaya a vivir a su casa. Y también sé por qué mi madre no quiere que hable en un juicio.

—¿Tú eres feliz con ella?

—Es mi madre. Me necesita. Lo demás me da igual.

—Eso es demasiado maduro, Ignacio… ¿Entiendes lo que…?

—Sé lo que significa la palabra —me cortó—, pero me da igual si lo es o no. Sé que lo que está bien es que me quede con mi madre.

Lo sé aquí. —Se señaló el corazón.

Decidí verificar ya la versión de Julia. Necesitaba respuestas.

—Tu madre amenazó a Verné Dupont. Me lo ha contado.

El chico volvió a mirar a la laguna, pero fijó la vista en el puente. Con las olas cubriéndolo por completo parecía una pasarela de cristal reluciente.

—Sí… Pero no le hizo daño.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque a usted le dijo que llegó a la tienda a la una y no mintió. Llegó a la tienda a la una, tal y como dije la primera vez que hablamos.

—¿Verné se acercó a ti por algo?

—No lo sé. Me vio solo y al acercarse me preguntó si me pasaba algo. Dejé la tienda abierta.

—¿Por qué?

—Me obliga mi madre. Dice que quiere escuchar si grito. —Me hubiera encantado responderle que, en vez de dejar la tienda abierta, su madre tendría que quedarse en ella, pero no me vi con fuerzas.

—¿Cómo sabía Verné que estabas solo?

—Creo que a mi madre le gustaba el chico con el que iba Verné.

«Joel», me dije. Todo cuadraba a la perfección.

—Gracias, Ignacio. Voy a seguir investigando. No te preocupes. Cogeré al asesino.

—Nora…

—¿Sí?

—¿Vas a separarme de mi madre? —Me sorprendió el tuteo.

—¿Yo? No, ¿por qué?

—Porque no quiero separarme de ella. Sé que realmente no es como cuando bebe.

—No diremos nada de eso. —Le guiñé un ojo, y él repitió el gesto con una sonrisa ancha y sincera. Echó a correr hacia la tienda de su madre, que esta vez no salió a recibirlo ni me dedicó ninguna mirada de odio.

El teléfono me vibró en el bolsillo mientras tachaba a Julia de mi

libreta mental de sospechosos.

—¿Has encontrado algo?

—Hola, ¿eh?

—Perdona…

—Te perdono. Y sí. He encontrado algo. Anxo Fernández tiene antecedentes por vender droga. Lo típico. Le pillaron un par de veces cuando era más crío. Gonzalo Rodríguez está completamente limpio.

Terminé de hablar con mi amiga contándole que Julia Álvarez quedaba descartada como sospechosa. Su hijo verificó otra vez su coartada. Me aseguré de pedirle a Anita que vigilase de cerca el nombre de Julia por si en alguna ocasión llegaba alguna denuncia por malos tratos.

Con la madre de Ignacio eliminada de mi lista de sospechosos, iba acotando el cerco sobre el asesino. Lo hacía con lentitud, sí, pero el círculo era cada vez más pequeño. Desgraciadamente, no me quedaban hilos de los que tirar. Los antecedentes por droga de Anxo no me aportaban absolutamente nada.

No sabría explicar por qué tomé la decisión que tomé, pero sentí que debía hablar con Joel. En ese momento, los pósits se me antojaron como palabras vacías y huecas. No me decían nada. Siempre me había fiado de mi intuición y en esta ocasión no iba a ser menos.

Ascendí otra vez hacia el faro. Su silueta fantasmagórica se elevaba en las alturas como el torreón de un castillo. El sendero parecía el garabato zigzagueante creado por un niño sobre un lienzo verde y azul. Me deslicé por él con pesadez y cansancio. Me dolían las piernas de tanto caminar. El faro en sí no era bonito; el espectáculo estaba a su alrededor, en los ciento setenta y cinco metros sobre el mar que permitían distinguir la isla de San Martiño, todo el archipiélago de las Cíes, la ría de Vigo y mi adorada península del Morrazo.

La piel se me erizaba cada vez que me colocaba en lo más alto de las islas y miraba hacia abajo. El mar era mi pantalla de cine y cada golpe de ola un plano de acción. Mi mente voló siglos atrás, cuando,

según decían, a las Cíes se las llamaba Casitérides. Las islas del estaño donde fenicios y cartagineses comerciaban con el material y cuya ubicación se mantenía oculta. Por mis islas, las islas de Baiona, como se las denominaba no hacía tantos años, habían pasado cientos de culturas y entre sus aguas se habían librado cientos de batallas.

Mi padre me contó que el mismísimo Julio César había caído en esas islas. No por un contraataque ni por una emboscada, sino por la situación de las Cíes. El líder romano había perseguido al pueblo luso de los herminios hasta estas mismas tierras y ellos, valiéndose de una posición privilegiada en las islas, habían repelido el ataque. El César buscó otra alternativa: aislarlos hasta que murieron de hambre. Y lo consiguió, claro.

Quizá yo también debería replantearme mi estrategia y dejar a esta gente sin comer. A ver si así alguien confesaba y yo resolvía todo este entuerto.

Un par de gaviotas y creo que un cormorán, a juzgar por los tonos de su plumaje, se alejaron por el horizonte hasta convertirse en finas líneas negras que rompían el monocorde azul del cielo. Bajo la montaña, las olas embestían con blanca violencia contra las rocas intentando penetrar en la piedra. El viento era más intenso allí arriba y me pegaba la ropa todavía más al cuerpo. La estructura del faro no era gran cosa. Según me había explicado mi padre cuando era pequeña, lo construyeron a mediados de 1800. Fue el cónsul inglés en Galicia el que lo pidió para que orientara a los marineros. El faro tenía trece metros de altura, dos balcones protegidos con barandillas metálicas de color blanco con algunas partes ya comidas por el óxido y una gran linterna sobre ellos. Estaba completamente automatizado, y la casa de un solo piso también hecha de granito que había delante de él permanecía cerrada.

Encontré a Joel en el mirador, con la vista fija en el horizonte. El viento le agitaba los rizos. La cara limpia y despejada dejó ver un mentón prominente y un ceño fruncido que se relajaba algo más por cada nueva calada que le daba al porro que sostenía con finura entre los dedos.

—¿De nuevo fumando? —Intenté sobresaltarlo; sin embargo, Joel Blasco no movió ni un músculo. Era como si su cuerpo sí estuviese ahí, pero no su mente. No reaccionó hasta que no me coloqué apenas a un metro de él. Repetí—: ¿De nuevo fumando?

—Tiene usted una fijación curiosa conmigo. —No me miró y le dio una nueva calada.

—Tengo fijación con su examiga, exnovia o lo que quiera que fuese Verné.

—¿Ha encontrado ya a su asesino?

—Todavía no.

—¿Entonces qué quiere? —Todavía no me había mirado. Me acerqué y me coloqué a su lado. Dio una nueva calada y lanzó el humo. El penetrante olor de la hierba rebotó por mi cabeza.

—Creo que usted no lo hizo, Joel. Sinceramente. No me pregunte por qué, pero algo me ha traído hasta aquí ahora mismo. Mi intuición me decía que debíamos hablar.

—Su intuición le dice lo mismo que me ha dicho a mí con algunas tías. —Sonrió burlón.

—¿Cree que me va a demostrar algo con esos comentarios? Ese rollito de atormentado pero seguro de sí mismo le funcionará con crías como las que se follará los sábados, no conmigo.

Por primera vez, Joel Blasco se giró hacia mí. El porro todavía se mecía entre sus dedos y vi raíces verdes en sus ojos oscuros. Distinguí algún que otro pelo blanco entre la barba negra. El viento le agitó los tirabuzones.

—Acabo de perder a una persona muy importante, inspectora. Verné es… Verné era… —Parecía a punto de romper a llorar.

—Sí, lo sé. Y por eso se oculta bajo una máscara de seguridad, chulería y machismo. No justifica su respuesta, pero es lo que acaba de pasar.

Joel miró el cigarrito de la risa que se entristecía lentamente y amenazaba con apagarse como una vela que sucumbe ante los soplidos. Lo giró para proteger la parte delantera con la muñeca y me lo tendió por la boquilla. Fumé. Necesitaba ganarme su confianza. Obviamente, tosí.

—Hacía mucho que no lo probaba…

Intenté controlar el ataque de tos, pero fue inútil. Tardé casi un minuto en recomponerme. Joel ya le había dado tres caladas mientras yo luchaba por no asfixiarme.

—He tenido a muchas mujeres. A muchas. Y le aseguro que ninguna era tan misteriosa como Verné Dupont…

—Sí que estaba usted prendado.

—Nunca me he sentido cómodo hablando de mis sentimientos. Si le parece, igual deberíamos hablar de otra cosa que considere relevante para atrapar al asesino o asesina.

—No le voy a mentir. Ahora mismo estoy en un callejón sin salida. No sé quién ha podido matarla…

—¿Y por qué está aquí?

—Para intentar sentirme ella. Para rehacer qué hizo y con quién habló. He conseguido algunos avances, pero siguen quedándome cosas en el cajón y no puedo abrirlo.

Joel terminó el porro y lo arrojó al suelo para pisarlo con sus botas de montaña. Después se apoyó de espaldas en la barandilla. Yo permanecí inclinada sobre los antebrazos.

—Antes ha dicho que no creía que hubiese sido yo. ¿Eso quiere decir que sí sospecha de alguien?

—He sospechado de dos personas, y las dos tienen coartadas muy sólidas. Yo diría que casi seguro que no han sido ellos.

—¿Y ahora sospecha de alguien concreto? —insistió.

—Sí. Sospecho de alguien —respondí, y tragué saliva—. Necesito que me hable de la relación de Manuel con Verné. ¿Por qué lo dejaron?, ¿cómo lo dejaron? Ese tipo de cosas…

—Verné no hablaba mucho de su exnovio. Un día quedó con él y todo acabó. Eso fue lo que me contó.

—No era una mujer de muchas explicaciones…

—Supongo, inspectora, que es lo que pasa cuando nadie te las ha pedido nunca.

Reflexioné sobre lo que acababa de decirme Joel. La infancia de Verné Dupont debió parecer fácil para muchos niños. Sin padres que reprochasen el no respetar la hora límite de llegada a casa o sin

ningún temor ante unas notas escolares llenas de suspensos. Seguro que algunos, en su tierna ignorancia, habían envidiado la vida de esa chica que leía debajo de un puente y que había decidido su propio nombre. Era una figura idílica. Sin normas, sin explicaciones… Una especie de Peter Pan francesa y femenina.

Ese era el concepto, claro, casi tan idealizado como alejado de la realidad. Seguro que la vida de Verné había sido de todo menos fácil. A saber cómo y en qué condiciones habría llegado a Barcelona y a saber qué había hecho para trabajar en un club de alterne sin tener que ejercer como prostituta. Una chica de dieciocho años recién cumplidos, guapa, extranjera… Seguro que fue un premio gordo para el dueño del Nimfea Blava. Eso por no hablar de que había decidido dejar todo atrás (por segunda vez) para mudarse a la otra punta de España.

Y en ese arduo periplo aparecía el supuesto y desinteresado héroe. Alguien que surgía de la nada y que le ofrecía todo. Pero el todo no importaba para Verné Dupont. No parecía haber nada demasiado duro para ella. El camino fácil hubiese sido quedarse con Manuel Ramos. Una vida sencilla tras descender a lo más bajo de la sociedad, un novio con dinero cuando a buen seguro alguna vez faltó un plato donde comer… Manuel era la estabilidad, pero a Verné eso le dio igual y acabó dejándolo. Esta reflexión que había hecho yo también la habría hecho Manuel. El niño rico y pijo vigués fue insuficiente para una chica de la calle. La autoestima del tipo debió de sufrir un golpe duro.

Joel había dicho que Verné no quería hablar de la ruptura, pero ¿por qué? ¿Por miedo? ¿Por temor, quizá, a que Joel se tomase la justicia por su mano? ¿Y si la ruptura era la pieza que me faltaba para seguir rellenando mi puzle? Manuel Ramos no me gustaba. Estaba segura de que era un maltratador en potencia. Antes dudaba de si había pegado a Verné alguna vez. Ahora, tras darle muchas vueltas, sentía que la niebla iba despejándose para dejarme observar la verdad.

Descendí a la tienda de Manuel Ramos a la carrera. Seguía con la cabeza puesta en avisar a la policía, pero cada vez tenía más ganas

de resolver el caso… «Lo tienes a la vuelta de la esquina, mini-Poirot», me decía mi padre.

Manuel estaba en su tienda con la tablet sobre la tripa y unos auriculares inalámbricos que salían de sus orejas como lágrimas de hielo. Asomé la cabeza.

—¡Inspectora Pardo! ¿Tiene ya al asesino? —preguntó mientras se incorporaba. Vi cómo asomaba un pliegue de la barriga cuando se dobló sobre sí mismo.

—Si le dijera que sí ahora mismo, ¿daría por hecho que me refiero a usted?

—No. No lo daría por hecho, pero sí le diría que está equivocada. Igual que lo está en considerar que yo pueda hacer daño a Verné… ¿Qué se le ofrece?

Su voz era seria, igual que su semblante. No me gustaba ese comportamiento de colaborador compulsivo. Ni su relación con Verné era perfecta ni él era la pobre víctima de la ruptura.

—Necesito saber cómo terminó con Verné.

—¿Cuándo rompimos?

«Eso es, victimista de los cojones. Cuéntamelo todo», pensé mientras asentía a su pregunta.

—Se acabó de un día para otro, inspectora. Hay quien dice que las guerras estallan así. Sin aviso ni sospecha de que va a ocurrir. Con Verné fue algo parecido. Era imprevisible. Ella en sí misma rebosaba impredecibilidad. Podía odiarte y amarte en un mismo segundo. Supongo que eso era lo que la hacía tan especial… Un día, directamente, quedó conmigo en un bar y me dijo que se había terminado. La muy… —Apretó los puños, pero se contuvo sabiendo que yo estaba delante—. Da igual… Me hizo ir a una cafetería, se sentó, pidió un café y me dijo que no quería que nos siguiéramos viendo.

—¿Y ya está?

—¿Le parece poco?

—¿No hubo gritos ni peleas ni nada?

—No hubo nada de eso.

Quizá no lo hubo porque Verné eligió un sitio público para

ahorrarse un conflicto.

—¿Ese día pasó algo raro?

—¿Más raro que dejar a una persona que te conviene?

Me estaba empezando a resultar difícil contenerme. Mi sonrisa falsa afloró de nuevo. Yo miraba al suelo y me pasaba las yemas de los dedos por la barbilla.

—Me refiero a si notó algo extraño en su actitud. ¿Mencionó a otra persona? Algo…

—Nada. Lo único que pasó es que perdió una mochila… Que se joda —bufó Manuel Ramos con asco.

—Veo que sí acabó teniéndole cierto desprecio. Aunque me ha insistido en que no.

—Perdió una mochila y ya era culpa mía. Ahí sí se notaba que nuestra educación había sido diferente… Por una simple mochila. Podría haberse comprado otra y ya está. —Me sorprendió el desprecio con el que valoró la bolsa y también la dejadez con la que obvió que, quizá, para Verné Dupont había algo más importante que el dinero dentro de la mochila.

—¿Qué había en la bolsa?

—Nunca lo supe ni me importó.

—¿Intentó recuperarla?

—Nos fuimos de allí y salió sin ella. Cuando se dio cuenta, volvió corriendo al bar y yo la seguí detrás, pero al llegar ya no estaba. Alguien se la había llevado.

—¿Le afectó mucho?

—Se puso como loca. Ya le digo, podría haberse comprado otra, pero la pagó conmigo y me atacó. Ahí sí que me gritó algo, pero se marchó enseguida. Dijo que necesitaba alejarse de mí… ¡De mí! Desagradecida de mierda…

Su cuerpo se tensó de inmediato. Sabía que había metido la pata. Intentó rectificar.

—Yo… Inspectora Pardo, nunca le deseé nada malo a Verné Dupont. Pero sí me hizo daño. Mucho.

—¿Y se lo quiso devolver?

Manuel Ramos torció el gesto y frunció el ceño. Se pasó la lengua

por los colmillos como un depredador. Parecía analizarme. Seguía habiendo algo en él que no me gustaba y cada vez dudaba más de que fuese el simple asco por sus constantes intentos por parecer superior a los demás.

—Me gustaría saber si es así con todos los campistas, inspectora —fingió tranquilidad.

—No. Pero ellos no son el exnovio de Verné ni yo tengo sospechas sobre un móvil de celos o despecho.

—Yo no estoy despechado. Estoy dolido. Le ofrecí todo y no lo quiso. ¿Qué puedo decir más que un «que te jodan, Verné»?

—Cada palabra que dice me hace sospechar más de usted, Manuel. Y lo sabe.

—Sinceramente, le he puesto mi ayuda en bandeja. Yo también quiero saber quién la mató y me encantaría tomarme la justicia por mi mano. Por eso sé que no he sido yo, pero debo reconocer que mis sentimientos están enfrentados.

—¿Quiere decirme que se alegra de que la hayan matado?

—No. Quiero decirle que sigo convencido de que conmigo no le hubiera pasado nada.

No quise seguir con la conversación. Cada vez tenía más claro que Manuel Ramos ocultaba algo, pero no era capaz de discernir qué le unía al crimen de Verné Dupont. Todavía me faltaban pruebas.

Abandoné la tienda con una despedida fría y sin palabras. Un simple gesto bastó para que ambos nos entendiéramos: «Sospecho de ti. No tengo pruebas, pero no te vas a salir con la tuya». Sí, dije todo eso con un simple gesto con la cabeza, aunque cuando él me lo devolvió supe claramente que decía: «Jamás me vas a pillar».

Además de la idea de que había algo escondido tras el comportamiento de Manuel Ramos, saqué en claro que Verné Dupont guardaba cosas importantes en la mochila que había perdido. ¿Qué era? ¿Tendría que ver con el caso?, ¿o simplemente serían recuerdos que la acompañaban desde su viaje a Vigo o incluso a Barcelona de su París natal?

Me pareció curioso que Verné siguiese siendo una mujer tan misteriosa aun después de haber muerto. Sin duda, se llevó muchos

secretos a la tumba de arena y salitre en la que todavía permanecía. Todos los que la conocían directamente lo habían mencionado, pero no como algo bueno… De hecho, ninguno a excepción de Joel había alabado a Verné. Los comentarios sobre mi víctima eran, por lo general, negativos.

Eso me llevó a pensar en los únicos motivos claros que tenía de momento: Julia Álvarez podría haber perdido a su hijo, Javier Barrera se arruinó por ella y Manuel Ramos era un ex despechado por mucho que insistiese en que se llevaba bien con Verné…

Del resto apenas sabía nada.

El timbre del teléfono sonó, y este comenzó a vibrar. Descolgué a Anita.

—Meléndez, hola de nuevo. —Fingí ser una de esas policías serias de la televisión. Ella me siguió el juego.

—Pardo, tenemos novedades —respondió.

—Informe.

—He buscado el domicilio de su víctima y hemos tenido suerte. Tenía un pisito alquilado en la zona del Calvario, en Vigo.

—No veo lo interesante…

—¡Cállese y escuche, Pardo! —ordenó Anita cada vez más metida en el papel—. He ido a echar un vistazo por la zona de su vivienda. Por si había movimientos raros… Drogas o cosas así, pero era todo normal. Sin nada que haga sospechar de trapicheos. He hablado con algunos vecinos del bloque y a todos les sonaba, pero nada más allá de eso… Ni siquiera han sabido decirme en qué piso vivía exactamente. Hasta que he vuelto a la calle. Ahí una anciana con dos bastones se ha acercado a mirar y me ha visto la foto en la mano.

—¿Y?

—Me ha preguntado si era una chica francesa que vive «ahí», ha dicho mientras señalaba un ventanal del edificio. Se lo he confirmado y me ha asegurado que a veces entraba en su edificio a hablar con uno de sus vecinos.

—¿Una vecina cotilla?

—Una vecina cotilla que te va a ser de mucha ayuda… Resulta

que tu víctima hablaba mucho con un señor que se llama… —oí el ruido de las hojas moviéndose— Eduardo Ruiz. ¿Te dice algo ese nombre?

—No me fastidies… Pero si es un abuelo. Es uno de los campistas.

—Pues esta señora jura que se conocían y ha dicho que una vez escuchó gritos.

No era posible… ¿Eduardo Ruiz? Pero si era un anciano… ¿Me habían mentido él y Carmen Novoa? ¿Por qué iban a hacer eso?, ¿qué motivos podrían tener para matar a una cría como Verné?

—¿Nora?, ¿sigues ahí?

—Sí, sí, perdona… Estaba alucinando un poco. Eduardo Ruiz es un viejales, Anita… No veo qué motivos podría tener para asesinar a Verné.

—Eso tendrás que descubrirlo tú.

Me despedí de Anita. Sabía que sin ella el caso sería imposible de resolver. Esto me iba a costar demasiadas cenas…

16

Objetivo común

Unas horas antes

Siguiendo las miguitas de pan que me iba dejando Anita, me encaminé por tercera vez a la tienda de Eduardo Ruiz y Carmen Novoa. Las dudas volvieron a paralizarme antes de entrar. ¿Cómo iba a ser ese hombre un asesino? Pero si le costaba hasta andar… ¿Qué iba a preguntarle a él o a su mujer? Suficiente tendrían con preocuparse de su hija y su nieto. Y además «nieto», en masculino. Seguro que Eduardo Ruiz lo consideraba su heredero, su sucesor. Yo apenas tengo recuerdos de mi abuelo Julián. Nada más allá de alguna imagen estática o fogonazos borrosos. Eso sí, sé que gracias a él mi padre comenzó una de sus tradiciones más hermosas conmigo y con el Afortunado de Nombre Normal: firmar con la fecha cada libro que nos regalaba. De hecho, tengo algunas ediciones de *Peter Pan* o *Pinocho* de la década de los ochenta con frases como «Regalo de papá por Navidad» o «Este día fuimos con la abuela al cine»… Aunque el más especial es el que me trajo un día que volvió de Alemania: *Fritz y el país de las Tres Lunas*. No sé qué fue de ese libro de apenas cinco páginas, supongo que estará en el trastero esperando a que lo encuentre y me deshaga en lágrimas sobre él.

Como imaginaréis, muchos de esos libros tenía que ganarlos en esas yincanas de pósits rosas y horas interminables de investigación y relación de pistas. En ese momento recordé una de esas pruebas eternas donde, ofuscada, exigí a mi padre que aceptase mi rendición. ¿La respuesta de mi padre? «El verdadero detective ve

más allá de lo evidente». Ni levantó la mirada del libro al pronunciarla. Era una frase de Poirot. Una frase que nos tuvo a los dos despiertos hasta las cuatro de la madrugada cuando di con el libro dentro del congelador. Poirot y mi padre no me dejaron rendirme hacía tantos años ni me iban a dejar rendirme ahora.

Sí, era evidente que Eduardo Ruiz y Carmen Novoa eran mayores, pero ¿qué había detrás?

«Gracias, papá. Gracias, Poirot. Iré al grano».

Pedí permiso para entrar y escuché un «Ya voy» masculino y entrecortado.

—Inspectora Pardo, hola de nuevo. ¿Puedo ayudarla?

—¿Está su mujer?

—No. Ha salido a llamar a Lali. Toda esa justificación que le dio a usted sobre la llamada cuando llegase a Madrid y tal… Es una verdad a medias. Cuando nuestra hija se marcha, Carmen no deja de atosigarla. La llama unas tres veces al día durante una o dos semanas. Supongo que la echa de menos.

—Me alegro de que no esté porque venía a hablar con usted. —Omití toda la explicación sobre su hija.

—¿Conmigo?

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro. —Me dejó entrar con una media reverencia entre lo caballeroso y la mofa. Me ubiqué en el mismo sitio donde lo había hecho antes, y Eduardo Ruiz, con paso muy lento, se dejó caer sobre la silla de tela en la que nos habíamos presentado.

—Me mintió, Eduardo.

—¿Yo? —Me sorprendió la relajación de sus facciones. No parecía que estuviera nervioso.

—Me dijo que no conocía a Verné Dupont.

—Es que no la conocía.

—Sus vecinos del Calvario no dicen lo mismo.

Tampoco movió ni un músculo. Si no hubiera sido porque su pecho seguía subiendo y bajando en un lento aunque rítmico movimiento, podría haber pensado que le había dado algo y se había quedado así. Tardó casi medio minuto en volver a hablar y

durante ese tiempo ni pestañeó.

—¿Qué es lo que dicen mis vecinos si puede saberse?

—Parece que Verné y usted se conocían desde hace un tiempo.

Por momentos, solo oí el ululante sonido de las copas de los pinos agitándose con nerviosismo en el exterior. Eduardo Ruiz arrugó la nariz.

—Eduardo, yo creo que debería colaborar. Más que nada porque tengo la impresión de que su mujer no sabe nada de esto. —Ahí sí vi lo que estaba buscando: un pequeño temblor en la boca. Prácticamente imperceptible, pero suficiente. El tipo era duro—. Lo primero que me llamó la atención fue qué hacían dos personas de su edad en un camping. Podrían haber elegido otro destino, pero vinieron aquí. ¿Por qué? Aunque debo reconocer que después de hablar con ustedes estaba convencida de que eran inocentes. No sabe la rabia que me da equivocarme en estas cosas. Y ahora, antes de que venga su mujer, dígame, ¿de qué conocía a Verné y por qué vino a la isla?

—Mis vecinos mienten.

—Ambos sabemos que no —contraataqué con rapidez.

Volvió a reinar el silencio.

—Iré a buscar a su mujer.

—¡NO!

Sonreí, maliciosa. «He logrado ver detrás de la evidencia, papá».

—Al menos he acertado en que ella no sabe nada. ¿Piensa hablar ya?

—Solo si me promete que no le dirá nada a Carmen.

—Eso no puedo prometerlo.

—Yo no la maté, inspectora.

—Ya me ha mentido una vez…

—Escúcheme, por favor… Verné Dupont me estaba chantajeando.

«¿Había oído bien?».

—¿Cómo que «chantajeando»?

—Esa niñata me engañó y me estaba coaccionando para que le diera cien mil euros. Me mandó fotografías subidas de tono al teléfono. Después me dijo que o le pagaba esa cantidad o se lo diría

a Carmen.

—¿Y por qué no le ha dicho a su mujer que le chantajeaba?

De nuevo, el silencio.

—Eduardo…, ¿prefiere ser incriminado por asesinato?

El anciano aferró el reposabrazos con fuerza. Los nudillos se tornaron blancos, casi transparentes. Las venas azuladas y verdosas surcaban sus manos como finas cañerías de tinta. Volvió a arrugar la nariz y tragó saliva. Su dureza se resquebrajaba como una fina lámina de hielo.

—Hará cosa de dos meses me encontré a esa chica en el portal de casa. Vivía en el edificio de enfrente. Ya la había visto alguna vez. Le pregunté si iba a entrar y me dijo que estaba esperando a una amiga. Fue un encuentro casual, nada raro. Apenas unos segundos, pero lo suficiente como para que me sonriera con picardía. Ocurrió lo mismo un día después. Y luego el siguiente y el siguiente… Cada vez que la miraba, ella parecía sonrojarse y sonreía con vergüenza. Como si le gustase. Tengo ochenta y cuatro años, inspectora Pardo, imagine lo que es volver a sentirse joven. Volver a esa época en la que podía festejar con las mujeres… —Su mente voló unos segundos para después regresar con nostálgico realismo—. Pero, obviamente, no hay ninguna chica de esa edad que se interese por un viejo sin pedir algo a cambio. Primero fueron los pequeños regalitos: una flor, un libro… Seguíamos viéndonos en el portal y en los recovecos de mi edificio, como furtivos amantes que se nutren del magnetismo de lo prohibido. Un día Verné me regaló un móvil. Uno de esos de última generación. Nunca he sido muy ducho con la tecnología, pero aprendí a manejarme solo por hablar con ella. Lo que mi hija no ha conseguido en casi cuarenta años lo ha logrado una buscona… —Escupió las palabras con asco—. Verné me dijo que era para que pudiéramos llamarnos. Lo hicimos así durante unas dos semanas. A escondidas, como dos enamorados condenados a ocultar su amor de un mundo que jamás iba a entenderlo. Las conversaciones eran cada vez más fuertes, más intensas… Y yo rejuvenecía en cada palabra que me regalaba. Volví a sentirme un veinteañero. Alguien especial y todavía con la vida por delante para

hacer locuras. Verné lo sabía, sé que sabía lo que me estaba haciendo… Me envió un par de fotos picantes y por primera vez noté que mi llama volvía a encenderse. De nuevo sentía el deseo entre las piernas. Imagine lo que fue eso para mí. En el fondo me negaba a creerlo, pero era tan idílico, tan especial, tan prohibido, tan tentador… Hace una semana me invitó a pasar una noche con ella. Me pidió que llevase «lo necesario» para hacerla feliz. Ya me entiende…

—¿Hablamos de, digámoslo así, prender definitivamente esa llama a la que se refería?

—Sí, inspectora Pardo, hablamos de hacer el amor. —Eduardo sonrió con tristeza. Luego continuó—: Me presenté en el hotel no sin antes recibir una batería de fotos subidas de tono de Verné preguntándome qué le haría y diciéndome qué me haría ella. Cuando abrió la habitación en ropa interior me derretí. Después me besó en los labios. Nada excesivo, pero sí sensual. Luego sacó su teléfono con la excusa de una llamada ineludible, pero la muy… —masticó el insulto para luego vomitarlo— ramera me grabó con el móvil… Mientras me desnudaba me quitó el teléfono que me había regalado y me dijo que si no le daba cien mil euros le contaría todo a mi mujer.

—¿Sabe para qué quería esa cantidad?

—¡¿Ni siquiera le sorprende lo que le estoy contando?! ¡Hablamos de un chantaje!

—A mí ya no me sorprende nada, señor Ruiz. Y yo creo que, además de hablar de chantaje, hablamos de un hombre de ochenta y cuatro años que iba a serle infiel a su mujer.

Se recostó en el asiento, incómodo y ofuscado.

—Se lo vuelvo a preguntar, ¿para qué quería Verné Dupont ese dinero?

—No tengo ni la más mínima idea. Pero sí puedo decirle que la razón de venir hasta esta isla fue suya. Ella me lo pidió.

—¿Para qué?

—Dijo que quería que le diese el dinero aquí. Como imaginará, inspectora, me dio absolutamente igual. Lo único que quería era

que no le contase nada a mi mujer. Suficiente ridículo había hecho ya. Engañado por una vulgar puta de tres al cuarto —bufó mientras pequeñas gotas de saliva salían despedidas entre los huecos de sus dientes.

—Su mujer dijo que estuvo usted en la tienda toda la noche.

—No mintió. Ella no sabe nada.

—Sé que no mintió. Veo prácticamente inviable que usted pudiese hacer el recorrido que hizo Verné Dupont. Por su edad y su condición física es casi imposible.

—¿Entonces por qué ha preguntado?

—Quería saber si tenía usted intención de matar a la chica o no.

—¿Yo? ¡Por amor de Dios, inspectora!, ¿usted me ha visto? Suficiente tengo como para preocuparme por acabar con una chiquilla. Si la hubiese atacado, podría haberme empujado y hubiese bastado para tirarme al suelo. —Hizo una pausa, meditando si seguir hablando o no. Optó por lo primero—. Aunque, ¿sabe qué, Nora? —Me sorprendió que recuperase el llamarme por mi nombre de pila—. Me alegro de que alguien le haya dado su merecido a esa puta… Tuve que vender dos plazas de garaje, empeñar dos relojes de oro, dos anillos de mi difunta madre y los pendientes de diamantes que le regalé a mi mujer en las bodas de oro… ¡Y a eso le tuve que sumar mis ahorros! —gruñó—. Espero que las gaviotas se envenenasen con su alma. —Volvió a arrugar la nariz y tragó todo el odio y desprecio que sentía por la francesa.

Podía sumar otra persona que se alegraba de la muerte de Verné Dupont y a la vez descartar otro sospechoso. Eduardo Ruiz tenía motivos para matarla, pero estaba segura de que no lo había hecho. Eso sí, una pregunta seguía en el aire: ¿para qué quería Verné Dupont cien mil euros?

Fue lo primero que apunté en los pósits. Ese podría ser el tornillo que me faltaba para arreglar el engranaje y poner en marcha la maquinaria que descubriese al asesino. Me sorprendí a mí misma pensando que mi joven francesa «necesitaba» el dinero… Estaba dando por hecho que era una necesidad, pero ya había escuchado varios testimonios que calificaban a Verné Dupont como una mala

persona: Julia Álvarez, Manuel Ramos, Javier Barrera… y ahora Eduardo Ruiz. Las piezas encajaron y me revelaron la figura de un rompecabezas incompleto donde ya se vislumbraba una horrible verdad pese a los huecos. Todos odiaban a Verné Dupont, pero ¿todos habían pensado en matarla? ¿Y si la respuesta era «sí», pero yo no conocía todos los porqués?

17

Pecados justificados

En la actualidad

—¿Entonces son todos culpables? ¿Es eso lo que quiere decirnos?

—No, hombre, no. Solo la mató una persona.

—Llevamos aquí más de media hora, señorita Pardo —se quejó Santiago Marín—. ¿Por qué no nos da el nombre para que nos vayamos tranquilos?

—Es que no puedo hacerlo. Debo estar segura de que han comprendido todas las ilegalidades que cometí hasta dar con el asesino.

—No podemos asegurar que no vaya a pasarle nada.

—Entonces no tendrán la foto del Pailán ni sabrán por quién la tengo. Créanme cuando les digo que en esta isla hay cosas que no son lo que parecen.

—¿Cuentos de fantasmas a estas alturas? —Rio Marín.

—No hace falta ningún fantasma para matar a nadie. Basta con un cuchillo y mucha sangre fría —replicó Nora algo cansada de las constantes mofas del veterano policía.

—Bien, Nora. Adelante. Cuéntenos el resto de los delitos que cometió y alcanzaremos un acuerdo. Le doy mi palabra. —Brais Blach le tendió la mano para cerrar el pacto.

—¡No puedes hacer eso! —bufó Marín. Las mejillas se habían puesto rojas de nuevo.

—Puedo y debo hacerlo, Santi. Por favor, mírala. Es de todo menos una asesina. Ya rendiré cuentas yo con quien tenga que rendirlas. Puedes irte si quieres. —No bajó la mano en ningún

momento.

Nora la estrechó con fuerza, tal y como le había enseñado a hacer su padre cuando solo era una niña. Después se separó.

—¿Se queda, Marín? —dijo dirigiéndose al compañero de Brais, que permanecía a su lado impasible cual lazarillo.

—No me quedo por usted, me quedo por él.

—Pero se queda, al fin y al cabo. Acabará cogiéndome cariño. —La respuesta del policía fue una sonrisa efímera y falsa que mezcló la arrogancia y la repulsión hacia la figura de la detective.

A ella le importó más bien poco. Seguía teniendo el as de la fotografía bajo la manga. No solo iba a decirles quién había matado a Verné Dupont, también alguien que los llevaría directamente hasta el Pailán. Estaba segura (casi segura) de que perdonarían todo lo que había hecho.

—Bien, caballeros. Esta es la parte que más me compromete. Así engañé, robé y di una paliza a un hombre hasta dejarlo prácticamente moribundo.

18

Cebo

Unas horas antes

Mi investigación se había estancado y no tenía más remedio que llamar a la policía. Me frustraba reconocerlo, pero no sabía cómo avanzar. Lo había apurado hasta el límite. Incluso diría que había rebasado un par de metros ese límite. La goma estaba tan tensa que podría soltarse y golpearme directamente en la cara.

Llamé a Anita de nuevo y le pedí que fuese ella quien diera el aviso alegando que yo estaba en una situación comprometida. Me dijo que lo haría en cuanto colgara, así que calculé que disponía de una hora más para resolver todo lo que fuese que pudiera resolver.

El problema es que no tenía nada más. Seguía sospechando de Manuel Ramos, claro, pero no sabía por dónde continuar. Por primera vez desde el comienzo de la investigación, estaba completamente bloqueada. Recordé alguno de esos videojuegos frente a los que mi hermano pasaba horas durante la adolescencia. Algunas veces mi padre mostraba cierto interés (creo que era un gesto puramente paternal) y le pedía que le explicase en qué consistía el juego. Las veces que el Afortunado de Nombre Normal estaba atascado en algún nivel, se frustraba. Se le notaba a la legua. Las manos le sudaban, decía palabrotas, bufaba constantemente. Mi padre, que jamás había interactuado con ninguno de esos juegos, siempre le sugería que retrocediese, porque seguro que le faltaba algo para pasar de nivel. Lo peor de todo es que acertaba el noventa por ciento de las veces. Ese comportamiento tan diferente era la prueba tangible de lo distinta que era su forma de ver la vida;

mientras uno era meticuloso y paciente, el otro era nervioso, con poco gusto por la espera y la necesidad de resolver todo a la voz de ya.

Siempre creí que heredar la parte paciente de mi padre era una de mis mejores bazas a la hora de ser detective. ¿Qué haría si estuviera en mi lugar? No me sirvió de nada. Al contrario de lo que ocurre en las películas, cuando el detective tiene una revelación milagrosa que borbotea en su cabeza por arte de magia y acaba convirtiéndose en decisiva para resolver algo que parecía irresoluble, yo no era capaz de continuar derribando interrogantes.

Estaba en mi tienda de campaña con *Juego de patriotas* sobre el regazo. Pasaba las páginas sin enterarme de lo que ojeaba. Tom Clancy podría haber escrito una receta de croquetas que hubiese pensado que formaba parte del libro. Lo que de verdad leía mi mente era la libreta cerebral donde había apuntado todas las coartadas y declaraciones de cada sospechoso. Pasé por encima de los motivos, iluminados con brillante subrayador en mi imaginación; celos, dinero, poder… Y todo, como un críptico laberinto nunca antes resuelto, me conducía hasta lo mismo: ¿para qué narices quería Verné Dupont cien mil euros?

Metí la mano en la mochila y saqué una barrita energética (que era realmente más azúcar que cualquier otra chocolatina) y una botella de agua. Comí y bebí rápido. Mi cuerpo me ordenaba no distraerme con algo tan «banal» como cubrir mis necesidades básicas.

¿Qué me faltaba?, ¿qué estaba pasando por alto?

—¡Piensa, Nora! —solté un bufido que se perdió en mi propio hogar de tela, y el libro, como por arte de magia, cayó dentro de la mochila. Volví a meter la mano para sacarlo, pero no lo hice. Me quedé embobada mirándola. ¿Y si esa era la llave de todo? ¿Y si la clave era la mochila que Verné había perdido cuando rompió con Manuel Ramos? Me había olvidado por completo de ella… ¿Y si tenía dentro algo lo suficientemente valioso como para necesitar tanto dinero? Yo sabía qué era lo único que podía transportarse en una mochila con un valor tan alto y también era consciente de la

única persona de la isla que tenía antecedentes por ello.

Debía hablar con Gonzalo Rodríguez y Anxo Fernández. En esta isla, la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU debía aplicarse al revés: nadie era inocente hasta que se demostrase lo contrario; la presunción de inocencia había sido masacrada. Igual que lo había sido Verné. En la isla de O Faro todos eran culpables hasta que se probara que no habían matado a sangre fría a una mujer.

Recordé la última conversación que había tenido con Gonzalo y Anxo. La pareja estaba poco dispuesta a colaborar. Estaba segura de que iban a ralentizarlo todo y a mí se me acababa el tiempo y no podía perderlo con formalidades. La decisión que había tomado no era motivo de orgullo, pero sentí que no tenía alternativa.

Corrí a la tienda de Aurora Guerra, la excompañera de Verné Dupont cuando trabajaba en Barcelona. La encontré tumbada en el saco con su prometido, Adrián Arenas, que se sorprendió al verme. Una música tranquila sonaba a través del altavoz portátil. Hacían manitas sosteniéndolas en el aire, y Adrián, con el móvil en la otra mano, tocó la pantalla y se hizo el silencio. Aurora tenía la cabeza apoyada en el pecho de su pareja.

—Inspectora, ¿qué…?

—Adrián, permítame felicitarlo por la boda en primer lugar. Necesitaría hablar con su prometida unos segundos. Cosas de mujeres. Ya sabe. —Miré hacia abajo—. Cosas íntimas que solo ocurren una vez al mes. —Él pareció comprenderme, porque abrió la boca varias veces sin articular palabra y se puso rojo. Tuve que contenerme para disimular una sonrisa. ¿No le daba vergüenza que le escuchasen haciendo el amor, pero sí se la daba que una mujer hablase de sus problemas menstruales?

Aurora Guerra, entre confusa y dubitativa, salió de la tienda detrás de mí.

—¿Necesitas compr…?

No la dejé terminar. Volvió a sonar música tranquila del altavoz portátil, pero se apagaba con el tono nervioso de mis palabras.

—Lo que necesito es tu ayuda. Me pediste que te hiciera el favor

de no contarle nada sobre tu pasado a Adrián y ahora vas a devolvérmelo. Ven conmigo.

Una negativa no era una opción. La cogí del antebrazo y fuimos juntas hasta la tienda de Eduardo Ruiz y Carmen Novoa. Insistí a Aurora en que esperase fuera y pedí permiso para entrar. Eduardo volvió a levantarse tan rápido como pudo (que no fue mucho), aún con una revista enrollada en una mano.

—¿Qué quiere? —dijo, tosco.

—Yo también me alegro de verlo. Necesito su ayuda.

El anciano solo mostró una sonrisa irónica e intentó desaparecer.

—Yo no sería tan reacio a colaborar. Su mujer podría enterarse de muchas cosas. —Eduardo Ruiz no llegó a darse la vuelta completamente. A los pocos segundos, con la mirada enojada y el gesto torcido, salió de la tienda.

—¿Qué quiere? —repitió sin presentarse a Aurora Guerra, que permanecía de pie junto a él. No me importó su falta de modales. Pronto iban a conocerse.

19

No robarás

Unas horas antes

Apenas diez minutos después, en mitad del camping de la isla de O Faro, un hombre de ochenta y cuatro años caía al suelo de rodillas. Para no hacerlo de bruces, se apoyaba en el brazo de una joven con cuerpo escultural que trataba de sujetarlo con los músculos tensos, como si hubiesen recibido un repentino calambrazo.

Aurora Guerra lanzó un grito desesperado que le rasgó las cuerdas vocales. Todos salieron de sus tiendas. Incluida Carmen Novoa, que corría hacia su marido con el rostro sumido en el contraste mortecino de la desesperación. Eduardo Ruiz sujetaba la mano de Aurora y la apretaba fuerte mientras aullaba. Sus berridos, lastimeros y preocupantes, se perdían en el aire fundiéndose con el endeble sonido del viento.

El plan surtió efecto en medio minuto. Los campistas se arremolinaron alrededor de Eduardo Ruiz y Aurora Guerra. Carmen fue la primera en llegar y se dejó caer al lado de su marido para luego colocarle una mano en la frente.

—¡Dios mío, Eduardo, estás sudando frío! ¿Qué te pasa? Eduardo, ¿qué te pasa? —repitió Carmen Novoa absolutamente desesperada —. ¡Eduardo, Eduardo! —Los labios le temblaban y los ojos se convirtieron en dos cascadas fuera de control. Mientras, Eduardo Ruiz mantenía apretada la mano de Aurora Guerra. La excompañera de Verné Dupont buscaba con la vista a Anxo y Gonzalo. Finalmente, la pareja se acercó corriendo hasta ellos.

—¿Qué es? ¿Qué le pasa? —Carmen solo lloraba, incapaz de

pronunciar palabra.

—¡Tráiganle agua! —les ordenó Aurora Guerra—. En mi tienda hay dos botellas grandes. Eso y un paño húmedo… ¡RÁPIDO! —Los chicos corrieron. Tras ellos, el hijo de Javier Barrera pretendía seguirlos, pero Aurora lo cogió con la mano libre—. Cójale por los pies y levántele las piernas. Eso le bajará la sangre a la cabeza.

El resto de los campistas desfiló hasta allí como quien acude a un entierro. Incluso me pareció ver la figura de Ignacio Álvarez, buscando protección entre los brazos de su madre, que lo agarraba por los hombros y lo pegaba contra su cintura…, como hacía mi padre conmigo… ¡Espabila, Nora!

Eduardo seguía lanzando quejidos mientras Aurora se esforzaba por darle tareas a cada uno de los macabros espectadores para dejarme el camino libre. Aguardé durante unos segundos más y corrí por detrás de las tiendas hasta que llegué a la de Anxo Fernández y Gonzalo Rodríguez. Pasé junto a un lateral como un soldado que se resguarda de las balas y me deslicé al interior del refugio tras bajar la cremallera a toda prisa. Antes de cerrarla, eché un vistazo rápido al exterior, y mi mirada se encontró con la de Aurora. Detecté reproches en el caos, pero no me importó.

Sin perder tiempo, metí la mano en las mochilas de los dos chicos y comencé a ojear todo. Empecé por la de Anxo. Saqué preservativos, una pequeña linterna, una tablet, varios cargadores, dos barritas energéticas (de las de verdad, no de las que comía yo), una bolsa de pistachos, una botella metálica, ropa interior usada, un rollito de pequeñas bolsitas para recoger las heces de perro y un móvil que intenté desbloquear sin éxito.

Pasé a la mochila de Gonzalo. Deslicé las dos cremalleras y se abrió ante mí con una enorme sonrisa burlona. Había dos revistas de coches, un periódico deportivo, un neceser donde supuse que iban las cosas de ambos, otra bolsa de frutos secos, más ropa interior, más barritas energéticas y dos baterías portátiles de pequeño tamaño. Extraje el móvil y también intenté desbloquearlo. Esta vez la pantalla no me pedía un código numérico, sino un patrón de líneas unidas entre sí. Una imagen de Anxo sonriente y

con el torso desnudo en mitad de una paradisiaca playa caribeña me dio la idea de formar una «A» en la pantalla. La fórmula resultó.

Con todos sus secretos virtuales a mi merced, abrí la galería de fotos y subí de arriba abajo varias veces, pero no encontré nada sospechoso más allá de algún pene erecto que me hizo acelerar todavía más la velocidad con la que pasaba las imágenes. Salí de la galería y pulsé en el icono del chat. Revisé las últimas conversaciones. La de Anxo finalizaba con un corazón rojo y un abreviado «Tq». Pinché en la siguiente, donde una mujer terminaba con un «Ya vale, cabrón» y el icono de una cara sonriente. Por último indagué en una conversación que rezaba «Pai» como contacto.

Estaba al límite de mi tiempo, pero sabía que allí había algo. No era casualidad que esos dos estuviesen en la isla al mismo tiempo que Verné. Ese contacto llamado «Pai» me dio la respuesta. El chat terminaba con dos fotografías. Me temblaron las piernas. En la primera, Verné Dupont bajaba del barco acompañada por Joel Blasco. En la segunda, yo misma hablaba con Ignacio Álvarez. Ese cabrón de Gonzalo me había hecho la foto la primera vez que interrogué al chico. Bajo las dos imágenes no había nada más. Hubiese esperado una pistola o un cuchillo, pero no había nada. Ni un icono con el que pudiese interpretar que me querían muerta.

Aun así, estaba claro que ninguno me quitaba el ojo de encima. Subí y bajé en el chat. Me resultó extraño encontrar solo mensajes de entrada y no de salida. Gonzalo no había escrito ni una palabra en toda la conversación. Uno no habla así con su padre. No había ninguna foto de perfil y solo aparecían constantes «Coge la llamada». Primero se separaban en semanas, luego en días y finalmente con intervalos de una o dos horas. Agobiaba.

Un agónico «¡NO!» se filtró entre las endebles paredes de tela. Me pareció la voz de Aurora Guerra. Intuí que iba por mí. Me iban a pillar.

—¡Ya tiene agua, no hace falta que vuelva a su tienda! —Se escuchó gritar a Aurora de nuevo.

Sin duda era un aviso.

Se acercaban.

Me metí el móvil al bolsillo y luego eché el resto de las cosas en la mochila como pude, olvidándome de la colocación inicial. Una de las baterías portátiles se me cayó al suelo y se soltó la parte superior, una tapita blanca. La había roto.

¿La había roto?

Del interior apareció el pequeño pico traslúcido de una bolsita de plástico. Lo cogí a toda prisa y me lo eché al bolsillo. Intuía lo que era. Tiré la mochila como si estuviese en llamas, me deslicé por el otro extremo de la tienda y corrí hacia el fin de los pinos sin mirar atrás, adentrándome en un amasijo de sombras largas y afiladas.

El cielo se había convertido en un enorme borrón negro. El viento, antes manso y calmo, empezaba a revolucionarse con impávida emoción. Algunas nubes se superponían con otras, arremolinándose, fundiéndose y trazando formas inverosímiles en una especie de danza eólica.

Corrí mientras el viento soplaba en mi contra como si quisiera detenerme. Solo pensaba en escapar. Había robado un móvil y también droga. No sabía por qué la había cogido, pero ahí la tenía, agitándose como un insecto inquieto en el bolsillo de mi chaqueta.

En el horizonte, un trazo azul iluminó la espesura. Tras él, un trueno furioso se quejó en el cielo, quizá ofendido por mi hurto, pero no paré. Seguí corriendo entre los árboles. Solo me di cuenta de que había empezado a llover cuando me detuve. Me dolían las rodillas, pero prácticamente no veía el camping. Las gotas caían cada vez con más violencia. La cortina de agua se espesaba y creaba la ilusión de que estaba bajo una cascada.

Las olas batían en el océano. Las aguas del lago dos Nenos empezaban a inquietarse y me envolvía un profundo olor a salitre y césped húmedo. A lo lejos, un cormorán negro como el azabache descendió en picado, chocando contra el mar para comprobar qué profundidad podía alcanzar su zambullida. El motín de las olas, pugnando por escapar del mar, me impidió verlo salir.

Metí la mano en el bolsillo y, al tocar la pequeña bolsita plástica que había robado de la tienda de Anxo y Gonzalo, las gotas

emitieron un sonido hueco. Sabía perfectamente qué era ese polvo blanco. Pero ¿solo era para divertirse o escondían algo más? Lo descubrí pronto, cuando un grito estentóreo me obligó a volverme. Gonzalo Rodríguez me apuntaba con una pistola.

Me controlé para no soltar la bolsita ni hacer movimientos bruscos, pero no me dejó hablar. La lluvia resbalaba por un rostro ojeroso lleno de furia y rabia. La mano con la que sostenía el arma temblaba. La boca parecía masticar algo, pero eran movimientos espasmódicos e involuntarios. Era la cara de un asesino. La cara de un loco.

—¡Tú mataste a Verné! —dije olvidándome del cañón que me apuntaba.

—¡Yo no maté a nadie, puta ladrona!

—¿Qué dices? —mentí—. ¿Qué te he robado yo?

No respondió. Solo apretó el gatillo.

20

Ira

Unas horas antes

Cerré los ojos.

¿No estaba muerta?

No… No podía estarlo. No veía ni la luz ni los túneles de los que tanto hablan. Tampoco sentía que flotaba. Todo era… ¿igual?

La lluvia seguía cayendo a mi alrededor, cada vez más furiosa. La acogedora mezcla entre el salitre y el petricor se quebraba por el olor de la pólvora. Los oídos todavía me retumbaban. Había sido como si alguien arrojase un petardo a mis pies. Abrí los ojos con cuidado; los había cerrado tan fuerte que me mareé al distinguir las vetas de luz filtrándose entre mis pestañas.

Me encantaría reconocer que tuve miedo. Un miedo desconocido a la muerte. Algo que me impulsase a correr todavía más rápido de lo que había corrido cuando escapé de la tienda. Pero no. Nada de eso. Estaba inmóvil, paralizada como un mimo callejero que resiste estoicamente las burlas y travesuras de un grupo de chiquillos.

No sentía nada. Nada más allá de la fría lluvia y los profundos aromas.

Delante de mí, Gonzalo seguía apuntándome con el arma. No sabía qué había pasado.

—La próxima vez no voy a disparar al aire. ¡Devuélveme lo que has robado! —aulló.

—Eres un asesino —respondí, ruda. Las palabras volaron y arrastraron con ellas la plomiza carga de la parálisis.

—Yo no he matado a nadie, joder… Pero ¡te aseguro que no es

por falta de ganas!

Incluso en la distancia vi a la perfección sus dedos tensos apretando con vehemencia el brillante metal de la pistola. ¿Qué podía hacer?

—Está bien, está bien… Te creo. Voy a acercarme y te voy a dar lo que he cogido.

—¡Tíramelo!

—Si te lo tiro, se romperá… —Saqué el teléfono del bolsillo. Se puso tenso, tal vez demasiado. ¿Significaba eso que ahí tenía la clave? ¿Le daba igual la droga?

—Acércate despacio. —El cañón del arma miraba directamente a mi entrecejo.

No podía huir. Era un animal enjaulado… ¿Iba a matarme como mató a Verné? Supliqué por que alguien llegase para darme un mínimo segundo de reacción. Algo con lo que lograr que se despistara…

Ya os he hablado mucho de mi padre. De lo que fue para mí. También le encantaba la mitología antigua y la cultura clásica, pero no solo la de romanos, griegos o vikingos. Esa la conocía como la palma de la mano, claro. Me refiero a la mitología gallega. A los dioses gallegos. Quizá él me acompañó también durante el periplo por estas islas. Tal vez fuese papá quien llamó a la diosa de la justicia, a Reva, para que me echase una mano.

—¡GONZALO! —Se escuchó a lo lejos. Era Anxo. Gonzalo giró la cabeza durante un par de segundos, tiempo suficiente para que me abalanzase sobre él y, tras agarrarle la pistola y levantarla, le pegase un soberano rodillazo en los huevos.

Gonzalo se dobló por la mitad con un ruido similar al que hace un balón cuando se pincha. Aflojó la presión sobre el arma y conseguí que la soltase. Cuando cayó al suelo ni pensé en que podría dispararse, simplemente la aparté de una patada rápida. Él estiró el brazo para agarrarme. Chillé antes de levantar la rodilla otra vez y destrozarle la nariz a ese capullo. Se desplomó sujetándose la cara y con la napia convertida en una catarata de sangre. La barba carmesí le daba un aspecto feroz que contrastaba

con las lágrimas de dolor que resbalaban por su rostro y caían ya convertidas en gotas de lluvia escarlata.

No me molesté en patearle más. Tenía que huir. Esconderme y confiar en que Anita hubiese llamado a la policía. Si era lo suficientemente rápida, todo habría terminado.

Qué equivocada estaba.

Casi podría decir que oí cómo los dientes de Gonzalo rechinaban de puro frenesí. Se colocó en la misma posición que un corredor que espera el pistoletazo de salida, se abalanzó y me placó por la cintura. Toda mi columna vertebral se agitó por la descarga, y me encontré en el suelo con él sentado a horcajadas sobre mí.

Estaba en shock. Gonzalo me estaba estrangulando. Me apretaba tan fuerte que no podía hacer nada por resistirme. Me estaba matando. Intenté que me quitase las manos de encima, pero los brazos eran dos tremendas prensas hidráulicas. Las piernas me fallaban y pataleaba desesperada. La presión sobre el cuello era tan extrema que pensé que iba a partírmelo. El aire puro y limpio de las islas no me llegaba a los pulmones. Por las venas del cuello me fluía tanta sangre que sentía que la piel se iba a rasgar. Los ojos me picaban y la lengua me sabía a cobre.

Iba a morir.

Palpé la superficie con las manos, pero no encontré absolutamente nada. En la desfigurada y maniaca cara de Gonzalo vi puntos de colores. Todos móviles y fugaces como estrellas en una negrura a la que pronto iba a unirme.

Desesperada, agarré el desfigurado bulto que antes era la nariz y lo retorcí con la poca fuerza que me quedaba. Gonzalo profirió un grito desgarrador mientras las gotas rojas me llenaban la cara y me manchaban los dedos. La presión sobre el cuello se aflojó. No solté la nariz; continué apretando hasta que las lágrimas regresaron a sus ojos y cayeron en mis mejillas.

Su brazo izquierdo abandonó mi cuello e intentó golpearme, pero lo bloqueé con la mano libre y le metí el dedo en el ojo con fuerza. Obviamente, no tenía el mismo físico que él y, en mi caso, haber intentado estrangularlo hubiese sido absurdo. Me liberó y le lancé

una patada con las dos piernas que le impactó de lleno en la boca del estómago y lo apartó de mí.

Aspiré una gran bocanada de aire. Emití un sonido más propio de una máquina aspiradora que de un humano, pero nunca había sentido tanta necesidad de respirar como en ese momento. Desvié la vista hacia mi atacante. Seguía en el suelo.

Volví a oír el grito de Anxo, esta vez muchísimo más cerca. Iban a cogerme. Igual no tenía otra oportunidad. Me matarían y yo… yo no merecía morir. Merecía estar con mi madre, con mi hermano, con Anita. Merecía ir a las Cíes a pensar en mi padre, merecía estar en casa, merecía que él estuviera en casa.

Me llenó una ira tan extrema que perdí completamente el juicio. No dudé.

Me abalancé contra Gonzalo dándole patadas. Él todavía seguía en el suelo. Lo ataqué con toda mi furia, con todas las fuerzas que había recuperado milagrosamente, como si el aire que de nuevo llenaba mis pulmones me hubiese regalado un poder casi sobrehumano.

Gonzalo sollozaba en el suelo aferrándose la nariz con una mano e intentando cubrirse la cabeza con la otra. Si se levantaba era mi fin… Pero no iba a hacerlo.

Estaba desatada. Desbocada. Solo golpeaba, golpeaba y golpeaba. Una y otra vez. El barro me hacía resbalar ocasionalmente, pero daba igual, me izaba y volvía a golpearlo. La cara de Gonzalo Rodríguez era un amasijo de sangre y barro. Mis deportivas salpicaban de marrón chocolate y rojo carmesí con cada impacto.

Un hilillo de baba me bailaba zigzagueante a la altura de la barbilla y todavía enganchado a mis labios, que poco a poco iban recuperando su rosado natural tras haberse amoratado por momentos.

No recuerdo pestañear ni una sola vez en toda esa secuencia. Ni una.

Ni siquiera el grito horrorizado del novio de Gonzalo pudo sacarme de mi enajenación. Anxo corrió hacia nosotros, pero yo seguía dándole patadas a lo que ya veía como un simple bulto.

Gonzalo ya no se cubría la cara ni la nariz. Era un muñeco de trapo. Con cada nueva patada, su cráneo me parecía más blando y frágil… Eso tampoco me devolvió la cordura.

Anxo me apartó de un empujón que me desplazó varios metros. Ese repentino choque fue el que pareció restituir un control que había perdido sin remedio. Me levanté y me acerqué hasta la pistola. Disparé al aire tres veces. Anxo, arrodillado al lado de Gonzalo y metiéndole los dedos en la boca para que no se tragase la lengua, cayó de culo y se llevó al momento las manos a las orejas, en un movimiento casi robótico.

Yo mantuve el arma en alto, pero los fulminé con una mirada cargada de rabia, dolor y un sentimiento de valentía por el que nunca me había caracterizado, pero que ahora afloraba en mí como algo nuevo y electrizante.

—¡HIJA DE PUTAAA! —El aullido de Anxo fue perdiendo potencia hasta convertirse en un rezongo agudo.

—¡Ni una palabra más! ¿Me oyes? ¡Ni una palabra más o le descerrajo un puto tiro en la cabeza y te tragas sus sesos! ¿ME HAS OÍDO? ¿ME HAS OÍDO? —repetí fuera de mí.

Anxo respondió con el silencio.

—Ahora me vas a contar por qué cojones tenéis una foto mía en el móvil y qué coño tiene que ver conmigo y con Verné Dupont esa puta droga.

El novio de Gonzalo Rodríguez abrió mucho los ojos.

—¡HABLA! —chillé, vehemente.

—Por favor… Déjame llamar a alguien. Está casi muerto…

—¡QUE ME DIGAS LO QUE SABES O SE MUERE AQUÍ, COÑO!

—Ella… debía mucho dinero.

—¿A quién? —El arma apuntaba hacia Gonzalo, pero la coloqué mirando a Anxo.

Sus ojos de color avellana resplandecían de miedo. O no quería hablar o no podía hacerlo. Las perlas de agua le daban al vello facial un toque salvaje y rudo, pero no era más que una coraza. Bajo esa máscara fornida y con aspecto de leñador cabreado, había un hombre asustado. Muy muy asustado.

Su novio seguía semiinconsciente; la pistola le apuntaba directamente a la cabeza y ya había visto de lo que era capaz. Suponía que el resto de los campistas ya no estarían atendiendo a la improvisada función teatral que había montado para llamar su atención. Me daba igual, de hecho. No me importaba ni lo más mínimo si alguien venía.

Agité la pistola, nerviosa. Di dos pasos hacia él con el arma en alto y el ceño fruncido. Mis pies chapotearon en el barro, y una delgada línea granate se fundió con la tierra húmeda al caer desde mi zapatilla. Notaba la ropa pesada y pegada al cuerpo. Tenía frío, y mis «poderes» iban extinguiéndose conforme recuperaba mi pulso normal. Necesitaba respuestas y las necesitaba ya.

—¡A QUIÉN LE DEBÍA DINERO VERNÉ!

—Al… Al Pailán. —Fue un susurro poco nítido. Prácticamente imperceptible. No tenía claro si lo había oído o le había leído los labios.

—Has… ¿Has dicho al Pailán? —Bajé el arma. Anxo asintió.

No podía ser… ¿Verné Dupont le debía dinero al mayor narco de Galicia?

—Y vosotros sois sus matones, ¿no es así? Por eso habéis venido aquí a matarla.

—No. No es exactamente así… Por favor. Gonzalo…

—¡Ya te dije antes que hasta que no largues todo no lo atienden!

En ese momento, el miedo lo abandonó. No sabría explicar por qué, pero ocurrió así. Anxo miró a su novio y se puso en pie. La camiseta negra parecía un simple velo que ocultaba el cuerpo de un dios griego. Los abdominales y pectorales se marcaban bajo la tela oscura. Los brazos caían como dos gruesos cañones sostenidos por unos hombros moldeados. Hilos de agua resbalaban por sus dedos como rayos amenazantes.

Sus ojos, aterrados hacía un momento, eran pura ira. Tuve que tragar saliva y convencerme de no retroceder ni un paso. «Tú tienes la pistola», me decía. Pero me pareció incluso más pequeña de lo que era realmente. Me estaba apagando.

—¿Estás loco? —dije. Pero lo que quería parecer una muestra de

confianza y seguridad fue realmente una vergonzosa y asustadiza pregunta que me hizo vulnerable. Anxo lo sabía. No despegaba los ojos de mí. Me devoraba por dentro. Me engullía. No miraba al arma, sino a mi interior. Me sentí como una niña indefensa. Los superpoderes habían desaparecido y con ellos la sensación de invulnerabilidad. Si ese tío quería, podía partirme como una rama. Había estado cerca de morir con Gonzalo y quizá no tuviese tanta suerte con su chico.

Sabía cuál era mi única opción, pero no me veía capacitada para hacerlo. Anxo avanzó con los puños y los dientes apretados.

—Estate quieto… —De nuevo, esa voz infantil y dulzona—. Te he dicho que te estés quieto. —Pero sonaba aterrada—. ¡Alto!

Anxo estaba cada vez más cerca y sus pasos eran más rápidos.

Hazlo.

Hazlo.

Hazlo.

Hazlo.

Lo escuchaba en mi cabeza como los vítores desbocados de un coliseo que incita a un gladiador a volver a su etapa más primigenia y salvaje.

Hazlo.

Hazlo.

Hazlo.

El clamor se hacía más fuerte y potente. Más claro y convincente.

Hazlo.

Hazlo.

Yo quería resistirme, pero no podía… Si no lo hacía, no saldría de ahí con vida.

Hazlo.

Y lo hice. Apreté el gatillo.

21

Lacayos

Unas horas antes

Un chillido animal se filtró entre la lluvia. De nuevo, el olor a pólvora me llenó la nariz y una fina columna de humo amagó con ascender, pero se topó con la cortina de agua. Anxo yacía en el suelo y se agarraba, con la mano derecha, un manchurrón rojizo que nacía en la rodilla izquierda. La sangre parecía sortear los gruesos y velludos dedos filtrándose entre ellos como la corriente de un río entre los guijarros.

Yo temblaba. Todo mi cuerpo lo hacía. Las piernas, los brazos, las manos… Sostenía el arma como si fuese una parte más adherida a mi cuerpo, pero el metal se agitaba con nerviosismo.

No podía despegar los ojos de la pareja. Uno todavía no había despertado del todo, seguía de lado, tal y como lo había colocado su novio para que no se tragase la lengua, y con la cara hecha un guiñapo. El otro intentaba incorporarse, pero cada movimiento iba acompañado de un gruñido o de un grito desgarrador de dolor.

Yo quería apartar la vista de su rodilla descarnada, pero no era capaz. Una brisa ligera se levantó y echó el agua contra mí acompañándola con un ligero olor a carne quemada que hizo que se me erizara la piel.

—¡Nunca podré andar, hija de puta! —chilló Anxo con la voz ronca. Lo gritó al aire, sin mirarme y manteniendo los ojos cerrados con fuerza. Como si fuese una compuerta que mantenía a salvo un tsunami de lágrimas.

Yo seguía temblando.

—Te… te dije que estuvieras quieto…

—¡Vete a la mierda, zorra!

Me gustaría decir que reaccioné con algo de humanidad, que me preocupé por ambos y, antes de seguir, llamé yo misma a la policía para que enviasen un equipo medicalizado. Claro que me gustaría decirlo, pero estaría mintiendo tanto o más que muchas de las personas con las que tuve que vérmelas en este caso.

Me acerqué hasta Anxo y no lo hice con paso firme, sino dubitativo y torpe. Un maremágnum de emociones me recorría el cuerpo. Parecía que cada una de ellas me provocaba un pequeño espasmo y por eso temblaba tanto. Lo único que mantenía aferrado como si me fuese la vida en ello era la pistola. Me había acostumbrado completamente a su peso y no tenía ninguna intención de que dejase de ser una parte de mí, aunque se agitase con un ridículo bamboleo.

Cuando estaba cerca de ellos me pasé la mano libre por la frente para quitarme el pelo. Después, en un acto reflejo, me sequé en la parte baja de la camiseta. Una idea absurda y cómica teniendo en cuenta que estaba, literalmente, como si acabase de bañarme con ropa en el mar.

—Necesito que hables.

—¡Que te jodan! —Y me lanzó un asqueroso escupitajo que me impactó de lleno en un ojo.

No fue su mejor idea.

Apreté los labios, ofendida y furiosa. ¿Quién se creía que era? Presioné la herida de su rodilla con el cañón del arma.

Anxo aulló con tanta fuerza que pareció a punto de perder la vida por la boca.

—¡No me vuelvas a escupir, ¿vale?! Nunca, hijo de puta. ¡Nunca! —volví a gritar—. Por última vez, estate quieto. Y, por última vez, habla. No lo repetiré. No soy yo quien necesita atención médica urgente. —«Y tampoco sabes que ya he llamado a la policía», pensé.

—¡No necesito atención médica urgente! Podría aguantar hasta mañana. —Sonrió, malicioso.

—No me refería a ti. —Desvié la mirada hacia Gonzalo y lo hice

con cierto triunfalismo. Su bravuconería se volatilizó tan rápido como había llegado—. ¡Ah! Y eso de que no necesitas atención médica… Permíteme que te diga que no es verdad. Se nota que no has estudiado, pero o curas ya esa herida o tienes muy jodido recuperar la movilidad total de la rodilla. Te he acertado en los ligamentos, y quizá tengas también un desgarro en el acromion. Si no te atienden pronto, esa rodilla va a quedar inservible…

—¿Cómo sabes…?

—¿Dónde te he dado? Deberías estudiar más, Anxo… Ya te lo dije.

Pero no lo sabía por estudiar. Ni mucho menos. El acromion, para ser sinceros, está en el hombro, pero intuía que Anxo no tendría ni idea.

Cuando el Afortunado de Nombre Normal tenía quince años, un camión lo atropelló a la salida del colegio. Lo lanzó varios metros por el aire. Mi hermano llegó al hospital y todos temieron que tuviese algo mucho más grave. Yo apostaba por algún golpe en la cabeza que le hubiese dejado más tonto de lo que ya era, pero, lejos de eso, todas las lesiones se las había llevado el hombro.

Mi hermano lo usó para cubrirse la cabeza cuando vio que no podía evitar el camión. Se le rompieron los ligamentos de la clavícula y el acromion. El brazo no le quedó del todo inútil, pero sí había tenido problemas para practicar ciertos deportes y pasaba alguna que otra temporada con dolores, como si fuese una cicatriz imborrable grabada en sus propios músculos.

—¿Cuál es vuestra relación con el Pailán?

Negó con la cabeza en un gesto de resignación. Miró al suelo y después a Gonzalo. Sus ojos vidriosos se cruzaron con los míos y por fin habló:

—Al principio le pasábamos algo de droga en Pontevedra. Nada más. De vez en cuando trabajábamos en Vigo o en algunos pueblos de los alrededores… Pero el dinero cada vez iba a más. Llegamos a ganar veinte mil euros por fin de semana. Únicamente por mover la droga de un lado a otro. Y nunca nos pillaban. Hasta que, un día, el puto Pailán nos dice que viene un cargamento desde Barcelona en

una maleta.

—¿Tenían que moverlo?

—Solo teníamos que asegurarnos de que la chica llegase a salvo. Ella ni sabía que la seguíamos. Cuando la localizamos en el punto indicado, se metió en un bar con la puta mochila y adiós.

—¿Qué quieres decir con «adiós»?

—Pues adiós. Se esfumó. Salió y ya no la llevaba encima. Volvió a entrar al bar y definitivamente salió sin ella. Iba con un tío pijo, uno que no tenía ni media hostia. Menudo cristo le armó al chaval.

Eso cuadraba del todo con la versión que me había dado Manuel Ramos. Verné había perdido la mochila con la droga que llevaba en el interior y eso había desencadenado todo. Necesitaba saber con exactitud qué había pasado, aunque lo intuía perfectamente.

—Y, como ella perdió la droga, vosotros casi perdéis el cuello…

—¿Sabes cuánto dinero valía lo que llevaba ahí dentro, inspectora?

—Cien mil euros —respondí, tajante y confiada.

La cara de Anxo palideció todavía más. Su gesto, rígido y tenso, era incapaz de ocultar la sorpresa.

—No me preguntes la gilipollez de cómo lo sé y sigue hablando. ¿Qué hicisteis?

Titubeó antes de hablar, como si quisiera defenderse de mi impertinencia, pero lo había desarmado. Tragó saliva y, todavía preguntándose cómo podía saber la cifra, respondió:

—La seguimos… La vigilamos día y noche por si se había llevado la droga. Pero no obtuvimos nada. Después empezaron las amenazas y finalmente, y aunque no estoy muy orgulloso, tuvimos que matar a su gato para que entendiera qué pasaba.

—Hijos de puta…

—Era ella o nosotros. El Pailán nos avisó de qué nos haría si no volvíamos con el dinero.

—¿Y por eso tuvisteis que matar a un pobre gato? No me justifiques eso porque no tiene justificación.

—¡Nuestra vida dependía de ello! Y la avisamos. Vaya si la avisamos. Anónimos constantes, cartas en el buzón, amenazas…

Incluso la llamábamos de madrugada y le metíamos miedo. O eso creíamos, porque nada surtió efecto…

—¿Y sí lo hizo matar a su gato?

—No, inspectora. Tampoco funcionó lo del gato de los cojones… No estoy orgulloso, pero, como ya te dije, nuestra vida dependía de ello.

—Vuestra vida no hubiese dependido de nada si no hubierais estado metidos en la droga hasta arriba, capullo.

Dos siluetas puntiagudas arribaron en la playa de Rodas. Desde mi posición elevada vi un grupo de agentes que caían al agua. Las olas seguían estampándose, tercas, contra la arena y los acantilados. Alrededor de las barcas, el mar hervía furioso por la molestia de la lluvia.

—¿Cómo se hizo Verné Dupont con la droga?

—No lo sé. No tengo ni idea. Nadie nos lo decía. En este negocio manda el silencio. Simplemente ordenan y se ejecuta. Nada más. Sin preguntas.

—¿Y qué hacéis aquí si se puede saber?

—Nos dijo que nos daría aquí el dinero. Ni sé por qué ni nada, pero lo hizo así…

Yo sí lo sabía. Aquí pensaba recibir el dinero de Eduardo Ruiz. El chantaje al anciano era su garantía y el punto final de sus problemas. Necesitaba un sitio apartado y tranquilo para hacer ambas operaciones. Verné Dupont subió a las redes sociales un par de fotografías anunciando su próximo destino y, simplemente, esperó. Seguramente ella también hubiese reconocido a los dos chicos si la habían seguido más de una vez por la calle. Con lo que no contaba era con morir aquí.

—Vosotros matasteis a Verné Dupont, ¿verdad? —solté como un acto reflejo—. Al no recibir el dinero, no tuvisteis dudas y os cobrasteis vuestra venganza…

—¿Qué?

—¡La matasteis vosotros! ¡Reconócelo!

—No, no. Nosotros no lo hicimos. ¡Lo juro!

—Vas a tener que hacer algo más que jurarlo.

—¡Espera, espera! Sé cómo justificarlo.

—¡Habla ya o te meto en una celda con el mismísimo Pailán!

—El día que nos conocimos, Gonzalo se encontraba mal. ¿Lo recuerdas?

—Sí, ¿y qué?

—No fue la tensión, tenía el mono…

—¿El mono?

—No se había metido nada desde hacía horas y estaba hecho una mierda. La noche anterior le pasó exactamente lo mismo.

—¿No dijeron ustedes que estaban durmiendo?

—Sí, pero te dije lo del vómito y los nervios, ¿recuerdas? ¡No iba a decirte que necesitaba meterse una raya! —Volvió a mirar a Gonzalo—. Por favor, por favor… ¡Te lo dije! El tipo con el hijo adolescente. Seguro que lo oyó vomitar cuando salió a fumar… Por favor, necesita ayuda… ¡Ya te lo he dicho! ¡Nosotros no la matamos!

—Menuda mierda de excusa, Anxo.

—¿De qué nos servía a nosotros esa puta francesa si estaba muerta? Aún no teníamos la pasta. No nos la había dado.

Tenía razón. Verné Dupont no había llegado a recibir el dinero de Eduardo Ruiz… De hecho, a ellos les había perjudicado la muerte de Verné. Quizá Gonzalo Rodríguez tuviese el mono, pero a buen seguro que los nervios provocaron el último ataque que le dio delante de mí. Normal teniendo en cuenta que habían fallado al narcotraficante más peligroso de toda Galicia.

Esgrimí una última sonrisa animal mirando a Anxo a los ojos. Vi el terror en sus pupilas y la cobardía en sus labios. No emitió ningún sonido. Solo retrocedió ligeramente, como si dos pesadas losas le hundieran en un océano de miedo.

Con eso ya me sentí satisfecha.

Sin dejar de mirarlo, levanté el arma y vacié el cargador para perforar las tinieblas nubosas que nos cubrían.

22

House

En la actualidad

Un grupo de agentes rodeaba con especial cuidado el cadáver de Verné Dupont. Se movían sibilinos y acompasados, como un grupo de baile que ejecuta una coreografía meticulosamente calculada.

Marín y Blach no les prestaban ninguna atención. A Nora, sin embargo, le parecían de lo más curioso. Analizaba sus movimientos como quien espera para fotografiar a un raro ejemplar difícil de ver. Cada paso, cada gesto, cada palabra… Todo era una lección.

—¿Nora?

—¿Qué?

—Le preguntaba si fue así como consiguió la foto del Pailán.

—¿Así cómo?

—Por Anxo Fernández y Gonzalo Rodríguez.

—Todavía no puedo desvelarles esa carta.

—Me está poniendo usted de los nervios —clamó Marín.

Brais Blach sonrió a Nora, como explicándole que esta vez sí estaba justificada la queja de su compañero.

—Cada uno juega sus cartas como quiere, amigo Marín —replicó la detective—. Acuérdese de la partida de póquer que hemos echado antes. Yo tuve doble as, pero le aseguro que la próxima ganará usted. Tenga paciencia.

—Nora, esta vez tengo que estar de acuerdo con Marín —confirmó el agente más joven—. Tiene que darnos algo para que podamos avanzar. Solo nos está relatando una historia y el tiempo apremia.

—¿Por qué apremia?

—Primero porque seguimos teniendo gente retenida sin salir de la isla. Todavía no nos ha dicho quién es el asesino y, además, si usted tiene esa foto, significa que alguien de isla de O Faro se la ha dado. Es decir, el Pailán sabía que alguien de los suyos estaba aquí y llevamos ya un tiempo en las Cíes. Es posible que empiece a sospechar que algo va mal.

—Es una teoría muy apropiada, pero no por ello va a conseguir que apure la historia. Además, lo que les tengo preparado es un auténtico bombazo.

—¿Me puede explicar por qué no para de vendernos cosas?

—¿Venderles? Yo no vendo nada. Yo digo las cosas como son.

Por primera vez, fue Santiago Marín el que intentó evitar una discusión para que Nora siguiese hablando.

—Por favor, vamos a avanzar. Ni Anxo Fernández ni Gonzalo Rodríguez mataron a la chica. Tampoco fueron Julia Álvarez ni Joel Blasco ni el dueño de Sonidone…

—Y el resto tenían coartada. O parecían tenerla —apuntó Blach.

—Eso es —confirmó Nora.

—Pero ya saben lo que decía el doctor House.

—¿El doctor House?

—Gregory House. La serie *House*… ¿No la han visto? —Ninguno respondió y, tras unos segundos, Nora se explicó—: Él decía que todo el mundo miente.

—¿Entonces alguien le estaba mintiendo?

—Todos mentimos.

—Usted también, claro. Ya mintió diciendo que era policía —dijo Marín, provocador y malicioso mientras lucía una sonrisa sarcástica.

—Y en más cosas también, Marín. Todo el mundo lo hace. Lo importante no es la mentira, es la gravedad de la misma y cómo afecta a la otra persona. Yo puedo decirle a mi madre que sus lentejas están buenísimas, aunque las odie. Su mujer puede decirle que ha tenido un orgasmo, aunque usted tenga un micropene… Esas mentiras hacen feliz a la gente, ¿no? Sin embargo, es muy distinto decir que no se ha matado a alguien cuando sí se ha hecho.

—Una lección de filosofía fantástica. Y ahora, antes de que la arreste por fingir ser un funcionario público y pasarme por el forro de los cojones ese apretón de manos que ha firmado con Blach, ¿puede decirme quién coño mató a Verné Dupont?

Una de las agentes que inspeccionaba el cadáver se acercó hasta Blach y lo asió por el hombro. Giró la cabeza dispuesto a escuchar el secreto y ocultándole a Nora la posibilidad de distinguir cómo se movían los labios.

Abrió mucho los ojos y volvió a mirar a la chica, como esperando una repetición que confirmase que le estaba diciendo la verdad.

—Marín, vete con López Barra. —Le temblaba la voz.

—¿Qué?, ¿por qué?

Brais Blach no emitió sonido alguno. Solo miró a su compañero con una intensidad casi sobrenatural. Sus pupilas se cruzaron tan fuerte que Nora incluso pudo ver una chispa paternal entre ambos. El agente más veterano se dio la vuelta hacia la forense, y ambos se encaminaron en dirección a los restos devorados y pútridos de Verné Dupont.

Nora siguió las huellas que dejaban los pasos en la arena. Cada vez más borrosos y distantes. A medio camino, Santiago Marín se detuvo en seco. Miró a la forense y se separó ligeramente de ella. Después se volvió hacia Nora. Brais Blach ni se inmutó.

—Debe ser cierto eso de que todo el mundo miente… —dijo con misterio.

—Claro que lo es, ¿por qué?

—¿Sabe qué le está diciendo la forense López Barra a Santiago Marín en este momento?

—La verdad es que no. Aunque imagino que será algo gordo teniendo en cuenta su reacción.

—Las reacciones son más difíciles de fingir, ¿no cree?

—Yo suelo fijarme mucho en ellas para saber si alguien miente…

Brais no contestó. Solo observó a la detective en un absoluto silencio durante diez segundos. Sus ojos se mantuvieron fijos en los de ella, analizándolos, estudiando si su pupila crecía o no, expectantes de cualquier mínimo tic que delatase una mentira, una

sorpresa, una emoción…

—Es un buen consejo. Apropiado para este momento, diría yo.

—¿Apropiado?

—Y tanto. El cadáver que están inspeccionando mis compañeros no es el de Verné Dupont.

SEGUNDA PARTE

23

Hartazgo

En la actualidad

¿Conocéis esa sensación de querer meteros bajo tierra para no salir jamás? Cuando tus padres te pillan besando a un chico, cuando tu hermano te pilla trasteando con tus juguetitos con forma, digamos, íntima, cuando pones a caldo a alguien y lo tienes detrás…

No sé cómo explicarlo con más certeza. Imaginad cuando le preguntáis a alguien por su pareja y os dice que han cortado. Multiplicad por mil esa sensación y todavía estaréis considerablemente lejos de cómo me sentía en ese momento.

¿Cómo que no era Verné Dupont?

¿Era eso posible?

Era el segundo golpe más impactante de mi vida. Allí estaba yo, codeándome con policías, haciéndome la dura, creyéndome la titiritera de una macabra función cuando simplemente era una burda marioneta. Y además rota. Me sentía un fraude.

Notaba que la garganta se me había llenado de finas y punzantes agujas. Las manos me sudaban y quería que se me tragase un hueco en la arena. Mis latidos resonando en los oídos eran un incesante recordatorio de la debacle. Un tornado me sacudió la mente y dio lugar a sorpresivas reflexiones que bien podría haber hecho antes.

Yo no sabía que esa mujer era Verné Dupont. No, claro que no lo sabía. Joel me había dicho que su acompañante había desaparecido y yo había dado por hecho que era Verné. La sucesión de interrogatorios simplemente me había mantenido en la línea de que la víctima era la joven francesa.

Había dado por hecho algo muy grave. Ni me atrevía a considerarlo un error de novata. Sí lo había sido no buscar pistas en el entorno, pero ¿no asegurarme de que la muerta era realmente quien yo pensaba por lo menos mirándole la cartera? Eso me dejaba a la altura del betún. Menuda cagada.

—¿Señorita Pardo?, ¿sigue conmigo?

Brais me llamaba por mi apellido. Volvía a marcar distancia. Sin duda, pensaba que ocultaba algo. Lógico, a tenor del nuevo descubrimiento. Yo también debía separarme ligeramente. Pensar. Aunque, visto lo visto, no me había servido para mucho.

—Sí, sigo con usted.

—¿Puede explicarnos por qué ese cadáver no es de Verné Dupont?

—No. No puedo. Pensé que era ella. Fue un… —tragué saliva y las agujas de la garganta volvieron a vibrar— un error.

—¿Es coña? ¿Un error? Nos ha hecho perder un tiempo muy valioso con el discursito de detective misteriosa e intrigante. Aquí está pasando algo muy raro y quiero saber qué coño es. Se lo voy a preguntar solo una vez. ¿Está implicada en todo esto?

—¿Yo? ¿Está loco?

Abrió mucho los ojos, perplejo. Sí. Pese a todo lo que tenía en mi contra, le había llamado «loco». La verdad es que eso de elegir el momento no es lo mío.

Blach se quedó callado. Apretó ligeramente los labios y se formaron diminutas arrugas en su entrecejo. Inspiró por la nariz y soltó el aire por la boca colocándola en forma de O. Se escuchó un silbido fino pero penetrante. Un sinónimo de «se me está hinchando cierta parte del cuerpo y eso no te conviene, Nora».

—Será mejor que nos cuente de una puta vez qué está pasando aquí. Aclárenos las cosas o nos la llevamos detenida a Vigo por tentativa de homicidio, lesiones, coacciones, amenazas graves, simular ser una funcionaria pública… No le doy más oportunidades ni más opciones. O habla aquí o lo hace desde el calabozo. Y su amiga correrá la misma suerte.

—¡EH! —salté como si acabase de mentar a mi mismísimo padre

—. ¿Qué coño tiene que ver mi amiga en todo esto?

—La ayudó pasándole información policial y, como ya sabrá, eso es constitutivo de delito: revelación de secretos, encubrimiento, no persecución de delitos…

Reconozco que tanto mi lista como la de Anita me estaban agobiando. Reaccioné con la única arma que tenía, que en ese momento me parecía poco más que un tirachinas.

—Eso no es justo. Sigo teniendo la foto.

—¿No ha pensado que podría llevármela directamente? Si he estado haciendo esto es porque he confiado en usted desde el primer momento. Lo que quería hacer Marín era que nos llevásemos la foto y se acabó. Soy yo el que ha estado frenándolo. Esperando por usted. Pero no esperaré más. Hable. Todo. Ya.

Cuánto habían cambiado las cosas desde que, desde lo alto de los acantilados, yo le hablaba así a Anxo.

—Hagamos un trato.

—No. Nada de tratos —respondió rotundo.

—Por favor, Blach. —Dibujé una bandera blanca de rendición en forma de una sonrisa resignada—. Se lo contaré todo, pero, si tiene que detener a alguien, que sea a mí. Deje a mi amiga fuera de todo esto.

—No le prometo nada.

Y empecé a hablar.

24

Resuelto

Unas horas antes

Lancé los disparos de alerta para indicar a la policía nuestra posición y desaparecí.

Lo hice por dos razones: la primera era que no quería que me viesen delante de Anxo Fernández y Gonzalo Rodríguez después de haberles dado semejante paliza. La segunda, y más importante, era que algo dentro de mí me decía que estaba cerca de resolver el caso. Podía oler la verdad. Tocarla. Cortar un pedazo.

Corrí de nuevo hacia el camping. Allí Eduardo Ruiz seguía sentado en el suelo y fingía recuperarse apoyado en su mujer y en Aurora Guerra mientras bebía un vaso de agua. Al verme, y con muchas dificultades, se incorporó dando por concluida la tenebrosa función.

Aurora me miró con el ceño fruncido. Todos lo hicieron, de hecho. Yo tenía las manos bañadas en sangre y unas ojeras que bien podría haberlas dibujado alguien que quisiese hacerme pasar por un muerto viviente. Mi cara era un rictus de agobio. Necesitaba tiempo. Desaparecer. Pensar.

¿Era la mejor idea? No, claro que no. Pero sabía que había algo que se me estaba escapando… ¿una mentira?, ¿algo que había visto, pero a lo que no le había dado suficiente importancia? Lo único que tenía claro era que había interrogado a todos y que muchos tenían motivos para querer matar a Verné. Al resto de esos muchos, directamente, no les importaba si moría, pero no querían o no se atrevían a ser verdugos.

Entré en mi tienda corriendo, guardé la pistola bajo el saco de dormir y cogí la mochila por un asa para echármela al hombro. Salí disparada de nuevo en el momento en el que varios agentes atravesaban el lago dos Nenos. Sé que alguien me dijo algo, pero ni sé quién ni qué. Yo caminaba como un caballo con anteojeras que no puede conocer la existencia de otro camino.

Lógicamente, escogí la dirección contraria a la policía y corrí hacia Nosa Señora ó Carracido. Aunque no podía acercarme a la playa mientras estuvieran los agentes, sabía dónde colocarme para observar todo desde la distancia y de forma privilegiada como un francotirador: a taberna do Chuco.

Si habéis estado en las Cíes, sabéis de qué hablo; y, si no, permitidme interrumpir esta historia para contaros un nuevo recuerdo de mi padre. Si diriges la mirada hacia Nosa Señora ó Carracido, a la izquierda y en la parte alta de la colina, hay una pequeña casa de piedra gris. Hace siglos fue una antigua cárcel destinada, especialmente, a contrabandistas. No dejaba de ser curioso que pasase de ser una prisión a convertirse en un edén de libertad para Germán «Chuco» Luaces.

Fue el último habitante de las Cíes y murió en 2018. Lo conocí cuando era más pequeña. En uno de nuestros viajes, mi padre, que de explorador tenía lo que había leído en los libros, se empeñó en conocer la isla en profundidad. Yo, si era con él, me apuntaba a un bombardeo, claro, así que echamos a caminar por la isla de O Faro dejando a mi madre y al Afortunado de Nombre Normal a merced de las hambrientas e irrespetuosas gaviotas que se chulean cerca de las rocas playeras.

Chuco nos encontró y nos preguntó qué hacíamos por su zona. Nos invitó a un café e incluso nos dio un par de huevos de una de sus gallinas. Le contó a mi padre que vivía en esa casa desde mediados de los noventa. Era el Robinson Crusoe de las Cíes. Cuando el cáncer lo alejó de la isla, en 2018, recuerdo ver su foto encima de un bote colocado en la barra de un bar de Vigo en el que había quedado con una amiga. El dueño me dijo que Chuco había muerto y que necesitaban dinero para pagar su incineración. No os

voy a mentir: vacié la cartera. Entera. Los treinta euros y varios céntimos que llevaba fueron para él.

No solo guardaba un buen recuerdo de Chuco, también de su casa… De su bandera pirata ondeando frente al océano como si toda la isla fuese su galeón. Esa Jolly Roger negra, vieja y desgastada… Era pura. Original. Si realmente existieron los piratas buenos, los de las películas de Hollywood que son truhanes de buen corazón, Chuco era el último de los suyos. El guardián del tesoro. Un tesoro que existe (a día de hoy aún lo pienso).

La bandera lo convertía en el descendiente de historias. Y bien sabía Berobreo, el dios gallego asociado a estas islas, que entre esas aguas ahora infestadas por hordas de turistas veraniegos se habían librado batallas épicas.

La más conocida, claro, fue la de Drake. Mi padre nos contaba esa historia con voz de pirata, poniendo caras y llamándonos «marineros». En ocasiones puntuales, cuando mi madre estaba por la labor, se unía como figurante del día en el que el fuego y la sangre devoraron el último bastión religioso de las islas.

Mayo de 1589. Los británicos ya habían fondeado en las Cíes otras veces, pero esa vez sir Francis Drake, corsario inglés, pretendía que su periplo invasor hacia Portugal tuviera un recorrido mucho mayor. Al abrigo de las Cíes, la flota británica esperó y, de paso, saqueó los conventos que había allí. Incluido el de San Esteban, el cual también habían quemado y cuyo esqueleto aún sigue en la isla como el recuerdo moribundo de la sed de conquista de uno de los corsarios más conocidos de la historia.

Imaginé la bandera ondeando, al cobijo de la noche y fundiéndose con una tenaz oscuridad solo rasgada por el fulgor ígneo de la cristiandad abrasada sin piedad por una banda de corsarios que únicamente rezaban al dios del oro.

Me hubiera encantado vivir en primera persona toda la historia de las islas. Yo también podía terminar de escribir una leyenda digna de ser recogida por algún historiador en sus libros: *Nora Pardo: la detective que resolvió el gran crimen de las Cíes*. No era mal título para una novela.

Ascendí hasta la taberna do Chuco. El edificio estaba en ruinas. Hacía tanto que no subía ahí… Por lo menos veinte años. Todo era diferente. La bandera ya no se agitaba, aunque el mástil permanecía ajeno a las inclemencias de los temporales como un fiel perro guardián. La casa era más gris de lo que recordaba y la luz única que la envolvía, una especie de brillo especial, se había esfumado.

La mochila se hizo más pesada y por primera vez fui consciente de lo que me dolían las piernas. Tenía la boca seca y mis huesos estaban fríos y empapados con esa humedad gallega tan odiosa que impregna lo más profundo de tu ser e impide que entres en calor.

Un gato de color negro con unos perversos ojos amarillos me observó con recelo, preguntándose por qué invadía la casa de Chuco. Estaba sucio y descuidado. Me gustaría deciros que interactué con él y que incluso me acerqué, pero viendo todo lo que había pasado… No estoy segura de que hacerle caso a un gato negro que se había cruzado en mi camino fuese la mejor opción. Se parecía a Church, el gato de la familia Creed en la novela *Cementerio de animales*, de Stephen King. Eso todavía me dio más mala espina.

Me metí en la casa, que estaba casi en ruinas. Lo hice para resguardarme de la lluvia, pero antes pedí perdón mentalmente a Chuco por entrar en sus dominios prometiéndole que sería rápida.

Me dejé caer sobre la pared, agotada, dolorida, harta y decepcionada (como veis, mi estado era absolutamente zen). Vacié la mochila sobre el suelo con desgana. El desgastado libro de Tom Clancy y la batería portátil cayeron con un sonido seco. También lo hizo el papel con los números de teléfono, los pósits rosas y el bolígrafo que me habían dado Alfonso Barreiro y Marta López. Quizá eso fuese lo único que me llevase de esa maldita isla.

Respiré profundamente (muy profundamente) y cerré los ojos. Durante casi un minuto permanecí así, en un silencio imposible por la cantidad de ideas que resonaban en mi cabeza sin parar. Una y otra vez. Hipótesis, culpables, mentiras, sospechas… Una fina y oxidada broca me perforaba la sien de un modo incesante e incómodo. Tenía mil dudas y una capacidad de concentración nula.

Esas eran mis posesiones en ese momento. Estaba completamente superada.

El repiqueteo de las gotas contra el tejado fue calmándolo todo. Me obligué a no abrir los ojos. Los sonidos se hicieron cada vez más nítidos. No os penséis que tuve superpoderes ni nada parecido, pero os invito a hacer la prueba cuando no podáis concentraros. Simplemente, cerrad los ojos y centraos en vuestra respiración. Si sois capaces de aguantar alrededor de uno o dos minutos manteniendo un único pensamiento en vuestra cabeza, lo más probable es que veáis todo con más claridad. No hablo de epifanías ni adivinaciones. Es simple concentración.

Tenemos tantos obstáculos externos, tantas cosas en las que pensar, que se nos olvida que una de las mejores fórmulas para encontrar la solución a los problemas es ir uno por uno. Yo solo tenía un problema, pero muchas preguntas… Así que primero tenía que resolver la que me traía de cabeza: ¿qué se me había escapado?

La lluvia no sonaba y mi cerebro funcionaba como un gran proyector, mostrándome qué había visto en cada tienda para hacer un pequeño y útil listado de objetos. Por cada objeto que mencionaba en mi trance, levantaba un dedo y me detenía en él.

Después comencé con cada interrogatorio. ¿Qué me había dicho cada uno?, ¿eran lógicas y comprobables todas las respuestas? Las coartadas de unos eran confirmadas por otros. Todos se habían visto. Julia Álvarez había estado con Joel; los Barrera, padre e hijo, habían sido vistos por Anxo y Gonzalo, y estos ya estaban fuera de combate…

Pero no era capaz de ver qué estaba mal. Imaginad un mueble de Ikea. Uno de esos grandes, con cientos de tornillos que has sacado de su diminuta bolsa plástica y has comprobado en las instrucciones. Y cuando ya tienes lista tu mesa, cama, silla, armario, zapatero, estantería… Cuando te has montado lo que c*arallo* sea, te quedas con un único tornillo en la mano y pensando en que lo lógico es desmontarlo todo otra vez y ver dónde está el fallo. Así estaba yo. Exactamente así. Y no veía dónde tenía que encajar el tornillito de los…

Abrí los ojos de nuevo y los clavé en el suelo. Resoplé y volví a cerrarlos pidiéndole a mi cabeza que se concentrase. ¿Qué se me estaba pasando? ¿Acaso todos mentían?, ¿o solo mentía uno? Y, en ese caso, ¿quién? Pero… me estaba creyendo las coartadas. ¿Y si los que me habían confesado sus intenciones realmente me estaban mintiendo para hacerme pensar que no tenían problema en confesar? Me estaba liando. Mucho. Volví a abrir los ojos y apreté los puños con furia. Levanté la mirada hacia el único ventanuco que había… y grité. Grité tan fuerte que me tapé la boca con tanta rapidez que hasta me hice daño.

Puto gato del terror. Ahí estaba, subido al alfeizar de la ventana, sin quitarme esas repulsivas esferas amarillas de encima. ¿Cuánto llevaba ahí? Estaba tan absorta en lo mío que ni lo había oído llegar.

Oído llegar.

Oído…

Oído.

Entonces lo supe. Saqué los pósits, frenética. Los revisé uno por uno y por fin la pieza encajó y culminé mi mueble. No me habían mentido. No en la coartada al menos, pero yo no lo había sabido ver. Mi madre siempre decía que había una diferencia abismal entre mentir y ocultar la verdad. «Ay, mamá, qué razón tenías…». Las hojas de mi libreta imaginaria retrocedían con la violencia provocada por mi revelación. Encontré lo que buscaba.

Ya sabía quién había matado a Verné Dupont.

25

Inspiración y expiación

Unas horas antes

Tenía al autor del crimen de Verné Dupont. ¿Cómo había podido ser tan parva? En mi estúpida cabeza incapaz de filtrar, me había repetido desde el inicio que todos se habían visto entre sí. ¿Todos? No. Os ha pasado lo mismo que a mí. Habéis creído lo mismo que mi cerebro.

¿Cuál era la única pareja cuya coartada no se basaba en que otras personas los hubiesen visto?

Aurora Guerra y Adrián Arenas.

¿Qué elemento vi la primera vez que entré en su tienda?

Un altavoz portátil.

¿Qué habían escuchado César López y Cristina Amil?

A Aurora y Adrián manteniendo relaciones.

Exacto. Los habían escuchado, pero nadie los había visto.

Era tan sencillo como dejar el altavoz encendido y conectar la grabación del teléfono en bucle. Igual que Adrián había hecho cuando entré a buscar a Aurora para hacer la farsa del infarto de Eduardo.

Solo tenían que dejar preparada una grabación donde se les escuchase dándole al tema, y que sonara una y otra vez. Tenían una coartada sólida: la seguridad de que todos pensasen que no habían salido de la tienda en toda la noche y la certeza casi total de que nadie iba a interrumpir algo así.

Ahora os estaréis preguntando qué motivo tenía Aurora Guerra para matar a Verné Dupont. Aquí entran en juego mi capacidad

deductiva y Eduardo Ruiz.

¿El anciano?

Sí, queridos míos. El anciano de ochenta y cuatro años que había sucumbido a los encantos de Verné Dupont… Y, cuando digo «encantos», quiero decir chantaje. Si había chantajeado a un anciano, ¿por qué no hacerlo con una excompañera de trabajo que tenía tanto que perder? Desde luego, Verné sabía cómo extorsionar y no le pesaba hacerlo.

Estoy segura de que Aurora mintió al decir que no había tenido un contacto más cercano con mi amiguita francesa.

Imaginad lo siguiente: Aurora se encuentra con Verné dos veces, tal como ella misma me dijo. Se reconocen la primera vez y vuelven a coincidir en la tienda donde Aurora compraba ropa. Verné la ve entrar acompañada de Adrián, uno de los rostros jóvenes más famosos de Vigo.

Nuestra amiga francesa sigue teniendo que saldar una deuda de cien mil euros, ni más ni menos que con el narco más peligroso de Galicia. Ella sabe que ha perdido mucho dinero… y también sabe dónde encontrarlo: Aurora es la llave de la cartera de Adrián, uno de los miembros de Arenas, S. A., la empresa de exportación de marisco por excelencia en Vigo. Nadan en dinero. Además de la multinacional, tienen locales, dos pazos, varios edificios de viviendas e incluso son accionistas del Celta de Vigo si no recuerdo mal.

Pues el heredero del imperio Arenas, el chico destinado a quedarse con todas las propiedades de la familia, el hijo que se codeaba incluso con miembros de la realeza, estaba con una exprostituta. ¿Lo sabía él? Según Aurora, no. ¿Lo sabía su familia? Ni mucho menos. Nadie entre los Arenas conocía el pasado de la excompañera de Verné. Imaginad las portadas si se hiciese público. Sería un escándalo mayúsculo. Eso mismo debió pensar Verné. Simplemente, localizó a Aurora y le puso dos opciones sobre la mesa: o pagas o lo cuento todo.

Ella, lógicamente, no puede disponer de esa cantidad, así que se lo cuenta a su prometido. No le queda otra. Adrián se entera del

pasado de su novia y se enfrenta al hecho de que su familia podría ver el escándalo en los medios si no paga cien mil euros. Una salvajada de dinero, pero nada comparado con el destrozo que puede suponer para Arenas, S. A., y para su futuro.

Así que a Adrián y Aurora solo les queda una alternativa: librarse de Verné. El riesgo de pagar a alguien que te extorsiona es que puede volver a hacerlo. En eso se basan muchas mafias o secuestradores. Adrián y Aurora trazan el plan del altavoz y asesinan a la francesa. Se ahorran cien mil euros y ni su posición ni su inminente boda se ven en peligro. Los dos ganan.

Es probable que esa fuese la razón por la que Adrián se decidió a ayudar a Aurora para acabar con Verné. Y sospecho que la propia Verné se lo puso fácil. Creo que pensó que esta isla sería un buen lugar para recibir el dinero. Lo que no sabía era que se lo dejó en bandeja a sus asesinos…

Pero había algo que no cuadraba. ¿No me había dicho Anita que Verné había anunciado en redes sociales su próximo destino?, ¿quizá por prevención? Ella sabía que la seguían, y puede que la fotografía que colgó fuese simplemente un aviso por si le pasaba algo…, pero ¿merecía la pena correr el riesgo?

Debía resolver esa pregunta, aunque estaba claro que ya había conseguido la más importante de las respuestas.

No lo sabía, pero volvía a estar equivocada.

26

La cara del demonio

Unas horas antes

Me coloqué la mochila al hombro para abandonar la casa de Chuco, no sin antes agradecerle la inspiración con una reverencia a la nada. Sonreí como si él me la devolviese y salí de la casa.

Mis zapatillas, marrones de tanto barro, se hundieron ligeramente en la tierra de su jardín. Al lado de su improvisado mástil pirata, dos sillas de plástico rojas con las letras blancas de CocaCola medio borradas acumulaban charcos en sus asientos. A su lado había una bolsa negra de basura y una funda pequeña que rezaba: kayak. Es acojonante lo guarra que es la gente.

El cielo seguía cubierto, pero la tormenta parecía tomarse un descanso. En el horizonte se veían surcos de cielo azul como los agujeros de un panal hecho de piedra. El frenesí de las gotas rompiendo contra el techo de la casa de Chuco se había apagado y en su lugar se percibía el bullicio de los agentes llegando apresuradamente a Nosa Señora ó Carracido.

Los veía desde mi posición en las alturas, y algunos ya estaban rodeando el cuerpo de Verné Dupont con curiosidad. Debía bajar.

Las pestañas de la mochila hicieron un clic plástico cuando las cerré sobre mi cintura. Me ajusté las correas ligeramente y me dispuse a enfrentarme a todo lo que me esperaba con muchísima seguridad.

La resolución del caso me daba ventaja sobre los policías. O eso creía yo.

Al salir de la casa de Chuco escuché dos voces entre los árboles,

pero su tono no sonaba a autoridad, sonaba a… ¿discusión de pareja?

—Eso es una cagada, Ces.

—Siempre estás igual. Tú sí que eres una cagada.

—¿Y si nos pillan?

—Si nos pillan, ¿qué? Ella es policía, simplemente se lo estamos dando a ella.

—Pues por eso. ¿Qué más da que se lo demos a alguno de sus compañeros?

—Te he dicho que no, coño. Se lo voy a dar a ella. Yo lo he encontrado y yo decido.

—¡A mí no me hables así, imbécil!

—¡Cállate ya, Cristina!

Aunque hablasen de mí, me entrometí. Sentí que era mi obligación. Salí de detrás de un árbol con cautela y me coloqué en el centro del camino. Fingí estar despistada y miré a ambos lados como si bajase, silbando y feliz, hacia Nosa Señora ó Carracido.

—¡Inspectora! —gritó una voz masculina a unos metros de mí.

—César, Cristina, ¿qué hacen aquí? Están mis compañeros en el campamento. —Comprenderéis que ahora no podía desvelar el engaño. A ver qué me daban el novio calzonazos y la chica que iba de influencer.

—He encontrado esto —dijo él con cierta timidez—. Y me ha parecido algo raro. Por eso he venido a buscarla.

Me tendió la fotografía de un hombre. Estaba hecha de lado y no era muy cercana, aunque se distinguían los rasgos con total nitidez. Tenía las cejas muy pobladas y unos ojos extrañamente pequeños. Un bigote muy ancho parecía querer tapar una boca de labios finos. Una cicatriz en forma de raya le atravesaba en diagonal el final de la ceja izquierda. La nariz era ancha, y tenía una sonrisa torcida, como de desafío.

—¿Quién es? —pregunté.

—Supuse que lo sabría usted, la verdad… —replicó César López.

—¿Dónde la habéis encontrado? —dije siendo perfectamente consciente de que no estaba respondiendo a su afirmación.

—Cuando bajábamos de Pedra da Campa, nos metimos por una zona del bosque para intentar fotografiarnos y la encontramos entre los arbustos.

—Será de algún turista, aunque no es una fotografía común, la verdad…

—No, desde luego que no. Parece la típica imagen de una película de polis, como las que cuelgan en las pizarras de las comisarías con las caras de los sospechosos.

Me eché a reír. Desde luego lo parecía. César me imitó y su chica se quedó al margen. Después ella habló y me cortó la risa.

—Detrás hay algo escrito, inspectora. Parece importante…

Le di la vuelta a la imagen y en letras de trazo fino y negro leí para mis adentros: «Pailán».

Palidecí. No era posible. ¿Era el Pailán?, ¿el mismo Pailán que quería ver muerta a Verné?, ¿el jefe de Anxo y Gonzalo?, ¿ese Pailán? Hasta donde yo sabía, nadie había conseguido nunca una imagen de Carlos Romero. Su identidad era un completo enigma, y yo lo tenía delante. ¿Por qué?

—No sabéis qué quiere decir este nombre, ¿verdad? —pregunté intentando aparentar calma.

—Ni idea —respondió Cristina—. Imagino que un apodo, claro, pero ni idea…

—Mejor. No digáis nada de esto. Creo que podría ser clave en la investigación. —Les guiñé un ojo. Ambos sonrieron felices—. Ahora, por favor, bajad al campamento. Yo me quedo aquí antes de acudir con mis compañeros a la playa.

Volví a agradecerles la fotografía y me despedí, no sin antes formularles una última pregunta.

—¿Recordáis los gritos de Aurora y Adrián?

—¿Quiénes son Aurora y Adrián?

—La pareja que estaba en una tienda cercana a la vuestra.

—¡Ah, los escandalosos! Claro, como para no hacerlo… Vaya guarros —bufó él. Ella le dio un codazo.

—Sé más discreto, Ces.

—Pero ¿qué «discreto»? Discretos que sean ellos. Manda c*arallo*.

Nos dan la noche y encima me tengo que callar. —Me miró buscando un apoyo, y esta vez se lo di. Necesitaba abrir esa puerta.

—Y, pese al escándalo, ¿recuerdan algo raro? —insistí.

—¿Raro? —preguntó Cristina arrugando el entrecejo.

—Sí, un sonido que se repetía demasiado o algo así…

—A mí me extrañó el final —dijo él.

—¿El final?

—Estuvieron mucho rato —miró a su pareja— follando. Y, cuando digo mucho, es mucho. No sé calcularlo, pero no un típico polvo rápido de dos minutos. —Cristina le dio un golpe en el brazo, pero él ni se inmutó—. Y no se oyó que terminaran.

—¿Qué quiere decir con que «no se oyó que terminaran»?

—Simplemente se acabó. En un momento concreto, se terminaron los jadeos y nada más. Supuse que habrían discutido, pero tampoco los oí hacerlo.

Las gaviotas chillaron, alborotadas y nerviosas. Taparon por segundos un griterío policial que cada vez subía más el tono. César López me miraba esperando una respuesta. Su novia ya tiraba de él porque quería regresar al campamento con los agentes, los verdaderos agentes. No se fiaba de mí y no le faltaba razón; les había mentido vilmente con tal de ser yo quien resolviese el caso. Aunque, bajo mi punto de vista, ese fin (mi fin) sí justificaba los medios.

Tenía a los asesinos, tenía su coartada, tenía su móvil y solo necesitaba un salvoconducto de todas las ilegalidades que había cometido. Me miré la mano donde aún sostenía la fotografía del Pailán. Eso también lo tenía.

27

Cuentas

En la actualidad

Los pies se me hundían en la arena. No me gustaba. Me había dado la impresión de que conseguía recuperarme de la odiosa sensación de que la tierra se me tragara, y ahora eso… La inestabilidad, la caída, el tambaleo… Era de todo menos agradable.

Marín estaba hablando a lo lejos con la forense que, agachada, señalaba con un bolígrafo algunas partes del cuerpo de Vern… De quien fuese el cadáver. Me inundó un extraño olor entre ácido y amargo, como si los efluvios del océano se fusionaran con la podredumbre del cuerpo muerto. A lo lejos, en el horizonte, vi un barco. Me dio envidia, aunque no pude evitar sentirme identificada. Yo también estaba sola en mitad de un mar. La única diferencia era que esa embarcación seguía un rumbo y yo no tenía ni la más remota idea de hacia dónde me conducía el mío.

—Señorita Pardo, hay una cosa que llevo pensando desde que confesó todo… ¿Cómo sabía que era el Pailán?

—¿El de la foto?

—Claro.

—No lo sabía.

—¿Cómo que no lo sabía?

—Yo le he entregado una foto que pone Pailán. No es que yo sea una lumbrera, pero intuyo que, si pone «Pailán», se referirá a él, ¿no?

Blach suspiró.

—Vamos, que nos ha entregado una fotografía que incluso podría

ser de un actor de cine y no tenemos forma humana de averiguarlo.

—Claro que la tienen. Se llaman Gonzalo y Anxo, y por eso creo que es el Pailán. Ellos son los que trapicheaban con droga, ellos seguían a Verné Dupont, ellos eran los encargados de recuperar lo que había dentro de la mochila…

—¿Se refiere a los dos chicos que están acaparando toda la atención del equipo médico?, ¿esos a los que ha estado a punto de matar?

—No es para tan… —Me callé. Era una de las pocas veces en mi vida en las que comprendí que seguir hablando podría provocarme un problema y de los muy serios.

Brais Blach se giró hacia sus compañeros. Me sorprendió la confianza que tenía en que yo no iba a echar a correr. ¿Qué me lo impedía? La mayoría de los agentes estaban congregados alrededor del cadáver. Solo tenía que sorprenderles para lograr camuflarme durante un rato en la isla. No quería huir, quería pensar. Pensar en algo que me sacase de la innumerable cantidad de problemas que tenía ahora mismo.

Obviamente, no hice nada.

—Entonces ¿quién cree que fue el asesino?

Le expliqué a Brais Blach mis conclusiones sobre Aurora Guerra y Adrián Arenas. Le conté lo del altavoz, lo del móvil, lo que había averiguado de Javier Barrera, lo de Julia Álvarez… Le conté todo, y aun así Blach solo insistía en una pregunta para la que no tenía respuesta y que me llevaba haciendo desde hacía muchísimo: ¿dónde estaba Verné? Porque, si algo tenía claro, era que había llegado a la isla.

Detallé mis teorías sobre nuestra resucitada amiga francesa. Presté toda mi atención a los gestos de su cara. A esa comunicación no verbal tan importante. Igual que yo tenía mis pósits, el policía parecía tener su libreta mental y subrayó en su cabeza cinco nombres: Anxo, Gonzalo, Aurora, Adrián… y Joel.

De hecho, pareció sufrir un cortocircuito cuando hablé de Joel. Me acordé de esa conversación que tuve con él en el faro, de cómo había pensado que estaba enamorado de Verné… ¿Qué haría al

saber que ese cuerpo no era el de su amada?, ¿sabría dónde estaba?, ¿tenía algo que ver con su desaparición?

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté en un alarde de confianza. Sí, me la había jugado.

—¿Hacemos?

—Le he dado el nombre de la asesina, le he dado la foto del Pailán, le he contado cómo la encontré… Supongo que podré ayudarlos. Ninguno de ustedes conoce tan bien como yo a todos los del camping. —Por mucho que le molestase, Blach sabía que en eso tenía razón.

—¿Entonces se supone que debo creerla?

—¿Por qué no? Ya me ha pillado. Ya le he contado todo. Ahora solo quiero saber qué ha pasado.

No tuvo tiempo de responder; el agente Marín se acercó hasta nosotros con gesto serio.

—¿Tienes algo?

—Muy mala hostia por haber estado perdiendo el tiempo —me fulminó.

—Y además de eso…

—¿No será mejor que lo hablemos en privado?

—Marín, recuerdas la vez esa que pasó lo del tipo de Saiáns que, digamos, se hizo sorpresivamente con una pistola.

El policía mayor se quedó pálido. Me sorprendió lo rápido que le había cambiado el tono de piel. Era como si hubiesen chupado todo el color de sus mofletes dejándolo como el negativo de una fotografía antigua.

Brais Blach continuó hablando tras tomarse un par de segundos.

—Entonces, Marín, vamos a confiar en la señorita Pardo.

«¿Era broma?».

—¿Estás de coña?

La seriedad de la mirada del policía joven fue respuesta suficiente. No era broma. Estaba diciéndolo porque de verdad pensaba que podía ayudarlos. Aunque suponía que las condiciones no iban a tardar en llegar… Y así fue.

—Pero hay condiciones, señorita Pardo.

—Soy suya desde el primer hola, inspector Blach. —Pestañeé como la damisela en apuros de una película infantil de dibujos.

El policía joven tuvo que contener la risa. Veía que las cosas iban volviendo a su cauce y eso me tranquilizaba. Si fuera por Marín, obviamente, ya estaría en un barco de vuelta, escoltada por dos de sus compañeros y seguramente fuese recibida en tierra al grito de «bruja» mientras me tiraban verduras o me escupían. Digno del medievo o de *Juego de tronos*.

—Blach, esto es mala idea…

—¿Por qué? No creo que haya nadie que conozca mejor a toda esta gente. Para nosotros sería como volver a empezar. Y te digo yo que esa francesa está por la isla. No sé si con buenas o malas intenciones, pero está aquí…

—¿Cómo que con buenas o malas intenciones? —inquirí, sorprendida.

—Piense un poco —atacó Marín—. Tan válida es la opción de que desapareciese por miedo como que desapareciese para ganar tiempo.

—No le sigo.

—Nora, quizá Verné no desapareció por temor a su asesino, tal vez ella misma se ocultó para que la diesen por muerta. Suponga por un momento que ella deja un cadáver en la playa, alguien llama a la policía, vienen aquí, los desalojan, se los llevan a Vigo y se queda sola en la isla. Si eso fuese así, solo tendría que esperar a que nos fuésemos para estar tranquila y largarse.

—Pero, entonces, habrá un transporte, ¿no?

—Claro, pero no sabemos si lo tiene ya o si aparecerá. Mis hombres ya están rodeando la isla para ver si encuentran algo. Aunque me preocupa más qué motiva el que se quedase aquí.

—¿Y sobre el cadáver?

—A eso iba —intervino Marín—. Ven conmi… —Se arrepintió incluso antes de decir lo que iba a decir—. Vengan conmigo. Pero, Blach, si ocurre algo, yo me desentiendo. No cargaré con el peso de esta tipa.

—Me pitan los oídos, Marín —dije, sarcástica.

—No. No le pitan. Si no le han pitado ya con todo lo que he dicho de usted, no van a pitarle ahora. Cállese, mire, atienda y no dé tanto por culo. Por favor. —Le faltó arrodillarse para implorar mi silencio. Brais sonrió.

Era guapo cuando sonreía.

«Nora, concéntrate».

La forense, López Barra, lucía una coleta castaña recogida en lo alto de la cabeza. Llevaba unas gafas grandes y modernas. Tenía cara de bruja, pero era atractiva. Sonrió a Brais. No me gustó. En mi cabeza se arrastró un «¿qué haces?», pero fue tan efímero que ni le presté importancia.

Con el látex de los guantes actuando como un fino velo de las uñas pintadas de rosa, la forense sacó un bolígrafo del bolsillo de la bata blanca y señaló la parte inguinal del cuerpo que teníamos delante. Las gaviotas seguían revoloteando cerca del cadáver, aunque parecían menos agresivas ante la presencia de tantos humanos.

—¿Ven esto de aquí? —Había una marca cerca de la ingle.

—¿Es un tatuaje? —pregunté. La forense, como si yo fuera una más del caso, me lanzó un gesto de aprobación.

—Ha sido la pista necesaria para saber quién era esta persona: se llama Estefanía Ramírez y es…

—La contable… —murmuró Brais.

—¿La contable? —repetí.

Santiago Marín soltó un bufido y miró a su compañero, satisfecho. Después le regaló una mirada cómplice a la forense.

—Te dije que iba a flipar.

—A ver, a ver —medié—, que me estoy perdiendo. En primer lugar, ¿cómo saben quién es esta tía?

Fue Brais Blach, ya fuera de un asombro todavía incomprensible para mí, el que me aclaró las cosas.

—Hace dos semanas denunciaron la desaparición de una mujer. Una mujer normal y corriente. Nada raro. Sin amantes, sin adicciones… Nada. Vivía con su marido en una casa de dos habitaciones en el barrio del Calvario. Ni cosas ostentosas ni nada

que llamase la atención. Nada. No teníamos ni idea de quién era. Su marido dijo que un día volvió al piso y ya no estaba. Empezamos a tirar del hilo, a revisar sus cuentas, sus papeles… El marido nos lo puso muy fácil. De hecho, tanto que hasta sospechamos de él en un momento determinado. La cuestión es que —dijo agitando el brazo para restarle importancia al comentario anterior—, una semana después, el marido está en casa y un móvil comienza a sonar.

—¿Un móvil?

—El de la desaparecida… Solo que el marido no sabía que existía. En un fondo falso de un cajón de su escritorio, la mujer guardaba un móvil y algo más. Algo que no sabemos qué es, pero que ha desaparecido. Al empezar a indagar es cuando hemos descubierto su verdadera identidad. Lo que se esconde detrás de una mujer sin hijos y con la vida aburrida de un ama de casa en un barrio humilde como el Calvario.

—Señorita Pardo —atajó Marín—, le presento a la contable del Pailán.

28

Camuflaje

En la actualidad

No era posible.

No era posible.

No era posible.

Encontraba un cadáver en una isla. Un cadáver de una mujer a la que casi todos los presentes querían matar. Mientras intentaba resolver el crimen, me daban una fotografía del narcotraficante más buscado de toda Galicia… Y, cuando los forenses examinaban el cuerpo, descubrían que no era mi muerta, sino la contable de dicho narcotraficante.

Si no había una relación, me metía a monja.

—Pero vamos a ver. Vamos a ver. Vamos a ver —repetí nerviosa. Muy nerviosa, de hecho. Tenía la sensación de no saber qué hacer con las manos.

Sudaba y sudaba… y eso que no tenía calor. Quizá fuese del esfuerzo de mi cabeza intentando buscarle una explicación lógica a todo.

—¿Y cómo puede ser que esta señora…? Quiero decir, ¿tan joven es… era la contable del Pailán?

—No. Para nada. Casi cincuenta años, aunque estaba en buena forma.

—Coño, ya, pero eso se nota, que hay más colgajos que antes.

—Muy gráfica. —Sonrió Marín.

—Perdón. Es que estoy un poquito tensa. Pero esto… se tiene que notar, ¿no? —pregunté a la forense. Me miraba con la misma cara

que un profesor de autoescuela mira a un pobre alumno que sale a la ciudad por primera vez.

—Obvio que se nota. Lo primero que es evidente es el tatuaje. Es el mismo que nos describió el marido de Estefanía Ramírez. Lo segundo son los rasgos. Aunque debo apuntar que a esta mujer le han colocado lentillas azules y también le han teñido el pelo. Ya hace algunos días, pero fíjese. —Apuntó con el boli al inicio del cuero cabelludo—. ¿Ve las marcas amarillentas? —Asentí—. Por el estado del cuerpo, yo diría que ha estado resguardado. La han mantenido en las mejores condiciones posibles antes de traerla aquí.

—¿Cómo sabe que la han traído hasta aquí?, ¿no han podido matarla en la isla?

—No. La puñalada se hizo con un cuchillo largo, seguramente de cocina y sin sierra. Hace casi dos semanas. Eso por no hablar de las livideces.

—¿Livideces?

—Manchas de sangre que se posan por gravedad según la posición del cadáver. Es lo primero que se ve cuando se mueve de un sitio a otro.

—¿Y en la casa de la mujer no se encontró nada?

—Una huella parcial de un dedo, pero aún no sabemos a quién pertenece.

—Oiga, espere un momento… Si no la estoy entendiendo mal, ¿está insinuando que a esta mujer la han intentado hacer pasar por Verné Dupont?

29

Oler el rastro

En la actualidad

La forense asintió. También lo hizo Marín. Y Blach. Yo solo me hundí. La arena se me tragó, y me encantaría decir que fue literal. Había acusado a Aurora Guerra y a su chico delante de un policía. La había convertido en una asesina mediante una teoría no descabellada, pero sí completamente falsa. Entonces ¿me había dicho la verdad? ¿Qué tenía que ver todo esto con Verné Dupont? Y lo más importante: ¿dónde coño estaba esa chica?

La forense se separó de nosotros tras dedicarnos una afable sonrisa y se marchó con otros agentes a los que dio un par de órdenes. Marín y Blach me empujaron con sutilidad a unos cuatro o cinco metros del cadáver, donde los tres pudiésemos hablar a solas.

—Marín —comenzó Blach—, sé que esta mujer no es santa de tu devoción —me señaló—, pero creo que aquí tendríamos que seguirle la corriente.

—¿Perdona? —Los ojos del veterano agente no cabían en sus cuencas.

—Escúchame, Verné Dupont está en la isla. No me jodas, Santi. ¿De verdad piensas que todo esto no está relacionado?

—Ya sé que está relacionado…

—¿Entonces?

—No veo por qué tenemos que fiarnos de esta tía. Nos ha engañado, casi mata a dos hombres, nos ha mentido con lo de la foto, se ha hecho pasar por poli… Hostia, Brais —se quejó con desesperación.

—No la defiendo, Santi. —Arqueé las cejas, como diciendo: «Por allí se marchan tus ilusiones, Nora. Diles adiós»—. Es que creo que puede ser útil. Sabe muchos quién, cómo y por qué.

Santiago Marín se quedó callado, pensativo, como aquel que reflexiona sobre una encrucijada grave y delicada. No podía culparlo por ello. Fiarse de mí no le había dado más que disgustos.

—¿Qué propones?

—Haz un par de patrullas. No muchas. No conviene que levantemos muchas sospechas. Que parezca que estáis buscando cosas. Dad un par de vueltas por allí y por allá, a ver si veis algún sitio donde pueda resguardarse esa mujer. Señorita Pardo, aquí hay casas, ¿no?

—Chalets de guardias, faros y algunas edificaciones antiguas.

—¿Las conoces bien?

—Más o menos sí.

—Santi, saca el móvil y busca un mapa de las Cíes. Guarda la foto y que Nora —«Uy, he dejado de ser la señorita Pardo»; sonreí como una adolescente boba— te marque dónde podría esconderse. Solo las edificaciones, y en las que no hayas estado, Nora. Olvida la cárcel y nada de furnas. Es peligroso explorar eso con el mar así.

—¿Furnas? —repitió Marín con extrañeza.

—Cuevas marinas —respondí—. Son accesibles si la marea está baja, pero si está alta o el mar está picado son peligrosas. No creo que se haya escondido allí. Y, si lo ha hecho, habrá salido.

—¿Y vosotros?

—Primero volveremos a hablar con un par de personas más. Tengo ciertas dudas sobre un par de cosas que me ha contado la detective. Después exploraremos la isla Norte.

—¿Descartamos la isla Sur? —pregunté.

—Sería raro que hubiese ido hasta allí. El canal Freu do Porta que conecta ambas islas tiene quinientos metros, y con esta tormenta… Si lo hubiese intentado, creo que estaría muerta, la verdad. No lo descartemos, pero me extrañaría como una primera opción. Igual que los islotes. Es prácticamente inviable que esté allí. No nos compliquemos y vayamos primero a lo fácil.

Freu do Porta, furnas, la antigua cárcel… Brais Blach estaba resultando una verdadera sorpresa en cuanto a conocimientos isleños.

Me acerqué hasta Santiago Marín, que había dejado de ladrar ante las dificultades para hacer una simple captura de pantalla. Le cogí el teléfono y la hice yo misma. Él refunfuñó. El cielo se estaba abriendo, y la pantalla me devolvía mi propio reflejo. Abrí el editor de fotos de su móvil y señalé el faro da Porta, el faro de Cíes, el observatorio de aves que estaba cerca de la Pedra da Campa y, por supuesto, el bar restaurante Serafín y el restaurante camping islas Cíes, ambos cercanos a las tiendas. Además, hice cruces en la casa de Chuco (donde imaginé que no estaba, porque yo ya había pasado por allí) y en un par de edificaciones cercanas derruidas: el antiguo cuartel de Carabineros y el cementerio.

—En estas últimas —le dije a Marín—, no creo que esté, pero eche un vistazo. Son ruinas de antiguos edificios. Están a la intemperie, pero no pierde nada por mirar.

—Pierdo lo mismo que llevo perdiendo desde que usted nos empezó a marear.

—¿Las ganas de trabajar? —Fui afilada y dura. Marín contrajo el gesto y los puños. Noté cómo le rechinaban los dientes detrás de una mandíbula tensa y firme. Vetas de furia cruzaron sus ojos pardos y hundidos.

No me dijo nada. Simplemente se dio la vuelta, no sin antes pedirle a Brais que estuviese atento a su llamada. Después cogió a dos agentes (y digo «cogió» literalmente, porque los agarró del brazo con tanta fuerza que no hubiesen podido resistirse aunque quisieran) y ascendió por la rampa de madera sin mirarnos cuando pasó a nuestro lado.

El agente Blach y yo nos quedamos juntos. Se hizo un breve silencio que duró unos segundos, tan rápido como intenso. Nos miramos, y él lo rompió. Yo hubiera seguido refugiada en dicho silencio mucho más tiempo.

—Conoces muy bien las islas…

—Mi padre era lo que podría llamarse un friki. Tenía muchos

libros y nos contaba historias. Otras las he aprendido leyendo yo misma.

No me preguntó más, pero sí sonrió. Vaya si sonrió… Con una dentadura perfecta y atrayente. Los hoyuelos se le marcaban al final del bigote.

«¿Por qué me estoy fijando en estas cosas?».

—¿Vamos? —preguntó Blach librándome del hechizo.

—¿Por dónde quieres empezar?

—Empecemos hablando con los que tengo en mente. Después nos tocará ir a la isla Norte. Nunca la había visitado con guía. —El tono áspero que había tomado conmigo hacía un rato había quedado completamente enterrado. En ese momento me cruzó por la cabeza un rayo terrible. ¿Qué pasaría después de que todo terminase? Me había saltado infinidad de leyes… ¿Declararía él que había sido así?, ¿me protegería? Tomé algo de distancia. El policía lo notó.

—¿Todo bien?

—Sí, claro. Todo bien. Mientras vamos al camping, ¿por qué no me hablas un poco de ti? Supongo que habrá una persona detrás del policía.

—¿Queda muy manida la frase de que se es policía las veinticuatro horas del día?

—Mucho. Y no estamos en una novela policiaca, hombre.

Lanzó una carcajada y prosiguió. Ya no hacía tanto frío. Había más cielo abierto que nubes oscuras, y el ajetreo de los agentes debajo, en la playa, estaba desapareciendo igual que la tormenta. Los árboles parecían más altivos, como si se hubiesen sacudido la vergüenza de haber caído bajo el manto de la lluvia. La tierra estaba embarrada, y en las rodadas por las que Brais y yo nos movíamos se distinguían huellas de otros agentes, como las pistas de un malhechor que no ha sabido guardar su rastro.

—Desde muy pequeño quería ser policía. No tengo una historia rara ni nada por el estilo. Soy de Pontevedra, aunque mis abuelos y mis padres crecieron en Combarro.

—Me encanta ese sitio.

—Normal. Es precioso. Yo allí me siento diferente, en casa… —

Pareció envolverlo un recuerdo nítido y dulce. Casi diría que lo saboreó—. Mi madre es profesora en un colegio de Vigo y mi padre también es policía. Bueno, eran. Ambos están ya jubilados. Tengo dos hermanas y un hermano. Yo soy el tercero. La mayor también es profesora, el que me precede es cocinero y la pequeña es militar. También tengo dos perros, King y Queen. Vivo con ellos en la rúa Venezuela, en Vigo. Compré un piso tras ahorrar bastante; estaba harto del alquiler…

—¿King y Queen? —dije omitiendo por completo el comentario de su casa.

—Parece una coña, lo sé, pero te prometo que fue casualidad. A King me lo quedé cuando tenía dos años. A mi hermana la militar la destinaron a Zaragoza y no podía llevárselo. Y Queen es mi perra desde hace ocho años.

—¿Queen por el grupo?

—*It's strangeeeeee but it's trueeeeee* —cantó con el mismo tono que la canción *I Want to Break Free* de la icónica banda británica.

Ambos reímos. Fue extraño, como un punto de luz en las tinieblas, como uno de esos rayos de sol cuando la tormenta arreciaba…, como el sentarse en casa con una cerveza después de un día terrible, como el sol en invierno. En ese momento fui consciente del peso que llevaba en los hombros. Todo me explotó en las narices: el cadáver, el intento de llevar una investigación tan complicada como si fuese policía, el fracaso de haber obviado cosas que tenía delante de la cara, el que todo ocurriese en las Cíes donde el recuerdo de mi padre parecía germinar como un gorgojo en la cuidada plantación que era mi tranquilidad diaria… Eso por no hablar de que había dejado a dos hombres en un estado de salud lamentable, pero… ¿y si Gonzalo no hubiese disparado al aire? Me había salvado de milagro. Pensé en Anita, en mi hermano… Y en mi madre. Eso me mató.

Rompí a llorar sin consuelo, con una mezcla entre la ansiedad y un agobio que no era capaz de controlar. Brais, errático y asustado, me cogió de los hombros y trató de hacerme andar, pero yo no

quería. Tenía la sensación de que, si despegaba un pie del suelo, me caería redonda. No sé muy bien por qué lo hizo, pero me abrazó. No fue un abrazo de cariño ni mucho menos de amor, fue un abrazo de consuelo. Un consuelo que necesitaba. En este instante me sentí protegida, como cuando me caía de pequeña y mi madre me curaba una herida. Sentí paz y fortaleza. Lloré hasta desahogarme, sin preocuparme de que me estaba abrazando alguien a quien conocía desde hacía un par de horas.

Cada lágrima era una preocupación que estallaba sin piedad contra el suelo y me liberaba. Noté que se aliviaban las cargas de mi pesada mochila. Volví a flotar como un globo aerostático que va soltando sacos de arena para mantenerse en el aire. Cuando me separé de Brais era una persona nueva.

—¿Estás bien? —No se había atrevido a preguntarme en pleno drama.

—Perfectamente. —Me pasé la manga por la nariz. Ni era algo digno de una damisela ni era educado, pero en ese momento no me importó nada.

—¿Seguro?

—Se me han juntado cosas. Nada más.

—Sabía que cantaba mal, pero nunca pensé que era para tanto —dijo, divertido.

Yo le sonreí. Algo forzada, sí, pero sonreí, al fin y al cabo.

—Este trabajo no es fácil, Nora. Y eso que tú solo has estado en la piel de un policía un par de horas.

«¿En serio crees que esto es por no resolver este puto caso?».

—No te pongas en ese plan conmigo.

—¿Plan? —Vaya cambio a la defensiva.

—En plan superpoli. No te pega. Créeme que mi trabajo tampoco es fácil. Tú tienes todos los meses una nómina, alta o pequeña, pero la tienes. De hecho, me acabas de decir que tienes un piso en la rúa Venezuela. Yo tengo que buscarme la vida para el alquiler. A veces mi amiga Anita me invita a comer y otras arraso con varios táperes a mi madre para poder cenar a partir del día 20. Y no es que abunden los casos para las detectives, precisamente.

—No pretendo atacarte ni discutir contigo, Nora. —Trató de calmar los ánimos—. Nuestros trabajos son distintos. —Hizo una pausa. Pensé que era un cierre, pero solo fue un ligero descanso antes de darme un tortazo de campeonato—. No olvides quién manda aquí. No me obligues a recordarte todas las cagadas que has tenido en tu «investigación». —Marcó las comillas con los dedos. Yo me quedé helada. ¿A qué venía ese ataque? ¿Orgullo herido? No contesté y reanudé la marcha, ofendida.

Brais Blach me siguió.

Los dos íbamos en completo silencio. Nos acompañaba el sonido de alguna hoja en movimiento, quizá sacudiéndose como animales que se quitan, incómodos, el agua del pelaje. Llegamos al camping, donde varios agentes vigilaban que nadie tuviese a bien salir de la zona hasta que llegásemos.

Se respiraba calma irreal, camuflada en un silencio tétrico y tenso. Los campistas, mis campistas, sabían que pasaba algo y que era malo. Era un incómodo y molesto ruidito en sus motores cerebrales. Ninguno distinguía con claridad qué ocurría, pero el presentimiento de algo desagradable los alertaba del peligro.

No era para menos. Acababan de vivir el infarto (o amago de infarto) de un compañero. Además faltaban Anxo y Gonzalo. La policía había llegado de golpe y se los había llevado. Solo esperé que el pequeño Ignacio Álvarez no los hubiese visto… Por otro lado, estaba segura de que muchos de ellos habrían acudido a lo alto de la colina cuando escucharon los disparos. El morbo era adictivo para el ser humano.

Debo reconocer que esa calma extraña y falsa de la que hablaba me ponía la piel de gallina. ¿Dónde estaba esa red de mentiras, a cada cual más elaborada, que habían tejido entre todos? ¿Se habían diluido las ansias guerreras de matar a Verné?, ¿o era el temor a que alguno de esos agentes no fuese tan suave como yo?

—¿Por quién quieres empezar? —pregunté colocando los brazos en jarra a la altura de la cintura.

Estábamos en mitad del camping. Todas las tiendas estaban con las cremalleras subidas y no había nadie fuera. Muchas sombras,

fantasmagóricas y negras, se adivinaban a través de las lonas.

—Quiero hablar con el novio actual. ¿Joel?

—Joel —confirmé—. Es esa tienda de allí. —La señalé y nos encaminamos hacia ella.

Dentro, el que era el actual novio de Verné Dupont estaba, de nuevo, con la novela *MEG*. No le quedaban muchas páginas para terminarla. La apartó y nos escudriñó con desconfianza. Seguía con su pantalón corto y su cortavientos, pero esta vez iba descalzo. Olía a marihuana, pero ninguno dijimos nada. No sabía qué quería descubrir Brais, pero tampoco quería preguntarle. Yo seguía pensando que Joel no tenía nada que ver. ¿Me equivocaba?

—¿Qué quieren? —dijo tras mirar primero a Brais, después a mí y de nuevo a Brais.

—Soy el agente Blach. A Nora ya la conoce. —Ni había mencionado que no era policía, aunque quizá Joel ya lo sabía—. Necesito hacerle unas preguntas sobre Verné.

—¿Más preguntas? —resopló—. Ya he contestado a todo lo que me ha preguntado su compañera.

—¿Le supone algún problema? —atajó Brais, directo—. Si quiere, las hacemos en comisaría. Seguro que está mucho más cómodo.

Joel Blasco se incorporó con pesadez y desgana. Se pasó la mano por la frente, luego por las sienes y finalmente se apretó ligeramente los ojos. Un par de mechones rizados pendían sobre la cara, como péndulos esperando a que le diesen cuerda al reloj. Cuando levantó la cabeza, los acompañó con las manos en un recorrido hacia la coronilla. Después suspiró profundamente, asumiendo que no tenía más opción que responder. Salió de la tienda y se plantó ante nosotros.

—¿Qué quiere saber?

—Cuénteme la última noche que vio a Verné.

—Me fui a fumar a lo alto del faro de Cíes y cuando volví ya no estaba. La madre del niño que encontró el cadáver quiso follar conmigo, pero le dije que no —insistió en la coartada por si había dudas—. Y no volví a ver a Verné.

—Muy afectado no se le ve…

—De eso puede dar cuenta la inspectora Pardo. —Sí, seguía pensando que hablaba con dos policías—. Ella ya me ha visto llorar por Verné.

A Brais eso le daba completamente igual.

—Lo que no me queda claro, Joel, es su relación con Verné. Dígame, ¿usted la quería para algo más serio y ella se negó? ¿Eso le bastó para matarla? —Fue tan bruto y directo que sentí hasta vergüenza.

—¿Qué coño dice? —Joel se levantó de un brinco y fue hacia el policía. Brais ni se inmutó.

—Me ha oído. Nora me ha contado su coartada. Ella le cree, yo no. —El novio, o lo que fuese, de Verné Dupont se plantó frente a él. Casi notaba la tensión de la tienda, como si fuese una forma corpórea más.

—Fuera. —Joel se estaba mordiendo la lengua y tenía el puño preparado para asestarle un directo a Brais. Seguramente no llegaría a propinarle el segundo. Estaba bastante convencida de que una legión de agentes lo inmovilizaría antes.

—Brais, ¿puedo hablar contigo? —pregunté tocándole con delicadeza el brazo. Si lo notó, no hizo nada. Se quedó mirando a Joel, desafiante. El muchacho no se amilanó lo más mínimo. Temía estar en medio si comenzaba la lluvia de golpes.

No estoy orgullosa de lo que hice. De hecho, me salió bien de milagro y podría haberme salido francamente mal. En ese momento, las musas me visitaron con una oleada de inspiración. Parecía que me había poseído el espíritu de un policía veterano, de uno de esos americanos que se enfrenta a su último caso antes de su jubilación. Un oficial con placa metálica, cartera desplegable, corbata suelta y traje barato que debe lidiar con un joven corajudo y de técnicas mucho más agresivas que las suyas.

—Brais… —Le puse la mano en el hombro. Vacilé sobre si acariciarle o no la cara, pero finalmente me contuve y volví a llamarlo—. Brais. Ya. Por favor.

—Si va a detenerme, hágalo ya. No sé a qué está esperando.

—Joel, cállese. —Lo señalé con el dedo, aunque seguro que le

asustó más la mirada que le dediqué. Volví a por el policía—. Quiero preguntarle algo, pero no quiero acusaciones ni detenciones. Confía en mí. Por favor.

Era perfectamente consciente de cuál era la respuesta a esa afirmación: «Confiar en ti me ha salido fenomenal antes, claro. ¿Por qué no voy a hacerlo ahora?».

Los ojos de Brais me lo dijeron, pero también vi un atisbo de confianza. Un atisbo mínimo que decidí aprovechar.

—Joel, Verné Dupont tenía contactos con el mundo de las drogas. Desconozco si lo sabe o no lo sabe. Solo quiero que me ayude a hacer lo correcto. Brais tiene razón en una cosa: nosotros pensamos que usted puede ser útil para resolver el caso de Verné. Si no nos ayuda desde aquí, tendrá que hacerlo desde comisaría. Y, si sale de esta isla obstaculizando la investigación —mentí—, dormirá en el calabozo. Es el protocolo.

Decidí omitir que el cadáver no era el de Verné. Era una carta que pensaba guardarme bajo la manga.

Percibía cierto movimiento alrededor. ¿Serían los policías?, ¿o sería algún curioso intentando saber si había regresado al camping?

Brais estiró el cuello para mirar por encima de la tienda.

—Joel, ¿a quién le compraba Verné la droga?

—No compraba droga, inspectora. Jamás la vi consumir. De hecho, eso sí me pareció curioso. Conocía a los camellos del barrio, pero no les compraba. Decía que ya había tomado mucha cosa cuando salía de fiesta años atrás.

—¿Compró usted con ella alguna vez?

—No entiendo estas preguntas. ¿Me van a inculpar a mí?

Brais se había retirado ligeramente. Permanecía con los brazos cruzados. La situación le incomodaba. Tenía el gesto serio y pensativo. Su cabeza estaba maquinando algo que se me escapaba. Eso me puso nerviosa, pero no podía dudar. Opté por no mentir. Sabía que, si lo hacía, sería más complicado disimular.

—Estamos intentando establecer conexiones entre Verné y un peligroso narcotraficante —dije—. Ya que ustedes eran pareja, he pensado que quizá fue ella quien le presentó a la persona que le

vende a usted la marihuana. O lo que tome. Sea sincero.

Joel pareció dudar, pero finalmente, y tras mirar a Brais con cara de pocos amigos, cruzó sus ojos con los míos y supe que iba a contarme lo que quería.

—Yo con Verné solo le compré una vez. Ni una más. Era un tío al que ella conocía y que se lo vendió en un bar como quien vende un caramelo. Verné abrió la puerta, pidió tres cafés, después le pidió sacarina y, en el momento en el que el camarero se fue, el tío sacó una bolsita de marihuana y la pasó por encima de la mesa. Le dio igual si nos veía alguien. Fue tan rápido que me costó verlo. Cuando yo he comprado lo he hecho en partes de atrás de furgonetas, con disimulo… Ya sabe. Pero este tipo… Me dejó helado lo tranquilo que se movía.

—Y, a ese narco, ¿sabría describirlo?

—Pelo recogido en un moño, tatuajes por los dos brazos. Un tío enorme. De esos de gimnasio. Imagino que también pasaría esteroides. Parecía un portero de discoteca. Seguro que indagando por Teis dan con él. Se bajó de un Audi TT negro con una pegatina de dos patas de perro cerca del maletero.

—¿Él vivía en Teis?, ¿se fueron hasta Teis a por la droga?

—¿Cómo que hasta Teis? —preguntó, extrañado.

Eso sí me desconcertó.

—¿No ha dicho que lo buscáramos por Teis?

—Claro, porque se movía por esa zona. De eso lo conocía Verné.

—¿Y qué hacía Verné en Teis?

—¿Cómo que qué…? Inspectora, Verné vivía en Teis. —En su mirada había desconcierto.

El mismo que se apoderó de mí cuando terminó de hablar. Di dos pasos hacia atrás, como si la verdad me doliese, como si el golpe de algo tan inesperado me hiciera tambalear. Anita me había dicho muy claramente que vivía en el Calvario. En Vigo. ¿Lo habría mirado mal? No. Era imposible. No te equivocas en algo tan obvio. Puede bailarte el número de un código postal, de un portal… Pero ¿equivocarte en un barrio entero? De eso nada. De hecho, una vecina, una vecina cotilla para ser más exactos, le había dicho que

vivía «en ese ventanal».

No.

No podía ser.

Me negaba a asumirlo. ¿Más incógnitas? ¿Qué *carallo* hacía Verné Dupont en el Calvario si no vivía allí?, ¿cómo había llegado hasta Eduardo Ruiz?, ¿por qué esa vecina había dicho que vivía en un edificio de ese barrio? Si es que lo había señalado claramente: «en ese ventanal»…

Me giré hacia Brais, que tampoco podía disimular la sorpresa. Por un momento, vi el contorno de sus ojos más desgastado y cansado.

—¿Inspectora? —me llamó Joel viendo nuestras caras.

—¿Sí?

—¿Pasa algo por que viviese en Teis?

—No. No pasa nada —intervino Brais con mucha rapidez y cortando cualquier conato de conversación.

Estuvo rápido. Mi cabeza no podía pensar en responderle, solamente quería dar el siguiente paso. Necesitaba estar más cerca de la verdad. Necesitaba resolver ese caso. Por mí, por mi carrera, por mi futuro… y por mi padre, qué coño, que me viese y se diera cuenta de que, pese al trauma de su muerte, seguía siendo capaz de todo.

Me despedí de Joel Blasco con una sonrisa lo más elocuente y cautivadora posible y salí de la tienda. Brais me siguió. No sé si se despidió o no. Yo estaba pálida. Dos agentes nos miraron cuando salimos, y Brais les hizo un gesto para que se acercaran.

No sé qué les dijo, aunque imagino que sería algo así como «no me gusta este tío», «vigiladlo» o «código no sé qué con este tipo». Yo, mientras, solo notaba dentro de mi cabeza los incómodos ventiladores de un ordenador que intenta dar el máximo de su capacidad. Mi cerebro recopilaba historias, buscaba fallos, luchaba por dar con un error en el sistema o con una brecha en la Fuerza, como dirían en Star Wars.

Solo se me ocurrió la opción de hablar de nuevo con Eduardo Ruiz. A ver si así sacaba algo más de información. Afortunadamente para mí, Brais pensó más que yo. Aunque de eso me enteraría luego.

Abrí la tienda de Eduardo y Carmen, el matrimonio de ancianos. Ni llamé ni pregunté si podía pasar. Fui un elefante en una cacharrería, y eso los pilló a contrapié. Eduardo estaba tumbado en el saco, fingiendo recuperarse del problemilla causado por una más que convincente actuación. Carmen estaba a su lado dándole conversación sobre un programa de televisión que yo no conocía y que a buen seguro era sobre la vida de algún ajeno. A juzgar por la cara del anciano, nuestra entrada fue un rescate.

—¡Uy, Nora, me ha asustado! —chilló la mujer con un gritito risueño.

En ese momento me dio igual que Carmen supiese la infidelidad de su marido. Necesitaba atar cabos.

—¿Verné Dupont vivía o no vivía cerca de ustedes? —ataqué.

—Ya le dije que no la conocía…

—Le estoy preguntando a él —corté a la anciana sin delicadeza. Me arrepentí al instante, pero no podía parar. Ella se calló tras abrir mucho los ojos.

—Ya le dije que sí. En el edificio de enfrente.

—¿Tú la conocías? —preguntó Carmen.

—Cállese ahora mismo —ordené.

—¡Eh! ¿Con qué derecho le habla así a mi mujer? —Eduardo Ruiz se incorporó olvidando todo el paripé que seguía acompañándolo.

—¿Hablar, Eduardo? ¿Está seguro de que quiere hablar? Yo no tengo ningún problema.

—¿Qué… qué está diciendo, Eduardo? ¿A qué se refiere?

Iba a empezar a largar. Y tanto que iba a hacerlo. Estaba empezando a cansarme de tantas tonterías. Todos ocultaban algo y era como una gota malaya. Estaba desquiciándome. ¿Por qué tenía que ser yo la confidente de todos esos indeseables?

Afortunadamente para Eduardo Ruiz, Brais se metió en la tienda.

—Nora.

—¿Qué? —Me giré furiosa.

—¿Me dejas un segundo?

Había una serenidad tan autoritaria en su voz que no me quedó más remedio que callar y apartarme. Fue como la palabra de un

gran maestro que, con sus años de sabiduría y paciencia, adoctrina a su alumno con una destreza casi inhumana.

Brais Blach sacó el teléfono móvil y se lo mostró al matrimonio.

—Esta es la desaparecida, sí —apuntó Carmen—. ¿Por qué me la enseña?

—¿Desaparecida? —pregunté.

Carmen Novoa se acercó hasta mí algo temerosa. Me cogió una de las manos titubeando, con miedo de que la Nora de hacía unos segundos siguiese allí, dispuesta a dañarla. La vi más frágil que nunca. Yo, que siempre había sido cariñosa y delicada con ella, había mostrado un lado oscuro y agresivo. Sabía que la había asustado, pero no había rencor en esa mujer, sino comprensión.

—La primera vez que entró usted en la tienda le conté que había desaparecido una mujer de mi edificio, que yo creía que se había ido con un tipo… Justo cuando le hablé de mi Lali… Es la misma mujer que me ha enseñado su compañero, inspectora. Normal que no se acuerde, con la cantidad de cosas que tiene en la cabeza…

Era cierto… ¡Claro! Me giré hacia Brais.

—¿Estefanía Ramírez? —Ya entendía todo. Él asintió.

—Era ella la que vivía en el mismo bloque que Verné Dupont.

—¿Crees que…?

—Aquí no. —Brais ya sabía qué iba a preguntarle: «¿Crees que Verné secuestró a Estefanía?». Pero no quería hablar delante del matrimonio.

La mano de Carmen Novoa seguía aferrada a la mía. Casi diría que apretaba fuerte y segura. Un apretón de confianza. Sus ojos azules y entornados por arrugas me parecieron jóvenes a la par que sabios. En la cabeza de esa mujer tan preocupada por su hija, tan preocupada por su marido… Había algo. Intuí que quizá sabía más de la aventura de su esposo de lo que me había hecho creer. Pero ninguna dijimos nada. Yo me quedaría con la sospecha y ella, quién sabe, sin conocer toda la historia.

La abracé como despedida. Me salió del alma. Ella me correspondió y fue reconfortante. Me imaginé abrazando de nuevo a mi madre. Dios, solo había pasado cuatro días sin verla y me

parecía una eternidad. Qué mentiroso es el lazo que nos une con los verdaderos pilares de nuestra vida. A veces nos cansamos de ellos; a veces pensamos que estarán para siempre… Y sin embargo ese lazo es el más frágil de todos, porque una parte de ti se desmorona cuando se rompe.

Eso me lo había enseñado la muerte de mi padre, claro. Al final, la vida es aguantar. Los cimientos van agrietándose, y tú tienes que ir haciendo reparaciones. Algunas, como los traumas, son más costosas. Otras, simplemente, se arreglan con un poco de cemento… Pero también las hay que son irreparables. Con esas solo puedes asumir lo ocurrido e intentar construir contrafuertes que impidan el derrumbe.

Fuera de la tienda me pareció que las gaviotas graznaban más fuerte, que el lago dos Nenos tenía el agua más clara y que los olores eran más vivos e intensos.

—Tengo algo que decirte. —Brais interrumpió mi momento de paz.

—¿Que esto relaciona a Verné con el secuestro de la contable del Pailán? Lo doy por hecho.

—No solo a Verné.

—¿Qué?

Me acercó su móvil.

—Es el contrato de alquiler que tenía Verné en la vivienda del Calvario. Fíjate en el arrendador…

—¿Estás de coña?

Brais sonrió. Y yo también. Ya sabía yo que escondía algo.

30

Filosofía aplicada

En la actualidad

—Tenía clarísimo que iba a volver a por usted.

Me sentía tan poderosa que noté cien tormentas fluyendo por mis venas azuladas y chisporroteantes de electricidad. No hay nada más gratificante que un «Te lo dije». En este caso, yo me lo estaba diciendo a mí misma. Parecía que mi cabeza se hubiese desdoblado en varias Nora Pardo. Y una, esa marisabidilla pedante y chinchona, aleccionaba a las demás señalándolas con el dedo y burlándose por tener razón.

Manuel Ramos estaba bebiendo café sentado en una silla con la tablet en la mano. No se alteró mucho al verme, pero sí lo hizo cuando Brais traspasó la tela y se colocó a mi lado. Supuse que a alguien tan machista como el exnovio de Verné Dupont le amilanó que hubiera una persona con «verdadero» poder policial en su tienda.

De nuevo se reencontró con esa actitud colaborativa inicial que a mí tanto me sacaba de quicio, pero con Brais lo tenía peor que conmigo. El tío era un témpano.

—Buenos días. ¿Usted es…?

—Brais Blach. De homicidios. Siéntese, tenemos que hablar.

—¿Necesito un abogado?

—Depende. Si quiere ir por las malas, seguro que sí.

La postura de Brais era plena seguridad. Serio, aunque relajado, tranquilo pero alerta… Fuerte pero transmitiendo confianza. No estaba actuando. De verdad que su porte impresionaba. Y estaba

muy pero que muy lejos de ese moderno con pinta de hípster que había conocido en la playa.

Manuel Ramos se levantó para colocarse a la misma altura que nosotros y, por primera vez desde que yo estaba en esa tienda, no ofreció café.

—¿Qué quieren?

—Sabemos que Verné Dupont vivía en un piso de su propiedad.

«Directo y al grano. Así me gusta, Brais».

—Desconocía que…

—Por favor, Manuel. ¿Va a seguir con esto? —intervine—. ¿Por qué le alquiló el piso a Verné? En las últimas conversaciones que tuve con usted me aseguró que le había hecho mucho daño. De hecho, me dijo algo así como que le ofreció todo y no lo quiso… ¿Se le olvidó esto?

Noté que por su cabeza pasaban muchas emociones. Ninguna era positiva. Dolor, rabia, ira…, ¿resignación?, ¿esa era la última?

—¿Quiere hablar ya o nos lo llevamos a comisaría? —Algo en Manuel Ramos se rompió. Su confianza, quizá. Lo vi en una cara descompuesta y resignada (sí, era resignación lo que había visto antes). Incluso me pareció ver un tic en un ojo y una media sonrisa triste, esa que esbozas cuando te das cuenta de que algo te ha vuelto a pasar. Supe qué palabra había cruzado la cabeza de Manuel Ramos. El exnovio controlador, don yo te convengo, el señor te compro con mi dinero, había caído de nuevo. Verné Dupont lo había traicionado.

—Qué más da, ¿no? —Su mueca con los ojos entrecerrados y mirando primero al suelo y después a mí pareció buscar mi complicidad. Obviamente, no le funcionó—. Hace un mes o así me volvió a llamar. Me dijo que no podía contárselo a nadie y que necesitaba hablar conmigo. Acudió a mi casa. Ella sabía que yo tenía ese piso. Era una herencia de mi tío y lo había reformado mientras estaba con ella. Lo único que no le había puesto eran muebles, pero el resto sí: baños, cocina nueva, suelo de parquet…

—¡Al grano! —saltó Brais.

El exnovio de Verné dio un respingo y agitó la cabeza como si la

voz lo hubiera tensado todavía más.

—La cuestión es que vino a verme y me pagó con lo único que yo necesitaba.

—A ella… —insinué en un tono tibio pero suficiente como para que me escuchase.

—Lo hicimos como nunca lo habíamos hecho. Varias veces. Me dijo que me quería, pero que nuestro amor era un fruto prohibido… Éramos, de momento, amigos. Luego ya veríamos.

—Y le pidió la casa a cambio.

—Sí. Me dijo que quería un sitio donde vivir. Me juró y me perjuró que era porque le quedaba cerca del trabajo. Yo no dudé. Había algo diferente en su forma de hablar, en su forma de mirarme… Era más puro que antes. Así que cedí, claro.

—¿Por eso vino a la isla? —intercedió Brais—. ¿Para hablar con ella por la casa?

—¿Yo? ¡Qué va! Porque me enteré de que estaba con Joel y porque lo puso en redes sociales. Lo nuestro había pasado a ser una relación que «necesitaba progresar». —Fue burlón en esa última frase, pero enseguida cambió al tono real de sus sentimientos—. Verné debía estar conmigo. —Se golpeó el pecho con el dedo índice. Había rabia en sus palabras—. Ese Joel es un don nadie. ¿Han visto qué pintas tiene?

—¿Por qué quería Verné Dupont ese piso? ¿Se lo dijo alguna vez?

—Dijo lo de vivir cerca del trabajo. Nada más.

Tanto Brais como yo sabíamos que era mentira, aunque yo, por primera y única vez desde que habíamos cruzado nuestro primer hola, no dudaba de Manuel Ramos. Él no sabía nada más y, en este caso, sí lo habían engañado. Verné necesitaba esa casa para poder estar cerca de Estefanía Ramírez, pero ¿había algo más? Ambos sabíamos que sí.

Salimos de la tienda de nuevo, y Brais volvió a decirle algo a otro agente. Esta vez no puse la oreja. Estaba absorta pensando qué me estaba fallando en la ecuación. Cada vez estaba más convencida de que la respuesta no estaba lejos de mí. Y, visto lo visto, esa intuición estaba apuntando a una de las tiendas. No sabía a cuál, pero algo

me decía que había una persona (o personas) en esa isla que tenía que ver más con el caso de lo que me habían contado.

Me vino a la cabeza mi profesor de ética y filosofía en una de sus clases. Se llamaba Luis Corellano. Alguna vez he vuelto a verlo sentado en la terraza de un bar del casco viejo leyendo viejos libros gastados que sostenía con una mano mientras usaba la otra para marear un café. Era un pensador. Casi lo catalogaría de filósofo. A Luis le gustaba jugar a ser el abogado del diablo. Me ponía de los nervios, pero años después entendí que era una forma de poner nuestros cerebros adolescentes y atrofiados a trabajar.

Un día, en un intenso debate sobre la verdad, las mentiras, el fin y los medios, nos planteó que nosotros, la clase, en ocasiones funcionábamos como un único ente. Un ser con inteligencia individual dentro de su propia pluralidad. Nos invitó a debatir si la mentira de uno podía afectar a todos. Se habló de injusticia, de libertades y de individualizar la culpa. Él nos lanzó una reflexión aristotélica: «El castigo del embustero es no ser creído aun cuando diga la verdad».

Ahora, un porrón de años después, recordaba con frescura ese concepto de Aristóteles. Esa versión seria y antigua de la historia de Pedro y el lobo. El camping representaba a la perfección el debate de mi clase y también el concepto filosófico que el profesor nos había enseñado. Todos los campistas componían un único ente. Era la pluralidad afectada por la individualidad. Si solo dos parejas me habían dicho «la verdad», completamente alejadas de Verné Dupont, completamente ajenas a lo ocurrido…, estaba claro que mentían.

Mientras Brais se acercaba a mí, sonó su teléfono. Vi que Javier Barrera asomaba la bola calva que era su cabeza al exterior de la tienda para comprobar cómo se desarrollaba todo. Lógico. Si yo fuese un expresidiario, tampoco estaría muy tranquilo con la policía rondando cerca de mí…

—¿Es Marín? —Brais asintió.

—Pregúntale si se lo ha pasado bien paseando por las islas. —El policía sonrió. Yo sabía que realmente le hacía gracia esa relación tan áspera que mantenía con su compañero y que consistía en ver

quién tenía la bocaza más grande. Y la verdad es que no sabría decir quién ganaría.

De nuevo, me obligué a concentrarme. Cerré los ojos y aspiré hondo por la nariz. Me llenó el olor del mar. Un olor ácido y agradable. Reinó el silencio, cautivador, mecedor y manso. Me refugié en él para pensar. Se me habían pasado tantísimas cosas que mi confianza había mermado, aunque no tanto como para rendirme. Justifiqué mis propios errores. No sé si para animarme o porque de verdad no eran todos tan graves.

Volví a recordar a Luis, la filosofía y a Maquiavelo: el fin justificaba los medios. Si lo resolvía, el resto daba igual. Pensé en el fútbol que tanto le gusta al Afortunado de Nombre Normal. ¿Cómo era eso que decían los entrenadores? «Las finales no se juegan, se ganan». Daba igual cómo: yo tenía que ganar.

Escondí las dudas, pisoteé el titubeo y tracé un mapa mental de las tiendas colocándome en el medio. Me veía en un plano cenital, y cada tienda era un punto de luz rojo. Yo era una esfera blanca y brillante, una bombilla que resplandecía de más.

Fui entrando en cada tienda, ajena al movimiento que había a mi alrededor. Inmersa en una especie de bucle infinito que me llevaba de un punto a otro, que me devolvía para estar frente a frente con todas las personas que habían mentido y negado haber asesinado a Verné Dupont…

Cuando en ese mapa de luz me adentré en la tienda de César López y Cristina Amil, la encontré vacía.

Abrí los ojos. Jamás había entrado en su tienda. No sabía qué tenían, si escondían algo… Un nuevo error. Otra vez. ¿Se lo debía contar a Brais?

Dudé.

¿Qué reacción esperaba encontrar? Quizá me topase con el mismo Brais que me había abrazado… o tal vez lo hiciese con el que me había dado el discursito de poli duro.

Valoré las opciones mientras hundía la puntera del pie en la tierra haciendo giros con el tobillo. Si seguía así, igual encontraba uno de los famosos tesoros de las Cíes.

Si las llamaban las islas de los dioses, ¿cómo no iba a haber allí un tesoro? De hecho, se habían encontrado muchísimos restos óseos en sarcófagos ocultos entre las paredes de una antigua necrópolis situada en el convento de San Esteban. Y en 1992, que no hacía tanto.

El Afortunado de Nombre Normal tenía claro que en algún otro momento se encontrarían más evidencias de que las islas escondían más tesoros en sus entrañas. Eran una caja de sorpresas, y nunca sabías si dándole una patada a una piedra podías…

Un relámpago me recorrió el cerebro para encender la llama. Fue como una de esas preciosas fotografías que se toman de un rayo partiendo la oscuridad con su cegadora luz. Dos conexiones, opuestas y *a priori* sin relación entre sí, se habían unido. La tienda de César y Cristina Amil se llenó. No había nada y lo había todo. Brillaba como un faro que me atraía para evitar las rocas. Como un… relámpago.

Corrí a por Brais y le quité el teléfono de la mano. Él me miró sin entender a qué se debía esa especie de licencia controladora y compulsiva. Ni colgué a Marín.

—Hay que investigar a César y a Cristina.

—¿Esos quiénes son?

—Los que te dije que habían escuchado a Aurora Guerra y a Adrián Arenas practicando sexo, pero que jamás los vieron.

—¿Por qué?

«¿Se lo decía? Al *carallo*. Se lo decía».

—Yo nunca entré en su tienda, pero me acabo de dar cuenta de una cosa: me dieron la foto del Pailán.

—Obviaré la parte de que no entraste en la tienda. Pero si fueses polic…

—SHHHHHH.

—Si fueses policía —dijo gritando en un tono bajísimo, como si se le estuvieran rompiendo las cuerdas vocales—, te echaría una bronca de campeonato.

—Escúchame, antes no me había parecido más que una casualidad, y más teniendo en cuenta a Anxo y a Gonzalo, pero ¿y si

alguien les había encargado darme esa foto?

—¿Alguien como quién?

—Alguien como Verné.

31

La casa de techo azul

En la actualidad

Me metí corriendo en la tienda de la pareja y… ya no estaban.

—¡Joder! —aullé.

Brais, de nuevo, no perdió el tiempo.

—¡Marín! Hay que buscar a una pareja. Creo que se han fugado y podrían tener mucho que ver con nuestra amiga francesa —dijo gritando al teléfono.

—Dame más datos, Brais. —La respuesta de Marín sonaba lejana, pero distinguí perfectamente el apremio de su voz.

Brais miró esperando una descripción.

—Él es grande, gordo, con barba rubia y entradas. Parece un vikingo. Ella es más bajita, pelo liso y castaño, ojos verdes, nariz gruesa y pómulos redondos. Tendrán treinta o treinta y cinco años.

—¿Gorda?

—Bueno, tanto como gorda… Delgada tampoco.

Mi «compañero» (qué bien sonaba eso) entrecerró los ojos con hartazgo e inquina. Si hubiese sido un cómic, ya estaría viendo dibujos de nubarrones o rayos encima de su cabeza. Tampoco se me ocurría cómo describirlos mejor.

Colgó el teléfono.

—No te diré nada sobre que no entrases en la tienda. Hay que encontrarlos. Ya. Marín va a llamar al resto de los agentes a ver si alguno ha visto algo.

—Aparecerán —dije, confiada.

—¿Por qué estás tan segura?

—Por lo mismo que Verné. Y me acabo de dar cuenta ahora, antes de que me lo preguntes.

—No te sigo.

—Mira, todo el rato hemos dado por hecho que sigue en la isla, ¿no? —Brais asintió—. Y de manera voluntaria, ¿verdad? —Volvió a afirmar con la cabeza—. Pero, yo te pregunto, ¿por qué?, ¿qué sentido tiene?

—No sé si te sigo…

—Pensamos que todo esto tiene que ver con el plan de Verné: Estefanía Ramírez, la foto del Pailán, el que coincidan aquí todos los que alguna vez han tenido un problema grave con ella… —Brais cruzó los brazos, ansioso—. De hecho, tú mismo lo dijiste en la playa: está en esta isla, seguro.

—Ya. ¿Y qué?

—¿Y si Verné está en esta isla de forma involuntaria?

—¿Obligada quieres decir? ¿Por quién?

—Por algo que se ha torcido. No me jodas, Brais. ¿Por qué iba a esperar a que vinierais?

—Sí… Eso tiene sentido.

—Creo que nuestra amiga francesa tenía un plan para fugarse, pero algo, no sé muy bien el qué, le ha salido mal. De modo…

—De modo que o piensa permanecer aquí hasta que nos larguemos o sigue oculta intentando solucionar el entuerto.

—¿Y eso no te lleva a pensar que es mucha casualidad…?

No me dejó terminar la frase.

—¿… que las dos únicas personas a las que estamos buscando también hayan desaparecido? ¡La están ayudando!

—Es solo una teoría, pero…

—Es más que una teoría. Debemos encontrarlos. Primero, porque quizá estén con Verné. Segundo, porque igual conocen su paradero. Y tercero, porque sabríamos qué los une. Tal vez, si no saben ninguna de las dos primeras opciones, la tercera nos acerque hasta ella.

Sentí que algo me unía más a Brais. Y también a mi trabajo. «Mini-Poirot lo está logrando». La emoción fue tal que me dieron

ganas de llorar. «Sí…, poco a poco voy descubriéndolo, papá». Tuve que hacer un esfuerzo por disimular las líneas de agua que me temblaban en los párpados, pero las controlé sin problemas. Posiblemente por el efecto de estar encajando piezas y demostrándole a Brais (y a mí misma) que podía ser una excelente detective.

—Necesitamos un mapa, Nora. Tracemos por dónde han podido huir César y Cristina. ¿Tienes alguno?

—Sí, claro. Espera… —Cogí aire y…—. ¿¡ALGUIEN TIENE UN MAPA DE LAS CÍES!? —grité con todas mis fuerzas y a pleno pulmón. Brais se asustó y yo empecé a reír. Escuché algunas cremalleras de las tiendas bajándose. Ignacio Álvarez se acercó hasta mí. No era raro. Creo que era el único que no me odiaba junto con Carmen Novoa.

—Me lo dieron antes de embarcar —murmuró, tímido. Su madre lo vigilaba de cerca, como si con tropecientos agentes desplegados y tropecientos ojos mirándome yo fuese a secuestrar a su hijo. «Lo que hay que ver», murmuró mi cerebro en el típico pensamiento que no se exterioriza ni gestualmente.

—Gracias, Ignacio. Mira, este es el agente Brais Blach, es…

—Su compañero. —Se agachó—. Te devolveremos el mapa enseguida. —Y le puso la mano para que le chocase los cinco. El chiquillo lo hizo encantado. No todos los días te da la mano un (unos) policía.

Yo me puse en cuclillas y desplegué el mapa sobre el suelo. Tenía una amplia franja vertical de color amarillo en la parte derecha. Ahí aparecía la leyenda y las indicaciones con los faros y los sitios turísticos más relevantes de las islas. Eso me hizo pensar en que quizá César y Cristina estuviesen improvisando un plan con el mismo mapa que yo tenía delante.

—Brais, los faros… Si todo lo que está pasando no estaba planeado, es el único sitio donde podrían estar a cubierto.

—¿Piensas en alguno? —Señalé el faro do Peito, en la isla Norte o de Monteagudo.

—Aquí, en la isla del Medio, es donde más policías hay

desplegados. A la isla Sur no pueden acceder a no ser que sea por mar…, así que tiene que ser ahí. O eso o se han colado en alguna casa.

—¿Dónde hay casas?

Puse el dedo sobre dos zonas concretas del mapa y después dibujé un círculo con el dedo.

—Sé que aquí hay alguna, aunque no recuerdo de qué. Imagino que de guardianes de las islas o propiedades privadas prácticamente en desuso. Quizá hayan entrado en una.

—También Verné podría estar ahí… Voy a llamar a Santi. Le haré un par de fotos a esto a ver si se aclara. No tengo bolígrafo, así que coloca un par de piedrecitas pequeñas encima de los sitios donde deberíamos buscar. Solo quiero que esté atento. Prefiero que no cruce de isla por si Verné estuviese en esta. Que envíe a alguien para cubrir el paso entre las islas. Nosotros iremos a la de Monteagudo, a ver si encontramos algo.

Mientras él llamaba a su compañero de batalla, yo hice lo mismo con la mía.

—Dime que no me has delatado… Por favor…

—No, Anita, no. ¿Cómo voy a delatarte? —mentí.

—Y si está allí la policía ¿para qué me llamas? Vas a meterme en un lío, coño.

—Que no. Calla y escucha. Ni saben que te estoy llamando. Además, estoy con ellos.

—¿Cómo que «con ellos»?

—A ver, por resumirte… —Cogí aire. «Prepárate, amiga»—. Resulta que la muerta no es la muerta, sino una mujer que llevaba dos semanas desaparecida y que ha aparecido aquí por arte de magia. Además, nuestra amiga Verné Dupont, de la cual solo sabemos que sí llegó a esta isla, podría ser la que está detrás de todo. Estamos tratando de encontrarla. Pero ahora sospechamos que ha urdido un plan, no sabemos con qué propósito, para que lleguemos hasta el Pailán y ella largarse. Y si te digo que no sé por qué es que no sé por qué, Anita. No me preguntes.

Silencio.

—¿Anita?

Más silencio.

—¿¡ANITA!?

—¡Déjame asimilarlo, coño! —respondió a voz en grito—. Nora, ¿y quién c*arallo* es la muerta?

—Estefanía Ramírez, la contable del Pailán.

—Mi *madriña*…

—Sí. Así estamos nosotros. La han traído a la isla no sé cómo y encima la han teñido de rubia y le han puesto lentillas azules para que parezca Verné.

—Joder… ¿Y en qué paso estáis ahora?

—En que Verné, además, no vivía donde tú me dijiste.

—¿Có…? Pero ¡si me lo dijeron los vecinos!

—Sí y no. Vivía allí, pero no vivía. Su residencia habitual era Teis, pero sí acudía al edificio donde tú fuiste. De hecho, esa casa era de su exnovio.

—¿Manuel?

—Manuel Ramos, sí. Parece que ella lo engañó porque necesitaba la casa. Y esta vez lo creo, Anita. Es un presentimiento. —Me ahorré el explicarle que la mayoría de los presentimientos que había tenido hasta ahora habían sido una enorme cagada—. No sabemos por qué estaba en ese piso. Era cerca de donde vivía Estefanía Ramírez y es obvio que tiene algo que ver con su muerte y desaparición, pero ni idea de qué… Aunque sospechamos que hay algo más detrás.

—¿«Sabemos»?, ¿«sospechamos»? Mírese, inspectora. Parece una policía de las gordas. —Se rio de mí a carcajadas, pero sé que no hubo malicia. Yo no pude evitar imitarla. Eso me liberó de tensión. Incluso me parecía que se me había caído una mochila de los hombros.

Anita terminó de reírse bien a gusto y después recuperó el tono formal de la conversación.

—¿Y en esos verbos en plural es donde entro yo?

—¡Cómo lo sabe mi chica! —Yo misma escuché el sonido de la pelota botando.

—¿Qué quieres que haga, pesada?

—Necesito que compruebes sus direcciones. Nada más. Solo saber si viven cerca de la zona del Calvario donde supuestamente vivía Verné.

—El viejo vivía allí, ¿no?

—Eduardo Ruiz sí. Pero eso ya está resuelto. Te lo contaré cuando vuelva.

—Vas a pagar muchas cenas, Nora… —Había sonado a amenaza, pero pasé y seguí a lo mío.

Después de darle a Anita todos los nombres, puse especial énfasis en dos parejas: César López y Cristina Amil; y Alfonso Barreiro y Marta López. Eran los únicos de los que no había sacado nada claro. Aunque con César y Cristina tenía la completa seguridad de que ocultaban algo. Podía remitirme a los hechos.

—¿Cuándo lo necesitas? Antes de ayer, ¿no? —Noté su hartazgo, pero no me sentí culpable.

—Antes de antes de ayer, incluso…

—Joder, Nora. Cualquier día vas a costarme un disgusto muy gordo.

—Que no, mujer. Está todo bajo control. Hazme caso. —Otra mentira.

Con esa sensación de falsa seguridad que envolvió mis palabras, me despedí de mi mejor amiga. Esa a la que había traicionado y engañado por partida doble. Insisto, no me sentía culpable. No podía permitírmelo y menos ahora que estaba tan cerca de sacar todo a la luz. Había subido los peldaños de una escalera infinita uno tras otro, deteniéndome en el camino para llorar, para empujar a otros que intentaban impedirme llegar hasta arriba o para rendirme durante un rato antes de convencerme de que debía reanudar la marcha… Pero ya estaba cerca… Al final de la escalera.

La referencia cinematográfica me sacó una sonrisa y esta vez pensé en mi hermano, en lo que disfrutaba del cine. Él era más de películas que de libros. De hecho, más de una vez lo había visto junto a mi padre discutiendo sobre si era mejor lo uno o lo otro. Recuerdo el caso de *La milla verde*, la novela de Stephen King que se llevó al cine (magistralmente, en mi opinión) en 1999. Mi padre

insistía una y otra vez en que el libro era fascinante y maravilloso. El Afortunado de Nombre Normal, por el contrario, defendía que era un caso único y casi utópico de película que supera al libro. De hecho, en su argumento incluía otra adaptación de King, *Cadena perpetua*, la versión cinematográfica de *Rita Hayworth y la redención de Shawshank*.

Mi padre, sin perder el talante y la capacidad de debate que le caracterizaban, le pedía que dejase de decir «*caralladas* sin sentido» y que se pusiese a leer *Tiburón* o *El exorcista* para comprobar que, por muy buena que fuera la película, el libro siempre lo superaba.

Yo no solía intervenir apenas. Solo escuchaba. Mucho. Cada palabra que lanzaban la atrapaba al vuelo para almacenarla en los cajoncitos de mi mente. De hecho, en alguna cita había sido capaz de discutir sobre películas que ni siquiera había visto. No era un don, era simple atención.

Atención que ahora no estaba prestando…

—¿Nos vamos ya?

—¡Claro! —Pensé en añadir «compañero», pero afortunadamente me di cuenta antes de tiempo de que parecería una *girl scout*.

¿A dónde nos dirigíamos? Solo tenía un dato: Monteagudo. Aunque había varias opciones, claro. Conforme nos echásemos a andar, supuse que Brais iría explicándome el lugar exacto. Acerté. Cuando ya llevábamos recorridos bastantes metros en silencio, como dos mochileros que buscan el idílico paisaje isleño, mi compañero y yo cambiamos de isla tras cruzar el lago dos Nenos. Continuamos por el *camiño* do Faro de Cíes, pero en sentido inverso.

La playa de Rodas se extendía a nuestra derecha. El mar, en una calma poco habitual en las últimas horas, tapaba el fino lienzo de arena blanca con una manta azul turquesa. Vi los primeros barcos a lo lejos. Me alegré por ello. La estampa estaba cada vez más cerca de la normalidad.

El muelle de Rodas sobresalía y rompía un paisaje prácticamente

virgen. Sobre él, el bar mantenía la persiana bajada y los cadáveres de algunas sillas arrasadas por el temporal llenaban el suelo como una trinchera de plástico. Continuamos avanzando unos metros en los que Brais me preguntó por mi familia. Le conté algo más sobre mi padre, mi madre y el Afortunado de Nombre Normal. Yo le pregunté a él por el caso. No me apetecía entrar en temas personales.

«¿Cómo lo ves? ¿Los cogeremos? ¿Dónde crees que está Verné? ¿Por qué han huido Cristina y César?».

Así durante dos minutos en los que me expuso sus teorías más o menos acertadas (según mi criterio) hasta que llegamos a una gran explanada verde y desierta que quedó a la izquierda.

—¿Seguimos?

—¿Por la playa de Figueiras? ¿Hasta dónde? —Era parecida a Rodas, solo que más pequeña. Alguna vez había huido hasta allí para olvidarme del terrorífico efecto Benidorm cuando encontraba Rodas como un campo sembrado de sombrillas de colores.

—No lo sé. Podríamos bordear las rocas al llegar al final. Allí hay una zona donde a veces va la gente. Y ahí hay una *casiña*…

—Veo más práctico subir, sinceramente.

—¿Bosque a través?

—Hasta el Alto do Príncipe y después seguir hasta que encontremos la vivienda que has dicho. Mira. —Sacó el teléfono y me enseñó una casa en miniatura con un tejado azul—. No hay nada como Google, ¿eh? Y si no están allí podemos bajar hasta el faro do Peito.

—Tú mandas —dije segura de mí misma. En el fondo, estaba pensando en que me dolían las piernas tanto o más que cuando había subido hasta el faro de Cíes a por Joel. Y esto no iba a ser mejor.

Iniciamos el ascenso sorteando árboles. Las ramas rotas crujían bajo nuestros pies y la hojarasca se quejaba a cada paso. El *summum* del disimulo. Solo habrían necesitado no estar sordos para oír cómo nos acercábamos.

Los árboles, dentro, eran más finos y se pegaban entre sí como

trabajadores en un metro en hora punta. Juntos formaban un colador gigante y verde que permitía la entrada restringida de algunos rayos de sol que iban marcándonos el camino como pistas de un ente superior a nosotros. De vez en cuando, alguna roca grande y gris asomaba sus relieves en el terreno. Atravesamos otra explanada. Jadeábamos los dos, pero si Brais no paraba yo tampoco pensaba hacerlo.

Mientras subíamos decidí impresionar a mi compañero con un poco de historia.

—Oye, ¿sabes que la leyenda dice que una pequeña diosa va por la playa de Figueiras? Te lo digo por si te replanteas volver…

—Ilústrame. —Sonrió mientras expulsaba aire con esfuerzo.

—En 1974, un chico que estaba faenando encontró un anillo muy antiguo. Estaba metido entre rocas. Entre la playa de Figueiras y el embarcadero. Era muy pequeño, de hecho, muy muy pequeño… Tanto que hay dudas sobre su origen divino.

—No está mal como comienzo de historia. Sigue. —Se agachó durante tres segundos, bufó y continuó subiendo.

—El anillo es de oro. Veinticuatro quilates de oro puro, Brais. Y no solo eso: tiene una piedra en el medio de ágata azul oscuro.

—¿Qué es eso?

—Un mineral precioso —respondí rápido y seguí con mi historia —. Y lleva grabada la figura de un jabalí, que, según los historiadores, era un símbolo de ser intrépido… o desenfrenado.

—Tu animal por excelencia…

—Muy gracioso. Cuidado no te aho… —cogí mucho aire y resoplé — gues —terminé la frase—. Dicen que el anillo es de la época romana, pero aquí viene lo misterioso: es tan pequeño que solo podría entrar en la mano de un niño, pero los niños romanos no llevaban ese tipo de anillos…

—¿Entonces?

—Elige. O una diosa misteriosa que lo llevaba en el pelo… o algún alto rango de los ejércitos romanos con los dedos de un chiquillo.

Los dos paramos y nos reímos. Recuperamos ligeramente el

aliento y continuamos subiendo. Antes intercambiamos una mirada de complicidad: estábamos exhaustos.

En total, e incluyendo mi aporte histórico al ascenso, tardamos unos treinta minutos en subir hasta Alto do Príncipe. No se podía decir que la vista no fuese maravillosa, aunque a mí me importaba poco…

Si no estuviera tan agotada, os hablaría de una de las postales más bonitas de las islas. Los acantilados iban cayendo, tan cansados como yo, hasta un mar ya tranquilo pero que formaba horquillas blancas sobre las aguas. Entre nuestros jadeos y bufidos, el graznido de las gaviotas envolvía el paisaje. El archipiélago continuaba hasta donde se perdía la vista, ocultando el final de la isla Sur tras un velo frondoso y verde. A lo lejos, la neblina cubría el horizonte donde el azul moría devorado por el gris. La tormenta se había alejado casi por completo y veía cómo sus nubes engullían algún barco que ya regresaba a puerto. Las rocas de mi alrededor estaban parcialmente cubiertas por liquen amarillo, incluida una caprichosamente esculpida con forma de asiento. La llamaban la Silla de la Reina, y no era para menos. La primera vez que me senté ahí fluyó por mis dedos la misma sensación que supuse que habían tenido los antiguos emperadores romanos que contemplan la inmortalidad de su imperio a lomos de su caballo.

Sí. Os diría todo eso…, pero, con el dolor que tenía y respirando como un viejo búfalo más cerca de sufrir un infarto que de embestir, solo veía el lago dos Nenos, la playa de Rodas y el barco de la policía. Ya.

Seguimos caminando (más y más) hacia la casa que Brais me había enseñado. Dejamos los árboles para continuar por el sendero. A mi izquierda había un mar azul; y, a mi derecha, uno verde y marrón. Iba cabizbaja, cansada, pero me esforcé por conocer algo mejor al hombre que caminaba junto a mí. Igual de agotado, pero sin exteriorizar nada más allá de algún suspiro aislado.

—Oye…, ¿qué pasó con el tipo de Saiáns que se hizo sorpresivamente con una pistola? —le pregunté.

—¿Qué?

—Antes, cuando estábamos en la playa de Nosa Señora ó Carracido y vino Marín, quisiste confiar en mí. Él no quiso, pero le recordaste una vez en Saiáns que un tío «se hizo sorpresivamente con una pistola». Creo que dijiste algo así…

Le cubrió el rostro una mueca divertida, aunque con aire nostálgico.

—Era de mis primeros días con él como compañero. Básicamente, se confió y le quitaron el arma.

—¿En serio?

—Marín es un buen tío, Nora. De verdad que lo es. Debajo de esa pinta de rudo hay una persona que ha sufrido lo indecible. A su hermana la asesinaron cuando él era un adolescente. Uno de los muchos casos de violencia de género que no trascendió a la prensa. Eran otros tiempos… Su madre se volvió adicta a los antidepresivos, su padre murió de un infarto mientras conducía… Él se quedó solo con una madre enganchada, con el recuerdo sin cicatrizar de una hermana muerta y sin la figura de un padre que sostuviera la casa… Por algún lado tenía que salir, y empezó a jugar.

—¿A jugar?

—Apuestas, casinos, bingos… Alguna vez llegó a gastarse el sueldo entero. No era de esos que se ponía hasta el culo de drogas o alcohol. Eso lo aborrecía. Tenía un ejemplo de adicción en casa, pero no debía entender que el juego era igual de peligroso.

—¿Y cómo salió?

—Más bien salió varias veces… —rememoró con tristeza—. Salía y entraba, salía y entraba… Ya le daba igual. Un día ganaba cuatrocientos euros apostando en el fútbol y decía que estaba en racha y al siguiente perdía ochocientos por «la mala suerte». Siempre culpaba a la mala suerte.

—¿Tú lo conociste como adicto?

—Creo que lo era algo, pero estaba al final. Le conocí casi «curado». —Hizo las comillas con los dedos—. Me lo contó otro de nuestros compañeros. Desde entonces no juega a nada. Ni a la lotería de Navidad del trabajo. Le da miedo.

—Es un demonio grande…

—Son varios, Nora. Por eso tiene tan mal carácter, pero en el fondo es un cacho de pan. Y además no reprocha nada. Créeme que tenía argumentos para contestarme a lo de la pistola. —El sendero se hizo más amplio, pero, curiosamente, me acerqué más a Brais. No me dolían las piernas y, si jadeaba, no lo recuerdo.

—Eso, lo de la pistola —dije como si me acordase de por qué había iniciado la conversación—. ¿Cómo fue?

—Estábamos siguiendo una pista que nos llevó a un piso de Saiáns. Íbamos de paisano. Llegamos y nos abre la puerta un tío sin camiseta lleno de tatuajes. Era extranjero, a juzgar por el acento. El tío se pone violento, mucho, y nos amenaza con un cuchillo jamonero.

—Dios, ¿y qué pasaba? ¿Con quién discutía?

—Con su padre.

Me dolió el alma.

—¿Qué dices?

—¿Y sabes quién era su padre?

—*Carallo*, ¿más intriga?

Brais me correspondió con una sonrisa.

—Un antiguo compañero de juego de Santi. —Solo tragué saliva. Él no paró de hablar—. Así que Marín se quedó bloqueado…

—No me lo digas. ¿El del cuchillo aprovecha para quitarle el arma?

—Casi. Le pega un tajo en el brazo y, cuando el arma cae, se agacha a toda leche para cogerla. Afortunadamente no llegó a tiempo.

—¿Santi reaccionó?

—No. Yo disparé. Ni al techo ni al tío, claro, a la pared. Pero eso lo dejó paralizado y Santi lo empujó. El del cuchillo rueda por el suelo, y Marín lo encañona tras recoger la pistola. Estaba nerviosísimo. Y yo también, Nora. Creo que ha sido de lo peor que he vivido.

Se detuvo en seco para acentuar la pausa dramática y prosiguió mientras separaba las manos, listo para enumerar.

—Imagínate la escena: Marín, con todos sus traumas, su dolor y

su mala hostia encañonando a un tío en el suelo que le acaba de cortar en el brazo. Las gotas de sangre le resbalaban por la pistola y le caían al hijo de puta ese en la cara… ¡Y se reía! ¡El muy cabrón se reía! —La tensión se trasladó a sus ojos. No era algo que hubiese exteriorizado muchas veces. Yo ya conocía ese dolor—. Mientras, yo seguía con el arma levantada gritándole a Santi que se separase y también al tío que ni se le ocurriese moverse a por el cuchillo. Y, a todo esto, el padre de ese cabrón llorando detrás de su amigo Santiago, pidiéndole que no matase a su hijo.

—Joder…

—Se montó un escándalo tremendo y tuve que declarar, claro…

—¿Qué dijiste?

—Omití la parte en la que se conocían. Dije que nos pilló desprevenidos y disparé.

—Por eso te respeta.

—Bueno, él también me ha salvado a mí de alguna, pero nunca tan grave. —Hablaba de él como un mentor. Lo respetaba. Se le notaba en la voz.

—¿Y él no tiene a nadie?

—Hay una novia, pero no sé nada de ella. Van, vienen, quedan y se alegran la vida, pero nunca nada formal.

Empezamos a ver la pared de la casa a nuestra izquierda, alzándose con descarada naturalidad sobre un terreno que no le correspondía. Estaba vieja y el tiempo parecía haberla desgastado más de la cuenta. Al estar tan aislada, nada hacía de parapeto ante las inclemencias de las lluvias y los temporales.

El tejado, efectivamente, era de un azul aguamarina. Si el océano hubiese cubierto la casa, creo que no hubiera destacado. El sendero giraba a la izquierda y después otra vez a la izquierda. A Brais y a mí se nos acabó la conversación. Los dos íbamos atentos a cualquier movimiento. Él se llevó la mano a la parte trasera y sacó la pistola. Yo iba detrás. Me sentía como la protagonista de una serie barata americana. Lo último que me faltaba era verme envuelta en un duelo de pistoleros.

Brais caminaba despacio, midiendo sus movimientos y con la

vista puesta en absolutamente todos lados. Yo iba detrás como un crío que se refugia detrás de un adulto. Me dio algo de vergüenza, pero ¿qué narices? ¿Quién tenía ahí la pistola?

Los sonidos que me rodeaban se habían extinguido. Era la tercera vez en mi vida que escuchaba el silencio. La primera fue con la muerte de mi padre. Las otras dos habían ocurrido en ese puto viaje: cuando disparé a Anxo y ahora. Y la sensación no me gustaba. Era como si el mundo se parase por completo, como si la Tierra dejase de girar durante unos instantes porque sabía que iban a ser decisivos para algo. El vello se me erizó en la nuca, igual que si un fantasma me hubiese pasado su largo y huesudo dedo por el espinazo para mofarse.

Por mucho que respirase, el aire rechazaba llenarme los pulmones. Notaba que me palpitaba la sien. Estiré el brazo para tocar a Brais. Era una reacción de niña pequeña, lo sé, pero no me importó lo más mínimo.

La espalda de su camisa de palmeritas blancas estaba mojada. No supe muy bien si por la caminata o porque por su cabeza estaban desfilando los mismos pensamientos funestos que por la mía. Me susurró sin apartar la vista de la puerta principal.

—Arriba hay dos ventanas. No les quites ojo y al menor movimiento me avisas y corres a la pared. —«¿Corres a la pared?». ¿Qué coño iba a pasar ahí? Sorprendentemente, por una fracción de segundo el miedo desapareció por completo y le despejó el camino a la duda que me golpeó con un derechazo que no vi venir.

¿Por qué ahora no me mostraba igual que en el tiroteo con Anxo y Gonzalo? ¿Dónde estaba la Nora ruda y segura de sí misma que se había partido la cara con dos narcos? ¿La que había disparado un arma?

La verdad es que en ese momento ni reparé en si había alguien o no en la ventana. Ni vigilé ni me di por vigilada. Simplemente avancé como un autómata guiado por una duda terrible y una sospecha que más que sospecha era certeza: me refugiaba en Brais.

Igual que lo hice en el Afortunado de Nombre Normal cuando murió papá.

Igual que lo había hecho cuando estaba harta y tan desgastada que no me hubiera importado ser yo el cadáver de esta maldita isla.

Recuperé la noción de la realidad cuando toqué la pared. Su tacto frío y algo húmedo me llenó las yemas de los dedos. En ese momento regresé a la situación de alerta en la que me encontraba. Me hubiese encantado tener la pistola de Anxo. No sabía para qué, pues tampoco había reparado en si arriba se movía algo.

—¿Dejo de mirar? —fingí.

Brais no me contestó. Se apoyó en un lateral de la puerta y mantuvo los brazos tiesos con el arma al final como una prolongación metálica de su propia carne. Parecía que estaba encañonando a un vulgar trozo de madera. Después inspiró y habló con muchísima fuerza y contundencia.

—¡Policía! ¡Abran la puerta ahora mismo!

No hubo respuesta.

—¡Policía! ¡Abran! —repitió elevando más la voz.

Me vi capaz y también grité yo.

—César, Cristina, sabemos que estáis dentro. No empeoréis las cosas. No sé qué os ha prometido esa mujer, pero os ha engañado. Igual que a todos.

Brais pegó la oreja a la puerta y me hizo ese gesto universal de trazar un círculo en el aire dándole vueltas al dedo índice para que siguiese hablando. No perdí el tiempo y continué con un farol.

—Sé por qué me disteis la foto del Pailán… No tenéis que ocultarlo. Si colaboráis con nosotros, la pena será mínima. Ni siquiera pisaréis la cárcel. —Más silencio—. Vamos… Sé que ninguno de los dos quería esto. Seguramente sea una sanción económica, pero diremos que colaborasteis en todo momento y eso la reducirá y mucho. No se os va a ofrecer un trato mejor. La otra opción es que entremos todos —Brais abrió los ojos como un loco. Su mirada, traducida, decía: «¿Qué haces?»— y os saquemos. Si eso ocurre, habrá más policías implicados, algún parte de detención y una escasa colaboración que se verá reflejada en la decisión del juez. Sed listos, por favor… No sois malas personas.

Yo también pegué la oreja a la puerta. Oí la madera crujir.

Pasos.

Los dos asentimos, frenéticos. Brais se separó y mantuvo el arma fija. Por debajo de la camisa los músculos estaban marcados aferrando la pistola como si la vida le fuese en ello. ¿Y si era así?

La voz de Cristina arrastró la tensión.

—¿Prometen que no pasará nada?

—¿Está Verné Dupont con vosotros? —chilló Brais obviando la pregunta que le habían hecho.

—Solo César y yo.

—¿Vais armados? —pregunté adelantándome al policía. Mi tono era mucho más bajo y menos hosco.

—En absoluto.

—César, Cristina, quiero que abráis la puerta muy muy lentamente. Y luego levantaréis las manos igual de despacio. Así no habrá fallos. Hay un equipo rodeando la casa por el otro lado y como escuchen un disparo…

La puerta se abrió de golpe y mi mano, que todavía tocaba la espalda de Brais, notó que los músculos se preparaban. Sus reflejos fueron más rápidos y no llegó a disparar. César López no quería ir despacio ni con prevención. Arrastró la puerta y abrió los brazos.

—Estamos solos, c*arallo*. Y ustedes no tienen a nadie rodeando la casa ni mierdas de esas tipo *CSI*. Pasen de una vez y les contamos lo que quieran. Pero, eso sí, reflejarán que hemos colaborado como los que más.

—Tienes mi palabra, pero debo registraros. Poned las manos en la pared. —Obedecieron.

Nos miramos antes de meternos en la boca del lobo. La casa era amplia y no tenía muebles más allá de una mesa de plástico llena de mugre. La luz entraba radiante a través de los cristales casi opacos por la suciedad. Parecía abandonada. Si no lo estaba, los propietarios no habían entrado hacía mucho pero que mucho tiempo. Las finas motas de polvo suspendidas en el aire se distinguían cerca de las ventanas. Casi podía cogerlas. Nunca había visto una forma más evidente de comprobar que la mierda flotaba.

Brais cacheó a César, y yo hice lo propio con Cristina. Bueno,

realmente imité a mi compañero, que alzó en más de una ocasión las cejas, aunque terminó con un gesto cómplice.

—¿Por qué han venido aquí? —preguntó Brais que todavía no había soltado el arma, aunque esta descansaba colgada del final del brazo.

—Es obvio, ¿no? —respondió él.

—Ces, colabora… —rogó ella. Estaba de pie, a unos metros de su novio y con los brazos cruzados.

—Joder, que haga preguntas inteligentes. Hemos venido aquí porque estábamos huyendo.

—Eso no te conviene, chaval. —Se metió la pistola en la cartuchera de la espalda.

—¿Chaval?

—¿Sabes qué es lo que más jode a la policía? —apuntó Brais con sorna y sarcasmo—. Los listillos. Joder, los listillos nos tocan los cojones de una manera increíble… Y buscamos siempre la forma de que paséis un mal rato. Tal como yo lo veo, habéis ayudado a una asesina.

¿Daba por hecho que Verné había matado a Estefanía Ramírez? Era muy probable, pero ¿y la presunción de inocencia? Las mugrientas ventanas me habían marcado a fuego y entendí que, delante de Verné, había un cristal como el de esta casa que impedía que pasase cualquier teoría que no la inculpara directamente. Esa francesa estaba en un lío cojonudo.

—¿A…? ¿Asesina? —Eso había cogido a César fuera de juego. Cristina también abrió mucho los ojos, descompuesta. Se puso pálida.

—Verné Dupont ha matado a una persona. Vosotros la habéis ayudado aquí y lo sabéis. ¿Dónde está?

Primero se miraron entre sí y luego me miraron a mí. Era una petición de explicaciones poco disimulada. Empezaba a darme la impresión de que estos chicos sabían menos de lo que Brais y yo creíamos.

—Vamos a empezar por el principio —tercié—. Y a relajarnos. —Miré de soslayo a Brais. Creo que me entendió—. Tenéis que

decirnos dónde está Verné.

—¿Cómo que dónde está Verné? Pero ¿dónde coño va a estar? —gritó el chico al que la última afirmación de Brais había puesto aún más nervioso.

—¡César! —le regañó (otra vez) ella.

—Es que, de verdad, ¿cómo que dónde está Verné? Menuda pregunta estúpida. A no ser que yo me haya perdido algo, Verné Dupont es el cadáver de la playa que lleva investigando todo el puto día —me soltó.

No podía ser… ¿No sabían nada? ¿De verdad? Entonces ¿por qué huían?

Brais quiso hablar, pero no se lo permití y pregunté más rápido.

—¿De qué conocíais a Verné? Porque me dijisteis que la primera vez que la visteis fue en el barco y me parece que mentíais… —La miré a ella. Sabía que era mi opción para sacar algo en claro. Siempre había estado más dispuesta a colaborar que su chico.

Cristina resopló.

—Está bien…

«Bingo».

—¡Cris!

—¿Qué?, ¿qué más da? Yo ya no estoy a gusto con esto, César. —Carraspeó y siguió—: Hace meses… No… —Tragó saliva—. Me da bastante vergüenza reconocerlo.

—No veas la vergüenza que se pasa en los calabozos. —Brais la dejó helada. Volvió a tragar, como si le doliese la garganta por un incómodo resfriado.

—No la conocimos directamente hace meses, pero sí fue en el momento en el que la conocimos…

«¿Qué *carallo* quería decir eso?».

—Cris, da igual. Fui yo. Yo incité a Cristina a hacerlo. No tengo mucho dinero y no era la primera vez que lo hacía. Estaba en un bar con el pijo ese que también está en el camping. Allí le robamos la mochila.

32

Silencio

En la actualidad

Habían sido ellos. Todo lo que había pasado, o eso creía, partía del robo de esa mochila. Recordé las palabras de Manuel Ramos explicándome cómo Verné había perdido la mochila y se había puesto histérica.

Tenía clarísimo qué había dentro de esa bolsa y también tenía claro por qué Verné había reaccionado así. La prueba era la persecución de Anxo y Gonzalo. La francesa debía pasta. Mucha pasta. Lo que pasa es que no eran billetes, sino seguramente gramos.

Ese era el pensamiento lógico, pero, tal y como decían mi padre y Poirot, Brais y yo debíamos mirar más allá de la lógica y formularnos preguntas. ¿Para qué había matado Verné a la contable del Pailán? ¿Para saldar la deuda? ¿Por qué traer hasta aquí el cadáver? No. Había más. No tenía ningún sentido. Debíamos sacarles más información a César y Cristina.

—¿Y tras robarle la mochila? Porque supongo que no quedaría ahí la cosa —insistió Brais.

Contestó César. Ya sin miedo a lo que ocurriese, con tal de perjudicar lo menos posible a su novia.

—Volvimos al bar.

—¿Volvisteis?

—Yo iba por esa zona y daba… bueno, quitaba alguna que otra cartera.

—¿Y os la jugasteis a volver al bar?

César se apoyó en la pared y miró a su chica. Tenía un gesto cansado, con los hombros echados hacia delante y los brazos cayendo como péndulos demasiado pesados. Ella asintió.

—¿Todo esto es confidencial?

—No. No lo es. Pero o lo cuentas aquí o en comisaría.

—Muy bien —medió Cristina con su voz chillona—, pues entonces en comisaría.

Nos pilló descolocados a los tres.

—¡CRIS!

—No, César. Estamos colaborando. Ellos tienen que hacer alguna concesión también. Podríamos callarnos y esperar hasta que se cansen.

—Me temo que no entendéis cómo funciona esto… —dije de una forma más maternal que autoritaria.

—Me da igual. Lo que va a contaros no tiene nada que ver con Verné Dupont.

—¿Entonces?

—Es sobre él. Lógicamente, no tiene por qué contarlo.

Compartí con Brais una mirada y no hizo falta más.

—Si no afecta a Verné, tiene nuestra palabra de que no saldrá de aquí. Es lo máximo que podemos ofrecer. Y no es poco.

El chico levantó las manos que había apoyado en la pared, hizo un gesto de asco y empezó a dar palmas para sacudirlas. Las motas de polvo estallaron alrededor de sus dedos gruesos.

—Tenía un acuerdo con el dueño del bar donde le robamos la mochila a Verné. Le daba el cincuenta por ciento de las carteras que sacase, y a cambio él no me denunciaba a la policía. Así que podía volver tranquilamente como un cliente habitual, y, si otro sospechaba, el propietario decía que llevaba años yendo allí y que respondía por mí. Eso solía amedrentar a los pardillos a los que robaba. —Sonrió, pero no era una sonrisa triste ni arrepentida. Más bien al revés. En sus ojos veía el disfrute de aquel que se cree inmune. Había visto el mismo destello en los de Manuel Ramos, aunque por motivos diferentes. No quise saber más.

—¿Y volvieron y qué? —Estaba impaciente.

—Nos encontramos a Verné. Otra vez… y nos reconoció.

—¿Ella?

—Sí. Pero no hizo nada. Se nos quedó mirando, y entonces yo busqué a Moncho…

—¿Moncho?

—El dueño del bar —apuntó Cristina.

Asentimos, y César siguió.

—Busqué la complicidad de Moncho, pero ella se sentó antes de que cruzásemos la mirada… —Hizo una pausa. Una pausa que me puso en antecedentes. Aún no era capaz de entender con lógica todo lo que iba a decir—. Esa mujer lo sabía todo. Me dijo que olvidase al dueño, que no pensaba denunciarme por la mochila. Imagine nuestra cara. Después sacó un billete de quinientos euros, lo colocó sobre la mesa y lo arrastró hasta mí. —Buscó a su novia—. Cristina y yo flipábamos en colores. Nos coloca el billete en la puta cara y se sienta con su cervecita como si no pasase nada.

—¿Qué recuerda de ella? —dijo Brais. Detrás de él, la sombra de una gaviota atravesó el cuadrante luminoso que el sol dibujaba en el suelo de un salón vacío y polvoriento.

—Que estaba buenísima.

Esperaba el reproche de la chica. Por lo que había visto, era de esas personas que no tenía problema en regañar en público. Sin embargo, no dijo nada. Pensaba que era porque Verné los había engatusado, pero iba mucho más allá.

—No se imagina cómo era… Los ojos azules, la melena, la estética, el cuerpo fibroso, las manos finas y largas… Era una supermodelo en el cuerpo de una hippy —soltó Cristina continuando el relato de su pareja. Yo solo flipaba. Brais, por su parte, le prestaba toda su atención—. Esa mujer sabía qué decir y cómo decirlo. Cada palabra que salía por su boca estaba calibrada con la precisión de un cirujano. Iba vestida con una camiseta verde oliva y unos pantalones bombachos con líneas finas y brillantes… Casi diría que la habían sacado de un circo y sin embargo la hubiera acompañado al fin del mundo. —Negó sutilmente con la cabeza mientras sonreía. Ni ella misma creía lo lejos que habían llegado

por esa mujer—. ¿Cómo van de mitología clásica? ¿Conocen la figura de Peito?

Brais negó. Yo sí la conocía.

—La diosa de la seducción… —apunté.

—Sí. —Se giró hacia Brais—. Esa mujer era Verné. Era Peito. En la mitología, le atribuyen la cualidad de persuadir a gente incluso para violar o matar. Esta chica podría haber hecho lo mismo. Su conjunto, su ser… —Entrecerró las manos como si fueran garras y contuvo algo en la boca que peleaba por salir—. Tenía algo. No sé si llamarlo aura o resplandor o qué, pero…

—¿Daba miedo? —terminé. Ella asintió. César también y se acercó a su novia para acariciarle la nuca en un gesto de apoyo. Él había sentido lo mismo.

Qué lejos estaban de la imagen que me habían transmitido la primera vez que los conocí haciéndose fotos para las redes sociales. Estaba claro que todas esas publicaciones, todos esos me gusta… A lo único que conducían era a historias falsas, a realidades falsas que nacen de identidades falsas y de emociones falsas. Todo se finge.

El móvil de Brais vibró en su bolsillo, y el zumbido llenó la sala muerta. Me pregunté cuántas historias habría entre esas paredes, pero no tenía tiempo para indagar. Al menos, no ahora.

Una vez terminó la vibración del móvil, nos quedamos en un silencio donde, sin duda, César López y Cristina Amil se encontraban cómodos. Preferían estar callados a la idea de hablar sobre Verné Dupont. Solo mentarla los incomodaba.

Brais tecleó furioso y volvió a guardar el teléfono. No le cambió el gesto ni lo más mínimo, lo cual me sorprendió. Yo era un espejo de emociones cada vez que respondía. O el Afortunado de Nombre Normal o mi madre o Anita… Para todos tenía una mueca acorde.

—Seguid. Nos estabais contando lo de los quinientos euros.

—Los colocó en la mesa y nos dijo que era una prueba de que no iba a denunciarnos. Después bebió la cerveza con una sensualidad grotesca. Pero grotesca por lo inadvertida que era. Parecía que no hacía nada y a la vez era como sentir que nos pedía que nos lanzáramos a por ella.

«¿Era yo o este tío estaba obsesionado con el sexo?».

—Y nos ofreció mucho dinero.

—¿Por su silencio?

—No, inspectora Pardo. Ojalá hubiese sido por eso. Nos dijo que nos llamaría en un tiempo y que debíamos cogerle el teléfono. Solo por eso nos daba mil euros… y cuatro mil más si aceptábamos el encargo.

—¿De qué se trataba?

—De darle la foto del Pailán, inspectora.

—¿A MÍ? —chillé, muerta de miedo.

—No. No exactamente a usted.

—La tía se levanta —prosiguió César poniendo las manos al frente como un presentador de televisión— y coge mi móvil y pide que se lo desbloquee. —Zarandeó el teléfono en la mano—. Yo estaba alucinando, pero esa loca me había soltado ya quinientos euros… Lo hago y llama a su teléfono. Después se guarda el número, pierde treinta segundos y me llega un bizum de trescientos euros… ¡TRESCIENTOS EUROS, JODER! ¡Que hasta hacía unos días yo estaba robando carteras! ¿Sabe cuánto dinero es eso para mí? Y esa… —Masticó lo que supuse que era un insulto y lo soltó en un esputo cargado de envidia y odio—. ¡Esa zorra! ¡ESA ZORRA! —gritó lleno de ira—. ¡Me pasa trescientos euros como si no le importase una mierda el dinero!

—Por favor, la foto… —pidió Brais, al que notaba bastante más impaciente desde que había contestado al móvil hacía poco menos de un minuto.

—Nos llamó bastante después. No sé calcular el tiempo… Nos dice que nos ha enviado por mensaje unos billetes a las Cíes. Miré el teléfono y nos habían llegado, sí, junto a los mil euros que nos prometió. No sabía si estaba viviendo un sueño o una pesadilla. De hecho —sonrieron; habían tenido uno de esos momentos telepáticos que tienen algunas parejas—, pensábamos que iba a decirnos que debíamos secuestrar o matar a alguien… Algo chungo, pero la tía nos dice que solo será entregar una foto a un policía la tarde siguiente a nuestra llegada a la isla.

—¿Solo dijo eso? —insistí.

—Nada más. Se lo juro. Bueno, sí… Nos dijo que pasaría algo.

—¿Qué pasaría algo? —Mi compañero abrió y cerró varias veces los ojos. Cuando alguien te dice que «pasará algo» no se refiere a que van a encontrar un cadáver en la playa mientras las gaviotas se dan un festín con sus tripas.

—Nada más. Ni preguntamos. No nos acabábamos de fiar de esa loca, pero insisto… Imaginen lo que era para mí ese dinero. Aceptamos, claro. ¡Ah! Y ahí fue cuando nos explicó cómo llegar hasta la foto que teníamos que darle.

—¿No se la envió?

—No. Y fue raro. Pensábamos que nos la dejarían en el buzón o algo. Como en las películas. —Su tono era melancólico. Sin duda, era una historia que contaría a sus amigos—. Pero en lugar de eso nos advirtió de que nos llegaría al móvil la imagen de un árbol y una ubicación aproximada. Allí, bajo el árbol, tendríamos que cavar y encontraríamos una bolsa plástica con la fotografía. Ya está. Y la noche siguiente tendríamos el dinero en el mismo sitio…

—Por eso cogimos tres días en el camping —apostilló Cristina.

—Y por eso le dimos la foto. Era la policía que estaba investigando «lo que pasó» —culminó César.

Creí entender las razones por las que Verné no les había querido dar la foto hasta que estuviesen en la isla. Si esa foto era del Pailán, como verdaderamente parecía, se la entregó cuando estaba segura de que ellos mismos no podrían ir hasta la comisaría más cercana. Tan sencillo como eso. Dejándola en el árbol, se garantizaba que no la traicionasen o no tendrían el dinero.

—¿Dijo algo más? —volvió a preguntar Brais.

—Sí. Nos avisó de que la veríamos en el barco, pero nos pidió que fingiésemos no conocerla. Y, por supuesto, aunque supongo que esto lo intuían, nos dijo que por muchas preguntas que hicieran sobre ella, nosotros NO —aumentó el tono en la negación— la conocíamos. En eso insistió mucho…

—Por eso no respondimos antes a todo, inspectora… Lo sentimos, pero todavía no teníamos el dinero y…

Siguió parloteando, pero me daba igual. No quería sus excusas. No me servían. En esa ocasión no me sentí culpable por no haber insistido más. Tenían un buen motivo para no hablar, aunque era obvio que todas sus afirmaciones me planteaban varias preguntas. Saqué los pósits. Hacía demasiado que no los usaba y tenía preguntas:

- ¿El robo de la mochila solo había sido un pretexto para dejar a Manuel?
- ¿Por qué una foto del traficante más buscado de Galicia? ¿Cómo *carallo* la había conseguido? ¿Qué les unía?

Y la peor de todas las que me estaba formulando:

- ¿Cuánta gente había implicada en ese plan? ¿Solo Verné? ¿Verné y alguien más?

De nuevo, Brais parecía apurado. Consultó el reloj y se giró para irse. ¿Pensaba dejarme allí o qué?

Ni siquiera se despidió cuando se abrió la puerta y aparecieron cuatro agentes con sus brillantes placas metálicas colgando del cuello, como si del orgulloso emblema de una secta se tratase. Las sombras de sus cuerpos reptaron por el suelo y llegaron antes a la pareja.

De camino al exterior, Brais me asió por el brazo como un padre que arrastra a su hija tras pillarla borracha y me sacó de la casa. Atravesé el umbral mientras escuchaba a César y Cristina lanzar improperios contra nosotros y a los policías avasallándolos a preguntas.

—¿Eso es lo que hacías con el móvil? —pregunté cuando estábamos lo suficientemente alejados.

—Sí. —Tosco, seco y cortante. ¿Por qué? No iba a quedarme sin saberlo—. Has vuelto a cagarla.

—¿Yo? —Eso sí que no me lo esperaba.

—No les apretaste lo suficiente la primera vez…

—¿En serio, Brais?

—Es verdad. —Caminaba rápido y con la vista fija en el suelo. Los gritos a nuestras espaldas se convirtieron en susurros que el viento oceánico arrastró hasta engullirlos en su infinito azul.

Yo sabía a dónde nos dirigíamos, pero no entendía muy bien a qué se debía ese repentino enfado.

—¿De verdad crees que esto es culpa mía?

—No…

—¿Entonces?

Se detuvo en seco.

—Joder, perdona. Es que es mucho más enrevesado de lo que imaginaba, me… me frustra. Es imposible que saquemos algo en claro. Nuestra única oportunidad es que esa hija de puta francesa esté en el faro do Peito. No se me ocurre qué más podemos hacer. O ha salido de la isla o no sé dónde *carallo* está. —Puso los brazos en jarra y cerró los ojos. Suspiró con profundidad y hartazgo.

—¿Y Marín? ¿Ha mirado donde le dije?

—Sí, y no está en ningún sitio… Ya no se me ocurre dónde coño mandarlo. Quizá debería llamarlo y decirle que venga. Así, si está en el faro do Peito, sería imposible que escapase.

—¿Escapar? ¿Estás loco? ¡Que solo es una mujer, no *Wonder Woman*!

«¿Qué acaba de decir? Solo una mujer. Solo. Una. Mujer. SOLO UNA MUJER».

«¡Pues claro!».

—Pero ¡qué hija de puta! —aullé mientras me reía como una loca. Brais me miraba con los ojos convertidos en dos ejemplos de incomprensión.

—¿Qué… qué pasa?

—Brais, ¿conoces a Hume?

—¿A quién?

—David Hume, el filósofo escocés. El *Tratado de la naturaleza humana* o la *Investigación sobre el entendimiento humano*. —

Me miraba como a una loca—. ¿NADA? Joder, ¿qué te enseñaban a ti en el colegio? Escucha. Hume decía que las ideas se suceden unas a otras y se mezclan. Cuando tenemos una de esas ideas y, para que me entiendas, la dejamos en medio del cerebro y el resto de las ideas van libremente hacia ella, a esa idea le sucederá otra parecida. ¿Lo entiendes?

—¿Que las ideas se atraen entre sí?

—Eso es. Él lo llamó «leyes de la asociación».

—¿Y tú has asociado algo?

—Y tanto que sí. Estamos equivocándonos en una cosa. Te he dicho que Verné Dupont es solo una mujer, y me he equivocado. Esa idea se ha quedado en el medio, en mi mente, y otras se han acercado a ella para decirme que ese ha sido el error desde el principio: Verné no es solo una mujer porque nunca ha actuado sola.

—¿Quieres decir que tiene ayuda? ¿De quién?

—Quiero decir que seguramente no esté en el faro do Peito. Seguramente haya estado, claro. Pero ¿no te has fijado en que esa tía siempre parece ir un paso por delante de nosotros? Habrá estado en el antiguo cementerio, en el faro de Cíes… En todos los sitios donde hemos mirado. Solo que no hemos coincidido con ella porque antes de que lleguemos se va.

—Vale, pero… ¿y quién la ayuda?

Lo sabía. Claro que lo sabía. Alguien de quien ya había sospechado, pero a quien no había prestado la suficiente atención. Mi error había sido ser demasiado permisiva, juzgar por las apariencias y por las sensaciones y no analizando todo fríamente.

Me llevé el dedo índice a los labios para pedirle a Brais que se callase. Después arrojé los pósits al suelo, saqué mi teléfono y abrí el apartado «Notas». Escribí pulsando las teclas a toda velocidad. Mis dedos parecían dispuestos a fundirse entre sí. Luego, insistí a mi compañero en que guardase silencio repitiendo el gesto varias veces y le tendí el aparato.

Su cara descompuesta evidenció la gravedad de lo que había descubierto: «Silencio. Nos están grabando».

33

Nuevo juego

En la actualidad

Me metí la mano en el bolsillo de la chaqueta, ahí donde antes había llevado un cuchillo para defenderme de un exconvicto, y noté la punta afilada del bolígrafo. Lo saqué con mucho cuidado y le pedí a Brais que se alejase con él.

Mi compañero se apartó unos veinte metros, pero lo mandé más lejos agitando la mano. Y más lejos. Y más. Él iba haciendo carreritas cortas hasta que levanté el pulgar para indicarle que era suficiente.

Con el móvil en la mano después de que Brais me lo devolviese, el sol se reflejó en la pantalla. Casi no veía nada. Me giré para que mi sombra la oscureciese y busqué el teléfono de Anita. No me cogió las dos primeras veces, pero mi insistencia tuvo premio en la tercera.

—¡Ni ir al baño!

—Calla y escucha, amiga. ¿Has descubierto el nombre de los que vivían cerca del Calvario o prefieres que te lo diga yo?

—¿Lo sabes? Adelante, prueba.

—Alfonso Barreiro y Marta López.

—¿Cómo lo has…?

—Cuando entré en su tienda la primera vez, me dieron un bolígrafo. Uno plateado con el nombre de un bar. Me pidieron que se lo devolviese cuando me fuera. Me pareció normal, la verdad, me apuntaron sus números de teléfono por si necesitaba algo. Dentro de ese bolígrafo hay un micro.

—¿Lo has desmontado?

—No, pero lo sé. Por descarte. Son la única pareja que falta. Y más si me confirmas que efectivamente son ellos los que viven cerca del piso del Calvario de Manuel Ramos donde vivía nuestra amiga francesa.

—¿Y por qué te están grabando?

—Están implicados en la desaparición de Verné. Aún no sé cómo, pero lo están. —Cambié el peso de pierna. A lo lejos, Brais seguía mirándome con el boli en la mano como si tuviese un tesoro. Supuse que, tan alejado como estaba, sería imposible que escuchasen la conversación.

—¿Qué vais a hacer ahora, Nora?

Si Anita hubiese estado allí, hubiese temido la afilada sonrisa que dibujaron mis labios.

—Jugar al gato y al ratón.

34

Raíces

En la actualidad

César López y Cristina Amil estaban esposados. Los cuatro agentes los rodeaban, y dos de ellos los agarraban usando una mano como prensa en la mitad del brazo.

Brais había vuelto hasta mí con el móvil reflejando la misma frase que yo había escrito antes. Se colocó cerca de uno de los agentes y se lo tendió de la misma forma que yo había hecho con él para avisarlo. Se llevó el índice a los labios en un gesto inequívoco de silencio, le dio el bolígrafo, colocó la mano libre del agente tapando la punta y lo mandó alejarse haciendo gestos en el aire hasta que estuvo incluso más lejos de lo que se había alejado él cuando yo le daba indicaciones.

Nos quedamos los tres agentes, César López, Cristina Amil, Brais y yo.

La actitud de los chicos distaba mucho de la colaboración que antes habían mostrado. Su lenguaje corporal nos mandaba directamente a la mierda. Brazos esposados, porte excesivamente erguido y fulminándonos con una mirada de odio.

Yo les hubiera pedido ayuda, Brais fue mucho más directo.

—¿Dónde está el árbol?

—Que le jodan —chilló Cristina.

César dibujó una mueca de suficiencia e intentó encararse con Brais. Los policías lo retuvieron.

—Si sus matones me soltasen, le iba a enseñar yo lo que es bueno, puto poli.

—Pero no te van a soltar. Dime, ¿dónde está el árbol? ¿Dónde iba a dejaros Verné Dupont el dinero?

—No se lo diremos. Esa pasta es nuestra. ¿Hemos colaborado con ustedes y nos tratan así? Ese no era el acuerdo.

—Nunca dijimos que pudieseis quedaros el dinero —intervine.

—¡Cállate, zorra de mierda! —Cristina me lanzó un escupitajo y César hizo lo mismo con Brais. Yo lo conseguí esquivar, pero mi compañero no.

Brais se llevó la mano al ojo y se quitó la saliva. Metió una mano en el bolsillo, sacó un pañuelo de papel y lo desdobló con una calma impropia. Creo que yo me hubiese puesto histérica. Supongo que ahí se notaba la veteranía. Una vez tuvo el pañuelo completamente extendido, se lo pasó por la cara hasta quitarse todo el esputo. Fue meticuloso y calmo. Todo parecía hacerlo a cámara muy lenta. Asegurándose de que no quedase nada en su rostro.

—Quitadle las esposas —ordenó. Yo no entendía nada, aunque me di cuenta de que algún policía sí por las sonrisillas. ¿Qué coño iba a pasar?

En cuanto soltaron a César, Brais arrugó el pañuelo en la mano y le soltó un directo tremendo que lo derribó por completo y como un bolo. Antes de que tocase el suelo, la nariz era una mancha roja de la que no paraba de manar más y más sangre. Los compañeros de Brais se quedaron petrificados. Este, como un león contra una gacela, se lanzó sobre él y le asestó un nuevo puñetazo hasta que sus compañeros consiguieron retenerlo.

Yo solo lo miraba en una mezcla entre el horror y la estupefacción.

—¡Dime dónde está el puto árbol o te juro que te mato!

Cristina solo chillaba, fuera de sí.

Los otros agentes intentaban controlar a Brais.

César lloraba y se retorcía en el suelo alternando sollozos con violentos improperios que salpicaban sangre cada vez que los lanzaba.

Si no averiguábamos dónde estaba el dinero, ya podíamos olvidarnos de cazar a Verné Dupont. Ni de coña. Esta era mi

oportunidad. Mi caso. No me quedaba más remedio. Poirot lo hubiera hecho.

No tenía otra opción. Con un movimiento rápido desenfundé el arma de uno de los agentes que intentaba retener a Brais y apunté con la pistola a César.

Los agentes dieron un salto hacia atrás y sacaron sus armas a toda velocidad. Parecía un duelo en el lejano Oeste, solo que el paisaje verde y azul distaba mucho de los áridos desiertos del interior de Estados Unidos.

Un caos de voces y peticiones lo llenó todo. Yo estaba tranquila. Muy tranquila. Nunca le hubiese disparado, pero sabía que era la única manera de hacerle cantar.

—¡Baje el arma!

—¡Bájela!

—¡La pistola en el suelo, la pistola en el suelo!

—SILEEENCIO. —Brais se soltó de sus compañeros. Se golpeó las mangas de la camisa de palmeritas como si quisiese quitarse las arrugas. Después los miró a todos y lanzó la orden—. Bajad las armas.

Dudas. Tensión. Miradas de incertidumbre y poco convencimiento en la orden.

—¡Bajadlas!

Todas me apuntaban a mí. El silbido de una gaviota impregnó todo de un ambiente mucho más extraño. En plenas Cíes, en mi paisaje natural favorito, en mi refugio contra el estrés, dos policías me apuntaban con sus armas mientras yo dirigía la del tercero hacia un hombre que yacía en el suelo con la nariz rota y cuyas lágrimas de dolor se mezclaban con las de miedo. Mientras, la novia del tipo al que tenía encañonado, temblaba en el suelo y lloraba mirando a su chico, pensando en que quizá fuese la última vez que lo veía.

Los cañones de las pistolas bajaron, pero ningún agente volvió a guardarla.

Brais agradeció el gesto a sus compañeros y se acercó al de su izquierda para decirle algo al oído. Después se aproximó a nosotros, pero no me quitó la pistola. Algo que César esperaba a juzgar por su

reacción.

—Me alegro de haberte partido la nariz. —Sonrió Brais, cínico—. Y ahora dinos de una puta vez dónde iba a dejaros el dinero. O te juro que dispara.

—No… ¡No va a disparar! Hay testigos. Estoy desarmado. Me ha partido la nariz de un puñetazo.

—¿Ah, sí?

—Pérez, Ojea, Ruiz… ¿Vosotros habéis visto que yo le haya partido la nariz? ¿Por qué?

Habló el más alto de todos. Tenía cara de árabe.

—Ha intentado agredirle, jefe. Si no llega usted a golpearle, a saber lo que habría pasado…

—¿Pérez?

—He visto lo mismo que mi compañero.

—¿Ruiz?

—Menos mal que le ha golpeado. Si no llega a hacerlo, lo mata. Ha sido en defensa propia.

—Hijos de puta… —No cabía más odio en las palabras de César.

—¡Yo he visto cómo ha sido todo! ¡Están mintiendo! ¡Pienso denunciarlos en cuanto lleguemos a Vigo!

—¡Cállate! —Apunté a Cristina, que cerró la boca de golpe, y después disparé al aire. Ninguno de los agentes se inmutó. Lo que yo ignoraba era que Brais se había colocado la mano en la espalda y les había hecho un gesto para que se detuviesen.

—Tú no vas a decir nada porque somos cinco policías contra la palabra de dos ladrones. Como empecemos a cantar, os juro que no salís de prisión. Seguro que les apetece recibir carne fresca. Y más dos ladrones…

—Incluso podríamos falsear un poco el historial —apuntó uno de los agentes. Creo que era Ojea.

—¡Sí, buena idea, Ojea! Buena idea. ¿Pederastia? ¿Tráfico de menores? ¿Alguna paliza a un discapacitado? Eso podría ser una bonita carta de presentación… —Brais se estaba divirtiendo.

—O les podríamos mandar a la zona dura.

—¿La zona dura? —preguntó César con la voz trémula.

—Así llamamos nosotros a los peores módulos de las cárceles. Asesinos, violadores… Todos con delitos de sangre. —Parecía un perro de caza zarandeando un conejo antes de asestarle la dentellada final.

—Habla, César. —Mi tono fue tan suave y armonioso que resquebrajó el duro cristal de la tensión que lo estaba envolviendo. El muchacho se echó a llorar.

—Perdóname, Cris… Es el árbol de A Cantareira. El último de todos.

—¿A Cantareira? —Brais buscó mi conocimiento.

—Es la playa que hay pasada la de Figueiras. ¿Recuerdas que para ir al faro do Peito dudamos sobre si subir primero a esta casa o ir por la playa de Figueiras hasta otra zona donde hay un camping? Ahí es.

—¿Ahí hay una playa? —preguntó uno de los agentes.

—Una muy pequeña. Es la más alejada del embarcadero y apenas hay arena cuando la marea está alta. Es un pequeño secreto de esta isla. Se hizo algo más conocida tras el desastre del Prestige. Allí sí que llegó una buena mancha de chapapote…

—¿Y tan pocos árboles tiene como para enterrar algo allí?

—No. Eso del último árbol es una tontería. Sin la foto no sirve de nada. Lógicamente, es un buen lugar para esconder todo. Si en temporada alta hay poca gente que vaya hasta allí, imagine ahora.

—La foto —pidió Brais, impaciente—. Quiero verla.

—Saque usted mismo el móvil del bolsillo —lo desafió César.

Brais, sin ninguna delicadeza, le dio la vuelta para asegurarse de que seguía con las manos inmovilizadas. Entre los quejidos de César, metió la mano en el bolsillo lateral y sacó el teléfono.

—¿Código de desbloqueo?

—Tres, cinco, quince —dijo Cristina—. Es la fecha en la que nos conocimos.

Ninguno prestó atención al dato. En la galería, Brais encontró alguna captura de pantalla, fotos de coches y motos, las tropecientas mil imágenes que le había tomado a su novia la primera vez que yo hablé con ellos y, cerca del final, dos fotos de un árbol. La primera

era un plano tomado desde Google Maps en vista de pájaro donde se rodeaba un árbol cercano a la playa. La segunda era del mismo árbol, pero mucho más cerca. Seguramente hecha por la persona que había dejado allí la foto. Habían pintado una pequeña X sobre él. Sin la imagen, hubiese sido imposible encontrarlo. Brais lo sabía y yo también.

Le volvió a meter el móvil a César en el bolsillo.

—Lleváoslos ya. A los dos. De vuelta al campamento. Y ojito con hablar con nadie. Los quiero bajo vigilancia estricta en todo momento. Nadie debe tener constancia de que sabemos lo del árbol con el dinero. ¿Oído? —Los agentes asintieron. Después Brais esbozó una sonrisa franca y relajó el gesto—. Gracias, chicos. Os debo una.

Ellos le devolvieron la sonrisa, y yo puse el arma en disposición de su legítimo propietario. Por la manera en la que la arrancó de mis manos, no le había hecho mucha gracia cómo se la había quitado. Faltaba un cuarto agente, el que se había separado con el bolígrafo. Pero Brais no lo llamó. Le hizo un gesto de espera con la mano y lo mantuvo allí.

—¿Y ahora? —Se giró hacia mí con la ilusión brillándole en los ojos. Había recuperado ese fulgor del Brais que conocí. Ágil de mente, fugaz en las decisiones, contundente a la hora de investigar… No se tomaba a broma su trabajo y se lo agradecía. Durante la primera hora que lo conocí, había jugado con él y con Marín. Obviamente, necesitaba saber de qué pie cojeaban. El temor a las represalias por haber mentido, disparado, golpeado… Todo eso pesaba mucho. Necesitaba que comprendieran por qué lo había hecho. No estoy orgullosa de los métodos… y tampoco del resultado, pero había conseguido llegar hasta allí.

Creo que Brais volvía a confiar en mí y creo que yo le estaba devolviendo esa confianza. Quizá después de todo pudiésemos tomar algo por Vigo…

—Oye —dije—, tú… ¿querrías que quedásemos? —Salto de trampolín.

—¿Cuándo?

—Cuando todo termine. Fuera de todo esto.

—Claro que sí. Me encantaría. Pero prométeme que no me tienes más sorpresas preparadas…

Me reí a carcajadas, más por los nervios del sí que por su propia broma. Él hizo lo mismo… Y me pareció que también era por la felicidad de mi propuesta.

—Ya concretaremos, pero antes… ¿Quién nos está grabando?

—Alfonso Barreiro y Marta López.

—¿Por qué?

—Todavía no lo sé, pero lo sabremos. Primero llama a Marín. Preparemos el cebo.

35

De película

En la actualidad

El interior de la casa de techo azul fue la base de operaciones inicial. Allí, un equipo dirigido por Santiago Marín esperaba órdenes.

Mientras el fuego tomaba el horizonte de las Cíes para convertir el cielo en una sombra, nosotros habíamos descendido hasta la caseta del camping de A Cantareira. No había nadie en las tiendas montadas previamente y la casa, blanca y pequeña, estaba vacía.

Brais, seis agentes más y yo estábamos sumidos en una oscuridad total. Solo la rompían la luz de la luna que se colaba por una de las ventanas y alguna linterna ocasional usada por un policía.

La contaminación lumínica no existía, y desde la ventana se apreciaba el firmamento con total nitidez. Las estrellas brillaban en el cielo como puntos blancos colocados estratégicamente sobre el tapiz casi negro. No había pájaros fuera y la temperatura había descendido unos siete u ocho grados. Todos iban con chaqueta. A mí me la había dejado un agente. Allí no había edificios ni nada que hiciese de parapeto al viento.

En el silencio mortecino de la noche, el ruido del mar se oía tan claro que, si cerrabas los ojos (algo peligroso por las horas y el sueño), podías sentirte a bordo de una balsa en mitad del océano.

Brais, que se había colocado una chaqueta gruesa de color granate sobre la camisa de palmeritas, se acercó hasta mí con un vaso de plástico.

—Es agua. Y el vaso lo ha traído Ojea de una de las tiendas…

Creo que se lo ha dado un niño.

—Ignacio Álvarez, sí. Es el que encontró el cuerpo de Ver… De Estefanía Ramírez.

Estábamos junto al marco metálico de la ventana. Mirábamos el exterior con disimulo. Apoyando el hombro sobre la pared y asomando la cabeza de vez en cuando. No se nos veía mucho, y aun así Brais distinguió algo en mí.

—¿Triste, con frío o aterrada?

—De todo un poco. —Bebí—. Supongo que es normal… No me quito de la cabeza que durante todo este tiempo he estado siguiendo la pista de un cuerpo que no era y de que esa mujer está ahí fuera, con un plan para huir que aún no hemos descubierto y habiendo matado a otra persona. He buscado a una asesina cuando tenía la víctima y resulta que la víctima era la asesina. —Miré al suelo con cierta vergüenza—. Me siento engañada.

—Es normal. Como todos. Ninguno de aquí hubiese pensado que se trataba de una treta.

—No, quizá no… Pero supongo que lo primero hubiera sido comprobar el cadáver, después hacer bien los interrogatorios… No sé, cosas de poli.

—Las cosas de poli se aprenden, y los mejores polis también tienen errores, Nora. No te sometas a tanta presión. Tampoco habríamos llegado hasta aquí sin ti. Seguramente, nosotros nos hubiésemos llevado a Estefanía Ramírez y hubiéramos desalojado la isla. Se acabó. Y Verné Dupont habría conseguido escapar. —Estoy casi segura de que lo dijo para tranquilizarme, pero me dio igual.

Levanté la cabeza. La mirada de Brais me embelesaba. Y sé que a él la mía también. Tenía los ojos marrones con un fulgor plateado. La luna se reflejaba en ellos como una veta de plata en una mina profunda y oscura. Media cara estaba iluminada y me ofrecía la mitad de una sonrisa como una bandera blanca de paz en medio de una guerra.

Le correspondí de la misma manera y volví a centrarme en Verné.

—Quizá todo siga dentro del plan y no quería escapar hasta este momento. —Jugueteé con el vaso de plástico ya vacío.

—Eso no tiene sentido, Nora.

—¿Por qué?

—Tú misma lo dijiste. La opción de que siga aquí porque su plan ha fallado es lógica. Creo que es lo que ha pasado…

—Lo sabremos esta noche. Seguro.

Volvió a reinar el silencio. Uno de los agentes se acercó a Brais para preguntarle algo. Este señaló una zona de la playa, asintió un par de veces y explicó con los dedos y las manos cómo debían proceder. Parecía el entrenador de un equipo de fútbol dando instrucciones desde la banda.

Los agentes comprobaron entre ellos que habían entendido todo y dos salieron hacia A Cantareira. Después, Brais pidió a los otros dos compañeros que peinasen las inmediaciones de la casa y se ocultaran. Todos fijaron un canal concreto en unos *walkies* y abandonaron la sala.

Estábamos solos.

—Te he recogido esto del suelo. —Sacó del bolsillo mis pósits rosas y me los ofreció.

—No quiero ni verlos… No me han servido de nada. Tengo una mierda de método.

—¿No te vas a perdonar nunca?

Mi respuesta y también mi vergüenza se manifestaron en un silencio atroz. Brais se guardó los pósits en el bolsillo.

—¿Por qué crees que Alfonso Barreiro y Marta López nos graban? —me preguntó manteniendo sus ojos fijos en los míos otra vez.

—Así saben cada paso que vamos a dar. Me la colaron bien cuando me dieron ese bolígrafo… —Estrujé el vaso de plástico y lo arrojé con rabia contra el suelo—. Así informaban e informan a Verné. Estoy segura de que, si los cazamos y cogemos sus móviles, no tardaremos mucho en ver un buen listado de llamadas al mismo número. Además…, viven cerca del piso del Calvario.

—¿Te lo ha dicho tu amiga? —«Esa amiga con la que has ocultado desde el principio que eras policía», leí entre líneas de su pregunta.

—Me lo ha dicho mi amiga, sí. Aunque también te digo que

gracias a lo del bolígrafo ni tuve que esperar su confirmación.

—Nora… —No parecía muy convencido de si hacerme o no la pregunta—, ¿funcionará todo esto?

—Tengo fe en que sí porque la cogeríamos. No puedo decirte otra cosa. Si esto funciona, se aclara todo: por qué está aquí, por qué el Pailán, por qué no se ha ido… Todo.

—¿Y si ellos son marionetas como lo eran César y Cristina?

—No son marionetas. No tengo dudas.

—¿Por qué?

¿Lo sabía? No. ¿Tenía una certeza? Tampoco. Lo único que me quedaba era una inquebrantable esperanza en que tenía que ir bien. Igual que la tenía en que el plan funcionase. Eso era todo. Una necesidad humana de que las cosas, por una vez, no se torcieran. No más lloros por papá, no más problemas de facturas, no más miradas compasivas de su madre cada vez que iba a casa a por un táper…

Era lo mismo que si Brais me preguntase por qué tenía esperanzas en que la cita iba a salir bien. Simplemente por vivir. Por vivir y ser feliz. Algo que me merecía desde hacía muchos años. No por la necesidad de que alguien me acompañase, sino porque me sentía sola.

El Afortunado de Nombre Normal, mi madre, Anita… Eran tapones para un barco que llevaba demasiado tiempo llenándose de agua… Me ayudaban a achicar, pero necesitaba sentirme querida por alguien. «Querida» en el sentido romántico de la palabra. No «querida» de ver películas de amor y de vivir en mis propias carnes *El diario de Noa*. «Querida» de apoltronarme con alguien el domingo por la tarde con ganas de hibernar en el sofá. «Querida» de que me esperasen en casa. «Querida» de echar un polvo cuando me apeteciera. «Querida» de irme de vacaciones, de adoptar un perro, de tener hijos… ¿Por qué no? Hacía un lustro que había sentido el impulso, pero no era momento ni tenía capacidad económica para ello. Lo asocié a la pérdida de mi padre y lo dejé pasar, pero nunca se había ido del todo. Estaba enterrado bajo láminas y láminas de tristeza. Un deseo ferviente de maternidad al que no permitía ver la luz, pero que era intenso y fuerte… Ahora lo veía. Solo faltaba

alguien que me recordase que estaba ahí.

¿Y todo eso era Brais? Mi cerebro, como en la película *Del revés*, dejó salir todas las emociones de golpe. Ira, felicidad, tristeza… «Que si estás corriendo mucho, Nora. Que si tienes derecho a emocionarte, Nora. Que si por qué coño no iba a salir bien, Nora».

«Callaos ya, *carallo*».

—¿Nora?

—¿Sí?

—Que por qué estás tan segura de que no son marionetas.

—Simplemente lo estoy. Confía en mí, hombre.

Pero ni yo misma confiaba del todo.

—Oye, y lo de salir… —gimió Brais con voz queda—. ¿Dónde te apetecería ir?

—Proponme algo, que yo ya he dado el primer paso —apunté sonriente.

—*Quid pro quo*. Pues no lo sé… ¿En Vigo o en Cangas?

—Pues todo depende del plan, ¿no? Piénsatelo durante esta noche. Ya lo decidiremos.

Nos quedamos en silencio. Un silencio espectral, gélido y terrorífico que se nutría de nuestro miedo a la incomodidad ahora que todo avanzaba. Y la situación contribuía, claro estaba. Fuera no se oía absolutamente nada, y eso me ponía los pelos de punta. Brais miraba por la ventana. Se llevó la mano al bolsillo y sacó el *walkie-talkie* con mucho cuidado. Mantuvo presionado un botón y habló en voz baja, aunque ronca y seca.

—¿Algo?

—Cerca del árbol nada, Brais.

—¿Fuera?

—Todavía nada —le respondieron.

—Mantenedme al tanto. Gracias.

Soltó el botón, y yo me eché a reír.

—¿Qué?

—¿Ya está?

—¿Cómo que ya está?

—¿Nada de «cambio y corto» o «corto y cierro»?

Soltó una carcajada. Así sonaba la felicidad.

—Has visto demasiadas películas.

—Y también me monto muchas en la cabeza, agente Blach.

De nuevo ese silencio, pero… Era diferente. Tenía un aire reconfortante. Como si lo envolviese algo que llevaba esperando desde hacía tiempo.

Brais se olvidó de todo y se lanzó contra mí. Me besó mezclando la delicadeza con lo salvaje. El apremio del principiante con la sutilidad del experto. Fue un beso largo y a la vez corto. Intenso a la par que suave… Noté cómo deslizaba su mano derecha hasta la parte baja de mi espalda y me apretaba contra él. Sentí una descarga de calor por todo el cuerpo y nuestras lenguas se fundieron. Jugaban, desinhibidas, la una con la otra y se entrelazaban en medio de corrientes eléctricas que se trasladaban hasta nuestras partes más íntimas.

Sus manos eran suaves. La que tenía libre me acarició la mejilla con cuidado y mimo. Le olía el aliento a menta fresca por el chicle que le había visto masticando hacía un rato. El vello de la nuca se me había erizado y culminó con un sutil y pícaro mordisquito en el labio inferior que me derritió por completo.

—¡Brais! —Sonó el *walkie*.

«¿En serio?, ¿ahora? Malditos seáis tú y tu ley de mierda, Murphy».

—¿Tenéis algo? —contestó con una naturalidad pasmosa.

—Se acerca alguien.

—Muy bien. Todos en posición. No saltéis hasta que no hayan dejado el dinero o lo que cojones hayan ido a hacer.

Yo estaba agazapada, y él me hizo un gesto para que me agachase aún más. «Adiós al beso salvaje y de película», me dije. Debí de hacer un gesto agrio, porque él se rio tapándose la boca como un niño. Volvió a sonarme a paraíso. Los susurros del *walkie* llenaron la casa como ecos de fantasmas.

—Es una persona, Brais. Un hombre, a juzgar por la silueta.

—Pregúntale si le ven los brazos. —Brais abrió las manos y puso la misma cara que un padre cuando le enseñas a manejar cualquier

aparato tecnológico—. Alfonso Barreiro lleva un brazo completamente tatuado —expliqué.

—¿Le veis los brazos?

—Negativo. Lleva una chaqueta.

—Descríbemelo, Ojea.

—Es alto. Pasará del metro ochenta. Corte de pelo moderno y juraría que bigote, aunque no lo veo del todo bien con tan poca luz. Parece en buena forma.

—Es él, Brais. Seguro. ¿Qué hacemos?

—Esperar, Nora. No nos queda otra. Debemos cogerlo con las manos en la masa.

No fueron más de diez minutos, pero el tiempo pasó tan despacio como cuando estaba en el colegio y me dedicaba a contar las vueltas del segundero del reloj. En el silencio fantasmagórico de la noche isleña, repasé mentalmente todo lo que había vivido en mis Cíes hasta llegar a esa caseta. Hasta encontrarme con un hombre al que deseaba mirando por un pequeño ventanal de marco resplandeciente. Mientras, varios agentes vigilaban las inmediaciones de una de las playas menos conocidas de la isla.

No era, ni mucho menos, el fin de semana de desconexión que había planeado.

Volví al barco. Al baile lento con el que iba alejándose de tierra para acercarse cada vez más a las Cíes. Regresé a su cubierta, amenazada con ser hundida por una tormenta inmisericorde e infravalorada. Sentí de nuevo la serenidad que me llenó al poner un pie en el embarcadero de Rodas… Como cada viaje que hacía, fue mágico. Y, como excepción para romper el sinónimo de que las Cíes y la felicidad van de la mano para mí, toda esa paz duró una noche. Después llegaron los lloros de Ignacio Álvarez y la grotesca visión del cuerpo de una mujer despedazado y a merced de gaviotas carroñeras y salvajes.

Pobre niño… Menuda imagen. Dentro de diez años quizá visite a algún psicólogo, aunque seguramente su cerebro bloquee alguna diapositiva para evitar causarle más daño.

Me vino a la mente su madre y su alcoholismo. El odio con el que

me había mirado… Después fue todo un carrusel: las sospechas hacia Joel y hacia Manuel Ramos, Javier Barrera y su estúpido hijo sin pelos en la lengua para reconocer que venían a matar a Verné, Eduardo Ruiz y esa horrible sensación que sentí tras gritarle a Carmen Novoa… Lo equivocada que estaba con Aurora Guerra y Adrián Arenas. Podría haber detenido al hijo de una de las familias más importantes de Vigo…

Y por supuesto pensé en Anxo Fernández y en Gonzalo Rodríguez. ¿Cómo no hacerlo? Había estado a punto de morir.

«¿Sí? ¿Lo había estado? Claro que sí. Te hubieran matado. De hecho, venían a matar a Verné».

Repasé mentalmente mi huida a la casa de Chuco… También cuando Brais me dijo que Verné no era Verné. La cara de Santiago Marín de «te avisé, *compañeiro*». La foto del Pailán…

Todavía tenía muchas preguntas sin respuesta. Horas de darle vueltas a la cabeza. Horas de tachar nombres de mi cuaderno mental de sospechosos. Horas de agobio… Todo para resolverse en diez minutos.

Volví a mirar a Brais. Él era lo que me llevaba de la isla, claro. Más allá de una experiencia inolvidable:

«Visite las Cíes. Resuelva un asesinato. ¡Vea el cadáver de una mujer devorado por las gaviotas! ¡Reserve ya!».

Imaginé a un locutor de alguna de las radios gallegas que escuchaba mi madre haciendo el anuncio y no pude evitar reírme. La vi ahí, sentada en el sillón de casa donde hacía punto de cruz para entretenerse, con el cuerpo ligeramente ladeado para captar mejor a los locutores de Radio Nove Galicia, RNE, COPE Pontevedra, Radio Galicia… Ellos vendían la experiencia y mi madre asentía satisfecha y me miraba como diciendo: «Tú fuiste la inspiración para el *escape room* más macabro de Galicia, cariño».

Tuve que taparme la boca para que Brais no me escuchase reír, aunque estaba demasiado absorto mirando a través del sucio cristal de la ventana.

Después todo sucedió muy rápido. Si los diez minutos se me hicieron eternos, la secuencia posterior fue fugaz. Primero se

escucharon los gritos, después los golpes y por último ese característico sonido con el que había terminado de contar alguna parte de esta historia, pero que seguía helándome la sangre:

—¿E…? ¿Eso ha sido un disparo?

36

Faroles y trampas

En la actualidad

Salimos de la casa tan rápido como pudimos. Brais me gritaba que me colocase detrás de él. Era lo único que repetía. Tenía el arma desenfundada y apuntaba al frente. Seguíamos a los dos agentes que esperaban en las inmediaciones de la casa para dar el primer aviso si venía alguien.

No pensaba en nada. Solo corría. Movía las piernas como un autómata mientras Brais se giraba de vez en cuando hacia mí para comprobar que seguía ahí. Aunque, sinceramente, creo que podría haber rodado por el suelo y ni se hubiese detenido…

En la playa, a unos cien metros, los gruesos puntos de las linternas se movían con ansia y sin ningún patrón fijo. El humo de la pólvora ya se había disipado, aunque había impregnado el aire de un olor inconfundible. Cuando llegamos hasta la arena de A Cantareira, dos agentes inmovilizaban a Alfonso Barreiro. Había intentado huir en cuanto había detectado la trampa. Un policía había disparado al aire. Otro tenía una bolsa con el dinero en la mano.

El esposado no reparó en mí en un primer momento, así que aproveché para coger a Brais por el brazo después de que bajase la pistola.

—Te lo dije. Es él. —Reprimí un gritito de emoción que me pareció infantil solo con pensarlo.

—Ha funcionado. Enhorabuena. —Guardó el arma en la cartuchera y me puso el puño para que se lo chocara—. Ahora ya

sabes lo que toca.

—El factor sorpresa.

—Te encanta la idea, ¿verdad?

—No lo negaré. Soy como Kevin Spacey en el final de *Seven*. Todo forma parte de un plan maestro.

—Sinceramente… Espero que no seas así. —Después me sonrió. ¿Ya he dicho que era maravilloso verlo sonreír?

Me acerqué hasta Alfonso Barreiro. Brais se quedó algo separado y sacó el teléfono. Sin duda, iba a llamar a Santiago Marín para informarlo de que todo había salido según lo planeado.

Los agentes que retenían al colaborador de Verné Dupont (ya no tenía dudas de ello) estaban al tanto de mi actuación y se separaron un poco. No había necesitado ser tan convincente desde que me jugué la nota de plástica en una obra de teatro escolar. Los policías mantuvieron dos linternas detrás de mí: una apuntando al detenido y otra iluminándome desde el suelo, cerca de Alfonso Barreiro. Eran los focos de mi improvisado escenario. Al sentir el haz de luz alumbrándome en plena clara, supuse que mi imagen era idéntica a la de un narrador cuando relata una historia de miedo en la oscuridad.

—Buena idea lo del bolígrafo con micro… La próxima vez añade algo más útil. —Me metí las manos en los bolsillos, pero dejé los pulgares fuera con chulería.

—Inspectora Pardo… —Alfonso parecía confiado—, ¿cuándo lo descubrió?

—Digamos que lo hice con el tiempo suficiente para que ahora te veas esposado —respondí pensando: «A confianza no vas a ganarme tú, chaval».

—No creo que con eso sea suficiente, si me permite que la baje un poco al suelo.

«¿Guerra? Pues guerra».

—Eso depende, Alfonso. Teniendo en cuenta que César López y Cristina Amil os han descrito con pelos y señales como los que ayudaban a Verné…

—¿Lo saben? —Si estaba sorprendido, no lo expresó.

—¿Que está viva y que todo ha sido un plan desde el principio? Claro, hombre. No sois tan listos. Por cierto, ¿dónde está tu chica?

—¿Cuándo se dio cuenta? Si le puedo preguntar.

—Hace bastante. Sospeché desde el principio que había algo raro en el crimen, pero necesitaba ganar tiempo para que la policía y la forense acudieran a verificarlo.

—Ya… Como farol no es malo.

—¿Farol?

—Detective —«¿Había dicho detective?»—, no olvide que el bolígrafo lleva grabando bastante tiempo… Imagine el escándalo que podría provocar que usted se haya hecho pasar por policía, que haya contado con ayuda de fuera… Ya sabe.

Si hubiese quedado ahí la cosa, probablemente hubiese sabido recomponerme. La improvisación era un don y, al fin y al cabo, llevaba mintiendo desde que había llegado a las Cíes. No me resultaría nada raro volver a hacerlo. Pero no… Tuvo que decirlo.

—Por cierto, lamento mucho la muerte de su padre. Ya se recuperará. —Y sonrió. Igual que había hecho con su anterior frase. Igual que un payaso diabólico.

«Cabrón».

Le propiné una patada en plena cara. Algo crujió cuando la planta de mis botas estalló contra su mandíbula. La cabeza le golpeó el suelo y emitió un desagradable sonido de rotura. Una pincelada roja bañó el cristal brillante de la linterna y cubrió mi imagen con una cortina escarlata. Los agentes me agarraron por los brazos y me apartaron. La policía, una chica joven, morena y de profundos ojos negros, me separó y me recordó que Alfonso solo necesitaba sacarme de quicio para tener razón. Lo comprendí, sí, pero no quería parar de golpearlo, así que tuvieron que mantenerme sujeta.

Desde el suelo, como un demente, Alfonso Barreiro reía mientras se incorporaba con dificultades. El labio ya estaba hinchado y le caía una babilla roja y viscosa. Del lateral de la frente resbalaba un fino trazo carmesí que serpenteaba hasta el lado del labio que no le había partido.

—Parece que he tocado su punto débil, ¿eh? —Su sonrisa

sangrienta apuntó primero hacia mí y después hacia Brais—. Tranquilo. No es lo peor que me han hecho.

—¿Dónde está Verné? —grité—. Sé que está en esta isla. ¡¿DÓNDE ESTÁ?! —Mis aullidos parecían los de un lobo a la luna y la manada llegó con Brais y otros agentes.

—¡Nora!

—¡Qué me soltéis, coño! —Me retorcía, lanzaba patadas al aire y estiraba los brazos. Burlarse de la muerte de mi padre. Hijo de puta —. ¡HIJO DE PUTA! —berreé como una cría humillada y dolida. El Óscar a la peor actuación me lo llevaba de calle. Sin duda.

—¡NORA! —me repitió Brais intentando calmarme.

Yo seguía emitiendo gruñidos sin ningún sentido. Inconexos exabruptos desprovistos de calma y basados únicamente en la furia y el asco que le tenía a ese tío.

—¡VEN AQUÍ! ¡TE VOY A ENSEÑAR A REÍRTE DE LA MUERTE DE MI PADRE, PEDAZO DE CERDO!

—¡FUERA! ¡Lleváosla ya de aquí!

Volví hacia el bosque. Las acacias y eucaliptos se estiraban hacia arriba, como si quisiesen ver mi enfado desde el gallinero del firmamento estrellado. La agente que había intentado calmarme al principio me colocó de espaldas a la escena. Otro de sus compañeros, un tipo grande que me había trasladado hasta allí levantándome como si fuese una pluma, me dejó apoyar por fin los pies en el suelo.

—Se tiene que tranquilizar…

—¡Déjeme volver ahí!

—Nora —la voz de la agente era dulce y aterciopelada, invitaba a la paz—, por favor, escúcheme…

Como una adolescente indignada, giré la cara hacia ella y puse esa expresión agria de «tú no entiendes mis importantes problemas, mamá».

—Entiendo lo que está pasando por su padre. El duelo es normal.

—Oye, no te conozco como para…

—Yo sufrí lo mismo.

Me dejó helada. Me relajé y noté la rabia descender desde mi

garganta y asentarse en mi estómago, como si las mariposas de los nervios hubiesen muerto de repente.

—¿También perdiste a tu padre?

Asintió antes de hablar.

—Cáncer. Seis meses.

—Lo siento… ¿Fue hace mucho?

—Cuatro años. Y todos los días pienso en él, pero no puedo no seguir.

—Yo he seguido… —respondí, aunque sabía que era mentira. Ella también lo sabía.

—No es lo que ha parecido a juzgar por tu reacción con ese tío. —Me sonrió. Era una sonrisa pura y franca. Sincera. Estaba dispuesta a ayudarme y sin conocerme, pero yo no estaba muy segura de querer abrirme.

—No necesito que me cuentes nada, solo que me escuches. Cuando todo esto termine, y terminará, te acompaño un día a ver a la chica que me ayudó. O simplemente te doy su teléfono. Me gustaría ir contigo, porque creo que no irás si no es un poco «obligada». —Cambió el tono en la última palabra y me tocó el hombro en señal de cercanía.

¿Lo necesitaba? Sí, claro. Lo sabía desde hacía tiempo. El problema era que ni quería pagarlo ni era muy amiga de los psicólogos. De hecho, había transformado las terapias en viajes a mis Cíes. Probablemente por eso estaba reaccionando así: estaban mancillando mi lugar de control. Mi zona de confort por excelencia había sido arrasada por un crimen, planes diabólicos, disparos y disputas con narcos… Eso me había sacado de quicio. Aunque, por primera vez, me di cuenta de que el error era pensar que un paisaje podía sustituir a un psicólogo. Acepté.

—Creo que debo ir, sí. —No fue una derrota, sino una revelación.

La policía volvió a sonreírme.

—¿Cómo te llamas? Me has llamado Nora, pero no sé tu nombre…

Me contó que se llamaba Rosa y me prometió que todo pasaría. Insistió en que lo importante era el caso y, divertida, me recordó

que, si era cierto lo que le habían contado sobre mí en la pelea con Gonzalo Rodríguez y Anxo Fernández, era perfectamente capaz de soportar lo que me dijese ese capullo (palabras suyas, no mías. Aunque también lo pensaba).

Volví cerca de Brais y de Alfonso Barreiro. El compinche de Verné repetía una y otra vez que eso iba contra sus derechos, pero nadie le hacía caso.

Brais no demostró emoción alguna al verme. Simplemente parpadeó varias veces y suspiró con algo más de intensidad. El agente grande que me había apartado de allí se colocó detrás de mí y no se movió. Rosa, mi nueva amiga, también estaba cerca, atenta a cualquier movimiento raro que hiciese.

La escena era la misma y nadie había limpiado la linterna manchada con sangre. Le mostré los dientes a Alfonso Barreiro. No puedo decir que fuese una sonrisa.

—Te has creído más listo que yo, pero es al revés.

—Mi cara dice lo contrario, detective. —No iba a contestar a eso, aunque con el rabillo del ojo vi que Brais se tensaba considerablemente.

—Tu cara solo refleja que te merecías una buena hostia por ayudar a una asesina. Nada más. Y, por cierto, ¿cómo te sientes esposado? Porque, hasta donde yo sé, eso no lo preveías. Más teniendo en cuenta la trampita del bolígrafo.

—La trampa les ha salido bien, debo reconocerlo. Supongo que bastó con llamar al compañero del agente Blach y decirle que el operativo para detenerme no iba a ser en A Cantareira, sino en otro sitio.

—¡Premio! Y además te ha tocado pero bien. Detenido, esposado y el premio extra de llevarte un par de leches.

—La denunciaré por esto.

—Hazlo. —Estaba tan confiada que no iba a hacer que me tambaleara—. Me da igual. Denúnciame. Te he pegado yo, no un policía. No abrirán ninguna investigación dentro del cuerpo. Serás tú contando los hechos, y yo explicando por qué sucedió todo. Con policías siendo mis testigos. No tienes las de ganar.

—¿Tampoco las tienen Anxo Fernández y Gonzalo Rodríguez? Por lo que pude oír casi los mata…

—Ellos dispararon primero, Alfonso. Aguza bien el oído. Y, ahora, dime. ¿Dónde está Marta? ¿Está con Verné?

—No tiene nada que ver con esto. Ni siquiera sabe nada… ¿No ve que he venido solo?

Nos gritamos. Cada uno defendía tener la razón, y el espectáculo para los agentes mezclaba la diversión, la vergüenza ajena y, a buen seguro, la incógnita de qué hacía yo allí. Brais intervino.

—Callados. Los dos. Nos llevamos a este tío a Vigo. Ya. Salid con la barca. Lo vamos a interrogar en comisaría.

—¡No, Brais!

—Basta, Nora. Basta. De verdad. Se acabó. Lo que logremos no lo lograremos con él aquí. Ya sabemos que tiene relación con Verné Dupont. Si ella no ha salido antes de esta isla, seguramente no pueda salir ahora. No creo que esté esperando a que nos larguemos. Y detened también a Marta López. Quiero a su pareja con él en comisaría. Sé que saben algo. —Señaló a un agente con el índice—. ¡Vamos, c*arallo*! ¡Lleváoslo!

Los agentes se pusieron en movimiento alzando a Alfonso Barreiro, que seguía en el suelo. Las marcas de sus rodillas en la arena pronto serían borradas por la marea y todo lo que estaba sucediendo allí pasaría a ser un ingrato recuerdo.

En silencio, me coloqué detrás de Rosa. Brais iba comandando la expedición de regreso con el móvil pegado a la oreja.

—Irá hablando con Marín —me tranquilizó la policía. Aunque no sirvió de nada. Putos procedimientos policiales.

Nos dirigíamos hacia el embarcadero de Rodas. Lo que había sido el principio iba a ser el final del viaje. Y antes de tiempo.

Íbamos en procesión, como la Santa Compaña del siglo XXI. Las linternas hacían de antorchas y las almas en pena habían cambiado sus túnicas negras con capucha por relucientes placas colgadas del cuello. El penitente que nos acompañaba no transportaba una cruz que anunciaba nuestra sobrenatural presencia, sino unas esposas que también lo mantenían prisionero.

Esa reunión de ánimas de la que formaba parte atravesaba el bosque de las Cíes como en la leyenda más verosímil. Si alguien nos hubiese visto, probablemente hubiera buscado en su memoria los rituales defensivos que las ancianas de las aldeas enseñaban a sus nietos para protegerse de la Compaña.

Estábamos cerca del embarcadero de Rodas cuando Brais ahogó un «¿¡QUÉ!?» que apenas le brotó de la garganta. Corrió hasta mí y me cogió del brazo con muchísima fuerza.

—¿Qué pasa?

—Han atacado a un agente.

—¿Quién?

—Cabrón… —Miró a Alfonso Barreiro, que, aun con la cara destrozada, sonreía.

Él no era el único que había caído en una trampa.

37

Paños pesados

En la actualidad

Corrí como nunca había corrido. Intenté mantener el mismo ritmo que Brais, pero era prácticamente imposible. Rosa y Ojea, los otros dos agentes, corrían junto a mi compañero y parecían hacerlo sin perderle el ritmo. Yo lo intentaba, juro que sí, pero era imposible que no quedase rezagada. Llegué como pude. No se me ocurre una forma mejor de explicarlo.

Las náuseas me asaltaron de golpe, junto al flato, el ardor en el pecho y la horrible sensación de que me ahogaba. Ni siquiera cuando estaba muerta de miedo delante de Gonzalo o de Anxo me había sentido así. Menos mal que habíamos llegado. O paraba o me desmayaba. No había otra opción. Y suficientes problemas tenía ya Brais como para estar pendiente de mí.

Primero dejamos a la izquierda el embarcadero de Rodas. Había algo diferente en la última imagen que había visto cuando salí de allí con Brais hacía unas horas, aunque no supe qué. Después cruzamos por la pasarela del lago dos Nenos. Ahí ya veía a Brais, Rosa y Ojea a unos veinte metros por delante de mí.

El lago, ajeno a lo que estábamos viviendo, lucía una calma casi absoluta. El agua se balanceaba con un movimiento suave, con el mismo mimo que una madre mece la cuna de su hijo. Parecía totalmente indiferente a las cuatro personas que atravesaban la pasarela al límite de sus fuerzas (al menos, así era mi caso).

Cuando llegué al camping y me detuve, ya estaba mareada. Tuve que sentarme en una roca, y Carmen Novoa se acercó a mí con una

botella de agua. Todos estaban fuera de sus tiendas. Al lado de la de Alfonso Barreiro y Marta López, un agente permanecía tumbado boca arriba, con cara de dolor y un pequeño deje de culpabilidad en el gesto. Le manaba sangre de la cabeza.

—La chica pelirroja le ha atizado con algo. Hemos escuchado gritos, después una especie de gruñido de dolor y, cuando hemos salido, ya estaba corriendo —me explicó Carmen, voluntariosa.

Brais, Rosa, Ojea, otros dos agentes y Santiago Marín rodeaban al chico. Separados por unos tres metros, varias de las personas a las que había interrogado hacía unas horas ponían cara de circunstancias, aunque, sin duda, el morbo era mejor que quedarse tranquilitos en sus tiendas.

Me llamó la atención que Ignacio Álvarez no mirase el bulto, sino a mí. Con cara de preocupación, debo decir. Levanté el pulgar como sinónimo de tranquilidad y torcí la boca a la izquierda. Fue la forma más parecida de recrear una sonrisa. Me devolvió el gesto y se giró hacia su madre antes de señalar la tienda. No quería estar allí. Me sorprendió que Julia Álvarez le hiciese caso y lo llevase dentro.

—Carmen. —Bebí un largo trago de la botella—. ¿Ha visto dónde iba la chica?

—No. Hemos salido tarde. Aunque los gritos… No eran de hombre y de mujer.

—¿Cómo que no…?, ¿no eran el agente y Marta López discutiendo?

Carmen Novoa no se había acercado a mí para darme agua. Me dio un paño. La miré extrañada. Vi la impaciencia en sus ojos y lo cogí. Pesaba mucho. Pesaba como…

Fruncí el ceño. Ella asintió y me tomó las manos igual que había hecho la vez en que yo le había gritado.

—¿Quién es Marta López? —dijo como si no le importase nada haberme dado la pistola de Anxo y Gonzalo que yo misma había guardado anteriormente en mi tienda.

—La chica pelirroja.

—¡Ah! No sé si era ella o no, pero parecía discutir con otra mujer.

«¿Otra mujer? Joder, ya estamos otra vez con los misterios».

—Yo sé con quién discutía…

Adrián Arenas, el rico heredero vigués, salió de detrás de Eduardo Ruiz y del hijo de Javier Barrera. Se colocó delante de mí y agachó la cabeza. Mala señal.

—Se ha llevado a Aurora.

38

Aguas negras

En la actualidad

En cuestión de segundos, y gracias a Adrián Arenas, entendí qué era lo diferente que había visto en el embarcadero de Rodas: faltaba una lancha policial.

De nuevo a correr.

Brais, Marín y yo volvimos lo más rápido que pudimos al embarcadero y nos subimos a una lancha. La pareja de policías tuvo sus más y sus menos sobre mi presencia (obviamente, Brais me quería y Marín no), pero se solucionó argumentando que mis conocimientos de las islas eran necesarios para atravesar el canal Freu do Porta y arribar en la isla Sur. Bueno, con eso y con que no podían perder tiempo en discutir.

En medio del mar y con el sonido del motor rugiendo a mi espalda, la oscuridad era total salvo por el foco que alumbraba la negrura del océano. Íbamos a toda velocidad, en mitad de la noche y atravesando las olas como descerebrados. Yo solo pensaba en la cantidad de tesoros que habría bajo esas aguas y en lo pronto que podría verlos de cerca a tenor del manejo de Brais… Decían que incluso el Santo Cristo de Maracaibo, el galeón remolcado por los ingleses tras la batalla de Rande, había naufragado allí dejando en el fondo del mar un tesoro prácticamente incalculable… ¿Llegaría a tocar el tesoro de Rande con mis propias manos?

Si seguían navegando así… Como cuando atraviesas un pasillo oscuro y brotan todas las escenas de películas de terror, me vinieron a la cabeza los nombres de los peores naufragios de las islas:

Marbel, 1978, veintisiete desaparecidos; Ave del Mar, 1956, veintiséis muertos; Aralar, 1949, trece fallecidos…

Solo de pensarlo tenía escalofríos. Aunque esa no era la única razón por la que todos esos marineros muertos me rondaban la mente. Me imaginaba la sensación del naufragio… El agua helada, el fondo negro, las corrientes sinuosas y falsas arrastrándome irremediablemente hacia las rocas o hacia el estómago de un océano impredecible y cruel. Sentía el líquido gélido llenándome los pulmones hasta que respirar se hacía imposible…

Decían las leyendas que en el extremo más alejado de la isla de Monteagudo, cerca del faro do Peito, había un bergantín fantasma que naufragó siglos atrás por la Cova dos Pesos. El escritor José María Castroviejo narró cómo él mismo había visto el barco fantasma y escuchado los gritos desgarradores de los marineros y del capitán.

Creo que en ese momento prefería ser capturada por un barco fantasma a tener que vivir un naufragio. Tenía que ser desolador. Más aún tratándose de embarcaciones pequeñas o de marineros que acuden prácticamente solos. Las probabilidades de sobrevivir…

«Sobrevivir. Solos».

«Sobrevivir. Solos».

«¡Boh, qué *carallo*!».

Saqué el teléfono a toda prisa. Brais iba recto, Marín hablaba por el móvil con Rosa, la policía, y yo casi me caigo por la borda de los nervios. Afortunadamente, el agente más veterano estiró el brazo y evitó que me quedase sola en medio del Atlántico, a merced de las profundidades abisales y de sus criaturas. Lovecraft, su Cthulhu y otros seres marinos (que en mi imaginación hubiesen existido en cuanto tocase el agua) podrían haberme devorado sin problemas. Musité un entrecortado «gracias», aunque en realidad hubiese besado a Marín. Él ni se inmutó. Marqué el número de Anita. Tardó cuatro tonos en cogerme.

—Nora, ¿tú sabes qué hora es? —Tenía la voz del que acaba de despertar. Se le pasó de pronto. Creo que al escuchar el ruido de la lancha—. ¿Va todo bien?

—Anita, escúchame. Cuando te llamé una de las primeras veces estabas viendo un naufragio por la tele.

—Por favor, no me digas que me has llamado para eso…

No le presté ni la más mínima atención.

—¿Dónde naufragó?

—¿Qué? ¡No te oigo nada!

—¿DÓNDE NAUFRAGÓ? —repetí gritando.

—Pues…, joder, Nora…

—¡QUE DÓNDE NAUFRAGÓ, ANITA! —grité impaciente y fuera de mí.

—¡Entre Baiona y la isla Sur! Pero no grites, coño. Salió a faenar y…

—No salió a faenar, Anita. Salió a por Verné Dupont.

—¿Qué? ¿Qué dices? —Santiago Marín y Brais también me miraron. Yo le di un golpe en el hombro a Brais para que mirase al frente. Cerca de la isla Sur ya distinguíamos la luz de una lancha rompiendo las tinieblas. Nos acercábamos.

—¿Sabes cómo se llama el marinero?, ¿el que murió?

—No te he escuchado del todo. Creo que me has preguntado por el marinero: Paulo Ruiz.

—Me juego dinero a que ese tío era la vía de escape de Verné Dupont. Anita —grité para que me escuchase lo mejor posible—, necesito saber si ese marinero salió a faenar por la misma zona el día antes de naufragar. Y si iba en un barco pesquero. Tengo una idea.

—Oye, pero ¿tú sabes qué hora es o no?

—Anita, ahora mismo estoy en una lancha policial, completamente a oscuras y a toda velocidad hacia la isla Sur. Date prisa. —Colgué.

—¿Ha descubierto algo? —me preguntó Marín. Él también había colgado.

—Eso creo. ¿Y usted?

—También. Brais, ¿me escuchas?

—¡Habla! —gritó elevando su voz por encima del motor.

—Una agente está con Adrián Arenas. Parece que tanto él como

su chica, la que ha secuestrado Marta López…

—Aurora Guerra —apunté.

—Esa, sí. —No le importó ni lo más mínimo no recordar el nombre—. Parece ser que estaban coaccionados por Verné Dupont.

—¿Coaccionados? —pregunté—. ¿Para qué?

—Verné Dupont conocía el pasado de Aurora Guerra. Había sido prostituta en Barcelona y los chantajeaba con revelarlo a la familia de Adrián Arenas. Ya sabes la importancia de esa familia en Vigo…

—¡Lo sabía!

—¿Qué? —Marín agitó ligeramente la cabeza sin comprender.

—¡¿Lo ves, Brais?! ¡Te dije que tenían esa relación!, ¡te lo dije!

—¿Cuándo lo dijo? —Marín se echó más hacia delante y miró a Brais, como diciendo «esto no me lo habías contado».

El improvisado piloto de lanchas habló alzando el tono como lo había hecho antes:

—Nora creía que Aurora Guerra y Adrián Arenas habían matado a Verné Dupont. Su móvil era precisamente ese: que Verné los había amenazado con contarle todo a la familia de Adrián.

—Bueno, eso es como si yo digo que Aspas va a marcar gol en la próxima jornada —se mofó Marín—. Es algo que no se sabe con seguridad, pero casi seguro que aciertas.

—Pues entonces tendrías que haberlo dicho tú antes, ¿no, Marín? —repliqué.

—Por favor, ya. Parecéis dos niños. ¿Por qué se ha llevado a Aurora Guerra, Santi?

—¿Sinceramente? Creo que se ha equivocado. Sabía que íbamos a ir detrás de ella, así que la quiere de salvoconducto…

—Joder, eso complica…

—¡CUIDADO! —lancé un chillido agudo y desorbitado.

El motor bramó cuando Brais trazó una curva interior para evitar las rocas que nacían cerca de la Illa dos Viños. Era un simple islote ubicado frente a Nosa Señora ó Carracido. Un montón de piedras con un montón de gaviotas que sin duda hubieran dado buena cuenta de nuestros cadáveres si no hubiese pegado semejante volantazo.

Caí al suelo, pero esta vez fui yo quien agarró una pantorrilla de Marín para que no se precipitase al agua. Con el pánico en el rostro, me dedicó un tímido asentimiento que interpreté como un «gracias» y se levantó con cautela.

—¡Joder, no se ve nada! ¿Estáis bien? —preguntó Brais.

—Los dos bien —respondió Marín—. Creo que ahora Nora iba a contarnos su nueva teoría. —Nada como salvarle la vida a alguien para que te tome en serio.

Vi parpadear a lo lejos las luces de varios faros. Era la primera vez que estaba en el mar con la noche cerrada. De nuevo me asaltó el miedo al naufragio. Me aterró pensar en la pobre gente de las películas que se queda a la deriva en mitad del océano. Antes de nada, y para ganar tiempo, me coloqué cerca de Brais para que me escuchase y señalé hacia delante.

—Cuando veas la playa, continúa recto durante un minuto. Verás el muelle. Está cerca de Punta da Xesteira.

—No sé dónde está eso —gritó.

—Da igual, tú sigue. Seguro que Marta López ha desembarcado allí. No se puede sin autorización, pero no creo que a estas alturas eso le preocupe mucho… La otra opción es soltarlo en mitad de la playa de San Martiño. No creo que se la haya jugado a eso. No controlará la profundidad.

—Cuéntanos lo que sabes —pidió Brais como respuesta.

—Creo que Verné Dupont trajo el cadáver de Estefanía Ramírez en el mismo barco con el que iba a escapar. La mató y con la ayuda de un marinero llamado Paulo Ruiz la trajo hasta aquí…

—La huella —saltó Brais.

—¡La huella de la casa de la contable!, ¡es verdad! —clamó también Marín—. ¡Joder, seguro que era de ese tío!

Yo solo asentí hasta que Brais me hizo un gesto para que siguiese.

—Verné llevó a la contable del Pailán a puerto y allí, ella y el marinero metieron el cadáver en el barco pesquero. No creo que a nadie le pareciese raro que las gaviotas sobrevolasen una embarcación con pescado. Seguramente la cubriría con él. Por eso se lanzaron a por el cuerpo en cuanto lo dejó en la playa.

—¿Y dónde lo ocultó mientras esperaba para sacarlo?

—Eso no lo sé. Tendrá que decírnoslo ella.

—¿Por qué piensas lo del barco que la ayudó? —quiso saber Marín.

—Busca en *La Gaceta de Vigo*. Un marinero murió la pasada noche…

—Faenando cerca de la isla Sur. Sí, recuerdo haberlo leído —aseguró el mayor de los policías—. Pensé que solo a un imbécil se le ocurriría salir a faenar con el mar así.

—Solo que, más que un imbécil, estaría comprado por Verné. Supongo que le pagaría mucha pasta y no le quedó más remedio. Como él naufragó, nuestra amiga francesa se quedó atrapada en la isla y tuvo que buscar un plan alternativo para salir de aquí —repetí.

—Marín —pidió Brais—, manda un mensaje a Ojea. Que averigüen todo lo posible de ese tipo, el tal Paulo Ruiz. A ver si hay grabaciones de cámaras o algo así cerca del puerto y podemos ver algo. —Después soltó una mano del pequeño volante y enumeró usando los dedos—. Entonces solo nos quedan por resolver qué *carallo* tiene que ver el Pailán en todo esto, qué relación une a Verné Dupont con Alfonso Barreiro y Marta López, por qué mató a Estefanía Ramírez y qué hizo con su cadáver antes de dejarlo en la playa.

—Y lo más importante —apuntó Marín mientras tecleaba a toda velocidad siguiendo las órdenes de Brais—: poner ese culo francés entre rejas.

La lancha rugió aún más y volamos sobre las aguas negras.

39

Lazos

En la actualidad

La playa de San Martiño nos daba la bienvenida a nuestra derecha. Su forma era aconchada, y la arena blanca parecía un lienzo de incalculable valor tapado por una lona oscura. Mientras surcábamos las aguas a toda velocidad, no pude evitar mirar a mi derecha y contemplar, muy lejos, las luces que llegaban desde Vigo.

Las tinieblas que cubren la isla Sur no permiten ver su paisaje con claridad. Yo solo lo conozco de una visita y mi recuerdo es el de una isla que, gracias a Dios o a quien sea, se mantiene casi virgen de visitantes. A la playa solo puede accederse mediante un barco privado. Mi único paseo por la isla Sur también fue a mediados de septiembre, aunque ya hace años. En la temporada más baja que recuerdo. De hecho, durante una hora, mi hermano, su ex y yo tuvimos la playa para nosotros.

Los padres de ella tenían una pequeña embarcación, así que nos fuimos hasta la isla Sur en un plan que no me disgustó en absoluto. Me encantaba esa chica para Miguel. Daniela se llamaba. Rubia, ojos claros, abogada… No es por ser bruja, pero me parecía hasta demasiado para el Afortunado de Nombre Normal.

Pasamos una mañana de fábula. Salimos muy temprano, no serían más de las diez de la mañana cuando mis pies tocaron por primera vez el blanco arenal de una playa hasta ese momento desconocida. La sensación fue indescriptible. Recuerdo que me embargó una alegría que jamás había experimentado. Durante esa pequeña fracción de segundo me tembló el cuerpo. La muerte de papá se

antojaba lejana (y solo habían pasado tres años) y mis dudas sobre ser o no policía desaparecieron.

Durante una media hora dejé solos a los tortolitos para que retozasen un poco en la fina arena y me fui a explorar. La casa del vigilante, otra vallada y con un cartel de prohibido el paso, las ruinas de la vieja fábrica de salazón (se construyó una en cada isla en 1840), el Muiño do Limpiño (del que quedaba una torre y la piedra durmiente), algunas trampas para visones que esquivé con sumo cuidado y el faro dos Bicos. La punta más alta de la isla Sur: ciento setenta y cinco metros sobre el nivel del mar.

Cuando regresé a la playa atravesando los senderos arbolados dignos del bosque de una película del medievo, mi hermano y Daniela estaban tumbados en la arena como dos pastelitos empalagosos…, pero ya no estaban solos. Al menos había diez personas más en la playa. Comparado con Rodas solo un pensamiento me sobrevino a la cabeza: quiero vivir aquí.

Y ahora, casi siete años después, estaba adentrándome en esa isla en plena noche persiguiendo a una asesina y con el miedo y el valor mezclándose como una pócima alquímica dentro de mí. Aunque, bien mirado, si me hubiese quedado a vivir, me hubiese ahorrado esta odisea de viaje…

De nuevo, el sonido que más había escuchado en este último día y medio llenó la oscuridad. Los tres agachamos la cabeza al oír el disparo.

—*Merda* —masticó Brais entre dientes—. ¿Cuánto queda, Nora?

—Unos doscientos metros. Aprieta.

—Va al máximo… —se resignó el policía.

Marín se incorporó con lentitud e hizo la pregunta que nadie quería hacer.

—¿A quién ha podido disparar?

—Aurora —apunté.

—*Merda* —repitió Brais—. Marín…

—Sí, sí —terminó la frase—. Refuerzos.

—¿Sabéis que ya hubo un asesinato en las Cíes? También se llevaron al agresor al día siguiente…

—¿Es necesaria la historia? —preguntó Marín de mala gana.

Me callé. Ciertamente, quizá no era el mejor momento. Aunque me pareció que Brais sonreía.

Nuestra embarcación aminoró la velocidad cuando se acercó al puerto de San Martiño. No había apenas luz, pero, tal como había previsto, la lancha policial usada por Marta López ya estaba atracada en el muelle. Brais dejó la nuestra justo al lado.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—¿Cómo que qué hacemos? —respondió Marín—. Pues ir a por ella. ¿Qué c*arallo* vamos a hacer?

—Corremos el peligro de que se oculte o rodee la isla —contraataqué.

—Eso no será así porque se ha llevado a una rehén y supongo que entenderá que no está para planes. Es una huida en toda regla. Sin más.

—Entonces podemos esperarla en el barco. —Me revolví imitando el mismo tono de marisabidillo que había puesto Marín. A la mierda la cordialidad tras salvarnos mutuamente de caer al agua.

—No podemos esperar. Tiene a Aurora Guerra y hemos escuchado un disparo… Tenemos que ir a por ella.

Brais y Marín bajaron de la lancha. Las tablas de madera crujieron en cuanto pusieron los pies en el espigón. Yo pedí a Brais una linterna y me agaché cerca del motor.

—¿Qué haces? —siseó Marín.

—Evitar que vuelvan a escapar —respondí mientras cortaba el tubo de la gasolina con mi pequeño cuchillo de fruta. Al final ese pequeñín sí iba a servirme de algo.

Bajé de la lancha, le di la linterna a Brais y le pedí que iluminase el motor. El haz de la linterna hizo brillar el metal negro del motor. Corté el segundo tubo en varios movimientos. Brais me ayudó a salir tendiéndome la mano. Y me encantó, para qué negarlo.

Atravesamos el embarcadero a oscuras. Las rocas, cuadradas y pulidas por los continuos embates del agua, se amontonaban en los laterales. El líquido, ahora negro, se filtraba entre sus grietas envolviéndolo todo en un sonido misterioso y ahogado. Si

mirábamos más allá de ellas, solo se confirmaba lo prácticamente inhóspito del lugar con acantilados tenebrosos y sin ningún rastro de vida.

Nuestra marcha era cautelosa, pero no lenta. Marín iba delante, con la pistola desenfundada y moviéndose más rápido que Brais, que permanecía en segunda posición. Miraban a todos lados mientras las linternas apuntaban al frente.

Yo iba uno o dos metros por detrás de ellos. Lo necesario para poder sacar la pistola sin que se percatasen.

Brais movió la cabeza a la derecha, en dirección a la casa propiedad de la Xunta que yo había mencionado. Marín asintió. Sobre nosotros, un manto de estrellas abrigaba la noche en las islas y el único sonido que se escuchaba, además de nuestros cuidadosos pasos, era el del mar batiendo suavemente contra las rocas.

—¿Llevas un arma? —Brais, sorprendido, me lanzó la pregunta, pero no despegó la vista del frente.

—Obvio que llevo un arma. ¿Quieres que esa loca me pille sin posibilidad de defenderme?

Marín alzó el puño y nos detuvimos. La luz de su linterna enfocó las gotas de sangre que marcaban un caminito hacia una caseta que había a nuestra derecha justo al terminar el espigón.

Era un edificio hecho de piedra y con el tejado naranja. Algunas zonas de la fachada tenían liquen y la puerta era azul, aunque el tiempo se había comido parte de la pintura. Había una pequeña ventana en el lateral más pegado al sendero. Por el tipo de construcción, intuí que se trataba de un almacén.

Marín se acercó hasta la puerta. Antes de llamar, se percató de los puntos de sangre en el suelo. Tocó la puerta y en un tono prácticamente inaudible dijo:

—Policía, abra.

—A ver si puedes decirlo más bajito —dije con guasa.

—En serio, Brais. ¿Qué coño hace aquí esta tía?

Ya no sonrió. Volvió a decir «policía» (un poco más alto) y esperó. Esta vez, con la oreja pegada a la puerta. Hizo un gesto a Brais para que se acercase y cogió el manillar con un cuidado reverencial,

como si le fuese a quemar. Estaba abierta y chirrió al empujarla.

Después todo volvió a quedarse sumido en un silencio tan asfixiante que casi me pareció oír los tres corazones latiendo a la vez. Nos adentrábamos en la boca del lobo.

El interior de la caseta estaba lleno de bártulos: remos, un kayak tirado de cualquier manera sobre una pared, leña, un hacha pequeña y una grande, botellas viejas, cubos, cuerdas… y bidones. Olía demasiado a gasolina. De hecho, y por primera vez en mi vida, hasta me incomodó el olor. A mí, que cuando repostaba con mi padre aspiraba hasta que prácticamente me faltaba el aire.

Fuimos dando pasos cortos y medidos, rasgando la penumbra con la luz de las linternas. El polvo flotaba en el aire. El haz de Marín reveló dos zapatillas deportivas que yo ya había visto antes: Aurora Guerra yacía en el suelo con la sangre empapándole el pelo. El charco carmesí tenía unas dimensiones considerables. Marín se agachó y le midió el pulso en el cuello.

—Solo está inconsciente… Pero, con la sangre que está perdiendo, o la sacamos rápido o se queda seca.

—Tranquilo, los demás no tardarán en lleg… —Brais no pudo terminar la frase.

Un portazo tremendo nos sobresaltó. Los dos policías levantaron las armas apuntando a la puerta con los antebrazos tensos y firmes. ¿Había sido el viento? Si casi no lo habíamos notado antes… El corazón me latía en los oídos.

No llegamos a caminar hacia la salida. El cristal de la ventana estalló con violencia. Los tres retrocedimos de inmediato cuando asomó el cañón de una pistola y disparó contra el suelo. El fogonazo provocó que una luz tibia brotase del suelo. Al principio era diminuta. Una chispa en las tinieblas, pero pronto creció y creció… hasta que las llamas empezaron a extenderse sin control.

—¡La gasolina!—chillé—. ¡Por eso olía tanto! ¡Nos ha tendido una trampa!

Brais corrió hasta la puerta, agarró el manillar y lo agitó con frenesí, pero no se abrió.

—¡Esa zorra nos ha encerrado! —Brais cargó contra la puerta con

vehemencia. No logró abrirla ni con el hombro ni a patadas. Estábamos atrapados.

Me puse a dar vueltas por la casa como una loca buscando una escapatoria. El humo no paraba de crecer y las llamas también. Si no hacíamos algo pronto, solo iban a encontrar cuatro cuerpos carbonizados.

No soy claustrofóbica, pero reconozco que en ese momento sentí que las paredes de la casa se juntaban. La habitación me parecía más pequeña y el suelo se alzaba sin control hacia el techo con la única intención de aplastarme.

Éramos animales esperando la muerte. Seres involucionados donde el instinto de supervivencia primaba por encima de cualquier cosa. Necesitaba pensar…, pero alguien ya lo había hecho por mí: la sombra gigantesca de Marín se alzó a mi lado. El veterano policía me apartó de un empentón y me tiró al suelo. Escuché gritos en la lejanía, agónicos y desgarradores. ¿Habría matado a alguien más Verné?

Ajeno a mis dudas, Marín descargó un violento hachazo contra la puerta. Primero gruñó como un animal (involucionado). Después chilló. A cada golpe lo acompañaba de un aullido de dolor. Yo lo miraba desde el suelo, inmóvil de puro terror. El violento Jack Torrance, con la mandíbula desencajada y las gotas de sudor y saliva mezclándose en un aire cada vez más negro y denso, redujo la puerta a astillas de manera salvaje.

Después tiró el hacha, las llamas iluminaron las palmas de las manos al rojo vivo y llenas de heridas.

—¡SALID! —Su voz fue un trueno.

Brais agarró su pistola, me levantó del suelo y me empujó fuera de la caseta. Antes de escapar, retrocedí un segundo para coger la pistola de Marín. Llegué de milagro, porque Brais me tiró del brazo para que echase a correr. Me resistí, ya con el arma en la mano.

—¡Marín!, ¡Marín!

—¡Va a sacar a Aurora y ya vienen los refuerzos! ¡VAMOS A POR VERNÉ! —Las lanchas policiales se dirigían al embarcadero a toda velocidad. Al verlas me di cuenta de que los gritos que había

escuchado en la caseta no eran de policías heridos ni porque Verné hubiese disparado a otra persona.

—Se han dado cuenta de que he cortado los cables de gasolina —lo dije mirando al suelo porque…

Brais me agarró de los laterales de la cabeza.

«Si había gritado así era porque su plan se había ido al traste…».

Y me besó la frente con fuerza.

«De modo que ahora Verné está improvisando…».

Después me animó:

—Vamos, Nora. La tienes. Sé que la tienes. —Pero yo no escuché su voz.

«No podía ir a la playa de San Martiño porque los policías habrían cruzado al arenal para interceptarla. Solo le quedaba una opción…».

Escuché una voz que decía: «Vamos, mini-Poirot. La tienes. Sé que la tienes».

—¡Solo puede huir hacia arriba! Está en el faro… ¡Ha huido hacia arriba buscando una salida, papá!

—¿Papá?

«Vaya éxito del subconsciente, Leonora».

Omití la explicación con un tirón de brazo y eché a correr hacia el faro sur con Brais. El resto de los agentes ya corría por el embarcadero, y Marín sacaba a Aurora Guerra cogiéndola por debajo de las axilas. Después se derrumbó. El muy bruto nos había salvado.

Sonreí antes de iniciar el ascenso.

La algarabía fue perdiéndose mientras nos fundíamos con la espesura de una isla prácticamente salvaje. Seguimos el sendero ayudados por la luz plateada con la que la luna nos abrigaba. Las pistolas iban antes que nosotros en un avance muy digno en Brais y muy indigno en mí. Creo que, en mi mente desentrenada en esos aspectos, aún veía todo eso como un juego. Brais, por su parte, caminaba con la seguridad de quien ha hecho esos movimientos cientos de veces… y que es consciente del peligro real que supone.

—Brais…

—No hables. —Fue tan tajante e imperativo que cerré el pico, concentrándome en lo que tenía por delante.

Caminamos así durante diez minutos hasta que vimos a lo lejos el faro sur. La punta de la torre era de un color rojo sangre para avisar a los barcos provenientes de Portugal. Me dio escalofríos y no pude quitarme la imagen del charco de sangre que rodeaba la cabeza de Aurora hasta que llegamos al faro. Me pesaba muchísimo la cabeza y también el cuerpo.

De la misma forma que cuando logramos dar con la casa de tejado azul al buscar a César López y Cristina Amil, Brais me indicó que mantuviese el arma de frente mientras él apuntaba hacia lo alto del faro. Cuando llegamos la puerta estaba abierta.

—Otra trampa… —lo murmuré tan bajo que dudé si Brais me había escuchado.

—No te muevas de aquí. Y, si oyes disparos, cierra. Que no escapen —siseó con suavidad.

Iba a replicar, pero, antes de que pudiera hacerlo, se acercó y me dio un tierno beso en los labios. Fue tan efímero como el de una pareja con más de diez años de relación, como si fuéramos novios de toda la vida.

Luego inspiró, contó hasta tres y entró al faro. Lo vi ascender por las escaleras negras hasta que las sombras se lo tragaron… y una parte de mí se fue con él.

Entre mis nervios y mi impaciencia, no hicieron falta más de diez segundos para descubrir una maldita pregunta rebotando por el salvapantallas que era mi cerebro en ese momento.

«¿Y si yo también subo?».

«No, Brais me ha dicho…».

«¡A la mierda lo que me ha dicho! Son dos contra uno… No lo voy a dejar solo».

Me dejé arrastrar por las sombras, tal y como le había visto hacer, e inicié el ascenso. Tenía la sensación de que por cada peldaño estaba más cerca de la verdad… y a la vez más lejos. Estaba a punto de resolver un crimen que nunca fue y de jugarme la vida por una persona por la que merecía la pena apostar. Me lo decían las tripas.

O quizá la idealización del amor que había leído en tantas novelas y que estaba haciendo que me enamorase de alguien mientras nos jugábamos la vida, como si yo misma fuese el personaje de un libro.

Repasé los pósits rosas mentalmente, todo lo que había anotado, todo lo que había ido descubriendo… Todo se vio interrumpido por la horrorosa visión de Brais encañonado. La luz tibia y grisácea de la luna entraba por la linterna del faro sur convirtiendo a Brais en un espectro. Un mal augurio, dado que Verné y Marta López lo apuntaban con firmeza. Solo algo había salvado a Brais de momento: no había tirado el arma al suelo.

Verné Dupont fijó sus ojos fríos y gélidos en mí y me habló sin apartar la vista de mi compañero.

—¡Vaya, tenemos compañía! Mira qué bien. —Tenía el acento muy marcado. Era tal y como la recordaba del barco: delgada, rubia, ojos muy azules y asquerosamente guapa. Incluso con esas ojeras tan marcadas y ese pelo alocado que le daban un aire salvaje y que a mí me hubieran hecho pasar por un despojo humano de resaca. En un movimiento lento y medido, la francesa cambió el objetivo de su arma—. Usted no lleva placa… ¿Es Nora?

Asentí mientras ascendía los últimos peldaños.

—Encantada de conocerla. La he escuchado mucho a través del micrófono que le regalaron Alfonso y Marta.

Gruñí mientras terminaba de colocarme al lado de Brais. Evitó mirarme, pero sé que por dentro estaba recordando a mis antepasados profundamente.

—Y lamento lo de su padre, por cierto.

Cargué el peso en una de las piernas, dispuesta a atacar, pero una mano invisible me impidió hacerlo. No iba a repetir el error que cometí con Alfonso Barreiro. En este caso hubiera sido un suicidio. Permanecí quieta y no abrí la boca.

—Bajen las armas —pidió Brais intentando aparentar control.

—No vamos a bajarlas hasta que no nos deis una lancha —exigió Marta López.

—No tiene nada que hacer. Los refuerzos están llegando, especialmente gracias al incendio. Nos ha dado tiempo a avisar de

que subían hacia aquí —mentí vilmente.

—*Imbécile*. —Verné se giró hacia Marta López—. *Tu attires d'abord leur attention et ensuite tu me contredis sur le chemin du retour. Nous nous sommes fait prendre à cause de vous.*

—*Ne m'insultes pas. Tout ça à cause de ton putain de plan.*

—La verdad es que creo que tiene más razón Verné, Marta. Una cagada detrás de otra. —Sonreí. Brais alucinó como si hubiera visto una aparición.

—¿Habla francés? —preguntó Verné con una sonrisa de sorpresa y asco.

—No perfecto, pero sí bastante bien. Fui una niña aplicada en el colegio. Le ha dicho a ella —señalé a Marta con el cañón del arma — que es imbécil y que las hemos pillado por su culpa. Primero por el incendio y después por no hacerle caso en lo de coger el camino correcto.

—¡Ah! Pues entonces sí. Ya sabe, Dios los cría… —se burló Brais. Se le estaban pegando costumbres de Marín.

—Tengo el ejemplo delante, tranquilo.

«Al final no va a caerme tan mal la francesa esta».

—Y Marta le ha dicho que todo esto era por su plan de mierda. —Hice una pausa teatral—. Verné —dije tuteándola—, ya has llegado hasta aquí… ¿Por qué no dejas que ella se largue? —Miré a Marta López—. ¿Vas a hacerle esto a alguien de tu propia sangre?

—¿Có…?

Brais tuvo que hacer un esfuerzo inhumano para no girarse.

—Los detectives, Verné, nos dedicamos a las deducciones. Sé perfectamente que naciste sola y pobre. Debajo de un puente, pero ¿por qué trasladarse a Barcelona? Llevo rumiando esa idea desde que Manuel Ramos y Joel me hablaron de ti. No paraba de darle vueltas.

—*Cochons.* —Escupió al suelo.

—Sí, seguramente ellos también piensen lo mismo de ti. —Hice un inciso—. Significa «cerdos», Brais. —No dijo nada y seguí hablando—. ¿Por qué no quedarse en Francia? ¿Qué se le había perdido a una chica francesa de dieciocho años en pleno Barcelona?

Ya había salido del orfanato… No tenía sentido. Era libre. Conociéndote, tu carácter habrá sido siempre igual: manipuladora, caprichosa, agria, dura… Lo he visto en todas las personas que han llegado a esta isla. ¿Qué te impedía buscarte la vida en París? ¿Qué había allí que te frenase para, por ejemplo, robar o engañar de la misma manera que lo has hecho aquí? Si te pillaban, irías a prisión, como otros huérfanos del sistema que no son capaces de adaptarse… ¿Por qué no hacerlo?

—Porque tenía alguien de quien cuidar… —murmuró Brais con cierta impresión. Había encontrado la pieza que no encajaba.

—Alguien a quien cuidar. Alguien como una hermana. No sé si de sangre o no, pero no tengo dudas… Sospeché de ello hace un tiempo, pero ahora he caído en un pequeño detalle del día en que la conocí, Marta. Si es que es así como se llama, claro. —Me dedicó una media sonrisa entre el asco y el rechazo. Me dio igual—. Me dijo que su madre era belga. Yo no lograba identificar el acento. Hablamos de los gofres. Usted es francesa. Igual que Verné. Y más teniendo en cuenta que han hablado las dos en un francés absolutamente perfecto. Eso no se aprende. Ustedes se conocían de antes.

—La verdad es que es buena, detective. Realmente buena.

Yo misma me quedé sorprendida con la deducción. Sabía que mi padre estaba revolviéndome el pelo desde el cielo diciéndoles a todos: «¡Esa es mi mini-Poirot!». La idea de sus voces no me volvió hasta que hace unos segundos las escuché hablar. Su idioma era idéntico, pero también su acento y su pronunciación. Recordé la película de *Malditos bastardos*, de Tarantino, cuando pillan a un soldado haciéndose pasar por alemán porque pide tres vasos usando los dedos índice, medio y anular, en lugar de usar el pulgar, el índice y el medio. El detalle parece no tener importancia, pero es lo único que desvela la treta. Aquí había ocurrido algo similar.

—Sí. Es mi hermana. Da igual que no sea de sangre, como si lo fuese… Huimos juntas. Escapamos de ese puto infierno. La saqué de allí y desde entonces nos cuidamos…

—¿Cuál es su nombre real? —quiso saber Brais.

—Coraline Dupont.

—Coraline. —Sonreí, confiada—. Como el primer gran amor de Julio Verne.

—Veo que le resulta familiar la figura del escritor. —Las dos francesas me devolvieron la mueca.

—¿Familiar? Se nota que no habéis estado en mi casa. —Mi padre me había hecho leer las grandes obras del autor de Nantes cuando solo tenía diez años.

El *walkie* de Brais le gruñó en la cintura. En un movimiento que tensó a todos, se llevó la mano a la ruleta del volumen y lo apagó. Agarramos el arma más fuerte, esperando un disparo del oponente. Brais se recompuso rápido.

—Soltad las armas —volvió a exigir mi compañero.

Ojalá lo hubiesen hecho.

Tres disparos llenaron la isla Sur.

Desde la playa de San Martiño, se vieron los destellos como estrellas fugaces que mueren en segundos. Quizá alguien estaba pidiendo un deseo mientras la sangre me salpicaba los zapatos.

40

Negociación

En la actualidad

Verné me hubiera matado de no ser por Brais. Me apartó de un ligero empujón al intuir qué iba a suceder y fue él quien recibió la bala con mi nombre en el hombro. La detonación de su arma llegó justo después y desató una cascada de sangre en el pecho de Coraline Dupont, que boqueaba en el suelo como un pez fuera del agua.

Verné Dupont lanzó un chillido agudo y cargado de odio. De no ser porque su hermana le agarró la pierna desde el suelo, aquello habría sido una masacre. En lo que parecían sus últimas palabras, Coraline Dupont habló a su hermana con el gesto contrahecho de dolor y las mejillas brillantes por las lágrimas:

—Hu… ye…

Verné Dupont, primero muerta y luego resucitada, la miró con una rabia incontenible. Se agachó a su lado y en su rostro angelical asomó el dolor de un alma rota, un alma que jamás se recuperaría de la pérdida. Por un breve momento, empaticé con ella. Olvidándose de la pistola, agarró las mejillas de su hermana con una dulzura sorprendente viniendo de una persona capaz de provocar el caos que había desencadenado. Coraline Dupont era su único punto débil.

—*Je t'aime*… —murmuró llorando mientras la besaba en la frente pálida y perlada de sudor frío. Después pasó por nuestro lado corriendo y bajó las escaleras a toda velocidad.

Brais aulló de dolor como un animal herido.

—¡El *walkie*, el *walkie*! —Intentaba quitárselo de la cintura, pero acabé cogiéndolo yo. Ese fue el único momento en toda esta historia en el que Verné Dupont me dio igual. Liberé el comunicador, lo encendí y se lo acerqué a la boca.

—Soy Blach. Estamos en faro dos Bicos, en la isla Sur de las Cíes. Estoy herido de bala, no parece muy grave, pero hay otra persona que se debate entre la vida y la muerte. Le he dado en el pecho. Mujer, unos treinta años. Es muy muy urgente.

Pasaron apenas unos segundos hasta que respondió una voz familiar:

—¡Me cago en tu puta madre! ¿Estás bien? ¿La mujer grave es Nora?—bramó Marín desde el otro lado.

—Yo estoy bien, Marín. Brais tiene una herida en el hombro… La que está grave es Coraline.

—¿Quién coño es Coraline?

No pude explicárselo. Brais me arrancó el *walkie* de la mano y lo apagó.

—¡Venid de una puta vez, Santi! ¡Verné ha huido!

—¿A dónde?

—Yo qué cojones sé. Buscadla. Nora cortó los cables de gasolina de las lanchas. No puede haber huido muy lejos.

—Vamos todo lo rápido que…

Esta vez fui yo quien le arrancó el *walkie* de la mano a Brais.

—¿Qué haces?

—Voy a ir tras ella.

—Ni de coña. —La simple idea le hizo sonreír.

—No te lo estoy preguntando. —Mi tono era duro, inflexible y decidido—. Tú mismo lo has dicho: lo tuyo no es grave.

—Nora…

—No, Brais. Voy a ir tras ella. No pienso dejar que se escape. Casi nos mata. Casi mata a Marín, casi te mata a ti… Debe pagar.

—Para eso estamos los policías.

—Haré como que no he oído eso.

Me levanté y oculté todas mis dudas bajo una máscara de falsa seguridad. Realmente tenía ganas de llorar, pero también de reír.

Sentía el orgullo recorriéndome las venas…, pero también el miedo a fallar. La alegría de la confianza y la tristeza del fracaso. Cada emoción que había sentido desde que murió papá cayó sobre mi espalda como una enorme losa. Pero, sobre todo, sentí el peso de la deuda. Con él y conmigo. Y, por primera vez, noté la suficiente fuerza como para quitármela de encima.

Antes de echar a correr besé a Brais.

—No te mueras —le supliqué antes de levantarme otra vez con el pecho hinchado.

Corrí hacia el ventanal de la linterna y vi a Verné Dupont descendiendo temerariamente por las rocas en una auténtica misión suicida a más de cuarenta y un metros sobre el nivel del mar.

Cogí la pistola de Brais y salí disparada hacia mi objetivo, impulsada por mi padre en cada zancada, impulsada por el afán de demostrarme a mí misma que podía hacerlo, que ese caso no me quedaba grande, que mis errores no me definían y sí todos los aciertos que había tenido.

No era débil. No era un fraude. No debía hacer que mi padre estuviese orgulloso de mí porque seguro que ya lo estaba. Yo era Nora Pardo. La detective Nora Pardo. Y a Edgar Allan Poe, Agatha Christie, Poirot y Sherlock ponía por testigos de que iba a cazar a esa puta francesa.

Cuando puso los dos pies en el exterior de faro dos Bicos estaba acelerada. Entre las emociones y la carrera, noté incluso el pinchazo del flato. El viento arreciaba y la melena me cubrió los ojos por un momento. Me retiré el pelo y luego intenté taparme con la palma de la mano. Al levantar el brazo me acordé de que Anita me había recomendado una vez alzar los brazos cuando tuviera que seguir corriendo con flato… Así que ahí iba yo, persiguiendo a una lunática por unos acantilados en plena noche con un brazo en alto y en el otro una pistola.

«¿Detective? Sí. ¿Ridícula? Más que lo anterior, gracias».

Todo estaba lleno de maleza y vegetación. Era asfixiante. Eso sin mencionar el vértigo de mirar hacia abajo, donde había un abismo negro que terminaba en afiladas rocas y olas salvajes. Menos mal

que en ese momento era de noche y las gaviotas estaban más inactivas. A pleno día, y al ser la isla de San Martiño menos frecuentada por turistas, las aves eran mucho más salvajes y territoriales que las que se habían abalanzado sobre el cadáver de Nosa Señora ó Carracido. Un mal paso y todo podría haber acabado en un nuevo y macabro festín.

Tan concentrada estaba en buscar a Verné que casi no distinguí que me acercaba a un acantilado. Y no había ni rastro de la francesa. ¿Habría cambiado de dirección? ¿O tal vez ya hubiese caído al agua?

—¡Verné, solo quiero negociar!

La única respuesta fue el aullido del viento.

—Si nos ayudas a dar con el Pailán, te ayudaré a escapar.

De nuevo nada.

—Sé cómo puedes salir de aquí, Verné. —Obviamente, era mentira. No tenía ni la más remota idea. De hecho vi imposible salir de aquí… a menos que… Entre la negrura del océano, cientos de metros por debajo de donde yo estaba, dos barcos de bomberos iluminaban las tinieblas con sus potentes focos para apagar la gran antorcha en la que se había convertido la caseta gracias a Verné y a su hermana.

¿Y si Verné los había visto antes que yo? ¿Y si aprovechaba la distracción para subir a uno de sus barcos y fugarse en plena noche en mitad del océano?

Iba a girarme para volver a enfilar el sendero que descendía hasta el embarcadero, convencida de que la encontraría en los alrededores… Ni siquiera tuve tiempo. Noté un impacto seco en la parte trasera del cráneo y caí de rodillas. Un líquido tibio me recorrió toda la espalda. Antes de que pudiese sentir cualquier escalofrío, otro golpe en la muñeca provocó un croc, y una oleada de dolor ascendió hasta el hombro obligándome a soltar la pistola.

Verné Dupont me había abierto una brecha y me había roto la muñeca. Y, mientras intentaba no perder el conocimiento, la silueta borrosa de esa puta francesa caminaba tranquilamente hacia la pistola.

Levanté la mano en señal de clemencia y hablé sin la más mínima confianza en que no me disparase. Repetí lo mismo con lo que había intentado convencerla hacía unos segundos.

—Podríamos ofrecerte ser colaboradora. Eso reduciría tu condena… Sé que tienes algo contra el Pailán.

La risa de Verné Dupont fue tan aterradora como sádica.

—¿Mi condena? Tú ni verás mi condena. Vas a reunirte con tu papaíto. Y, además, no eres policía. ¿A qué juegas ofreciéndome tratos?

A través de la tela borrosa en la que se había convertido mi visión, apreció cómo levantaba la pierna, pero estaba lejos de tener cualquier capacidad de defenderme. Me dobló por la mitad de una brutal patada en el estómago. El grito se me quedó cruzado entre el pecho y la garganta. Estaba a su merced.

—Además —me pareció que Verné estaba sonriendo—, ya sabes lo que hice con Estefanía Ramírez. No va a reducirse nada.

Intenté controlar el dolor, pero me fue imposible no revolverme en el suelo. Me agarré la tripa y pregunté entre dientes.

—¿La mataste tú?

—¿No lo sabías? —Pareció sorprendida.

—Lo intuía. —Fui intentando ponerme otra vez de rodillas apoyando la palma de la mano sana en el suelo. Me ardía todo—. Pero ¿por qué?

—¡No voy a hacer tu puto trabajo! Además, ¿por qué crees que tengo algo contra el Pailán? —preguntó Verné Dupont mientras me acechaba en círculos como un depredador.

—Por favor… Es más que obvio. —Tosí antes de seguir—. Matáis a su contable, me dais una foto suya a través de dos personas que no tienen nada que ver ni contigo ni con tu hermana y resulta que es el narco más famoso de Galicia. ¿Pretendes que crea que es casualidad?

—¡Quería matarme! —chilló Verné.

—¡Querían su dinero, Verné! Tú dejaste que te robaran la mochila, fingiste ponerte como una loca con Manuel Ramos y luego ni siquiera amenazaste a César y Cristina con denunciarlos. Ellos

mismos nos contaron cómo los sobornaste. Tú querías que te persiguieran los hombres del Pailán. Tú querías que Anxo y Gonzalo fuesen detrás de ti… Pero ¿por qué? ¡No tiene ningún sentido!

Pero sí lo tenía. Claro que lo tenía. Tenía todo el sentido del mundo, aunque faltase una pieza. Una única pieza. Estaba segura de que si resolvía la relación entre Verné, Coraline y el Pailán lo entendería todo. El resto estaba claro. Casi claro, mejor dicho. Tenía que ganar tiempo para pensar.

—¿Dónde escondiste el cuerpo de Estefanía Ramírez? —lancé ya de rodillas. Mi voz sonó más contundente de lo que había esperado. Eso la pilló por sorpresa.

—¿Para qué quiere saber eso? —preguntó.

—Hemos llegado hasta aquí, ¿no? Es simple curiosidad. Ya sé que viniste a la isla Sur en kayak. Lo supe al verlo en la caseta. Primero pensé: «¿Por qué aquí?». Luego entendí que conocías este sitio perfectamente. Así cambiaste de isla, ¿verdad?

—No se te da nada mal esto de ser detective… —Se agachó para sonreírme con una sonrisa macabra. La misma que pondría un verdugo mientras afila el hacha y mira a su víctima.

—Gracias por el cumplido. Si aceptas otro: tienes ovarios, Verné. Meterte en un kayak así, en plena tormenta…

Su carcajada enloquecida retumbó por toda la isla.

—¿Estás loca? ¿Cómo voy a meterme ahí en plena tormenta? Hubiera sido un suicidio.

Mi cara debió ser un interrogante, porque ella misma me ofreció la explicación.

—Crucé cuando todo estaba calmado. Permanecí en la isla del Medio adelantándome a todo lo que hacías gracias al bolígrafo con micro que te regalaron. Cuando amainó la tormenta, atravesé Freu da Porta y llegué aquí, a la isla Sur.

—Y, de paso, el bolígrafo te sirvió para asegurarte de que no cambiábamos de isla. Pero qué lista eres…

Me sonrió de nuevo. Yo continué:

—Joel no mencionó ningún kayak cuando vinisteis. Lo hubiese echado en falta. Así que lo trajiste a la vez que el cadáver de

Estefanía Ramírez. El problema es que te quedaste atrapada aquí porque Paulo Ruiz nunca llegó a recogerte.

Eso la sorprendió. Mucho, de hecho. Ladeó la cabeza y me repasó de arriba abajo.

—¿Sabes lo de Paulo Ruiz? Pobre tonto…

—Él era tu vía de escape y falló. Coraline, o Marta, y Alfonso esperaron el momento oportuno para ayudarte a escapar porque tu plan se basaba en esas lentillas azules y el pelo teñido de Estefanía Ramírez para hacerla pasar por ti… Lo único que no soy capaz de averiguar es dónde escondiste el kayak.

—¿No? Entonces sí que oculté bien mi rastro. —Se echó a reír—. ¿Cuál es el único edificio cercano a Nosa Señora ó Carracido?

—Chuco… —respondí sin pensar y acto seguido ahogué un grito de tristeza.

—¡Bingo! Y creo que allí quedaron una bolsa de basura donde metí el cuerpo de la zorra esa y la…

«La funda del kayak. Y yo pensando que era porque la gente era una guarra. Sociedad 1-Nora 0».

Se me estaba acabando la conversación y necesitaba que Verné bajase la guardia. Tenía la muñeca destrozada y sentía que iba a perder el conocimiento.

—¿Sabes una cosa? —Verné Dupont atajó mis pensamientos—. Me he dado cuenta de que no necesito la pistola…

—¿Qué? —me tembló la voz al preguntarlo.

—Podría dispararte más veces… y arrojarte por el acantilado. Sería una muerte horrible. Lenta… Seguramente notarías cómo estallan a la vez todos los huesos de tu cuerpo. Me parece hasta necesario teniendo en cuenta todos los problemas que me has causado.

—Quiero al Pailán. Dámelo y huye. Nadie irá a por ti.

De nuevo esa risa enfermiza.

—¿Aún no te has dado cuenta de que estás a mi merced? ¿Quién te ha dado potestad para decirme esto?

—¿Crees que no he hablado con Brais?, ¿o con Marín? ¿Crees de verdad que no se dan cuenta de que el gran trofeo es el mayor

narcotraficante de Galicia? Si de verdad piensas eso es que eres estúpida… —Esperaba una reacción: un insulto, una patada, un balazo incluso…, pero nada. ¿Significaba eso que la estaba convenciendo? Aposté por seguir—. Nadie le ha visto nunca y llegáis vosotras y os sacáis de la manga una foto… Eso es que sabes dónde está. Tú me perdonas la vida, me dices dónde está el Pailán y yo te ayudo a escapar de la isla. Sé dónde hay barcos. Conozco este sitio como la palma de mi mano.

Verné Dupont se levantó y extendió la pistola. Solo nos separaba un metro. Así de corta era mi milla verde. Quise llorar, pero no fui capaz. Igual que me había pasado con Anxo y Gonzalo, pensé en el Afortunado de Nombre Normal, en mi madre y en mi padre. Solo que esta vez me llenó de paz el pensar que iba a reunirme con él. En medio de esa tempestad, del dolor, del miedo… encontré la serenidad necesaria para no cerrar los ojos. No iba a darle ese placer. Mis pupilas se detuvieron en las suyas. Desafiantes. Indómitas. Valientes.

—Ojalá mi hermana te escupa en el infierno, zorra. —Sonrió victoriosa…, pero no llegó a apretar el gatillo.

En cambio sí se escuchó un disparo. Una detonación que fue un trueno y un fogonazo igual que el de un rayo. Verné se asustó. Giró el arma hacia la nada. Olvidó que yo estaba allí…

El instinto de supervivencia me levantó y con la mano sana agarré la muñeca de Verné Dupont. Forcejeamos en círculos, al borde del precipicio y sabiendo que nos jugábamos la vida. Pero ella era más fuerte y yo estaba herida. Notaba como poco a poco el cañón de la pistola iba bajando hacia mi cabeza… En una reacción desesperada me arrimé a ella y la mordí con todas mis fuerzas entre la cara y el cuello.

Su grito hizo tiritar a la propia oscuridad. Aún con el sabor salado de la sangre en el paladar, la empujé con todas mis fuerzas. Verné Dupont cayó por el precipicio. Más de cuarenta metros de caída que terminaban en agujas de piedra. Creo que hasta llegué a oír cómo se le partían todos los huesos al impactar contra las rocas.

Ese disparo desconocido me había salvado la vida.

Sonreí mirando a la espesura, buscando a mi salvador. En lugar de eso, me llegó un olor a carne quemada y un tétrico telón rojo cayó ante mis ojos.

41

Crimen y castigo

En la actualidad

Una luz cálida me quemó las córneas.

¿Dónde estaba?

¿Estaba muerta?

Violentas imágenes se proyectaron en mi cabeza como un torbellino:

Dolor. Sangre. Verné. El telón rojo. El cielo lleno de estrellas.

No conseguía recordar nada. Un pinchazo agudo me perforaba la sien y entrecerré los párpados. Intenté llevarme la mano a la cabeza, pero algo oponía resistencia en mi brazo izquierdo. Cuando lo forcé sentí un dolor que me abrasó desde el hombro hasta la muñeca. Recorrió cada nervio e incluso me provocó un espasmo en los dedos.

Giré instintivamente la cabeza muerta de miedo. Había visto suficientes películas de zombis como para saber que igual había perdido un miembro… Pero no. Estaba ahí. Exactamente igual. Bueno, exactamente no. Tenía un aparatoso vendaje que me cubría por completo desde el codo hasta la muñeca.

Me dolía la cabeza y al alzar la mano sana noté la venda. Aún con los ojos entrecerrados, miré a ambos lados y comprobé que estaba en la habitación de un hospital. No era del todo vieja. Las paredes estaban pintadas de blanco y mi cama estaba sola en medio de la sala. Tenía forma de L, y cerca del giro hacia la entrada había un armario con las puertas de blanco lacado. A mi derecha tenía una ventana de considerables dimensiones con las cortinas cerradas. En

el lado izquierdo y pegada a la pared había una mesita de una altura similar a la cama. Reposaban sobre ella un móvil, un reloj, el libro *Reina Roja*, de Juan Gómez-Jurado, y una pequeña botella de agua. No había dudas de que mi madre estaba cerca.

Bajo la mesilla había una papelera de plástico de esas que parecen una red endurecida. Al echar un ojo vi envoltorios de magdalenas y una bolsa de patatas. El Afortunado de Nombre Normal también se había dejado caer por allí…

¿Y ya está?

¿Y Brais?

¿Habría muerto?

Recordaba el dolor, la sangre, a Verné y las estrellas…, pero también a Brais sangrando en la linterna en el faro dos Bicos mientras le suplicaba que no se muriese.

La puerta vibró, y un chillido demasiado estridente hizo eco por la sala. Mi madre se abalanzó hacia mí y empezó a besarme en la frente. Olía a perfume de rosas, su colonia por excelencia. Los besos eran húmedos y notaba cierto rictus en los labios. Se estaba afanando en no derramar más lágrimas. No la corté y permaneció un par de minutos abrazada a mí. Disfruté de ello. Solo le daba palmadas en la espalda y le decía «Tranquila, mamá».

Cuando se hubo desahogado, se separó lentamente, se pasó la yema del dedo medio por la zona baja del párpado y puso una sonrisa que no le cabía en el rostro.

—Pensé que te ibas, como tu padre…

«Gracias, mamá. Un ejemplo perfecto para alguien que está en un hospital y no sabe por qué».

—No puedo dejarte sola con el Afortunado de Nombre Normal. No durarías ni dos días, ma.

Mi madre volvió a sonreír y se dejó caer sobre la butaca junto a la cama. Anunció que iba a avisar a Miguel, que estaba muy preocupado.

«Yo también lo he notado. Hasta se le ha quitado el apetito de la angustia», pensé recordando los envoltorios de bollería que había en la papelera.

Después me ofreció poner la televisión. Vi que bajo el pedestal que la soportaba en lo alto de la pared había una hendidura para introducir una tarjeta de pago.

«Entretente, sí, pero con pasta». Rechacé la invitación y me quedé en silencio.

Mientras mi madre escribía en el móvil, a esa velocidad a la que escriben las madres que solo necesitan unos diecisiete minutos para escribir «OK», me fijé en que tenía unas ojeras importantes y las arrugas se le habían acentuado más. No debía de haber dormido mucho en… ¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

—Mamá, ¿cuándo entré aquí?

—Hace dos días, Nora. ¿No te acuerdas? —me contestó sin levantar la vista del teléfono. Escribir el mensaje estaba requiriendo todas sus capacidades de concentración.

—No. La verdad es que no me acuerdo de nada… —Paré de hablar. Dudé si mencionarle las únicas imágenes que tenía en la cabeza, pero imaginé que le supondría un trago bastante amargo—. De nada de nada —mentí.

—Te trajo un chico muy mono. Luego vino un señor algo más serio. A mí me avisó Anita. Parece ser que la localizaron directamente.

Brais y Marín. Estaba claro. Llamaron a quien tenían más a mano al ser también policía. Vale. Hasta ahí todo nítido. Pero ¿por qué?

—Oye, ma. ¿Y por qué me ingresaron?

Levantó la vista. Los ojos, pardos y sagaces, como siempre los había tenido, brillaron.

—Estás de broma, ¿no? —Ya no escribía y el móvil caía de su mano como si fuese un apéndice muerto. Negué y siguió hablando —. Te dispararon, Nora. Una chica francesa, creo que me dijo Anita. Aunque insistieron mucho en que no podían contarme nada.

—Necesito saber qué pasó, mamá. Llámala.

—¡Ah, no! —Se incorporó a toda velocidad, furiosa—. No me he llevado yo este susto para tener que estar ahora pendiente de llamaditas que solo te pondrán peor. Primero te recuperas y…

—Mamá…

—… tienes que entender lo que es para mí verte en un hospital. La cantidad de recuerdos…

—Mamá…

—… y tu hermano me decía que no era nada, pero yo sé cuándo miente. Una madre sabe esas cosas…

—Mamá…

—… os pensáis que soy tonta y que no me entero porque…

—¡MAMÁ!

Se calló.

—Siento haber gritado, pero necesito saber qué pasó. Por favor… —rogué.

Algo debió de verme en la mirada porque se acercó a besarme en la frente, me azuzó la almohada detrás de la cabeza, la ajustó, volvió a besarme y tras dedicarme una sonrisa de felicidad contenida me anunció que iba a hacer pasar a otro visitante que aguardaba en la sala de espera.

Me quedé sola e intenté formar yo misma la composición de lo que había ocurrido.

Sabía que habíamos llegado a cazar a Verné Dupont; sabía que se había quedado atrapada en la isla Sur porque su contacto para escapar había muerto en un naufragio; sabía que habíamos sobrevivido a atravesar el mar en plena noche y a toda velocidad… De hecho, recordaba perfectamente el volantazo de Brais para esquivar Illa dos Viños; sabía que habíamos pillado a Alfonso Barreiro escondiendo el dinero para César López y Cristina Amil; sabía que la muerta no era Verné Dupont, sino Estefanía Ramírez, la contable del Pailán; sabía que César y Cristina me habían dado la foto del narcotraficante sobornados por Verné Dupont; sabía que mi teoría inicial sobre que Aurora Guerra y Adrián Arenas eran los asesinos era incorrecta; sabía lo del bolígrafo con micrófono que había cogido como una pardilla; sabía que Julia Álvarez, Javier y Carlos Barrera, Eduardo Ruiz y Manuel Ramos tenían motivos para matar a Verné Dupont, pero ninguno la había matado; sabía que Gonzalo Rodríguez y Anxo Fernández eran dos perros de presa del Pailán y que debían recuperar el dinero que Verné Dupont había

robado costase lo que costase; sabía que yo les había disparado y había evitado que me matasen.

Y, por supuesto, sabía que Verné Dupont nos había puesto una trampa en la caseta que había al final del embarcadero de isla Sur. Que allí habíamos encontrado a Aurora Guerra, que Marín nos había sacado como un heroico bombero, que Brais casi se moría en el faro, que Coraline… ¿Habría muerto? No lo sabía. Pero sí sabía que yo había sido capaz de empujar a Verné por un acantilado y que me había caído redonda después de hacerlo.

No era poca información y me estaba dejando bastantes partes. Incluida la evidencia de que Brais me gustaba y de que Anita me había ayudado. Bueno, y que había sobrevivido. No era poco.

El chasquido del picaporte anunció una nueva visita y Brais entró en mi pequeña suite de enferma con un paquetito rectangular envuelto con un papel regalo horroroso. Vestía vaqueros pitillo de color claro, una camisa blanca con tiburoncitos de color azul repartidos por la tela y el brazo en cabestrillo. Las zapatillas eran granates y me llamaban inevitablemente la atención. Me recordaban a la sangre…

—Estás guapo…

«Muy bien, Nora. ¿Por qué no le preguntas si os volvéis a besar?».

—Tú también. Más de lo que esperaba después de todo…

—¡Gracias! Un momento, ¿qué?

Me dedicó esa sonrisa pícara tan suya y se acercó a mi cama por el lado derecho. Me cogió la mano sana y me besó en los labios. Fue corto, pero tan romántico y tan necesario… No me soltó los dedos cuando se separó.

—¿De verdad no te acuerdas de nada?

—No. Bueno, sí. Recuerdo mucho dolor, sangre, a Verné, un telón rojo y las estrellas… No son grandes ideas para comenzar a escribir el guion de una película.

—¿No eres detective? Resuélvelo —se mofó. Los hoyuelos se le marcaban en las comisuras de los labios cuando sonreía. La barba no podía taparlos.

Hice un esfuerzo inhumano (inhumano de verdad), me zafé de su

mano y me incorporé como pude. Emití un gruñido al apoyar la muñeca rota, pero me contuve de soltar nada por la boca. Brais se lanzó a ayudarme más rápido de lo que lo había hecho mi madre unos minutos antes para besarme, pero lo frené.

—Necesito saber qué ocurrió, Brais. ¿Qué pasó con Coraline? ¿Está bien Aurora? ¿Sabemos algo del Pailán? La sangre… supongo que era mía, ¿verdad?

—Mejor que te lo cuente yo a que te enteres por la tele… Voy por partes, ¿vale?

Se separó ligeramente y comenzó a caminar por la habitación antes de empezar a hablar:

—Marín llegó hasta mí mucho antes que el helicóptero medicalizado. Quería quedarse conmigo, pero le dije que habías ido tras Verné. No sabes cómo tenía las manos, Nora… —Noté que se le quebraba la voz—. Al rojo vivo, llenas de heridas. Se destrozó las manos para sacarnos de la caseta… —Una lágrima le tembló en el párpado. Tragó saliva y continuó—: Salió corriendo en tu busca. Sé que disparó al aire y tú empujaste a Verné. Antes de que cayera, te disparó. —Señaló el lateral de mi cabeza—. Y no te mató de milagro. La bala te rozó la sien.

—Al grano, *compañeiro*.

—Verné murió en la caída. Tardaron casi una hora en sacar su cuerpo de las rocas. Marín te cogió en brazos y prácticamente te llevó hasta el lugar donde aterrizó el helicóptero. Tendrías que haberlo visto. Mira que está viejo, pero el cabrón no se quejó ni una vez… Lo que sea por sus cachorros. —Se le notaba orgulloso—. Rosa, Ojea y el resto de los agentes llegaron enseguida. Y mientras los bomberos apagaron el fuego de la caseta. Esas dos locas casi lo queman todo.

—¿Y Coraline?

—Viva. Y es muchísimo decir… Ha pisado más el otro barrio que el nuestro… como tú, Nora.

—¿Yo?

—Estabas en el suelo, con un charco de sangre sobre el cuello… Yo… Había tanta que ni siquiera sabía dónde te había dado la bala.

Pensé que te había dado… Ya sabes… —No rompió a llorar, pero estuvo cerca. Tragó otra vez y aspiró profundamente para serenarse. Tardó un par de segundos en hacerlo—. Marín y Rosa se rompieron el uniforme e intentaron taponarte las heridas. Las dos heridas, Nora. Y en la cabeza… El helicóptero te trajo hasta aquí. Después llamé a Anita…

—¿Qué más? —Me impresionaba la historia, pero no quería recrearme. Me dolía todo. Y al recordarlo todavía me dolía más.

—Esos son tus recuerdos. El dolor, la sangre, Verné, el telón rojo y las estrellas cuando caíste como un bolo.

—¡Que qué más! —insistí.

—Aurora Guerra está bien. Solo tiene una brecha en la cabeza. Le pusieron de esas grapas que se caen solas. Recuperó el conocimiento unos diez minutos después de que Marín la sacara de la caseta. Y nos ha explicado de una jodida vez la relación entre Verné y el Pailán.

—¡Déjate de intrigas!

Brais se rio mucho, tanto que se dobló por la mitad durante unos segundos que a mí se me hicieron eternos. Creo que ahí soltó toda la tensión de los momentos en los que había tenido que parar contándome la historia. Lo fulminé y se recompuso, aunque sin perder la sonrisa.

—¿Recuerdas el famoso Nimfea Blava?

—Sí, el bar en el que trabajaban Verné y Aurora en Barcelona. Allí se conocieron.

—Bar o burdel…

—Llámalo como quieras, ¡sigue! —aullé.

—Pues se conocieron Verné, Aurora… y Coraline.

—¿Coraline trabajaba allí?

—No exactamente. —Se acercó a la cama—. ¿Recuerdas cuando Aurora te contó que a uno de los dueños lo habían pillado con una menor?

—Sí. Una violación… Me dijo que alguien lo había denunciado, pero que nunca supieron quién. Ahí cerró el negocio… Se llamaba… —Fui a llevarme el índice de la mano izquierda a la boca, pero al

flexionar el brazo volví a sentir el dolor del disparo. Brais me lo notó en el gesto porque siguió por mí:

—Joan Roselló. —Asentí—. Solo que cuando salió de la cárcel dejó de llamarse así.

Mi cara fue la pregunta en sí misma, porque Brais no esperó a responder.

—Se cambió el nombre a Alfonso Barreiro. A nuestro Alfonso Barreiro… Así que la menor a la que habría violado…

—¡NO ME JODAS!

—Coraline Dupont, sí. O Marta López. Tenía diecisiete años cuando pasó todo. Por eso Verné nunca ejerció como prostituta. Estaba salvada por su propia hermana. Bueno, por eso y más cosas.

—¡Flipo! ¿Más cosas?

—Y además te van a gustar.

—Blach, se está pasando de listo. —Me estaba enfadando de pura impaciencia, pero él parecía divertirse—. Oye, pero… ¿la violó y ahora está con él? No entiendo nada.

—Resulta que ni fue una violación ni lo denunciaron por eso.

—¿Qué?

—Joan Roselló, para ti y en la isla, Alfonso Barreiro, y su hermano no solo eran dueños del local de alterne, también traficaban. Ya sabes, diversificación de negocio. En ese momento tenían un trato muy gordo con un narco gallego, pero lo rompieron.

—¿El Pailán?

—Sí y no. Todavía no era el Pailán que conocemos hoy en día. Era un traficante de poca monta que servía a uno de los jefes del narcotráfico gallego: Moncho Alonso. ¿Te suena?

—Algo…

—Lo encarcelaron hará como ocho años. Da igual. La cuestión es que el Pailán, aprovechando su bajo rango, se fue en coche a Barcelona, sobornó a uno de los gorilas de seguridad del Nimfea Blava a cambio de información y aprovechó lo que le contó para denunciar a los hermanos Roselló por prostitución y tráfico de drogas. La policía se encontró a Roselló y a Coraline Dupont dándose un homenaje en el almacén y cuando comprobaron todo lo

que pasaba allí lo enchironaron.

—¿Y Verné se lanzó a por el Pailán?

—En la cárcel, Alfonso Barreiro, o Joan Roselló, como le quieras llamar, se entera de que quien le ha traicionado es un tipo llamado Carlos Romero.

—El Pailáááááán —dije con pesadez—. ¡Sigue ya, *carallo*!

—Alfonso, o Joan, se lo dice a su novia Coraline, la cual sigue enamorada de él. Y esta a Verné. El único objetivo de sus vidas es hacerle pagar al Pailán por lo que les hizo. ¡Ah!, casi se me olvida… ¿Sabes qué fue del hermano de Roselló?

—Pero no entiendo… ¿La venganza es solo por eso? Si les libró de una buena…

—Bueno, por eso… Y porque Coraline y Verné tenían una pequeña parte del negocio.

—¿Cómo?

—Ellas captaban a las mujeres.

Me quedé atónita. ¿Tan lejos habían sido capaces de llegar?

—¿Sigo? —preguntó Brais al notar la impresión en mi cara.

—Sí, perdona… Estaba pensando…

—¿En cómo se puede ser tan hija de puta? Normal. Santi y yo le dimos bastantes vueltas.

—Bueno, perdona, sigue. Suficiente me duele la cabeza como para darle vueltas a la maldad del ser humano —suspiré—. Ibas por lo del hermano de Joan Roselló, o Alfonso Barreiro, o como quiera llamarse. El hermano que les decía a las chicas que eran su puto ganado, ¿no? Hablamos de ese hermano. De ese cerdo. Espero que le hiciesen lo mismo en la cárcel…

—Casi casi… Le clavaron un pincho en una pelea carcelaria y chao.

—¿SE LO CARGARON? —grité y acto seguido estiré el labio inferior hacia un lateral y encogí el cuello confiando en que no me hubiesen oído fuera de la habitación. A Brais le dio igual.

—Sí… Un tío apellidado Castelo. Manuel Castelo.

—*Carallo*, me suena muchísimo…

—Normal. Ha salido cientos de veces en televisión. Fue el

lugarteniente del Pailán.

Me quedé muda.

—Marín y yo nos quedamos igual, si te sirve de consuelo…

—Pero y todo esto…

—Por Coraline y por Aurora Guerra. Ellas han ido contándolo y hemos unido las piezas. Aurora sigue con miedo, aunque más tranquila al ver a Verné muerta, a Alfonso en la cárcel… Y a Coraline enfilando la entrada de prisión en cuanto se recupere. La hermana de Verné ha hablado porque necesita un trato que le reduzca la condena…

—¿Hay más?

—¿No quieres saber cómo maquinaron el plan?

—Todo todito quiero saber.

Los dos nos reímos.

—Verné, Coraline y Alfonso Roselló…

—¿Alfonso Roselló?

—Joder, mezclo los nombres: ¿Alfonso Barreiro o Joan Roselló?, ¿qué prefieres? —matizó Brais.

—Llámalo Alfonso Barreiro, que es como lo conocemos.

—Pues Verné, Coraline y Alfonso Barreiro trazan una jugada para entregar al Pailán a la policía y desaparecer del mapa. No podían arriesgarse a que los persiguiese. Él sigue teniendo un contacto en Barcelona, así que le piden que Verné haga de mula por una gran cantidad de droga.

—Lo que llevaba en la mochila…

—Eso es. Pero Verné ya tenía previsto traicionarlos. La idea era fingir que le habían robado esa mochila y que hubiese un testigo.

—Manuel Ramos.

—También correcto. Con la presencia del testigo se aseguraban que alguien verificara que ella se puso muy nerviosa cuando la perdió en el bar. Después dejó pasar el tiempo hasta que el dueño de la droga, nuestro amigo Pailán, se puso más nervioso todavía y ordenó a dos tipos que la siguieran.

—Entiendo que Verné contaba con ello.

—Por supuesto. Pero tienes que verlo todo a gran escala: Verné y

Coraline llegan a Vigo y ahí empiezan a sembrarse enemigos durante casi una década. Buscan gente que pueda generar problemas.

—¿Por ejemplo?

—Javier Barrera. Dio con él por pura casualidad y aprovechó la situación.

—¿Y Eduardo Ruiz?

—Lo planeó cuando le faltó el dinero y se aseguró de que iba a la isla. Y, antes de que lo preguntes, con Julia Álvarez aprovechó la propia situación cuando vio que era una alcohólica. Y, con Manuel Ramos, simplemente buscó un niño rico vigués que encajase en un perfil machista y retrógrado.

—Joder, Brais…

—Impresiona, ¿eh?

—Mucho… Al principio pensaba que era una hermanita de la caridad. Y más después de hablar… Oye, ¿y Joel? —relacioné.

—Su novio actual era la tapadera para parecer normal. ¿Alguna vez te dijo él algo malo de ella?

—Solo lo de la droga…

—Sí, pero, si lo comparas con el resto, eso no es absolutamente nada.

—Ya… ¿Entonces se va buscando enemigos durante años y luego se lanza a una isla?

—Casi. La obsesión de los tres es que cayese el Pailán, así que indagan hasta encontrar el verdadero rostro del narco más buscado de Galicia. No era del todo difícil teniendo en cuenta que le llevaban cien mil euros en droga. Siguen a Anxo y Gonzalo hasta una casa en Baredo. Esperan a que salga un coche… ¡y zas! Lo tienen. Una foto del Pailán. Aunque no tenían la certeza de que fuese él. Lo sospechaban por las medidas de seguridad. Sacan fotografías, pero necesitan más, algo que Santi y yo hemos usado esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Ahora te cuento esa parte, pero atiende: Coraline nos ha dado todas las cuentas del Pailán…

—Estefanía Ramírez, claro. Por eso mató a su contable.

—Verné Dupont se carga a la contable del mayor narco de Galicia y pone en marcha el plan. Sabe que van a seguirla porque debe dinero, pero tampoco es tonta: es consciente de que se descubrirá quién ha delatado al Pailán en cuanto vayan a por él. Podrían ir a por ella, así que…

—Finge su muerte.

—¡Bingo!

Continué yo. Ahí estaban los hilos que faltaban. Me incorporé sobre la cama apoyándome en la mano derecha y lancé toda la información como una metralleta.

—Verné Dupont acude a las Cíes con el cadáver de Estefanía Ramírez tras teñirle el pelo y ponerle lentillas azules para que se pareciese a ella. Previamente, había citado allí a algunos de sus peones como Eduardo Ruiz, Manuel Ramos o Aurora Guerra. También había convencido a Cristina y César para que dieran la foto del Pailán a la policía. Además, se había asegurado de poner en redes sociales dónde iba a estar. Un detalle fundamental primero por Javier Barrera y segundo para que los dos secuaces del Pailán que la seguían acudiesen a las Cíes. Pero también los utilizó a ellos: si se los investigaba por el asesinato de la isla y la policía llegaba hasta el Pailán tirando del hilo, el propio rey narco podría pensar que ellos habían pasado su foto. Y ella se aseguraba su huida, claro…

—Al sur de Portugal.

—Al sur de Portugal —retomé— para comenzar una nueva vida. Parecería muerta y tendría tiempo más que suficiente para escapar. Su hermana y su cuñado se reunirían con ella y se acabó. El Pailán habría caído, le habrían devuelto el golpe que llevan planeando durante una década y Verné podría empezar en un país extranjero. Joder…, cómo están las cabezas…

—Se te olvida algo…

—¿A mí? ¿El qué?

—Aurora Guerra y Adrián Arenas.

—¿Qué les pasa?

—Ellos dejaron el cadáver en Nosa Señora ó Carracido. Bueno, ayudaron a Verné a hacerlo. Por eso pusieron el altavoz portátil y salieron de noche. Si hubiesen visto a Coraline moviendo el cuerpo, todo se hubiera ido al traste. Por eso ella no salió de la tienda.

—Porque Alfonso y Marta necesitaban una coartada…

—Eso es. Así que los chantajearon. O los ayudaban a mover lo que hubiese en la bolsa (Aurora nos ha dicho que lo sospechó, pero que nunca se lo dijeron), o le contaban a la familia de Adrián que Aurora era prostituta. Adiós boda, adiós vida normal, adiós sueños.

—Solo tengo dos preguntas.

—No te cortes.

—¿Y Paulo Ruiz?

—Un pobre desgraciado… Verné lo engañó. No tenía a nadie y murió antes de tiempo.

—¿Antes de tiempo?

—No solo tenía que sacarla de la isla Sur, también era el encargado de llevarla a Portugal. Y ella lo iba a matar en medio del mar y a arrojar el cuerpo al agua. Era un cabo suelto. Así lo ha definido Coraline Dupont.

—Todo atado… Oye, ¿me has traído un regalo? Esa es la segunda pregunta, por cierto. —Sonreí como una niña mientras señalaba el paquete con los ojos.

Lo desenvolvimos entre los dos. Cada uno aportando su mano sana. Trabajo en equipo. Trabajo en equipo cutre, pero en equipo al fin y al cabo.

—No me lo puedo creer… —mi tono denotaba una mezcla entre la ilusión, la risa y la nostalgia.

—Me parecía que un paquete de pósits rosas era más que necesario… Creo que habías dejado de usar los tuyos. —Me apretó la mano y me besó en la frente. Recordé el momento en el que le pedí que los tirase, cuando cuestioné mi propio método. Sentía que había pasado una eternidad de aquello.

Brais esperó pacientemente mientras yo inspeccionaba un estuche blanco con sumo cuidado. La otra parte del regalo que abrí con mimo.

—Un bolígrafo. Para los pósits, claro. —Brais asintió. El boli era precioso, de color negro, con el enganche con la forma de una serpiente y una firma al lado—. Agatha… Agatha Christie. —Lo leí y me quedé pálida.

Brais estalló en una carcajada. Después sacó un pequeño papel del bolsillo y me lo tendió.

—Es un certificado de autenticidad. Es una edición limitada de Montblanc. Es de mediados de los noventa. Le pregunté a tu madre qué podía regalarte por habernos ayudado a dar el mayor golpe de la policía de Vigo en años.

—¿El mayor golpe de…? No entiendo.

Brais se acercó a la ventana. Bajo ella había un sofá de cuero negro de tres plazas. Cogió el mando a distancia de la televisión y la encendió.

—¡Oye, que eso es carísimo!

—Merecerá la pena. Espera.

Fue pasando canales hasta que encontró el de noticias veinticuatro horas y se quedó de pie, a mi lado, esperando. No tardó en aparecer un rótulo bajo una imagen:

EL PAILÁN, DETENIDO
CAE EL REY NARCO DE GALICIA

—¡La hostia! ¿Lo habéis pillado?

—Te diría que ha sido una investigación complicadísima, pero directamente Coraline Dupont nos ha dicho dónde vivía y dónde se solía esconder. Tenía toda la documentación del Pailán en su casa. Además, lo hemos pillado cerrando un trato, así que…

La puerta se abrió y entraron Anita y el Afortunado de Nombre Normal. Mi hermano, en su condición de detallista y cuidadoso, me agarró un pie y me lo agitó. Lo interpreté como un «me alegro de verte».

Anita se echó a llorar.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca. —Nos abrazamos entre sollozos.

«Esto sí es una hermana».

Epílogo

Un camarero con barba poblada y rapado se acerca a mi mesa de siete comensales. Los cubiertos los ha colocado previamente una chica alta e igualmente simpática.

Necesito ayuda para sentarme. Brais, que va vestido con una horrorosa sudadera gris con el dibujo de una calavera ataviada con un tocado de flores, desliza la silla hacia atrás en un gesto entre la caballerosidad y la ayuda. Me dejo caer pesadamente.

El resto de los comensales, uno mayor que el resto, va ocupando las sillas de mimbre marrón con patas metálicas.

—Chicos —el camarero arrastra ligeramente las eses; su acento parece portugués—, ¿qué vais a tomar?

—Jesús, ¿no vas a saludarme o qué? —Fredi, el marido de Anita, levanta los brazos fingiendo disgusto y el camarero se lleva la mano a la frente.

—Estoy tan liado que ni me he dado cuenta. ¿Venís a pasar unos días?

—Anita y yo sí. Hemos cogido el apartamento de mis padres. Ellos solo vienen a cenar porque les he dicho que en La Galería se come de puta madre ¡El mejor sitio de Baiona! —exclama.

—Tendremos que estar a la altura. —Se gira hacia la mesa—. Encantado de conocerlos. —Me mira un segundo más que al resto. Le sueno, pero no sabe de qué—. Soy Jesús y hoy vais a cenar como nunca. Os dejo las cartas y ahora vengo a tomaros nota.

La noche es cálida, aunque sopla una grácil y reconfortante brisa.

El restaurante está cerca de cerrar definitivamente con el fin de la temporada de verano, así que mucha gente espera conseguir sitio en la terraza.

La mayoría aguarda su turno en el tonel frente a las mesas. Allí

Jesús, el chico de la barba, les dice cuánto tiempo van a tener que esperar para poder sentarse. Si no les convence, se dan la vuelta y prueban en otro bar.

La rúa do Reloxo está llena de locales donde comer y beber. Es estrecha, pero la algarabía es estruendosa. Una muchedumbre de gente copa los diferentes bares y restaurantes en una de las zonas por excelencia del consumo baionés. Terrazas, alcohol, comida… Todo en un espacio quizá demasiado angosto.

—Oye, ¿aquí qué se pide? —pregunta Santiago Marín mirando la carta como si fuese un jeroglífico antiguo.

—Esto es comida moderna, Marín. Aquí se piden saltamontes fritos o cucarachas empaladas.

—Lástima que esa bala no entrase un poco en esa cabecita de marisabidilla que tienes… —Me dedica una sonrisa y se la devuelvo. Nos llevamos bien.

Ya ha pasado un año desde todo lo ocurrido con Verné Dupont. Nos hemos juntado todos para celebrarlo como idea de Brais, que en ese momento me está colocando la chaqueta que se me ha caído del respaldo de la silla.

—Brais, deja a la tullida que se apañe sola.

—Te pasas, Santi.

—¡Qué va, hombre! Si la quiero… Lejos, pero la quiero.

Volvemos a sonreírnos con complicidad. Desde la noche en la que murió la francesa todo ha cambiado.

Brais y yo vivimos juntos en su piso. Queremos ser padres. Marín casi se desmaya cuando se lo contamos y apuntó a que daría a luz a un «engendro sabiondo».

Anita está hablando con Fredi sobre qué pedir y Miguel, el Afortunado de Nombre Normal, mira un vídeo en el móvil.

—Afortunado, deja eso —le pido.

—Estoy viendo un vídeo sobre vosotros…

—¿Sobre nosotros?

—Hace un año que ocurrió lo de la Dupont y están recordándolo. Me ha pasado el enlace un compañero con una frase lapidaria: «Mira, ¿no es tu hermana?» —cita, burlón.

—¿Le has dicho que era mi gemela? —pregunto sin perder la sonrisa.

—Con ese nombre que te puso papá eres inconfundible, Leonora.

Marín estalla en una carcajada y otros clientes se giran hacia él. La Galería se ha quedado en silencio, pero le importa más bien poco.

—¡Dios! —exclama—. ¡No puedo evitarlo! ¡LE-O-NO-RA! —silabea con gracia—. ¡Es buenísimo! ¡Bravo por tu padre! —Alza una copa imaginaria.

Y me rio más. También a carcajadas. Y también me miran, pero me da igual. El recuerdo de papá ya no duele. Mi vida está ordenada. La resolución del crimen de las Cíes me abrió las puertas dentro del mundo de los detectives de Vigo. No me faltan casos y los cobro caros, para qué engañarnos. Lo que nunca digo es que tres policías suelen ayudarme cuando me atasco. Cosa que ocurre con cierta frecuencia.

El camarero regresa con dos botellas de vino y las coloca sobre la mesa. Un albariño y un ribeiro. Las abre mientras todos se miran extrañados.

—Es cortesía de la casa. Una de nuestras camareras la ha reconocido, señorita Pardo. Dice que van por su cuenta. —El corcho hace un sonido hueco al salir, y Jesús va vertiendo el líquido báquico en las copas antes de que le diga que no es necesario.

—Vamos a tener que venir a más sitios contigo —murmura Anita. Fredi también se ríe.

Jesús nos toma nota: tres cazuelitas de pulpo, una de pimientos de Padrón, dos platos especiales de patatas de La Galería, unas puntillitas, queso frito y de postre un flan que Fredi insiste en que todos probemos.

Durante la comida, el Afortunado de Nombre Normal aprovecha para avasallar a preguntas sobre Verné Dupont a Santiago Marín y a Brais. Se ha convertido en el caso más famoso de toda Galicia. Dos días después de que todo ocurriese y todavía estando yo en el hospital por el disparo, Blach y Marín eran los rostros más fotografiados (y pixelados) al detener a Carlos «el Pailán» Romero;

el rey narco de Galicia.

Lo atraparon en un lujoso chalet de Baredo donde cerraba un trato. Los agentes emitieron un comunicado y un vídeo de la detención, que se proyectó en todos los magacines y telediarios nacionales. Lo llamaron la operación Dupont.

Mi chico y su compañero conservan cierto anonimato por su papel policial, pero yo me he convertido en toda una eminencia. Aunque, eso sí, la verdad nunca se ha contado. La versión oficial es que Verné Dupont cayó desde el acantilado. Marín dijo que la había visto caer. Nada más. De hecho, añadió que yo ya estaba inconsciente cuando pasó.

Cenamos copiosamente. Intentamos forzar la digestión con dos chupitos de crema de orujo cada uno. Marín se bebe cuatro. Dos por nosotros y otros dos por Jesús, su nuevo amigo. Conoce al camarero como a su propio hermano, aunque no va del todo ebrio. Está en ese punto de borrachillo gracioso.

Brais quiere invitar a todos, pero Fredi ha sido más rápido y ha pagado dentro. Dice que es «un día de celebración» e insiste en que lo ha hecho porque él ha elegido el sitio. Marín, que lo conoce de dos o tres veces, lo abraza. También lo llama «hermano».

Brais y yo hemos metido el coche en el aparcamiento de La Palma. Obligamos a Marín a venir con nosotros y también tenemos que dejar al Afortunado de Nombre Normal en Vigo.

El piso de mi amiga y su marido está por apartamentos Puga, en la otra dirección, pero han insistido en acompañarnos casi hasta la entrada del garaje. Nos separamos en la rotonda que da acceso al parador de turismo. Detrás de nosotros, las barcas se mecen relajadas sobre el mar. La figura de la carabela Pinta se alza, altiva, sobre el resto. Las luces del paseo ofrecen un punto de fuga único donde las banderas de diferentes países van haciéndose más pequeñas.

Hay vida en el último fin de semana de verano.

Anita y yo nos despedimos con un abrazo y un te quiero. Desde el disparo nos hemos vuelto un poco moñas.

Mi hermano y yo esperamos fuera del aparcamiento. Brais y

Marín sacan el coche, y mi chico pone las luces de emergencia para indicar la parada.

Tras subirnos, se reanudan las preguntas sobre la operación Dupont y sobre la muerte de la francesa. Mi hermano no para. Quiere saberlo todo.

—Cállate, Afortunado. De verdad. Menuda brasa de cena. No te vuelvo a traer.

—Déjalo, hombre. Es normal que quiera saber. Tú pregunta, tío. Sin miedo —le dice Marín al que se le ha pasado ligeramente el puntillo gracias al paseo.

Mi hermano duda. No sabe cómo preguntar lo que va a preguntar. Huelo qué va a ser. Algo que solo sabemos Brais, Marín, un forense y los más altos cargos de la policía.

—Llevo tiempo preguntándome algo que mi hermana nunca ha querido responderme… ¿Quién mató realmente a Verné Dupont?

Nota del autor

Querido lector, me parece importante aclarar ciertos aspectos de la novela ahora que has llegado a su fin. En primer lugar, cualquier coincidencia de los personajes con la realidad es pura casualidad.

En segundo lugar, las islas Cíes existen, son maravillosas y, si no las has visitado, te estás perdiendo uno de los paraísos más increíbles que la naturaleza nos ha regalado.

En el capítulo 31, «La casa de techo azul», me he tomado la libertad de adaptar la fisionomía del edificio para darle más emoción a la historia ante la imposibilidad de encontrar información sobre la construcción que se menciona.

Es importante también aclarar que nunca conocí a Germán «Chuco» Luaces. Ojalá. Esta trama está basada en noticias recogidas de las noticias digitales de *El Español*, *Faro de Vigo*, *El País* y *La Voz de Galicia*.

Agradecimientos

Empiezo, como no podía ser de otra manera, por ti, querido lector. Por acompañar a Nora durante toda su aventura y ayudarla a descubrir quién mató a Verné Dupont. Gracias por tu paciencia y espero que hayas disfrutado de esta aventura isleña.

Este libro hubiese sido imposible sin César López Parada. Él fue quien aportó la idea de un cadáver en plenas Cíes devorado por las gaviotas. Creo que se le ocurrió mientras su mente creativa disfrutaba de la paz de Nosa Señora ó Carracido… y las gaviotas, esos pájaros de mirada endemoniada y hambre incontrolable, parecían dispuestos a cernirse sobre su bocadillo en cualquier momento. Supongo que la tensión despeja la mente. Gracias, primito.

Gracias también a mi padre, que por fin ve cumplido el deseo de una novela menos sangrienta, y a mi madre, por sus visitas a librerías viguesas para abastecerme de información sobre las Cíes.

A Aída, mi mujer, por su incondicional apoyo, su paciencia y su valiosa opinión. A mi querida Ana Sancho, por sus inestimables correcciones y opiniones. A Paulo, por su intensidad ortográfica y su capacidad literaria. A Alfredo (mi *boss*), por su paciencia y, más importante, por su amistad. A J. P. G., amigo e instructor en cuanto a procedimientos policiales. A Miguel Font, posiblemente la persona que más sepa de las Cíes en el mundo. A Miriam Moreno, por su maravillosa agenda y por su predisposición a ayudar a un amigo. A Mónica y su hermana Raquel, por su labor impagable para darle veracidad a uno de los personajes.

No puedo olvidarme tampoco de Gonzalo Albert y Mercedes García, mis editores, confidentes y mentes pensantes de muchos aspectos que han mejorado esta novela. Tampoco de Silvia García,

David Tejera y Lara Moyano, que ayudaron a corregir y dar luz a este proyecto soportando mi intensidad ortográfica. Gracias eternas por aguantar la energía de un escritor espídico. *Marea muerta* hubiese sido imposible sin vosotros.

Y, cómo no, al equipo de edición e ilustradores de Penguin Random House, que logró emocionarme cuando vi por primera vez la portada de este libro.

Como mención especial, a Juan Gómez-Jurado, que no necesita presentación, pero que en 2016 no dudó en regalar a este proyecto de escritor el mejor consejo para lograr su sueño: «Siempre una palabra más». Gracias de corazón, Juan.

Y, por supuesto, a todos los que me animaron a seguir escribiendo: mi prima María (que lleva nutriéndome de libros desde que tengo uso de razón), Natalia, Isa Otero, Paula Isaba, Santi Marco, Marta López (que tuvo a bien prestarme su nombre), Isra, Mario, Gonzalo, Miki, Ángeles, Juan Carlos Ojea, Teresa, Rosiña, Marina Romero… y todas aquellas personas que por redes sociales me impulsaron tras *El ángel fiel* y *El abrazo del Oso Rojo*. Tengo tantos nombres que podría llenar varias páginas.

Eso sin contar, claro, a todos mis amigos de *Mañaneros* y *La hora de La 1* que compraron el primer y segundo libro y me regalaron unas palabras de ánimo… y también a los que lo hicieron para demostrarme que me quieren, aunque no lean mis novelas y disfruten de un adorno más en sus estanterías: Joel, Araceli, Bego, Blanca, Jorge, Emea, Natalia Yáñez…

También, si me permiten, una mención especial para mi perro Hope, que, para lamento de este autor, no estará más en la silla contigua o en mi regazo mientras le doy vueltas a la misma idea una y otra vez.

Para terminar, y como comprenderá no menos especial, a mi hija. Por obligarme y motivarme para dejarle un legado atemporal. Como te dije en las primeras páginas, puedes ser detective, médica, bruja, reina, policía… Basta con elegir el libro adecuado.

Bibliografía

Cedeira, B. (08/12/2018), «Muere German, el último habitante de las Cíes: así fue su vida como Robinson Crusoe», *El Español*. https://www.elespanol.com/reportajes/20181208/muere-german-habitanteislas-cies-robinson-crusoe/359214579_0.html >

Curt Martínez J., *Mis Cíes, tus Cíes, nuestras Cíes. El libro de un parque natural, Pontevedra*, Excma. Diputación Provincial de Pontevedra, 1989.

De Blas, C., Cíes. *Las islas de Vigo* (Historia, leyenda y poesía), Vigo, Faro de Vigo, 2020.

Luaces Anca, J. y C. Toscano Novella, *Islas Cíes*, Vigo, Nigra Tea, 1998.

En los últimos días de verano, la marea arrastrará los restos de un crimen a la costa de las Cíes.

En el paraíso natural de las islas Cíes, Galicia, el cadáver de una joven aparece en la orilla. El cuerpo trae consigo una certeza: entre los habitantes del camping se esconde un asesino, y el idílico paisaje no recobrará la tranquilidad hasta encontrarlo. Nora Pardo, una detective en horas bajas, pondrá a prueba sus capacidades tomando las riendas de la investigación. Pronto descubrirá que la búsqueda del culpable dista mucho de ser un juego, y se verá envuelta en una peligrosa red de mentiras en la que todos (y ninguno) parecen ser culpables.

En este thriller ágil, Nacho Carreras convierte la naturaleza virgen de las Cíes en el escenario de un misterio trepidante, cuya tensión no hace más que aumentar hasta llegar a su inesperado final.

Nacho Carreras Ojea (Vigo, 1990) es periodista. Ha trabajado en el difunto Canal Tea de Ponteareas, en el Concello de Baiona, en medios como Heraldo de Aragón o delante de las cámaras en Seguridad Vital de TVE. Actualmente es guionista de *Mañaneros*.

Primera edición: julio de 2024

© 2024, Nacho Carreras
© 2024, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
El poema citado en las pp. 11-12 es un fragmento de «El cuervo» que aparece en El cuervo y otros textos poéticos (Penguin Clásicos, 2020), de Edgar Allan Poe (traducción de Andrés Ehrenhaus).

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Fotografía de la portada: ©Arcangel / ©Getty Images / ©Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10096-59-2

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial

Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[*] Traducción de la expresión *Marcho que teño que marchar*, de uso común en Galicia y que se utiliza para indicar que alguien debe irse y que lo hace con prisa.

Índice

Marea muerta

Primera parte

1. Oráculo
2. Danza alada
3. Nora
4. El rostro de la muerte
5. Doble as
6. Rebelde
7. Como papá y mamá
8. Mentiras y hallazgos
9. Salvoconducto
10. Turbia empatía
11. Observar y escuchar
12. Confesión enrevesada
13. Novata
14. Revelación
15. Damocles
16. Objetivo común
17. Pecados justificados

18. Cebo
19. No robarás
20. Ira
21. Lacayos
22. House

Segunda parte

23. Hartazgo
24. Resuelto
25. Inspiración y expiación
26. La cara del demonio
27. Cuentas
28. Camuflaje
29. Oler el rastro
30. Filosofía aplicada
31. La casa de techo azul
32. Silencio
33. Nuevo juego
34. Raíces
35. De película
36. Faroles y trampas
37. Paños pesados
38. Aguas negras

39. Lazos

40. Negociación

41. Crimen y castigo

Epílogo

Nota del autor

Agradecimientos

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre Nacho Carreras Ojea

Créditos

Nota